
LA BELLEZA
DE LA
BESTIA
PHAVY PRIETO

LA BELLEZA DE LA BESTIA

PHAVY PRIETO



Mirabella es conocida por todos como Bella, una joven de carácter fuerte y sonrisa dulce cuya tenacidad no conoce límites. Tras la inesperada enfermedad de su padre, su única esperanza de poder salvarlo reside en su propia condena; entregar su vida al servicio de aquel al que todos han apodado como Bestia.

En aquellos ojos solo existía frialdad.

En aquel rostro de belleza innata se escondía la oscuridad.

Y en ese corazón solo residía la crueldad.

Bella descubriría que los rumores eran ciertos y que Bastián de la Rose no era un hombre, sino realmente una Bestia.

A mi querida amiga Joana.
Una flor dulce de ojos enigmáticos.

Gracias por tantos años a mi lado
y los que nos queden.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Septiembre 2020

ISBN: 9798687224840

Sello: Independently published

“En el amor hay siempre algo de locura, pero también hay siempre en la locura algo de razón”

Friedrich Nietzsche

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, a esta joven andaluza siempre le han apasionado los libros.

En 2017 decidió probarse a sí misma en una plataforma de lectura, comenzando a publicar sus obras de diversos géneros y adquiriendo un publico que hoy día supera los doscientos cincuenta mil seguidores.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales, destacando "La novena hija del conde" o "El séptimo pecado". Entre sus últimas publicaciones como "La Perla rusa" de género erótico u "¡Oh là là!" de humor, ha conseguido posicionarse como el libro más vendido entre las listas de Amazon, situándose como una de las escritoras emergentes del momento.

Actualmente está felizmente casada y reside en Sardegna; Italia, donde se inspira para sus próximos lanzamientos y deleitar a sus fanáticos lectores.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras; síguela en sus redes sociales



phavyprieto



Phavy Prieto



www.phavyprieto.com

INDICE

1

BELLA

2

BELLA

3

BELLA

4

BELLA

5

BELLA

6

BELLA

7

BELLA

8

BELLA

9

BELLA

10

BELLA

11

BELLA

12

BELLA

13

BELLA

14

BESTIA

BELLA

15

BELLA

16

BELLA

17

BELLA

18

BELLA

19

BELLA

20

BESTIA

BELLA

21

BELLA

22

BELLA

23

BELLA

24

BESTIA

BELLA

25

BELLA

26

BELLA

BESTIA

27

BELLA

28

BELLA

29

BELLA

30

BELLA

31

BESTIA

BELLA

32

BELLA

33

BELLA

34

BELLA

BESTIA

35

BELLA

36

BELLA

37

BELLA

38

BELLA

39

BELLA

BESTIA

40

BELLA
41
BELLA
42
BELLA
43
BELLA
44
BELLA
45
BESTIA
46
BELLA
47
BELLA
48
BELLA
49
BELLA
50
BESTIA
EPÍLOGO

BELLA

AGRADECIMIENTOS

1
BELLA

Los tenues rayos de sol bañaban el horizonte dejando a la vista una estela de luz anaranjada y rojiza que indicaba que el otoño llegaría pronto. Contemplar el atardecer desde la colina y ver como éste iluminaba el valle era uno de los pasatiempos preferidos de Mirabella. Había perdido la cuenta de las veces en las que sumergida en sus pensamientos el tiempo se había evaporado y la oscuridad se cernía sobre ella antes de regresar a casa, donde padre la esperaba mientras tallaba una de sus nuevas creaciones artesanales. Aquella ocasión no se alejaba mucho de tantas otras, podía escuchar a lo lejos las risas de los niños que correteaban en la plaza de la iglesia, el sonido de las ruedas golpeando el empedrado suelo una vez entraban en el pueblo indicando que la jornada de los comerciantes había finalizado e incluso si afinaba el oído, podía escuchar como se encendían los hornos de leña de la gran mayoría de hogares.

La suave brisa de aquellos últimos días de verano hizo que se abrazase a sí misma para resguardarse del frescor que traía la oscuridad, sabía que debía regresar o padre se preocuparía a pesar de estar obcecado en alguna de sus obras aprovechando los últimos vestigios de luz que quedaban. La fortuna había querido que no hubiera más artesanos de madera por la comarca con suficiente talento para que pudieran vivir cómodamente, aunque no podía considerarse tan afortunada puesto que carecía de madre y hermanas.

Su madre había fallecido cuando ella apenas había cumplido los cuatro años, por más que padre y tía Rosemary hablaban de ella, lo cierto es que no recordaba su rostro, aunque lo intentara. Ni sus cabellos castaños u ojos verdosos que tantas veces le decían que había heredado lograban ayudarla. Le habría gustado conocerla, habría tenido infinitas preguntas que hacerle de seguir con vida, tantas inquietudes que no eran consoladas ni siquiera por su tía Rosemary, menos aún por su padre, que el solo recuerdo de su amada esposa le entristecía.

Mirabella respiró hondo y se alzó irguiéndose en toda la esbeltez de su cuerpo, era más alta que la gran mayoría de muchachas de su edad, aunque nunca le había dado importancia a esa clase de trivialidades a pesar de que su tía Rosemary dijera que era muy apreciada para la gran mayoría de los jóvenes. Lo cierto es que ninguno le interesaba, aún no había conocido al hombre

que lograra despertar en ella ese amor que su padre parecía haber sentido por madre. Ella anhelaba enamorarse con todo su ser y presentía que el día que conociera a ese hombre, lo sabría con tan solo verlo y estaba completamente segura de que allí no lo encontraría.

Miró por última vez el valle y emprendió el camino de regreso a casa siendo plenamente consciente de que al día siguiente volvería a ese mismo punto para observar de nuevo como los últimos rayos de sol se evaporaran, anhelando algún día cruzar esa línea y viajar a los confines que ahora desconocía.

—¿Otra vez perdiendo el tiempo allí arriba, Bella? —La exigente voz de tía Rosemary sacó a la susodicha de su breve ensoñación.

Por toda respuesta Bella sonrió, en el fondo sabía que su tía no lo hacía con mala intención, sino que solo velaba por su propio bienestar.

—Ya sabéis la respuesta tía, no sé porque os molestáis en preguntar —contestó mientras sonreía y ésta negaba con la cabeza.

Su tía Rosemary era la hermana menor de su padre. Tras la muerte de su esposo, padre la acogió tanto a ella como a sus dos hijos porque sabía que era la única familia que les quedaba. Desde entonces era tía Rosemary quien se encargaba de todas las tareas en casa y a pesar de que intentaba enseñar a Bella como hacerlas, ésta mostraba el mínimo interés posible o se equivocaba a conciencia para que su tía creyera que era indispensable en aquella casa.

—Niña testaruda. Sabéis tan bien como yo que vuestro padre no os dejará salir después de lo que le pasó a vuestra madre, ¿Porqué os mortificáis de ese modo? Es cruel por vuestra parte hacerlo, si no os conociera lo suficiente, pensaría que estáis planeando abandonarnos —inquirió en voz baja, como si de algún modo temiera que el mencionado la escuchara.

Era cierto. Su madre había fallecido en un fatídico accidente mientras viajaba para visitar unos familiares. Ella la acompañaba, solo que no podía recordar nada de todo aquello salvo la leve cicatriz que permanecía en su nalga izquierda. Desde entonces su padre se había negado a que saliera de la comarca, manteniéndola recluida en los confines de la comarca por miedo a perderla también a ella.

—Nada más lejos de la realidad —aseguró Bella. Por más que la idea hubiera cruzado sus pensamientos, lo cierto es que nunca se atrevería a abandonar a su padre, sabía que eso acabaría con él y jamás se lo perdonaría—, pero allí puedo soñar con que algún día abandonaré este lugar para descubrir mis propias aventuras —alegó en su defensa mientras sonreía enseñando sus dientes blancos.

—Soñar… —refunfuñó su tía—. A veces me pregunto porqué mi hermano es tan benévolo contigo, ¡Se supone que tendríais que casaros y ni siquiera sabéis que ingredientes lleva un guiso! —alegó airada, aunque Bella pudo apreciar que en su tono no había enfado, sino

más bien una especie de reprensión divertida.

—Puede que no sepa hacer un guiso, pero sabéis que mis panecillos de leche son más suculentos que los vuestros —recitó Bella mientras sacudía sus botas para entrar en casa y reía a placer.

—¿Así pretendéis alimentar a vuestro marido? Cristo dame paciencia… —escuchó Bella que decía a su espalda, aunque pudo comprobar como al mismo tiempo sonreía.

Bella creía que, a pesar de todo tía Rosmery sabía que su falta de interés se debía precisamente a que no quería ocupar su lugar en casa. Sabía que padre jamás le diría que se marchara, pero de algún modo presentía que su tía necesitaba compensar todo lo que habían hecho por ella y sus hijos tras quedarse viuda.

—¿Y quien dijo que quisiera casarme? —exclamó en su defensa.

Cierto era que con ninguno de los jóvenes que conocía pretendía hacerlo, una vez se había sentido halagada por un aprendiz que tuvo su padre cuando le confesó sus sentimientos, pero jamás llegó a sentir amor alguno hacia aquel joven.

La pequeña discusión cesó en cuanto entró al pequeño comedor y las voces provenientes del salón acapararon su atención. La vista le alzó para comprobar que su padre parecía hablar acaloradamente con un hombre cuyo rostro no lograba ver porque permanecía de espalda a ella. Por más que afinaba el oído no lograba comprender sobre que hablaban, pero por la voz de aquel hombre se apreciaba la desesperación en cada una de sus palabras.

—¿Que sucede? —preguntó Bella a tía Rosmery en cuanto esta entró tras ella.

—Es el señor Collins —contestó en voz baja.

—¿El padre de Alma?, ¿Y qué hace aquí?, ¿Le ha pasado algo a ella? —preguntó Bella alzando la voz un poco más elevada de lo que debería y se reprendió así misma esperando que nadie más, salvo su tía la hubiera escuchado.

El señor Collins era el viejo herrero del pueblo, tenía tres hijas y la pequeña de ellas era su amiga Alma. Ambas tenían la misma edad y siempre había apreciado a Alma por encima de las demás muchachas de su edad.

—No… —negó su tía—. Al menos no todavía —añadió y eso hizo que Bella se preocupara.

—¿Qué queréis decir? —preguntó inquieta.

Tía Rosmery suspiró mientras se alejaba hacia la cocina donde pronto comenzaría a servir la cena y Bella la siguió.

—Al parecer ha contraído algunas deudas y sino las liquida a tiempo, le quitarán la fragua. Sabe que vuestro padre es el único que puede ayudarle antes de recurrir a la Bestia. —La

voz de su tía denotaba aprensión y a Bella se le encogió el corazón.

«La Bestia» pensó Bella mientras el rostro de su amiga Alma cruzaba sus pensamientos.

Ni tan siquiera conocía su nombre porque nadie se atrevía a mencionarlo, pero todos los rumores que Bella había escuchado sobre ese misterioso hombre que vivía en el castillo indicaban que contraer una deuda con él era obtener un destino peor que la muerte.

2
BELLA

No podía permitir que padre abandonase al pobre señor Collins a su suerte a pesar de cometer ciertos errores para endeudarse. De hacerlo, su amiga Alma terminaría pagando las consecuencias a manos de ese monstruo al que llamaban Bestia.

Siempre había divisado el castillo de Montaigne a lo lejos lo suficientemente lúgubre para no llamar mi atención, aunque la majestuosidad de sus torres se podía divisar desde el punto más lejano del pueblo. Aquel castillo pertenecía a los de la Rose desde tiempos inmemoriales, aunque ahora solamente quedase con vida un solo miembro de la amplia familia que fue antaño. La posesión de sus tierras se ampliaba hacia el horizonte y esa era principal fuente de su riqueza.

Tía Rosemary decía que las únicas personas que vivían en el castillo al servicio de la Bestia jamás regresaban o terminaban de pagar su deuda. En ocasiones Bella se preguntaba si los rumores y habladurías era realmente exagerados, pero lo cierto es que existía una conmoción innata en cuanto alguien lo mencionaba.

—¿Ayudarás al señor Collins, padre? —preguntó Bella en cuanto todos se sentaron alrededor de la mesa para cenar.

Sus primos Pierre y Belmont devoraban sin prestar atención el guiso de carne mientras que tía Rosemary parecía estar atenta a la conversación.

—Me gustaría Bella, pero no sé si podríamos permitírnoslo —contestó lo suficientemente serio para que Bella supiera que hablaba de una cifra bastante elevada.

Bella jamás había pedido nada que fuera para ella ya que se consideraba demasiado afortunada con lo que tenía y sabía que lo único que anhelaba significaba el sufrimiento de su propio padre, por lo que por primera vez en su vida le pediría algo y no sería para ella.

—Por favor padre —suplicó—. No podría ver como Alma sufre por su familia sabiendo que nosotros podríamos ayudarles —reiteró.

Alma había sido una de las pocas chicas del pueblo que jamás la había observado por encima del hombro como en cambio habían hecho el resto.

El talento del padre de Bella para tallar madera había dado sus frutos de forma que les permitía tener una vida holgada a diferencia de la gran mayoría del pueblo. Su padre siempre le había comprado mejores vestidos y perfumes que los que llevaban el resto de las muchachas, mas tarde pudo comprobar por si misma que eso provocaba ciertas envidias en las que consideraba sus amigas. Poco a poco se fueron distanciando de ella salvo Alma, que permaneció a su lado siempre sin esperar nada a cambio.

—Silvain, si no es posible niégaselo —intervino tía Rosemary mirando fijamente a su hermano.

—¿Habrías querido que yo te hubiera dicho eso cuando viniste hace ocho años? —respondió Silvain mientras Bella fijaba la vista en su padre y en el fondo de sí misma sabía que había tomado una decisión, así que se levantó rápidamente de la silla para abrazarlo.

Aquel era sin duda el mejor regalo y se moría de ganas por decirle a Alma que no tenían de qué preocuparse. Quizá ahora entendía porque llevaba días tan silenciosa y apenas hablaba. Bella pensó que todo se debía a su enamoramiento por Alair, el hijo del panadero con el que ella siempre decía que un día se casarían, ya que cada vez que le entregaba el pan, le sonreía.

Tía Rosmery refunfuñó en voz baja algo incomprensible y después Bella se dirigió hacia ella para abrazarla como instantes antes había hecho con su padre.

—Aguaremos la sopa. Echaremos menos harina a las hogazas y renunciaré a mis libros si con ello conseguimos salvar una familia —sonrió mientras su padre la observaba con cierto brillo en sus ojos, eso hizo que Bella se emocionara.

—Eres igual que tu madre —dijo algo conmocionado.

El padre de Bella siempre había mencionado que madre tenía predilección por las causas perdidas, ayudar a los demás siempre había sido una de sus virtudes. A pesar de no ser de allí, se ganó muchos corazones en muy poco tiempo antes de morir.

Aquella noche Bella se fue a dormir con el corazón hinchado en su pecho, creyendo firmemente que podría ser capaz de solventar cualquier imprevisto o desgracia que viniese, inconsciente de que lo que acababa de hacer marcaría el rumbo de su vida para siempre.

El frío invierno comenzó a adentrarse en los hogares, cebándose con algunos de ellos y pasando de largo en otros cuyo bolsillo era más pudiente.

—Apenas nos queda leña que echar al fuego y esa tos que tiene vuestro padre desde hace semanas no me gusta ni un pelo —atajó tía Rosmery mientras Bella trataba de colgar la ropa dentro de casa para que esta terminara de secarse, ya que con el gélido frío era impensable.

—Deberíamos obligarle a que le vea un médico —intervino Bella algo preocupada.

Por más que había insistido, padre se había negado completamente a ello y sabía la razón;

la escasez de dinero. Aunque no quisiera reconocerlo se sentía más fatigado y su productividad de trabajo se había visto alterada por lo que sus ingresos habían disminuido de igual forma. Apenas podían mantenerse y sabía perfectamente de quien era la culpa; suya. El préstamo al señor Collins y su familia les había colocado en esa tesitura.

—¿Con qué dinero? Te recuerdo que apenas nos llega para la carne del guiso, ¿Crees que dará para pagar al médico? —exclamó airada y Bella sabía que en el fondo quería gritar esas palabras de reproche que se esforzaba por guardar.

—Arreglaré esto —dijo Bella colocándose la capa de lana para resguardarse del frío y se echó la capucha para evitar que el viento helara su rostro—. Hablaré con el señor Collins, él entenderá lo que ocurre, nos devolverá parte del préstamo.

—Al fin alguien que tiene un poco de cordura en esta casa… —escuchó Bella antes de cerrar la puerta y caminar hasta la herrería donde vivía su amiga Alma al otro lado del pueblo.

La casa del señor Collins limitaba con el bosque cercano al pueblo, el mismo donde residía el castillo de Montaigne. Solo en vagas ocasiones cuando era mucho más joven se había adentrado en aquel bosque encantado como decían algunos, aunque sabía que solo eran cuentos para asustar a los niños y evitar que más de uno se perdiera entre la frondosidad de la arboleda.

Bella golpeó a la puerta de madera algo vieja. A pesar de que los enclaves que la sujetaban estaban bien forjados, podía apreciarse que estaba lo suficiente desgastada para necesitar un reemplazo.

—¿Bella? —La voz de Alma nació entre la oscuridad que existía dentro de aquel hogar.

Mirabella contempló a su amiga y vio como sus ojos estaban hinchados y había pequeñas bolsas bajo estos indicando un apreciable cansancio. Parecía más pálida de lo que recordaba, aunque su atuendo oscuro lo acentuaba.

—¿Os sucede algo? —contestó Bella preocupada.

En el momento que su amiga Alma rompió a llorar supo que sí sucedía algo, así que la abrazó con fuerza como si eso la reconfortara.

—Padre ha muerto esta mañana —jadeó entre sollozos y Bella comprendió que el dinero que su padre le había prestado al señor Collins, jamás iban a recuperarlo.

No mencionó nada, sino que se limitó a consolar a su amiga en un momento tan desolador como ese, pero en el fondo de sí misma no dejaba de pensar que aquello suponía un revés en sus vidas.

¿Qué se suponía que iban a hacer ahora?, ¿Cómo iba a lograr pagar a un médico para que viera a su padre?, ¿Cómo mantendrían su casa caldeada durante el resto del frío invierno? Y lo peor de todo, ¿Qué sucedería si su padre necesitaba tomar algún medicamento?

No quiso pensarlo, aunque la idea pasó fugazmente por sus pensamientos. Sabía que como último recurso podría acudir a la Bestia.

3
BELLA

Aquella era la última posesión valiosa que le quedaba. Bella la apretó firmemente contra su pecho para asegurarse de que aún la llevaba consigo a pesar de ser consciente que serían los últimos instantes de su vida que la vería. Había vendido todas sus pertenencias incluyendo sus vestidos más elegantes, su apreciada colección de libros e incluso los muebles de mayor valor que había en la casa, pero las medicinas que requería su padre eran demasiado costosas para la escasez de su bolsillo.

El espejo de plata de madre era lo único de valor que aún poseía e iba a desprenderse de el, a pesar de saber que tras hacerlo una parte de su corazón también se iría con aquel objeto. Ese era el último recuerdo que tenía de ella, lo único que poseía a sabiendas que había pertenecido a su madre y verse reflejada en aquel espejo era como verla a ella. La vida de su padre tenía más valor que la de sus recuerdos y estaba dispuesta a todo con tal de salvarle.

—Esto es lo último que he conseguido —anunció Bella soltando el pequeño saquito lleno de monedas que le habían dado tras vender el valioso espejo.

Para su pesar, tenía más valor sentimental que las monedas que le habían dado a cambio de el.

—¿De donde lo has sacado Bella? —exclamó tía Rosemary conmocionada.

—El espejo de madre —concluyó Bella apesadumbrada. No iba a derramar lágrimas por ello, precisamente estaban en esa situación por su tenacidad y empecinamiento.

—Era lo único que te quedaba de ella, Bella —susurró su tía—. Y las pocas monedas que te han dado a cambio apenas nos durarán un par de semanas.

—Ya no sé que más podemos hacer —jadeó Bella rota por la desesperación que había ante la situación insostenible que tenían—. He rogado por trabajo de puerta en puerta, hemos vendido todas nuestras posesiones y aún así, no es suficiente.

En el fondo sabía que existía una alternativa, una última opción cuyo pensamiento provocaba pavor en sus entrañas y que tomar esa decisión contemplaba medidas desesperadas, pero… ¿Qué otra cosa podría hacer?

—Ambas sabemos lo que hay que hacer —aclaró tía Rosemary—. Mañana mismo iré al castillo.

No hacía falta mencionar lo que eso implicaba, si los rumores eran ciertos con toda probabilidad sería la última vez que vería a su querida tía.

—Iré yo —aclaró Bella apartando el miedo de sus pensamientos—. Nunca podría perdonarme el hecho de haberos apartado de vuestros hijos y cuidaréis de padre mejor de lo que podría hacer yo misma.

—¿Y qué haréis en el palacio?, ¿De qué modo serviréis si no sabéis cocinar, limpiar, ni alguno de los menesteres que se requieren? —exclamó tía Rosemary siendo realista.

—Aprenderé… —aseguró Bella.

—Aunque así fuese mi dulce Bella, las afrentas que deberéis soportar en el castillo no son propias de una joven inocente como vos, mi hermano me crucificaría si permitiera tal cosa. Agradezco el ofrecimiento, pero lo más sensato es que sea yo quien se ofrezca al servicio del castillo y adquiera la deuda con la Bestia. Mis hijos lo entenderán y en cuanto Silvain se recupere él podrá saldarla. —La voz de tía Rosemary sonaba más esperanzadora que afligida, era como si verdaderamente quisiera creer que eso sería posible, aunque Bella sabía que solo lo hacía por tranquilizarla.

Si algo había aprendido en esos años, era que discutir con su tía suponía una batalla perdida, así que Bella se limitó a abrazarla como si de algún modo le diera las gracias, pero en el fondo solo quería hacerle creer que estaba de acuerdo con su decisión. De ningún modo iba a aceptar que fuese ella quien pagara su error, la culpabilidad le reconcomería las entrañas el resto de su vida si lo permitía.

Aquella noche abrazó a sus primos con cierta nostalgia, se despidió de su tía mientras ambas guardaban en secreto lo que al día siguiente acontecería y finalmente se dirigió hacia la habitación de su padre para asegurarse que tomaba su medicina.

—Bella… Bella, ¿Eres tú? —preguntó Alain en su delirio.

—Si padre —contestó ésta comprobando que tenía fiebre de nuevo—. Tenéis que tomar vuestro tónico —añadió mientras le incorporaba y le daba su medicina con calma.

—¿Cuánto tiempo he descansado? —preguntó mientras tomaba el tónico—. Tengo que levantarme. He de trabajar, tengo que trabajar… trabajar…

Bella supo lo que a su padre le preocupaba, llevaba días así y por sobrecargarse su enfermedad había empeorado.

—Primero debéis descansar padre —respondió esta tratando de calmarle—. No debéis preocuparos por nada, yo me encargaré de todo. Os prometo que todo estará bien.

Para suerte de Bella, padre perdió el sentido y cayó en un profundo sueño. Quizá era mejor así, despedirse de él iba a ser muy duro para ella, más aún si tenía en cuenta que aquella podría ser la última vez que le viera. Su tenacidad era superior al miedo de enfrentarse a las adversidades a partir de ese momento, era como si algo en su interior hubiera tomado esa determinación necesaria para no dejar paso al temor.

Antes de que los primeros rayos del alba tocaran la espesa hierba del jardín, Bella cerró con suavidad la puerta de casa y sujetó con fuerza el pequeño atillo donde llevaba sus pocas pertenencias. Sabía que si esperaba a que tía Rosemary se levantase, jamás la dejaría marchar, por eso se iba mientras todos dormían, aunque en el fondo sabía que si tuviera que despedirse de ellos como si jamás volviera a verlos, no lo podría soportar. Caminaba por el bosque con la incertidumbre de quien no conoce a su adversario y con la absoluta inquietud ante lo desconocido.

Jamás se había aventurado sola en aquel bosque y menos aún había estado tan cerca del castillo como ahora, pero cuando divisó aquellas enormes torres ante sus ojos comprendió la hermosa majestuosidad del castillo. Era hermoso, grandioso y admirable, aunque podía comprobar cierta dejadez en sus jardines y la falta de vida en general. Se podía apreciar la hostilidad en el ambiente y aunque Bella se dijo a sí misma que solo eran imaginaciones debidas a las habladurías, lo cierto es que conforme caminaba hacia la entrada de aquel opulento castillo percibía aún más esa sensación adentrándose en su interior.

—¡No se reciben visitas en el castillo, muchacha! —gritó una voz masculina y Bella se giró sobre sí misma tratando de encontrar la fuente de quien había emanado aquellas palabras.

—¿Disculpe? —exclamó y comprobó que la voz provenía de un hombre mayor que salía tras unos arbustos de aquellos enormes jardines.

Bella lo observó, parecía lo suficientemente fatigado por su aspecto que no se explicó como alguien de su edad aún se encontrara trabajando.

—Si la ven, la echarán muchacha. Al señor no le gustan las visitas y menos que alguien se adentre en su castillo sin que él tenga constancia.

¿Al señor?, ¿Se refería a la Bestia? Casi le daba miedo preguntar viendo su aspecto.

—Yo… esto… yo… —Bella dudó, ¿Estaba a tiempo de marcharse? Si lo hacía no iba a solucionar sus problemas así que se apremió a terminar aquella frase antes de que el miedo la paralizase. No tenía porqué temer nada, era lo suficientemente fuerte para soportar cualquier cosa —. He venido a buscar trabajo.

Lo había dicho. Al fin sus palabras habían salido de sus labios.

—¿Estáis segura muchacha?, ¿Tan desesperada estáis para venir hasta la Bestia? Huid

ahora que podéis hacerlo.

—¡Alfred!, ¿Con quien habláis? —La pregunta vino de un segundo hombre que caminaba hacia ellos según comprobó Bella. Vestía mucho más elegante y sus rasgos parecían más refinados y relajados que el anterior. Aquello tranquilizó a Bella y después se preguntó si ese segundo hombre que se acercaba a ellos no sería la famosa Bestia—. ¿Quién sois y qué hacéis en las tierras del señor de la Rose? —exclamó acercándose a ella.

Bella tembló a pesar de que aquel hombre no le generaba ningún miedo, no sabía exactamente si sentía alivio o conmoción al verlo finalmente.

—Yo… —comenzó a balbucear—. Soy Mirabella Bellerose mi señor y mi padre está muy enfermo, he venido a solicitar trabajo.

—No sois el tipo de muchacha viene por aquí, pero nos falta bastante personal en el castillo últimamente, ¡Seguidme! —Esta última advertencia hizo que Bella se sobresaltara, pero no dijo nada y tampoco pregunto a qué se refería exactamente cuando había mencionado que no era el tipo de muchacha que solía ir por allí.

Bella siguió a aquel hombre que se adentró por una de las puertas laterales del castillo y comprobó que esta accedía a las cocinas. Eran enormes y por lo que pudo apreciar solo dos personas se encontraban realizando labores a pesar del gran tamaño que ésta tenía. Una era una mujer de avanzada edad, mientras que la otra podría tener los mismos años de tía Rosemary.

—¿Qué es lo que sabéis hacer muchacha? —preguntó aquel hombre una vez entraron en una pequeña habitación donde había varios estantes con algunos libros, una pequeña mesa de madera tosca y una silla bien robusta tras esta. Bella imaginó que aquel debía ser el despacho de ese hombre y comprendió que no era el señor del castillo quien tenía frente a ella.

—Se cocinar. —Se atrevió a aventurarse, aunque en realidad no podía decir que fuese una gran cocinera—. Aunque se me da mejor realizar postres, pero aprendo rápido —añadió como si eso sirviera de gran ayuda. La gran mayoría de sus cualidades no servirían en aquel castillo. Dudaba que en aquel sitio quisieran a alguien que sabía leer, escribir y tenía más bien dotes refinadas que su padre le había inculcado desde pequeña.

—Os encargaréis de la limpieza del castillo, sobre todo de mantener impolutos los aposentos del señor, Agnès te enserará lo que debes hacer.

—Del… ¿Del señor? —exclamó con cierto temor.

—Así es. El señor de la Rose es el dueño del castillo y de todos nosotros, cuando entres a formar parte del servicio del castillo adquirirás una deuda y te quedarás hasta que ésta sea saldada, aunque imagino que sabías esto antes de venir hasta aquí.

—Lo sabía —aseguró Bella—. Solo necesito que mi padre reciba sus medicinas y

asegurarme de que mi familia esté bien.

—Muy bien. Tendrás una bolsa de oro, Patrick va todos los días al pueblo así que dará el mensaje a quien desees que venga a recogerla al castillo en tu nombre, después de eso no estarán permitidas las visitas, ni tampoco podrás abandonar el castillo hasta saldar tu deuda.

—¿Alguna vez alguien pagó su deuda? —preguntó Bella sin saber porqué esas palabras habían salido de sus labios.

—En una ocasión —contestó levantándose de su asiento—. Cuando el antiguo señor de la Rose gobernaba el castillo.

Bella comprendió que con aquel nuevo señor nadie había conseguido salir de aquel castillo, ¿Tal vez sería por eso por lo que le habían apodado como Bestia? Aquello le llevó a pensar en qué edad tendría el nuevo señor del castillo y si éste tendría esposa e hijos. No sabía nada de aquello y tampoco habían hecho referencia alguna vez al respecto.

—¿Hay niños en el castillo? —preguntó para saberlo.

—No. El señor de la Rose no tiene esposa ni hijos aún. Y no se permiten los niños del personal en el castillo. ¿Acaso tenéis hijos muchacha? —inquirió aquel hombre.

—No. No —negó Bella doblemente—. Solo preguntaba para estar informada.

—La curiosidad no le gusta al señor muchacha, será mejor que os guardéis vuestras preguntas si no queréis ser castigada. Nunca os atreváis a dirigirle la palabra, ni a mirarle directamente a los ojos o irrumpir en su presencia. Limitaos a pasar desapercibida, haced vuestro trabajo y todo irá bien.

¿Castigada?, ¿Qué clase de castigo se suponía que proporcionaba? Mejor no lo pensaba.

—Así será, señor.

—Charles. Podéis dirigiros a mi como señor Charles. Soy el guardián del castillo y quien satisface todas las peticiones del señor de la Rose.

Bien. Ahora sabía que aquel hombre sería quien mejor conocía a la Bestia con toda seguridad.

El señor Charles lo dispuso todo para que Agnès le enseñara lo esencial del castillo antes de instalarla en las habitaciones de las criadas.

—Deprisa muchacha, tenemos que salir de estos aposentos antes de que el señor regrese de su habitual cabalgata. —La apremió aquella mujer anciana en cuyo rostro podía apreciar las arrugas marcadas del paso de los años.

Bella no se había atrevido a preguntar cuantos años llevaba trabajando en el castillo, pero podía percibir que eran muchos a juzgar por su modo de hablar mientras caminaban.

Cuando Agnès se marchó, ella debía regresar a su habitación para cambiarse y ponerse el

que sería su uniforme de empleada a partir de ahora, que no era otra cosa que una tosca falda de lana y una camisa cuya blancura se había perdido antaño. El problema es que no recordaba por donde debía ir y aquel castillo tenía tantos pasillos que todos le parecían exactamente iguales. Estaba tan abstraída por no recordar cuál era el camino correcto que no sintió el sonido de aquellas botas martilleando el mármol que cubría el suelo de todo el edificio.

—¡Apartaos de mi camino, furcia! —La voz prominente hizo que a Bella le temblara hasta su propia alma.

¿Furcia?, ¿La había llamado furcia a ella?

Se giró enfurecida a pesar de sentir que todo su cuerpo temblaba, ¿Qué clase de educación había recibido ese hombre para llamar furcia a una mujer que ni tan siquiera había visto? Pensaba encarar a ese patán que gritaba de ese modo para decirle que era un animal, un maleducado sin precedentes, pero ni en sus más profundos sueños pensó que encontraría aquellos hermosos ojos de un color tan profundo que le robaron el aliento.

«No.No puede ser real» jadeó en su fuero interno.

4
BELLA

Bella contempló aquellos hermosos ojos verdes que la observaban fríamente y sintió como si algo en su cuerpo vibrara de un sentimiento hasta ahora desconocido. No entendía que sucedía. No comprendía que pasaba. Ni tampoco sabía quien era aquel hombre cuyo rostro era tan hermoso que había conseguido acallar sus palabras.

—¿Es que sois sorda? —exclamó de nuevo y Bella reaccionó de inmediato.

Contempló como aquellos ojos verdes la estudiaban fijamente y no supo qué decir, ni qué hacer en ese instante. ¿Sorda?, ¿La había llamado sorda? Iba a contestar cuando la voz masculina del señor Charles se interpuso entre ellos.

—Mis disculpas señor de la Rose. La joven es nueva en el castillo y aún desconoce del todo las normas —aseguró e hizo que Bella se apartara a un lado mientras aquel hombre de profundos ojos verdes ladeaba el rostro.

—¿Ha contratado a una furcia para que sirva en el castillo? —exclamó aquel hombre imponente sin mirarla—. No necesito a nadie para que caliente mi cama.

¿Qué?, ¿La había llamado furcia de nuevo?, ¿Qué clase de patán era ese hombre?

—Yo no soy nin…

—Hacía falta personal en el castillo mi señor —contestó Charles interrumpiéndola mientras la sujetaba de un brazo para que no se acercara.

—Pues asegúrese de que la próxima vez que trate de dirigirse hacia mi sin permiso, sufra un severo castigo. —Sus palabras eran hoscas, rudas y despectivas.

Bella pensó que lo peor de todo no era aquella forma de dirigirse hacia ella, sino que la consideraba tan inferior que ni siquiera la miraba para decírselo.

Aquel hombre era sin duda hermoso, pero esa belleza quedaba eclipsada con aquel carácter infame que parecía tener.

«La Bestia» pensó Bella.

Desde luego los rumores debían ser más que ciertos, solo que jamás había pensado que

esa Bestia fuera tan bella.

—Así será mi señor, me asegurare de que no vuelva a suceder.

Ni tan siquiera contestó, sino que el señor del castillo emprendió su camino y se alejó por aquel pasillo hasta que su silueta se perdió. Bella había guardado silencio durante todo ese tiempo mientras escuchaba atentamente la conversación.

¿Qué clase de castigo le infringirían si se dirigía al señor del castillo sin permiso?, ¿Tan grave era hacerlo o interponerse en su camino? La respuesta a su pregunta se agolpaba en sus pensamientos, sobre todo teniendo en cuenta que ahora le había puesto un rostro de facciones duras con aquel cabello ennegrecido sobre esos profundos ojos y labios finos.

¿Desde cuando se fijaba tanto en un rostro masculino? Hasta ahora apenas se había fijado en las facciones de los hombres que había conocido, pero jamás había visto a alguien como él.

—¿Estáis loca muchacha? —La incriminó Charles mientras zarandeaba su hombro para que la escuchara atentamente—. ¡Podríais estar sufriendo ahora un severo castigo solo por el hecho de dirigiros a él sin permiso! Si hubieseis tenido la osadía de ofenderlo, tened presente que no os podríais sentar durante días. Limitaos a haced vuestro trabajo y no interferir en la vida del señor del castillo, Mirabella.

¿Ofenderle?, ¡Era él quien la había menospreciado a ella!

—Me ha llamado furcia —alegó Bella.

—El señor de la Rose es el dueño del castillo, le servís a él y puede llamaros como desee. Si queréis trabajar aquí, más vale que no se os olvide muchacha —insistió Charles—. De lo contrario sufriréis la ira del señor y eso es algo que no os recomiendo.

Bella le miró asombrada al mismo tiempo que enfurecida y en aquel momento supo que esas eran las condiciones para trabajar en el castillo si decidía aceptarlas. Había sido ella quien acudió hasta allí porque lo necesitaba, quisiera o no iba a tener que aceptar que a partir de ahora solo era una simple sirvienta que no tenía ni voz, ni voto en aquella casa.

La pregunta era si podría soportarlo y conocía la respuesta; no tenía otra opción más que aceptarlo.

Se habían acabado los días en los que podría ir libremente a la cima de la colina para contemplar el paisaje. Tenía que decirle adiós a esos momentos en los que se escabullía para sumergirse en alguna aventura descrita en aquellos fantásticos libros que le compraba padre y también tendría que despedirse del hecho de que ya no era una joven despreocupada, sino que ahora tendría responsabilidades. Había contraído una deuda y tenía que acallar su conciencia si quería que su padre viviera.

—Gracias por la advertencia señor Charles, le prometo que no volverá a suceder.

Bella asintió con la cabeza agradecida y pudo ver el rostro relajado del señor Charles advirtiendo que todo estaba bien.

—La acompañaré a su habitación, es mejor que se cambie enseguida y comience sus labores cuanto antes, hay mucho que hacer en el castillo.

Las habitaciones para los empleados del castillo no tenían nada de especial, carecían de muebles salvo por la pequeña cama cubierta con apenas dos mantas de gruesa lana algo roída y una mesita de noche de madera antigua a juzgar por el estado en el que se encontraba. Existía un pequeño baúl para guardar las pertenencias y sobre este una pequeña palangana con jarra de cerámica floreada para uso personal. La estancia poseía una única y pequeña ventana que daba a los establos, imaginaba que las mejores vistas del castillo eran para las habitaciones de los invitados y del propio señor que lo habitaba.

Por un momento Bella imaginó como sería la habitación del señor, en su breve recorrido con Angès solo había visto las estancias principales, pero la inquietud de la doncella había hecho que no se atreviera a entrar en el dormitorio. ¿Sería tan sombrío como lo era su dueño? Bella no se explicaba como alguien de rasgos tan hermosos podía ser tan sumamente despiadado, aquellos ojos eran tan enigmáticos, tan profundos, tan bellos, tan…

¿Por qué no dejaba de pensar en ellos?, ¿Por qué los recordaba a cada momento? Tenía que centrarse en lo que a partir de ahora le acontecía, que no era ni más ni menos que servir en el castillo y saldar la deuda contraída. No debía pensar en él. No debía evocar su recuerdo y mucho menos debía sentir algo que no fuera antipatía por aquel a quien llamaban Bestia.

Aquella misma tarde, Bella fue llamada para comunicarle que su tía Rosemary acababa de llegar a palacio. Sabía que iba a ser duro enfrentarse a ese momento y sobre todo a la regañina a la que su tía iba a someterla, pero Bella respiró hondo y dejó el cubo de agua que estaba llevando a las habitaciones superiores donde más tarde continuaría su tarea. Apenas llevaba unas horas en el castillo y ya sentía como la piel de sus manos se volvía áspera.

Llevaba consigo la bolsa de oro que el señor Charles le había entregado a buen recaudo, de hecho no se había separado de ella por temor a perderla, así que en cuanto vio a su tía corrió a sus brazos.

—¡El susto que me has dado muchacha! —exclamó ésta—Eres tan terca como tu difunta madre —terció separándose levemente de ella—. Era yo la que debía venir aquí Bella y ahora es demasiado tarde, ya le he dicho a ese señor que me cambiaría por ti y me ha confirmado que no es posible. ¿Qué has hecho muchacha?, ¡Te has condenado!

—No tía… —susurró Bella sacando la bolsa de oro y dejándola sobre la palma de la mano de la única mujer a la que podía considerar casi una madre—. No podía permitir que lo hicieras, jamás me habría perdonado separarte de tus hijos por mi culpa y sé que estando aquí,

padre estará a buen cuidado. Necesito que te asegures de que se recupera y solo así podremos saldar mi deuda. Hasta entonces yo estaré bien, he conocido al señor del castillo y no es tan malo como crees —mintió descaradamente y no pudo evitar rodar la mirada hacia otro lado—. Apenas tenemos tiempo tía, solo prométeme que no le dirás a padre que estoy aquí, que harás todo lo posible por evitar que él lo sepa hasta que se recupere totalmente.

Bella observó a su tía mientras suspiraba y ladeaba el rostro dando a entender que eso iba a ser difícil de conseguir, pero esperaba que entendiese que si le decía a su padre donde se encontraba, sufriría aún más en su agonía por la preocupación y lo último que deseaba es que empeorara su salud.

—Algo me inventaré… —ratificó finalmente tía Rosemary y Bella volvió a abrazarla.

—Pronto estaremos de nuevo juntas. Te lo prometo, hasta entonces cuida de padre y de Pierre y Belmont.

—Lo haré pequeña. Te prometo que lo haré.

Bella se marchó antes de que las lágrimas pudieran surcar sus ojos y que su tía comprendiera que estaba muerta de miedo a pesar de hacerle creer lo contrario.

Aquella tarde comprendió lo que a partir de ahora le esperaba, casi no recordaba la cantidad de veces que había debido subir cargada de cubos a la primera planta para fregar el ala oeste. Tenía los músculos doloridos, los brazos adormecidos, las piernas cansadas, en su vida había estado tan agotada y solo acaba de comenzar. Antes de dejar que el sueño le venciera su último pensamiento no fue otro que evocar esos ojos que no lograba apartar de su mente por más que lo quisiera evitar.

Las primeras luces del alba se filtraron por aquella pequeña ventana y en cuanto escuchó los golpes en la puerta imaginó que era hora de ponerse en pie para comenzar la faena. Tardó varios segundos en lograr levantarse al sentir la pesadez de su cuerpo, pero su espíritu estaba animado, más que dispuesto a enfrentar aquel día con una sonrisa en los labios.

—¡Buenos días! —exclamó alegre en cuanto entró a la cocina donde todos los sirvientes del castillo habían tomado asiento para el desayuno.

—Como se nota que es nueva, aún le dura la sonrisa —contestó un hombre poco antes de llevarse la hogaza de pan a la boca y Bella frunció el ceño.

—No le hagas caso muchacha, por aquí solemos tener pocas caras nuevas y menos aún tan jóvenes. Creo que no nos presentaron ayer, soy la cocinera del castillo, me puedes llamar Megan —concretó la amable mujer mientras le presentaba a todos los comensales que había en la mesa y que formaban parte de la servidumbre del castillo.

Bella sonrió a todos, aunque ninguno le respondió el gesto y por sus rostros denotaba la

falta de felicidad que reinaba en aquel lugar. ¿Terminaría ella teniendo la misma expresión que aquella gente? Finalmente se sentó junto a Megan que le sirvió un poco de leche con avena y una pequeña hogaza de pan recién horneado.

—¿No tenéis panecillos de leche? —sugirió Bella ya que era su desayuno favorito.

Más de una risa ahogada se propagó por la mesa.

—A Megan le salen duros y desde que murió la anterior cocinera, nadie en el castillo los ha vuelto a probar —dijo el hombre al que Bella reconoció como Alfred y que se encontró en los jardines cuando llegó al castillo.

En aquella mesa solo había una veintena de personas y le sorprendía que hubiera tan pocos criados en el castillo. La mayoría de ellos superaba la edad de su tía Rosemary, se preguntaba en que situación se encontraría cada uno de ellos para haber contraído una deuda con la Bestia.

«Señor de la Rose» se repitió a sí misma tratando de no llamarlo por ese apodo con el que siempre lo había conocido.

—En ese caso y si a Megan no le importa, podría ayudarla a hacerlos y probar si los míos son aceptables —sonrió Bella contemplando a la cocinera con cierta complicidad.

—¡Por supuesto! —exclamó esta amigable—. Aunque primero tendrás que terminar todos tus quehaceres muchacha o el señor del castillo pensará que tratas de perder el tiempo.

A juzgar por la altivez que tenía dicho señor en el breve encuentro que había tenido, dudaba que se preocupara de que el personal que le servía cumpliera su cometido, pero apenas llevaba un día y suponía que aquella mujer conocía mucho más que ella como funcionaba todo.

Bella asintió con una sonrisa y se dispuso a terminar su desayuno mientras escuchaba las conversaciones del personal del castillo.

El sonido de una campana irrumpió entre el breve cuchicheo que mantenían en la mesa y todo el mundo se levantó rápidamente abandonando la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bella.

—La Bestia se ha despertado —contestó Megan suspirando y apresurándose para tener lista la bandeja en la que servían el desayuno al señor del castillo.

Bella se dirigió junto a Agnès hacia el ala este del castillo. Allí era donde se encontraban las estancias que pertenecían al señor de la Rose y según la vieja doncella, éste se levantaba cada día poco después del alba. Si estaba de buen humor iba de caza y no volvería en varias horas e incluso podía no regresar hasta el almuerzo. Si por el contrario estaba malhumorado volvía en apenas una hora cuando ya se sentía lo suficientemente ejercitado.

—¿Y como sabremos que ha regresado? —preguntó Bella casi en un susurro para que

nadie la escuchara.

—Lo sabrás querida, lo sabrás —jadeó la doncella como si fuera evidente y Bella sentía cada vez con mayor intensidad que todos le temían.

Cuando Agnès abrió las puertas dobles que daban a la habitación del señor del castillo, Bella tuvo que habituarse a la oscuridad que allí se cernía. Apenas entraba claridad por los grandes ventanales y lo primero que hizo la vieja doncella fue abrir las cortinas para que la luz se filtrara por toda la estancia.

En ese momento Bella se quedó completamente sin habla. Todas y cada una de las paredes de aquella habitación eran talladas en madera con minuciosa labranza, ella más que nadie sabía las horas de trabajo que aquello implicaba. Alzó la vista al techo, donde vislumbró una enorme lámpara de araña cuyas velas flotaban y unas molduras preciosas en oro le daban elegancia. La cama estaba situada en el centro y era la más grande que Bella había visto en todos sus años de vida, cubierta por varias pieles de lo que podía atreverse a asegurar que eran de una suavidad extrema y que invitaba a lanzarse sobre ellas a pesar de estar arrugada y deshecha, señal clara de que allí acababa de levantarse alguien.

Había una gran chimenea de acabado en mármol donde aún permanecían las ascuas de toda la noche y frente a ella una butaca de un terciopelo en burdeos, donde Bella imaginó que aquel hombre de ojos verdes pasaba las horas contemplando el fuego. Al lado tenía una pequeña mesa de madera donde residían varias botellas de licores, a juzgar por el estado casi vacío casi se atrevería a decir que bebía cada noche.

—¡Vamos niña! —exclamó Agnès—. El señor quiere sábanas limpias cada día, rellenar los licores, cambiar las velas, limpiar el polvo, sacudir los tapices, fregar el suelo, quitar el hollín de la chimenea, reponer la leña, recoger la ropa sucia y colocar la nueva. Ahora que estás aquí, serás tú quien lave y planche la ropa del señor, así como arreglar alguna prenda si es necesario, ya te enseñaré si no sabes muy bien como hacerlo.

¿Qué?, ¿Lavar y planchar su ropa?, ¿Ella? Casi sintió pánico y no precisamente porque no supiera hacerlo, que también, sino porque sería casi como tocarle a él.

Aun así, no dijo nada. Sabía perfectamente que hacerlo no cambiaría los hechos, sino que se limitó a ayudar a Agnès y en poco menos de dos horas ya habían terminado.

Mientras ella se quedaba haciendo el resto de estancias en ese ala, Agnès se fue a la planta baja para avanzar aún más rápido, aunque Bella sabía que solo era una excusa para no tener que subir los cubos de agua hasta la planta superior, así que sonrió para sus adentros cuando le daba argumentos para convencerla de que de ese modo ambas terminarían con antelación.

Bella comenzó a canturrear viejas canciones de su infancia o de las que había escuchado

tantas veces a tía Rosemary para amenizar la mañana y lo cierto es que parecía funcionar a pesar de sentir la fatiga en sus brazos de tanto cepillar el suelo junto a sus rodillas que se quejaban del duro pavimento. El sonoro estruendo la asustó y eso hizo que le diera un manotazo al cubo de latón y éste se vertiera por todo el suelo. Cuando alzó la vista levemente contemplo unas botas de color marrón oscuro frente a ella, justo hasta donde llegaba el agua derramada.

—¡Qué hacéis en mis estancias!, ¡Y qué es todo esto! —gritó una voz atronadora que hizo que Bella se encogiera, pero a pesar de ello alzó la vista y vio de nuevo al que sin duda era el señor del castillo.

Parecía furioso y más que furioso; enfadado.

—Lo lamento, enseguida me marcho y…

—¿Quién os ha dado permiso para dirigiros a mi?, ¡Sois vos!, ¡Al parecer sí estáis sorda de verdad!

—No estoy sorda —atajó Bella no sabiendo si eso empeoraría o no las cosas.

—¿No? Yo diría que sí, ¡Y me habéis estropeado mis mejores botas!

¿Estropear sus botas?, ¡Si era agua!

—¡La culpa es vuestra que me habéis asustado! —exclamó Bella y después cerró apresuradamente la boca al ser consciente de lo que acababa de hacer.

«No. No le había gritado. No. No le había contestado. No. No había respondido de malas formas al señor del castillo al que apodaban Bestia»

En aquel momento observó como aquellos ojos verdes la miraban con intensidad y no sabía si eso era una buena señal o si por el contrario se acababa de ganar un castigo ejemplar, pero era inevitable pensar que, a pesar de ello, incluso con aquel ceño fruncido y su inquietante aura sombría, era hermoso. Absoluta e irremediablemente hermoso.

—Un día sin probar bocado hará que uséis vuestros oídos y la próxima vez que volváis a hablarme de ese modo, probaréis la celda de castigo. —A pesar de parecer enfadado, no gritó cuando lo dijo, sino que más bien parecía tan calmado que Bella sintió únicamente escalofríos—. Y ahora recoged todo esto y perdeos de mi vista o sumaré una semana en ayuna a vuestro castigo.

5
BELLA

Celda de castigo, ¿Había una celda propiamente para someter a los sirvientes a un castigo? Bella ni siquiera pudo preguntar, sino que se quedó de pie observando como la silueta de aquel hombre ser perdía tras las puertas y recordó que acababa de castigarla con un día entero sin comer. Si era sincera había esperado algo peor, algo que incluía látigos o cadenas a juzgar por el carácter de ese hombre y aunque un día entero sin probar bocado iba a ser muy largo, lo prefería al dolor que implicaban esos otros métodos de tortura.

¿Sería capaz aquel señor del castillo de implicar castigos tan severos?, ¿Hasta donde llegaba su crueldad? Lo cierto es que no lo quería pensar, sino que se limitó a recoger todo aquel estropicio antes de que también la dejara en ayuno toda la semana.

Sabiendo que al día siguiente no probaría bocado alguno, fue cogiendo toda la fruta que encontraba a su paso para guardarla en su mandil y comerla al alba, probablemente ese sería su único alimento para toda una jornada de arduo trabajo. Al igual que la noche anterior, cayó rendida en su camastro y apenas se abrigó por el esfuerzo que esto implicaba. ¿Cómo iba a sobrevivir durante meses si le dolía cada músculo de su cuerpo? Pensó mientras el descanso le aliviaba. No quería despertar a la mañana siguiente pues el día que le aguardaba era demasiado largo para enfrentarlo.

Cuando Bella abrió los ojos se maldijo a sí misma porque la noche hubiera sido tan corta. Ese día tenía prohibido entrar en las cocinas como parte de su castigo, así que sacó la manzana de su bolsillo y le dio el primer bocado tratando de ver el lado positivo de la situación; aunque su estómago rugiera y lamentara haberle contestado de esa forma al señor del castillo, lo cierto es que el ímpetu con el que le había respondido le había hecho sentir una satisfacción innegable a pesar de que se hubiera arrepentido segundos después.

Quizá esa Bestia no estaba acostumbrada a que nadie le plantase cara, aunque hacerlo sería someterse a su crueldad, puesto que era él quien gobernaba.

Era evidente que aquel hombre solo trataba de infundir miedo a todos los habitantes del castillo y que se regía por ello para gobernar sus dominios. Probablemente solo les considerase

escoria a la que él solo le ofrecía limosnas en compensación por el trabajo que hacían. Se preguntaba porqué alguien que lo tenía todo era así y fue consciente de qué no sabía nada sobre la Bestia, ni tan siquiera su nombre o algún dato del porqué había llegado a ser lo que ahora era, era un auténtico misterio por resolver. De algún modo quiso saber más sobre el pasado de aquel hombre de ojos hermosos, como si necesitaba encontrar la justificación sobre sus actos, aunque en el fondo sabía que solo era esa incontrolable necesidad de encontrar respuestas a sus preguntas.

Agnès la esperaba al final del pasillo, aunque Bella pensó que la sometería a un interrogatorio sobre su castigo, lo cierto es que la anciana no dijo nada al respecto.

—Te acostumbrarás a pasar hambre querida —mencionó conforme subían las escaleras y Bella ahogó un suspiro—. Recuerdo mis primeros días aquí, no eran con el señor que tenemos ahora sino con su padre, pensé que iba a quedarme en los huesos durante la primera semana —recitó algo ahogada por hablar y subir los escalones al mismo tiempo.

A Bella no le interesó el hecho de que el señor del castillo impartiera de forma común aquel tipo de castigo, sino que Agnès había mencionado al padre del señor de la Rose, y por lo que decía era igual o peor que éste.

—¿Cuánto hace que trabajáis aquí? —preguntó Bella.

Desde que la conoció supuso que llevaba muchos años en el castillo, pero no se atrevió a preguntar por la falta de confianza. Ahora que la anciana había dado lugar a aquella conversación, se sintió más cómoda para preguntarle detalles que quizá no obtendrían respuesta en otros sirvientes de la casa.

—¡Oh! —exclamó la mujer—. Más de media vida —jadeó y Bella observó que parecía quejarse de una pierna ya que cojeaba.

No podría atisbar su edad, sobre todo porque si llevaba tantos años trabajando allí probablemente aparentase más de los que realmente tenía, pero Bella calculó que pasaba de largo la cincuentena.

—¿Con que edad entrasteis a trabajar en el castillo? —agregó prestando especial atención a aquella cojera.

—Estáis muy preguntona esta mañana, muchacha —contestó con cierto atisbo de ironía.

—Podéis llamarme Bella, así suele llamarme la gente que aprecio —sonrió amablemente —. Lamento si os he ofendido, solo trataba de distraer a mi estómago y prestar atención a otra cosa que no fuera el ruido de mis tripas —añadió maquillando sutilmente la verdad.

Bella notó como Agnés parecía conformarse con su respuesta y pensó que tal vez le contaría su historia.

—Llegué aquí hace treinta y cinco años cuando ni tan siquiera el señor del castillo había llegado a la vida. Mi padre tenía una deuda con el señor de la Rose por ese entonces, así que cuando murió dejándonos a mis hermanos y a mi, huérfanos. Tuve que venir al castillo y ofrecer mis servicios para saldarla, puesto que era la mayor de todos ellos. Soy la que más tiempo lleva al servicio del castillo, por eso me ocupo de las habitaciones del señor, con los años una se termina haciendo a sus costumbres.

La historia de Agnès era bastante triste, había pasado prácticamente toda su vida y juventud en aquel castillo. Seguramente no se habría casado, ni había tenido hijos al dedicarse en cuerpo y alma a pagar la deuda que ni tan siquiera era suya por salvar a sus hermanos.

—¿Y aún no habéis pagado la deuda a pesar de todos estos años? —preguntó Bella atónita.

—No querida —negó con cierta pesadez—. Aún faltan cinco años para que pueda saldarla y entonces seré libre. Aunque no conozco otra vida que no sea esta. Tuve una hija hace veintiséis años, pero el señor no me permitió quedármela, así que la entregué a una de mis hermanas. Solo rezo por vivir lo suficiente para verla antes de morir —sonrió dulcemente y a Bella le fue imposible no derramar una lágrima ante su triste historia.

Ni tan siquiera sabía que responder, ¿Qué podía decir ante una historia tan conmovedora? Casi podía asegurar que todas y cada una de las personas que allí trabajaban tenían una historia trágica para haber terminado en el castillo.

—Estoy segura de que la estará esperando con los brazos abiertos cuando salgais de aquí Agnès. Yo lo estaría si mi madre volviera a mi lado —aseguró Bella y se convenció a sí misma que haría todo lo posible por sacar a aquella anciana mujer de allí antes que ella.

—¡Al final me harás llorar! —exclamó alzando una mano y sacudiendo el trapo con el que limpiaba el polvo y Bella comenzó a reír.

—¿Y cómo era el antiguo señor del castillo? —preguntó Bella volviendo al tema inicial de conversación.

—Casi tan déspota como su hijo. Había rumores que decían que no era así, sino que la locura lo cegó tras la muerte de su esposa, después contrajo nupcias con una joven de la ciudad, la cuál le dio un hijo, pero se marchó al poco tiempo abandonando a la criatura. —Bella escuchaba la voz lejana de Agnès como si estuviera contando una historia sin ser plenamente consciente de que esa historia era precisamente la del actual señor del castillo.

¿Su madre lo había abandonado?, ¿Qué clase de mujer podría hacer eso con su hijo? Aunque no quisiera compadecerse de él, a pesar de que aquello no justificaba su crueldad, fue incapaz de sentir cierta aprensión por aquel hombre déspota que gobernaba el castillo.

Bella no quiso hacer más preguntas a Agnès sobre su señor. Lo último que deseaba hacer creer a la anciana es que existía algún interés en él, nada más lejos de la realidad que solo era satisfacer su curiosidad o más bien, entender porqué no dejaba de pensar en aquella mirada de ojos verdes si la había tratado de forma condescendiente las dos ocasiones en que lo había visto. Tal vez su subconsciente trataba de comprender porqué era así en lugar de aceptar que existían personas crueles a las que no le importaban los demás.

El señor Charles vino a buscarla cuando estaba finalizando su tarea en la planta superior, normalmente era Agnès quien le daba las directrices que debía seguir, así que se sorprendió de que el guardián del castillo la buscara.

—Mirabella, el señor del castillo ha solicitado expresamente que le sirvais el almuerzo y la cena en el gran salón —mencionó pausadamente.

Bella sabía que no podía objetar aquella aseveración, pero que el señor del castillo hubiera pedido expresamente que fuera ella no llegaba a su comprensión.

—¿Y si no sé atenderle adecuadamente? —preguntó por tratar de sonsacar más información.

—Lo haréis debidamente, solamente debéis servirle adecuadamente cuando lo solicite y permanecer junto a él hasta que decida marcharse o indique que lo hagáis vos. Imagino que su petición solo forma parte del castigo.

¡Por supuesto! Si pasar todo un día sin probar bocado no le parecía suficiente, la obligaba a oler y ver platos suculentos a su alcance sabiendo que no iba a poder probarlos.

Comenzaba a comprender porqué tenía ese apodo tan bien ganado, aunque si pensaba que con eso ella se retractaría, que esperara sentado. Aquello solo había logrado que una furia interna explotara en sus entrañas por tal ensañamiento.

—Por supuesto. Será un placer servir al señor —contestó Bella con una más que fingida sonrisa.

El señor Charles le entregó un nuevo uniforme que debería llevar para servir las comidas. Bella lo observó detenidamente y vio que se trataba de un vestido en tonos claros de una tela mucho más refinada que el que le habían dado para limpiar los aposentos del castillo. Bajo la prenda estaba el corsé para que se ajustara a su cuerpo y pensó que al menos sacaría algo bueno, ya que durante unas horas llevaría un tejido que no provocaba rojeces en su cuerpo.

El corsé le quedaba algo pequeño, seguramente porque habría pertenecido a alguien que tenía mucho menos pecho, así que, a pesar de sentir la falta de aire, se terminó de ajustar el vestido y salió con paso decidido. No tenía ningún espejo en el que mirarse, pero era consciente de que no enseñaba los tobillos por lo que el vestido sí parecía ser de su talla.

Entró al gran salón y pudo ver que la enorme mesa estaba dispuesta únicamente para un solo comensal. Habían dejado un carrito lleno de fuentes y recipientes con comida debidamente tapados para que no perdieran calor mientras eran servidos. Todo parecía estar dispuesto, salvo porque faltaba lo fundamental; el señor que supuestamente iba a disfrutar de todos aquellos manjares que a Bella le estaban provocando un deleite sensual en sus fosas nasales mientras la boca se le hacía agua de pensar lo indudablemente sabrosos que serían.

Antes de preguntarse donde estaba, el sonido de la puerta dio paso a las grandes zancadas con paso firme de aquel hombre con rostro severo. Tenía la vista fija al frente y ni tan siquiera reparó en observarla, así que Bella supuso que aquello era algo que solía hacer siempre con el servicio. Nadie le apartó la silla para que se acomodara, sino que él mismo lo hizo y en cuanto se inclinó hacia atrás para acomodarse, su voz irrumpió el silencio en el que solo podía oírse el crepitar del fuego procedente de la gran chimenea y las tripas de Bella sonando descaradamente.

—¡Servid el vino! —rugió como una orden y Bella se mordió el labio mientras se obligaba a coger la botella que había junto a la copa y verterla con sumo cuidado—. Si derramáis una sola gota sabréis lo que es pasar hambre también mañana —amenazó y Bella sintió que aquello solo lo decía precisamente para que sus manos temblaran del pánico y derramase todo el vino.

No dijo nada, sino que dejó de nuevo la botella al lado de la copa y dio un paso hacia atrás para distanciarse. Por suerte, le había servido el vino a su padre durante más de diez años, así que en cierta forma estaba agradecida en aquel instante.

—¿A qué esperáis inútil?, ¡Servid el entrante! —gritó y Bella se acercó a la sopera para cogerla entre sus manos y acercarse a la mesa.

A pesar de no querer fijarse, pudo contemplar su perfil con la mirada al frente, tenía el rostro curtido y marcado por unas facciones serias, a pesar de ello era absolutamente hermoso. ¡Maldita fuera!, ¿Por qué tenía que pensar ella que era hermoso si precisamente era detestable? Retiró la sopera tras servirle y la colocó de nuevo en el carrito. No dijo nada, sino que se limitó a coger el cubierto adecuado y probarla. Casi podía asegurar que estaba buscando razones para quejarse o gritar, era como si el hecho de que la comida fuera sabrosa o estuviera buena le fastidiara. No comprendía como alguien podía reservar en su interior tanta furia y rabia.

Conforme avanzaban los platos Bella apreció que aquel hombre parecía encontrarse más relajado o tal vez era una impresión apresurada ya que apenas llevaba tres días y en las tres únicas ocasiones que lo había visto la había insultado de varias formas; furcia, sorda e inútil eran los calificativos que llevaba hasta ahora.

—Sois bastante joven para trabajar en el castillo, ¿Qué edad tenéis? —La pregunta sorprendió tanto a Bella que casi creyó que la había imaginado. ¿Le hablaba a ella?, ¿Le había

hecho una pregunta en un tono cordial en lugar de exigirla? Estaba tan sorprendida que no abrió los labios para responder por si solo eran imaginaciones propias—. Ayer dijisteis que no erais sorda, pero comienzo a dudarlo seriamente.

Bien. No lo había imaginado, pero que la insultara de nuevo sin motivo alguno la exasperaba.

—No estoy sorda, señor —contestó Bella a su espalda—. Dijisteis que no me dirigiera a vos y la única vez que lo hice me castigasteis, así que si no os contesto es únicamente porque vos así me lo habéis impuesto.

Para su absoluto asombro Bella escuchó una vibrante risa y eso provocó que abriera los ojos atónita ante lo que sus oídos oían.

6
BELLA

No podía haber imaginado que aquel hombre de rostro serio y taciturno podía sonreír y menos aún que ella lo hubiera provocado.

—Y por lo que veo también sois versátil en el arte de manipular mis órdenes —mencionó como si aquella aseveración le hiciera gracia y ella no lo comprendía.

¿No estaba enfadado? Quizá solo era un preludio para volver a castigarla. Bella no sabía si en realidad debía o no contestar a aquella aseveración pues prácticamente le había dicho que manipulaba sus palabras cuando en el fondo no era más que una verdad dicha de forma educada.

—Más vino —mencionó él haciendo que ella se acercara—. Y contestad ahora a mi pregunta, no os castigaré si lo hacéis —añadió en un tono de voz suave que Bella casi habría jurado que en él no existía.

Imaginaba que se refería a su edad y aunque no comprendía porqué podría tener interés en ello, pensó que quizá era un inicio hacia una tregua no establecida a juzgar por la forma en la que parecía dirigirse a ella.

—Hace poco cumplí los diecinueve años, mi señor —contestó calmadamente y se preguntó que edad tendría él, estaba segura de que era joven, pero debía tener algunos años más que ella, ¿Rozaría la treintena?

Desde luego no iba a preguntárselo por mucha curiosidad que tuviera, pero se recordó a sí misma que Agnès debía saberlo con certeza, pues ella trabajaba en el castillo desde antes de que naciera.

—No parecéis tener las manos de una doncella. —Aquellas palabras hicieron que Bella sintiera un leve escalofrío por dentro, ¿Se había fijado en sus manos? Sentía cierto nerviosismo porque se fijara en ella—. Y a juzgar por vuestro atuendo imagino a qué os dedicabais antes de llegar aquí. —Su voz se había vuelto soberbia y autoritaria de nuevo, Bella podía apreciar su mandíbula altiva a pesar de no verlo directamente.

¿Su atuendo?, ¿Qué le sucedía a su atuendo?, ¡Si ni siquiera lo había elegido ella! Es cierto que el corsé le apretaba demasiado, pero aparte de eso no veía nada malo en su aspecto o

eso pensaba.

—No entiendo a que… —comenzó a balbucear Bella.

—Calentar mi cama no aliviará vuestros quehaceres en el castillo, sirvienta —dijo sin más y Bella alzó una ceja sin comprender que significaba calentar su cama—. Ni os concederá privilegios si es lo que creéis. Así que, si eso os ha funcionado hasta ahora, conmigo no lo hará, aunque si queréis ganar unas monedas por abrir vuestras piernas…

En ese momento a Bella se le derramó todo el vino fuera de la copa, ¿De verdad sus oídos habían escuchado abrir sus piernas por unas monedas?, ¿Aquel hombre estaba pensando que ella se le estaba insinuando?, ¡Que descaro era ese!, ¡Ella!, ¡Eso era el colmo!

—¡Mirad donde servís furcia!

En aquel momento Bella no lo soportó más y cogió la copa de vino a medio llenar para tirársela directamente al rostro de aquella Bestia inmunda.

—Podéis matadme de hambre si queréis, pero no consentiré que digáis palabras obscenas sobre mi o que me acuséis de algo tan indignante como vender mi cuerpo —mencionó tan fríamente que ni le temblaba el pulso.

Bella observó como sin siquiera secarse el rostro, aquel hombre se levantó de la silla de un movimiento brusco y la asió del brazo tan fuerte que pensó que le había roto algún hueso de la presión que ejercía.

—¡Como os atrevéis a arrojarme el vino!, ¡Una sirvienta sin nombre! —bufó estirando de ella y acercándola a él para encararla directamente.

Su rostro estaba cercano al suyo, tanto que casi podía percibir esa aura de furia emanando de su cuerpo. A pesar de todo ello, Bella no podía dejar de admitir que sus ojos eran enigmáticos.

—Tengo nombre —contestó Bella sin amilanarse.

—¡Callaos! —gritó enfurecido—. Estáis aquí porque habéis contraído una deuda y ahora me pertenecéis. Sois mía hasta que vuestra deuda esté saltada y puedo hacer con vos lo que me plazca —rugió acercándose tanto a ella que Bella casi podía notar el aliento emanando de sus labios.

Aquellos ojos verdes estaban fijos en los suyos y una sensación extraña recorrió el cuerpo de Bella. No era miedo lo que la embriagaba sino algo que no podía describir con palabras. Sabía que debería estar aterrada, pero que la hubiera denigrado de aquella forma había hecho que un temperamento desconocido hasta ahora se apoderara de ella. Si tenía que sufrir las consecuencias las recibiría con la conciencia tranquila de que había defendido su honradez intacta.

Antes de poder replicar al respecto, la Bestia se alejó repentinamente y comenzó a caminar mientras la arrastraba tras él sin que ella pudiera evitar seguirle el paso

atropelladamente. Era fuerte, demasiado fuerte para ella y aunque sabía que no tenía escapatoria, quería que aquello terminara de una vez por todas. Estiró de ella por un largo y angosto pasillo hasta que cogió una antorcha y bajaron por unas escaleras donde se podía apreciar el olor a humedad conforme la temperatura descendía. Todo estaba absolutamente oscuro hasta que Bella comenzó a apreciar las celdas.

«Celda de castigo» recordó Bella y comprobó con sus ojos que sí existían y de hecho aquella Bestia inmunda le estaba llevando a una de ellas.

El sonido del hierro oxidado mientras abría la compuerta era escalofriante, de un movimiento brusco la empujó dentro haciendo que sus pies tropezaran y cayera al suelo.

—Rogad por vuestro perdón y el castigo será más leve. —Su voz era dura y firme, aunque Bella no lo pudiera ver entre la oscuridad del lugar, estaba segura de que su mandíbula altiva le delataba.

¿Rogar perdón por defender su honor?, ¿Pedirle disculpas cuando había sido él quien la había ofendido?

«Antes muerta que redimirse y hacerle creer a esa Bestia que era una furcia»

No pensaba responder, sino que guardó silencio y se quedó donde estaba esperando que él se diera cuenta de que no pensaba rogar ningún perdón para que la sacara.

—Muy bien —mencionó finalmente aquella Bestia—, una noche aquí os enseñará a ser más dócil —añadió conforme cerraba la puerta y Bella sentía el ruido de las llaves antes de ver como la única luz que iluminaba parte de la celda se alejaba dejándola sumida en la más absoluta oscuridad.

Bella había perdido la noción del tiempo. Hacía frío, demasiado frío y ni tan siquiera se podía percibir el ruido de algún animal a su alrededor, hasta las ratas huían de ese siniestro lugar.

Ante el silencio escuchó ligeros pasos que se acercaban de forma sigilosa y una tenue luz comenzó a acercarse hacia ella. ¿Cuánto llevaba allí?, ¿Una hora?, ¿Tres?, ¿Quizá ya había llegado el nuevo día y por fin saldría de aquel agujero?

—Muchacha, ¿Estáis ahí? —susurró la que Bella interpretó como la voz de Agnès.

—¿Agnès, eres tú? —preguntó Bella acercándose a las rejas que daban al pasillo para que la viera.

—Por el amor de Dios, ¿Qué habéis hecho para que os trajera aquí? El señor llevaba mucho tiempo sin utilizar este lugar —preguntó acercándose a ella y Bella se incorporó para ponerse a su altura.

¿Mucho tiempo? Pues a ella le había amenazado con llevarla en su segundo día allí.

—Me acusó de querer meterme en su cama, de ser una furcia que solo buscaba sus

favores para dejar de ser una criada —aseguró Bella con rabia—. Así que le tiré la copa de vino a la cara.

Agnès guardó silencio por unos momentos y Bella pensó que probablemente la mujer no sabía que responder ante aquello.

—¿Y no deseáis meteros en su cama? —preguntó y aquello la ofendió de sobremanera.

—¡Por supuesto que no!, ¿Por quien me tomáis? —exclamó airada.

—Bueno, realmente no seríais la primera que intenta conseguir sus favores para obtener beneficios muchacha —aseguró Agnès—, aunque me imagino que no esperaba vuestra respuesta. Tenéis mucho coraje y eso no es bueno por estos lares, os traerá demasiados problemas si no asumís cuál es vuestro lugar en el castillo.

—Sé cuál es mi lugar Agnès, pero prefiero morir antes que consentir que ese hombre me insulte de nuevo —corroboró a pesar de que el frío penetrara sus huesos y se sintiera débil por la falta de comida en su cuerpo.

—Muchacha testaruda, aunque admiro vuestra tenacidad me temo que os traerá más mal que bien a vuestra vida —refunfuñó mientras negaba con el rostro y se palpaba el vestido—. Anda comed antes de que venga alguien y sea yo quien termine encerrada en esta celda con vos —apremió la mujer mientras Bella observó por la poca claridad de aquella vela que Agnès llevaba consigo, una pequeña talega cuyo contenido tenía majares suculentos para su estómago vacío.

Un trozo de pan, una porción considerable de queso y un pequeño racimo de uvas fueron suficientes para saciar su más que ansiado apetito. Agnès no solo le había traído comida, sino una pequeña pero gruesa manta de lana para resguardarse del frío.

—Gracias Agnès —susurró Bella no teniendo palabras de agradecimiento para la amable mujer.

—No tenéis que agradecédmelo, si enfermáis tendré que ser yo quien asuma toda la tarea de nuevo, así que abrigaros bien y aseguraos de esconderla cuando vengan a buscaros por la mañana —admitió en voz baja antes de marcharse, aunque Bella presentía que no había corrido aquel riesgo solo por asegurarse de que ella no enfermara, sino porque aquella mujer se preocupaba.

A pesar de la oscuridad, Bella se sentía mucho mejor tras la visita de Agnès, sentía que al menos había alguien en el castillo que velaba por ella, y que, pese a la crueldad de aquel hombre, existían personas buenas. Tuvo la certeza de que no se arrepentía de sus actos, pensó que era más fuerte de lo que imaginaba puesto que no solo se había enfrentado a él, sino que a su forma de verlo había ganado esa batalla.

No fue el señor del castillo, sino el guardián de este quien la sacó de aquella celda por la mañana.

—¿Habéis llevado todo este tiempo esas ropas? —preguntó en cuanto la claridad hizo que Bella se llevara una mano a los ojos después de pasar tantas horas en la más ciega oscuridad.

—Si —afirmó Bella—. Me dijisteis que debía ponérmelas para servir a al señor —contestó Bella sin comprender la pregunta.

—Lo lamento Mirabella, es obvio que pensé que vuestra figura era más menuda, el corsé… bueno… os….

Bella notó que el señor Charles no terminaba de aclarar qué sucedía.

—¡Virgen santa muchacha!, ¿Quien diría que teníais esos pechos tan bien escondidos? —exclamó de pronto la voz de Megan y las mejillas de Bella se tiñeron de un vibrante rojo.

¿Sus pechos?, ¿Qué les sucedía a sus pechos? Ella miró hacia abajo y vio la curva que estos formaban al estar tan aplastados, pero no sintió que tenía nada de malo desde donde su vista alcanzaba, aunque la forma en que el señor Charles evitaba mirarla le hacía pensar si no había algo erróneo en su vestimenta.

—Por favor Megan, acompañe a la nueva criada a sus aposentos y aseguraos que se cambie de inmediato.

—Por supuesto —corroboró esta cogiendo del brazo a Bella.

Mientras Bella recorría los pasillos de las habitaciones de los criados rigiéndose al final donde se encontraba la suya propia, no pudo evitar preguntar a Megan qué había de malo en ella ahora que no estaba presente el señor Charles.

—Megan… —susurró Bella—. ¿Voy vestida como una de esas fulanas que ofrecen sus servicios a cambio de unas pocas monedas? —preguntó pensando si el señor del castillo la habría juzgado de aquel modo por su atuendo.

—Claro que no querida, pero si que parece que buscas llamar especialmente la atención de algún hombre, imagino que el señor Charles no creyó que escondíais unos atributos tan grandes —sonrió esta y Bella se avergonzó mientras pensaba en lo que había sucedido la pasada noche.

Aquello reconfortó a Bella y aunque fue consciente de que quizá su vestimenta había provocado que aquella Bestia imaginase cosas que no eran, lo cierto es que no había sido la primera vez que la había llamado furcia descaradamente. No. De ningún modo pensaba arrepentirse de haberle tirado aquella copa de vino a la cara, es más, lo haría de nuevo si se dirigía a ella de ese modo.

La mañana fue tranquila, al menos todo la tranquila que podía ser si el señor no estaba en

el castillo, pero Bella descubrió pronto que su castigo no había terminado con pasar la noche en aquella celda, sino que el señor Charles fue a buscarla para indicarle que, tras terminar su tarea habitual, su señoría había solicitado expresamente organizar y limpiar la vieja biblioteca sin gozar de tiempo libre.

En su fuero interno Bella se regocijaba pensando que para ella no era ningún castigo, sino todo lo contrario, así que cuando el señor Charles le abrió la puerta y se adentraron en aquella estancia oscura, Bella comprobó que tenía los techos más altos que jamás había visto. La luz iluminó parte de aquella habitación cuando se corrieron las cortinas y ella quedó impresionada. Había libros por todas partes, muchos de ellos estaban tirados en el suelo como si hubieran sido arrancados de los estantes, había varias mesas con tomos desordenados y apilados, pero sobre todo podía respirarse el polvo por todas partes.

Las estanterías de madera llegaban casi hasta el techo y todas ellas estaban cubiertas de tomos en una variedad de tonalidades sin precedentes. Había vitrinas con algunos manuscritos, rollos de pergamino y Bella podía asegurar de que si rebuscaba podría encontrar papel y tinta en alguno de aquellos cajones.

—Comienza por limpiar el polvo, el señor quiere que sean ordenados por categoría y orden alfabético, imagino que para cuando termines de hacerlo quizá haya logrado que aprendas el abecedario —mencionó el señor Charles sin esperar una respuesta, sino que se dirigía hacia la salida de la biblioteca para dejarla a solas.

—No hará falta señor Charles, una de mis grandes pasiones son los libros —sonrió sin poder evitarlo y después se mordió la lengua esperando que éste no se lo dijera a su señor para que no la privara de aquel castigo.

—¿Sabéis leer? —preguntó lo suficientemente asombrado para que Bella lo detectara.

—Si. Mi padre se aseguró de que aprendiera a leer y escribir a una edad temprana —aseguró Bella.

—No es muy común en una doncella, por no decir que sois la primera —admitió frunciendo el ceño—, pero en este caso será bastante beneficioso para esta tarea.

—¿Podríais no decírselo al señor del castillo? —preguntó Bella antes de que el señor Charles se marchara.

Este pareció dudar un segundo y finalmente sonrió vagamente.

—Probablemente si se lo dijera no lo creería, así que no veo ninguna razón para hacerlo —admitió y cerró la puerta tras marcharse.

Bella sonrió complacida por dos cosas; la primera es que ese energúmeno pensaba que la estaba castigando cuando era todo lo contrario y segundo; tenía todos los libros que siempre

había deseado a su alcance.

7
BELLA

Los días fueron convirtiéndose en semanas y Bella había entrado en una rutina bastante apacible. Se levantaba al alba, desayunaba junto al resto de criados del castillo y hacía sus tareas con Agnès. Después se encerraba en la biblioteca durante horas, hasta que Megan venía a buscarla la mayoría de las ocasiones porque se olvidaba de acudir a las cocinas para la cena. No podía admitir que para ella era más interesante alguna de aquellas aventuras que el simple hecho de alimentar su estómago.

—Vas a enfermar de tanto trabajar muchacha —mencionó Megan dejándole la bandeja en un hueco que había sobre una de las mesas.

—No es tan pesado como parece —sonrió esta.

—Bueno, al menos mañana podrás descansar por la mañana —terció cruzándose de brazos y Bella atisbó que tenía ganas de charlar con ella.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —ironizó Bella no creyendo que el señor del castillo les diera un día libre a sus criados.

Por suerte no lo había visto en las últimas semanas, de hecho, no lo había visto desde su incidente aquella noche en que le tiró la copa de vino a la cara. ¿Tal vez se marchaba del castillo? No veía que podría impedir eso el hecho de limpiar de igual forma sus aposentos. Aunque llevaba semanas sin verlo, no podía evitar ser consciente de que aquellos ojos verdes la perseguían, incluso se veía a sí misma en ocasiones mirando a su espalda como si éste estuviera observándola. Había llegado a la conclusión que solo eran sus propios fantasmas, ella era tan insignificante para él que probablemente le daba igual si vivía o moría teniendo en cuenta las condiciones en las que la abandonó en aquella celda de no ser por Agnès.

—¿No te has enterado? —preguntó Megan como si no fuera posible que no estuviera informada—. Esta mañana salió de caza y volvió con una herida profunda en la pierna. Al parecer pisó una de las trampas que colocan algunos cazadores furtivos y traspasó la piel de sus botas.

—¡Oh dios mío! —exclamó Bella imaginándose la escena y sintiendo cierta aprensión.

—Se ha encerrado en su habitación y solo permite que entre el señor Charles. Está intratable, pero hasta que salga de la cama el castillo estará varios días en calma —sugirió Megan cruzándose de brazos.

—¿Y no ha venido ningún médico para ver su herida? —preguntó Bella horrorizada.

—La última vez que vino el médico del pueblo lo echó a patadas y la ciudad está a dos días de camino. Si el señor Charles no ha partido inmediatamente debe ser porque la herida no es tan grave.

Aquella noche Bella no podía dejar de pensar en lo que Megan le había contado y sentir cierta inquietud respecto al señor del castillo. ¿Qué le importaba a ella si éste sufría?, ¿Por qué no podía dejar de sentir aprensión por aquel hombre cuyo rostro la perseguía? Su inquietud era tal que no lograba conciliar el sueño y antes de que pudiera hacerlo, los suaves golpes a su puerta la sobresaltaron, era como si hubiera anticipado que de un modo u otro sucedería.

No sabía que hora era, pero tenía claro que aún no había amanecido, así que aferró fuertemente la manta a su cuerpo y se acercó para comprobar quien era.

—Despertad Mirabella, soy el señor Charles —escuchó tras la puerta después de que volvieran a golpear.

Bella abrió y encontró al guardián del castillo con un farol en la mano y completamente vestido como si fuera a salir de inmediato.

—¿Ocurre algo señor Charles? —preguntó desconociendo las razones por la que había acudido a su habitación a altas horas de la madrugada.

Algo le decía que el señor del castillo tenía que ver en ello y que probablemente aquella herida no era tan liviana como Megan indicó en un principio.

—Debo partir de inmediato hacia la ciudad y tardaré más de tres días en regresar con un médico. Necesito que atiendas personalmente al señor de la Rose en mi ausencia, Mirabella —contestó preocupado y algo fatigado según podía apreciarse en su rostro.

—¿Atenderle yo?, ¿No es mejor que lo hiciera otro sirviente del castillo que lleve más tiempo?

¿Porqué ella? La odiaba. La detestaba. Estaba segura de que le prohibiría la entrada en cuanto la viese.

—Solo Agnès y vos tenéis permiso para entrar en sus estancias y la vieja Agnès está demasiado mayor para soportar su ira en estos momentos. Sois más fuerte y joven para tratarle. Tenéis la templanza suficiente para aguantar hasta mi regreso —contraindicó el señor Charles y ella pensó que en realidad le debía ese favor a la vieja Agnès porque si no lo hacía, sería la mujer mayor quien sufriría su ira en aquellos momentos.

—¿Él lo sabe? —pregunté inquieta porque no sabía como afrontar aquello después de varias semanas en calma.

—No, pero en cuanto me haya marchado no tendrá mas remedio que aceptar la situación, aunque eso le hará enfurecerse. Su herida no ha dejado de sangrar y me temo que, si no salgo inmediatamente, pronto se le infectará y comenzará a padecer fiebre. Debo partir enseguida, ya he perdido demasiado tiempo discutiendo este asunto con el propio señor de la Rose, pero debo hacer lo más conveniente para él aunque no esté de acuerdo en ello. —Se apresuró a decir y Bella pensó que, a pesar de todo debía tenerle estima a esa Bestia para no acatar su orden.

Bella observó que no se marchaba de su puerta y supuso que a pesar de tener que marcharse, no sabía en qué condiciones estaba abandonando al señor del castillo. Quizá necesitaba que ella se lo dijera. No podía irse sin asegurarse que lo dejaba en buenas manos.

—Podéis partir señor Charles, atenderé al señor de la Rose en vuestra ausencia.

En realidad, lo hacía por Agnès y porque realmente el señor Charles era un buen hombre que parecía demasiado preocupado. No se lo había ordenado, sino que le había dicho que necesitaba que lo hiciera. Tal vez pensara que si le imponía cuidar de él, no lo haría de buen agrado.

Aquella mañana tras el desayuno, Bella se apresuró a subir las escaleras con la bandeja preparada para el señor del castillo. El recorrido era el mismo que hacía cada mañana para adecentar aquellas estancias, solo que por primera vez iba a entrar en sus aposentos estando él presente en ellos.

Cuando llegó a la puerta no supo si debía llamar o simplemente entrar, pero su sentido común le dijo que llamase suavemente a pesar de que sabía que estaba despierto por el sonido de la campana que había alertado como cada mañana para indicar que deseaba tomar su desayuno.

—¡Adelante! —exclamó aquella voz contundente y Bella se adentró adaptando sus ojos a la penumbra de la estancia.

—¿Qué hacéis aquí?, ¡Largo!, ¡He ordenado que nadie entre en mis aposentos! —inquirió aquella voz profunda y Bella alzó la vista para comprobar que su rostro estaba lleno de furia.

A pesar de ello, Bella no podía dejar de observar aquella figura en esa cama enorme. Su camisa permanecía abierta en forma de uve y su piel bronceada saltaba a la vista provocando que no dejase de mirarle.

—Estoy aquí por orden del señor Charles —contestó finalmente Bella pensando que por primera vez su voz exigente no parecía contrariarla.

—El señor Charles no contradice mis órdenes, ¡Así que estáis mintiendo, zorra! —gritó y Bella pudo comprobar que emitía un quejido de dolor.

—El señor Charles ha partido a la ciudad en busca de un médico que os atienda, así que me ha ordenado que os sirva en su ausencia —contestó Bella acercándose a la mesilla que había junto a la cama y depositando la bandeja en esta.

—No me importa lo que os haya ordenado, ¡Largaos!, ¡No os quiero en mi presencia! —gritó y tras decirlo tiró la bandeja que Bella acababa de llevar al suelo—. ¡Y os podéis llevar esa escoria!

—¡Muy bien! —gritó Bella—. ¡Pues morid de hambre entonces por vuestra terquedad! —exclamó mientras se apresuraba a abandonar la estancia sin la menor intención de recoger el estropicio que él mismo había provocado.

Sabía que su estado no era el más apropiado y que probablemente no podría levantarse fácilmente, pero tal vez a esa Bestia le hacía falta un poco de su propia terquedad.

Conforme pasaba el día Bella no dejaba de mirar por la ventana como el sol descendía hasta comenzar a oscurecerse. Desconocía cuantas horas habían pasado desde entonces, pero el señor del castillo no había solicitado ni una sola vez la presencia de alguien en sus aposentos y comenzó a pensar que el orgullo de aquel hombre prevalecía por encima de sus propias necesidades.

No tenía que sentir culpabilidad, ¡Había sido él quien la había echado de su habitación cuando solo pretendía ayudarle! Pero, aunque no quisiera hacerlo, un resquemor no dejaba de repetirle en su conciencia que aquel hombre estaba herido e independientemente de lo que él quisiera o no, le había prometido al señor Charles que le atendería.

Tras la cena donde nadie había mencionado el estado del señor del castillo, ni tan siquiera Megan había mencionado porqué no le había llevado el almuerzo, Bella mencionó que le subiría la cena. Había pasado todo el día sin probar bocado alguno y esperaba que cuando la viera entrar, sus humos se hubiesen calmado.

—No ha sonado la campana Bella. Nadie entra en sus aposentos si no toca la campana —aseguró Megan como si tratara de advertirla.

—Iré de todos modos, solamente preparad la bandeja y del resto me encargaré yo misma —apuntó tratando de estar segura de sus palabras.

—Está bien, pero después no digáis que no os lo advertí cuando recibáis un buen castigo por ello muchacha.

Probablemente la dejara durante al menos tres días en aquella celda de castigo cuando se levantara de aquella cama teniendo en cuenta el suceso de esa misma mañana, así que añadir uno o dos días más a su penitencia no le importaba.

Subió las escaleras y comprobó que todo estaba en absoluto silencio, ¿Tal vez dormía? Si

era así solo tendría que dejarle la bandeja en la mesilla, recoger todo con sumo cuidado para no despertarle y se marcharía sin ser detectada.

Bella abrió cuidadosamente la puerta y percibió al instante que estaba fría. El fuego que debía prender en la alcoba se había reducido a cenizas sin que nadie lo siguiera avivando para que caldeara la habitación. Entre la penumbra se acercó hasta la cama y cuando el pequeño farolillo que llevaba colgando de una mano iluminó la silueta de aquel hombre, el brillo que cubría su piel bronceada la alarmó provocando que ahogara un pequeño grito en su interior.

—¡Dios mío! —exclamó dejando la bandeja sobre la mesa y acercándose a aquel hombre colocando una mano en su frente.

Ardía en fiebre y todo su cuerpo exudaba. Sabía que, si no mitigaba de algún modo aquella calentura podría ser muy peligroso. ¿Qué se supone que tenía que hacer? Tía Rosemary le había hablado en alguna ocasión sobre el peligro de la fiebre y que solo había que dar frío cuando la temperatura era demasiado alta y calor si descendía demasiado solo era una cuestión de controlarla, aunque lo que más preocupaba a Bella era la razón por la que sufría aquella fiebre y eso solo suponía que la herida estaba infectada.

¿Debía avisar a alguien?, ¿Tal vez contarle a Agnès lo que ocurría? Sabía que nadie salvo el señor Charles apreciaba al señor del castillo, sobre todo teniendo en cuenta que si éste moría todos ellos serían libres. En aquel momento pensó en su libertad, en que si le dejaba morir todos sus problemas acabarían y sus ojos recorrieron aquella majestuosa silueta del hombre que inconsciente deliraba en aquella enorme cama sin inmutarse de su presencia.

Aunque quisiera hacerlo sabía que era incapaz de dejar que muriera por más cruel y déspota que fuera. Seguramente aquel hombre no tendría ningún miramiento en dejar que ella lo hiciera, pero esa era la diferencia entre aquella Bestia carente de humanidad y ella.

Sin dejar que el pánico la embriagara bajo las escaleras apresuradamente mientras se dirigía hacia el jardín posterior donde sabía que el agua de aquel pozo estaría helada. Comprobó que todos se habían retirado a sus cuartos ajenos a lo que estaba sucediendo con el señor del castillo, probablemente porque a nadie le importaba. Pensar ese hecho le generó tristeza, ¿No tenía ningún pariente?, ¿Alguien que se preocupara por él?, ¿Qué ocurriría si moría?, ¿Existiría alguna persona que lo echara en falta? En ese momento se percató de que en todas aquellas semanas no había recibido ni una sola visita, ni de algún familiar o amistad, sino que el señor de la Rose parecía vivir de forma huraña en su castillo y apenas se alejaba de éste.

¿Por qué? Era joven, de una belleza considerable y afanosamente rico, ¿Qué hombre de tales cualidades prefería pasar su vida encerrado en solitario y en aquel lúgubre castillo? Ciertamente era un tirano y su carácter tan difícil de soportar hacía que no le extrañara que hubiera apartado a todos de su lado, pero aún así le generaba una tristeza sin igual saber que

estaba completamente solo en el mundo.

Con aquel pensamiento subió las escaleras con el cubo de agua fría y se dio cuenta de que no tenía paños limpios, así que rasgó su propia camisa interior para no tener que bajar de nuevo y se acercó sigilosamente hasta la cama de aquel hombre que le infundía tanto desasosiego.

A pesar de saber que estaba inconsciente y que no podría gritarle, era incapaz de acercarse, como si temiera que de pronto abriera los ojos y la sorprendiera tocándole.

—Basta Bella —se dijo a sí misma—. Él no es la Bestia, solo es un hombre ardiendo en fiebre que necesita ayuda —añadió como si aquello le diera el aliento necesario para quitarle la camisa completamente empapada y poder desnudarle de cintura para arriba.

Aquello era más difícil de lo que en un principio había imaginado, así que se subió a la cama mientras comenzó a retirar la prenda de suave lino comprobando la piel desnuda que yacía bajo esta. Era imposible no cubrir con sus ojos cada palmo de piel que descubría y cuando se incorporó suavemente para quitarle la camisa por los hombros, sus manos se deslizaron por la piel de aquella espalda sintiendo cierta rugosidad en sus dedos. Aquello llamó su atención, así que cuando se inclinó suavemente para verlo y su estupor fue en aumento tras comprobar las severas cicatrices que marcaban cruelmente la espalda de aquel hombre.

—Menta… —susurró aquella voz ronca y Bella se tensó creyendo que la Bestia había despertado y la iba a encontrar en una situación demasiado comprometida hasta para ella misma.

Bella sintió como aquel hombre rozaba su nariz en su cuello y sus dedos se entrelazaban en su cabello deshaciendo parcialmente el recogido que llevaba. Se quedó completamente quieta sin saber como reaccionar o qué hacer. ¿Debía decirle algo?, ¿Quizá era conveniente empujarle para que se acostase de nuevo ahora que le había logrado quitar la camisa?

Antes de que pudiera hacer algo, Bella percibió que los dedos de aquel hombre ascendían por su cintura recorriendo a través de sus prendas un camino hacia su garganta… contuvo el aliento conforme aquella mano rozaba su pecho y sintió que un calor inexplicable la embriagaba.

—Hueles a menta… —susurró con una voz más ronca en esta ocasión que provocó que Bella se estremeciera.

¿Había percibido el olor a menta de su jabón? Normalmente su tía Rosemary no ponía nada cuando lo elaboraba, pero en una ocasión descubrió en el mercado jabones con diferentes aromas y comenzó a añadir distintas plantas que producían diversos olores como el romero, lavanda o pétalos de flor. Su favorito era el de menta, porque era el que más tiempo prevalecía en su piel y en su cabello debido a su potente aroma. Lo cierto es que ella había dejado de percibirlo con el tiempo, quizá por el hecho de que se había acostumbrado a ello, pero el señor del castillo parecía opinar lo contrario.

8
BELLA

Bella no sabía si debía contestar o no a aquel hombre, ¿Sería consciente de sus actos?, ¿Recordaría algo al día siguiente? Y lo peor de todo, ¿Sabría que era ella? Lo dudaba. De saberlo la habría echado inmediatamente a patadas del castillo.

Su cuerpo permanecía en tensión, como si esperase que en cualquier momento él se desmayase o perdiera la conciencia solo para proceder a bajarle aquella fiebre. Lo que menos deseaba en ese instante era hacer algo que él pudiera recordar, ya tenía suficiente con estar allí sin su permiso.

Bella sintió como los dedos de aquel hombre rozaban su mentón y finalmente acariciaban sus labios, fue imposible no entreabrirlos dejándose llevar por aquella caricia inquieta al mismo tiempo que extraña. Era inverosímil que aquel hombre déspota y carente de sentimiento alguno pudiera ser tan dulce en solo una caricia. Podía percibir su cercanía, el aliento en su cuello acercándose peligrosamente a su garganta y la arrolladora conmoción por tan abrumadoras sensaciones la asustó, provocando que se alejara rápidamente y llevándose consigo la camisa que acababa de quitarle.

¿Qué era eso? Por primera vez en su vida se sentía vulnerable y desconcertada al mismo tiempo. Podía comprender el nerviosismo o la tensión del momento, pero no entendía que era esa arrolladora presión que percibía en su pecho. En aquel momento comprobó que el señor de la Rose había caído inerte sobre su lecho. Parecía estar profundamente dormido. Aquello la relajó, como si ser consciente de que él solo estaba delirando instantes atrás la tranquilizara.

Metió los retales que había desgarrado de su camisa en agua fresca y comenzó a colocarlos sobre la piel candente de la Bestia. Notó el leve gimoteo que éste emitía, pero fue surcando cada palmo de piel bronceada que tenía desnuda a su vista sin evitar pensar que aquel hombre tenía un físico ejemplar. Era evidente que se ejercitaba teniendo en cuenta aquel torso musculado, Bella podía apreciar la fuerza en sus brazos, así como sus ensanchados hombros y conforme pasaba aquel paño sin darse cuenta sintió que deseaba pasar en su lugar los dedos de sus manos.

Ser consciente de aquel hecho la perturbó y no solo porque no debía pensarlo, sino

porque ella debería odiar a ese hombre insufrible que solo sabía hacerle daño y detestar el simple hecho de tocarlo.

—¡Basta! —susurró mientras volvía a meter sus manos en el agua fría del cubo.

Ella debía odiarlo, detestarlo y despreciarlo por tratarla como escoria. Si estaba haciendo aquello solo era porque así se lo había prometido al señor Charles y porque en su corazón había humanidad, pero no porque aquel hombre infúndase algún sentimiento que no fuera de rechazo en ella.

La fiebre mitigó bien entrada la madrugada, aún así Bella decidió permanecer durante toda la noche en aquella habitación avivando el fuego y pendiente de la evolución de su señor. Acercó la butaca en la que suponía que tantas noches él debía sentarse frente al fuego para beber su licor, quizá no durmiera, pero al menos descansaría hasta que llegase el alba. Con las primeras luces, Bella se despertó a pesar de no haber dormido casi nada, se apresuró a levantarse y comprobó que la calentura había tornado con mayor fuerza si cabe, en ese momento se acercó a la ventana y corrió fuertemente las espesas cortinas para que la luz entrara en todo su esplendor. Percibió un atisbo de queja por parte del hombre que yacía inerte en aquel lecho, pero no hizo caso alguno, sino que se dirigió hacia él y destapando su cuerpo de las mantas que lo abrigaban quitó la venda que cubría su herida para ver con sus propios ojos que aquello no tenía buen aspecto, sino todo lo contrario.

No tenía que ser médico para saber que la herida no había sido limpiada adecuadamente y a juzgar por la profundidad con la que el hierro había logrado atravesar la carne no le extrañaba. ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora? El señor Charles tardaría al menos dos días en llegar, ¿Y si ya era demasiado tarde? De nada serviría controlar la fiebre si aquella herida que la provocaba no sanaba.

Se llevó las manos a la cabeza como si de ese modo pudiera pensar con mayor facilidad. Había leído que el alcohol ayudaba a limpiar una herida que se debía quemar para sellarla, pero no estaba segura de si en aquella ocasión podría funcionar, aquel libro de remedios no era demasiado explicito que digamos y de pronto recordó que tenía una biblioteca enorme a su disposición con cientos de libros sobre medicina.

Salió apresuradamente de la habitación rumbo a la biblioteca y tardó casi una hora en encontrar lo que buscaba, por suerte había pasado tanto tiempo en aquel lugar que ya sabía exactamente donde encontrar la sección que buscaba. Aquel libro de medicina hablaba de realizar un emplaste con varias plantas medicinales que no estaba muy segura de poder encontrar, aunque tal vez Megan si las conociera. Por otro lado, el libro mencionaba que antes de colocar aquel emplaste, debía abrir la herida para hacerla sangrar hasta que ésta dejase de supurar y brotara de un color rojo vibrante. No creía que podría ser capaz de hacer aquello, lo cierto es

que no creía que fuese capaz ni de empuñar un cuchillo para hacerlo, pero en cuanto pisó un pie fuera del castillo para volver a coger agua del pozo exterior, comprobó que comenzaba a nevar de forma intensa.

—¡Bella!, ¡Date prisa o te dejarán sin panecillos de leche! —gritó Megan llamando su atención y recordó que el día anterior aprovechando el leve descanso los había realizado junto a ella.

—Enseguida voy —advirtió pensando que no podía entretenerse demasiado.

Mientras entraba en las cocinas donde todos parecían sentados y más contentos de lo habitual, Bella se sirvió dos panecillos en un paño y vertió leche templada en un vaso para beberla rápidamente.

—Esperemos que el señor Charles regrese antes de que la nieve bloquee el camino como todos los años o tardará semanas en regresar —comentó Megan con cierto aire de preocupación.

—Cualquiera diría que estás ansiosa porque regrese, querida —dijo repentinamente alguien y el rubor en las mejillas de Megan fue evidente.

Bella comprendió entonces dos cosas, que a la cocinera del castillo le gustaba el señor Charles y que era muy probable que cuando regresara fuese demasiado tarde.

—Megan, ¿Podrías ayudarme? El señor me pidió ayer que le llevase a primera hora el desayuno a su alcoba —dije llamando su atención y en cuanto escuchó mis palabras se levantó apresuradamente.

—Podrías haberlo dicho antes muchacha —contestó alterada acercándose hasta mi y conseguí que ambas fuéramos hacia un lado aislado de la cocina.

Mientras Megan preparaba la bandeja, Bella estaba intranquila, no sabía de que forma preguntarle donde podría conseguir aquellas plantas medicinales.

—Si quisiera hacer una receta antigua de mi abuela con algunas plantas, ¿Sabes a quien podría pedírselo? —preguntó tratando de parecer tranquila.

—Alfred por supuesto —soltó Megan mientras Bella veía que colocaba un panecillo de leche en la bandeja—. Se encarga del jardín y del pequeño huerto, sabe todo sobre plantas y si no las tenemos, sabrá donde encontrarlas en el bosque —apremió Megan sin prestarle mucha atención.

Aquella misma tarde Bella acudió a Alfred para que le buscase aquellas plantas medicinales y para su absoluto asombro éste se las trajo solo dos horas más tarde. Conforme avanzaba el día, la nieve no había dejado de caer intensamente y de algún modo intuía sin saber porqué que el tiempo jugaba en su contra cada vez que veía a aquel hombre inconsciente sobre el lecho sin haber recuperado aún la conciencia. Avivó más el fuego para que prendiera con

intensidad y se enjuagó las manos en agua limpia, con la vela que prendía calentó la cuchilla de aquella navaja que temblaba entre sus dedos y se acercó hasta la herida de aquel hombre no sabiendo exactamente lo que hacía.

Vertió agua limpia de la jarra sobre ésta como si de ese modo pudiera ver mejor y apretó fuertemente viendo como sangraba de un color marrón tan oscuro que casi parecía negro.

«Rojo» se dijo a sí misma que debía ser.

Sin pensarlo dos veces colocó la hoja de metal sobre la herida y cerro los ojos para inspirar fuertemente como si eso pudiera ayudarle a hacer lo que se suponía que debía.

—Sé que esto va a doler y aunque me va a odiar igualmente le pido disculpas por ello —mencionó mientras escuchaba el grito de dolor por parte de la Bestia conforme rasgaba la piel apenas cicatrizada. El liquido candente comenzó a caer por sus manos sintiéndolo pegajoso y caliente.

«La mataría. Estaba segura de que iba a arrancarle la piel de su cuerpo a tiras» pensó Bella en cuanto abrió los ojos y se encontró con aquella mirada verde fija en ella.

Por un momento no sabía cómo reaccionar ni que decir.

—¡Juro que os encadenaré por intentar matarme!, ¡Apartaos de mi zorra inmunda! —comenzó a vociferar y Bella no comprendía de donde sacaba aquella fuerza para decirlo con tanto ímpetu teniendo en cuenta su estado—-. ¡Se os azotará por esto!, ¡No sabéis lo que…

Bella estaba temblando, pero vio como la voz del señor del castillo se iba apagando conforme sus ojos se cerraban y comprobó que se había desmayado por la fiebre, la pérdida de sangre o quizá una mezcla de ambas, pero nunca había estado más agradecida de en su vida que en aquel preciso instante, aunque probablemente tendría que ir pensando en fugarse de aquel castillo si aquel hombre salía con vida.

Era tarde para dejar lo que estaba haciendo y marcharse a pesar de que sería la oportunidad perfecta para fugarse sin que nadie se diera cuenta, pero a pesar de aquellas amenazas dichas o no con coherencia, no podía dejar que aquel hombre se desangrase y su conciencia no le permitía abandonarlo a su suerte, aunque fuera un ser atroz y despiadado, e incluso lo mereciera.

Observó sus manos y comprobó que estaban ensangrentadas. No temía a la sangre pues jamás lo había hecho así que apretó la herida hasta que de esta salió todo el liquido oscuro y comenzó a brotar sangre roja. Limpió con suavidad la herida vertiendo agua fresca y tras mezclar todas aquellas plantas como indicaba el libro, colocó el emplaste debidamente para después vendarlo adecuadamente con paños limpios. Se recostó en el pequeño sillón agotada, tenía manchas de sangre por toda la falda y parte de la blusa, pero no importaba, estaba tan

cansada por la falta de sueño que cayó rendida abandonándose a la oscuridad, pero con la convicción de que probablemente tendría que huir de allí antes de que la Bestia despertara.

Abrió los ojos percibiendo la poca claridad que traspasaba el gran ventanal y sintió como sus músculos estaban atrofiados por la postura en la que había permanecido durante horas en aquel sillón. Se alzó estirándose en toda su figura y comprobó que su paciente respiraba tranquilamente. Se acercó para colocar una mano en su frente y comprobó que no tenía fiebre. No había señal de calentura, así que aquel remedio que le había puesto en la pierna parecía remitir la infección de forma milagrosa.

Salió de la habitación con cuidado sin hacer ruido, tratando de no despertarle. Aprovecharía para lavarse y cambiarse de ropa ahora que el señor del castillo parecía estar fuera de peligro, aunque eso implicara que despertase en cualquier momento emergiendo de nuevo aquel temperamento desagradable.

Mientras subía la bandeja con caldo caliente y viandas varias, Bella se había colocado el vestido de doncella que le habían dado para servir en el comedor al señor del castillo mientras su ropa habitual se secaba, esa era la única ropa que tenía después de prohibirle utilizar la suya propia.

Depositó la bandeja sobre la mesilla ahora vacía y se relajó tras comprobar que aún parecía dormir apaciblemente. Bella observó fijamente aquel rostro relajado cuyas pestañas eran tan oscuras y largas que resultaba insólito en un hombre. Las facciones eran duras a pesar de estar relajado, tenía una mandíbula marcada surcada por aquellos labios rosados. Si no fuera por aquel carácter agrio, ciertamente era digno de ser admirado y no solo por su rostro, sino toda su complexión era la de un hombre atlético y fuerte a pesar de que no ejercía ningún trabajo para fortalecer aquellos músculos que podían apreciarse en su torso desnudo.

Se sentó sobre aquella mullida cama comprobando de nuevo la comodidad en la que el señor del castillo residía. Cogió una cucharada de aquel caldo aún humeante recién hecho y metió la otra mano libre bajo la cabeza de su paciente para incorporarle y poder hacer que tragase el líquido caliente. Bella era consciente que apenas había probado bocado en dos días, así que si no comía lo suficiente se debilitaría. En cuanto el liquido pareció pasar la garganta de aquel hombre se incorporó para coger otra cucharada y cuando volvió la mirada a éste, comprobó que la observaba fijamente. Repentinamente contrajo el aliento mientras sus ojos se agrandaran y sentía que había sido descubierta cometiendo una fechoría a pesar de que estaba allí para cuidarlo.

Antes de que su cuerpo reaccionase sintió como la mano de aquel hombre se aferraba a su garganta fuertemente haciendo que soltara la duchara y tratara de apartar con sus dos manos el brazo que la asfixiaba.

—¿Intentáis envenenarme? —exclamó con los ojos enfurecidos y Bella solo gemía tratando de respirar mientras intentaba negarlo—. Aún tengo vuestra imagen en mitad de la noche tratando de asesinarme con un cuchillo, pero me habéis subestimado zorra ingrata —agregó y Bella sintió que aflojaba ligeramente su agarre de modo que pudo respirar profundamente antes de sentir como apretaba de nuevo su cuello y el aire no llegaba a sus pulmones—. Os pudriréis en esa celda hasta exhalar vuestro último aliento, ¿Me oís? No volveréis a ver la luz del sol. No volveréis a ver vuestra familia y jamás saldréis de aquí con vida.

En aquel momento sintió como su vida se acababa porque estaba completamente segura de que aquel hombre cumpliría su palabra. Lo veía en el odio que transpiraban sus ojos, en ese verde brillante cargado de rabia y supo que si quería vivir solo tenía una única salida.

Huir.

9
BELLA

Bella podía sentir la opresión y no precisamente por el corsé que le apretaba sino por el fuerte agarre que la sostenía en vilo. Su instinto no fue el de entregarse a una más que anunciada muerte, sino luchar hasta el último aliento de vida que en ella quedase. Asió con fuerza aquel brazo que la ahogaba y apretó sus uñas en aquella carne hasta que sintió como la fuerza de aquel hombre se redimía hasta soltarla en un grito de rabia.

Aprovechando ese leve segundo de tiempo saltó de aquella cama y necesitó apoyarse en el sillón debido a la falta de aire mientras tosía al mismo tiempo que trataba de arrastrarse hacia la puerta.

—¡Deteneos! —gritó aquella voz cargada de ira, pero ella siguió su instinto sin mirarle. Tenía que marcharse. Tenía que huir y no le importaba morir helada en medio del bosque antes que hacerlo a manos de aquella Bestia sin nombre.

Ni siquiera cerró la puerta, sino que se apresuró a bajar las escaleras dirigiéndose hacia las puertas principales mientras su pulso acelerado le indicaba que debía darse prisa antes de que él enviase a alguien para detenerla.

Corrió durante lo que parecieron horas. Hacía frío, pero era incapaz de sentirlo debido a su agitación por lo que acababa de suceder. Era consciente de que no podía volver a casa puesto que ese era el primer lugar donde la buscarían sin falta. Tenía que marcharse hacia un sitio donde nadie pudiera reconocerla, donde pudiera comenzar una nueva vida lejos de aquella pesadilla si es que lograba sobrevivir al frío del duro invierno y para eso debía comenzar buscando un lugar en el que refugiarse para pasar la noche o moriría helada.

Estaba comenzando a nevar de nuevo, sentía como los copos humedecían sus ropas y la luz se perdía por el monte cayendo la oscuridad sobre ella. Había caminado durante horas sin cesar, apenas le quedaban fuerzas para dar un paso más y aunque sentía que aún no estaba lo suficientemente lejos del castillo, debía descansar al menos unas horas antes de continuar. El ruido del viento hacía que tiritase de frío y aunque no quería tener miedo, la oscuridad se cernía con mayor fervor provocando que percibiera el ruido del bosque en mitad de la noche

entumeciéndole los sentidos.

—No tienes miedo —se dijo a sí misma—. No debes temer nada. El bosque no es el peligro sino él y aquí no podrá encontrarte. —Se advirtió con calma, pero entonces escuchó el ruido de pisadas rápidas acercándose a ella.

Su vista se había adaptado a la luz de la noche y miró a su alrededor alertada intentando ver que era aquello que se aproximaba hacia ella. Sus ojos se agrandaron y el pánico arrasó por completo su cuerpo cuando atisbó a ver la criatura que se acercaba a ella. No era un hombre, sino un lobo de lomo grisáceo cuyo ronroneo podía escuchar desde aquella distancia. Por su flanco izquierdo vio un destello blanco acercarse y el miedo fue plausible cuando comprobó que aquella no era la única fiera, sino que había otro más acompañándole y seguramente la estaría rodeando una manada entera. ¿Para eso había huido?, ¿Para ser mutilada por Bestias salvajes? Se había escapado de una para caer en las garras de otras mucho más hambrientas.

Tal vez ese era su destino y de un modo u otro debía encontrar la muerte aquella noche. Quizá tratar de esquivarla no había servido puesto que había llegado su hora. Dio pequeños pasos hacia atrás, sabía que si corría se lanzarían sobre ella y sin duda no era más rápida que aquellos lobos. Sintió como su pie tropezaba con una especie de rama y se agachó lentamente para cogerla, tal vez pudiera ahuyentarles, quizá consiguiera alejarlos si se acercaban de uno en uno en lugar de atacar todos a la vez.

Su sangre bullía desde lo más profundo de su interior, no quería morir y en ese momento sin comprender porqué sintió como esos ojos verdes la observaba. Creyó que ese sería su último pensamiento, la sensación de aquella mirada sobre ella, así que cerró los ojos fuertemente y sintió el golpe de ser arrastrada, pero no hacia el suelo, sino sobre el lomo de un caballo que galopaba tan rápido como el viento.

Bella tardó varios segundos en comprender que era lo que había sucedido hasta que sintió como una mano la sostenía fuertemente contra el cuerpo de aquel ser que acababa de salvarla.

—Nadie huye de mis dominios —escuchó de pronto sintiendo esa voz que podría reconocer en cualquier parte del mundo.

Era él. Era la Bestia y la había salvado.

¿Por qué?

Probablemente la respuesta era que deseaba matarla con sus propias manos, pero lo único cierto es que había salido con una pierna herida, débil y sin estar del todo curado para perseguirla a pesar del frío y las horas que llevaba fuera del castillo.

¿Qué clase de hombre hacía algo así solo para castigarla después?, ¿Qué clase de Bestia era ese ser? Si pensaba que le daría las gracias por salvarla de los lobos para tener el privilegio de

arrancarle la piel mientras gritaba, ciertamente no lo haría.

—No habría huido si supiera que mi vida no corría peligro —contestó audaz.

—Habéis intentado matar a vuestro señor y eso se paga con la vida, zorra —escuchó que decía de forma despectiva.

—¡No intentaba matarle!, ¡Sino curarle! —gritó Bella tratando de revolverse sobre el caballo mientras sentía su agarre aún más fuerte.

—Mentiras —sugirió y Bella supo que ni tan siquiera dudó por un segundo su inocencia —. Me gritasteis que moriría de hambre y el siguiente recuerdo que tuve es el de veros junto a mi lecho empuñando un cuchillo para desangrarme y hacer creer que mi muerte era por la herida, probablemente no tuvisteis suficiente y decidisteis envenenarme antes de el señor Charles llegase para descubrir vuestro complot en mi contra.

¿De verdad había imaginado todo aquello solo con tres vagos recuerdos?, ¿Cómo era posible?

Sabía que por más que intentara convencerle, él ya la había juzgado y sentenciado, pero aunque no la escuchara en su conciencia quedaría cuando descubriera que no mentía y que todos los cargos de los que la acusaba no tenían ningún fundamento.

—Me acusáis de gritaros que moriríais de hambre y os llevé comida horas más tarde comprobando que ardíais en fiebre. Limpié y curé vuestra herida. Os liberé de la fiebre que os hacía estar inconsciente y finalmente os alimenté adecuadamente.

—¡Basta! —gritó—. ¡No escucharé a una vulgar sirvienta que dirá cualquier cosa para salvar su vida!, ¡Huisteis!, ¡Eso ya os hace ser culpable!

Bella sintió una impotencia que hasta ahora jamás había sentido. ¿Por qué era tan necio? Tenía que aceptar que él era su señor y que quisiera o no, ella debía acatar su voluntad porque así lo había establecido cuando decidió servir en el castillo. Como si supiera que había sido derrotada se dejó caer sobre aquel pecho firme que la sostenía mientras cabalgaba. A pesar de su frialdad, de su dureza, de su fuerte temperamento y de su más que implacable crueldad, percibió el calor que emanaba de su cuerpo como la única fuente de calor que albergaba aquel hombre. En aquel silencio roto únicamente por las pisadas del caballo y en aquella oscuridad parcialmente despejada por una luna creciente, pudo sentir como él la apretaba con más fuerza contra su pecho percibiendo la cercanía de aquel hombre como algo inexplicablemente placentero.

¿Porqué tenía esa clase de pensamientos?, ¿Cómo podía resultarle algo placentero procedente de aquel ser déspota y ruin? No lo comprendía y desde luego no lo deseaba. No quería nada de aquel ser que se había ganado cada una de las letras que conformaban su apodo.

Era una Bestia. Una Bestia cruel y despiadada.

Los altos muros del castillo de Montaigne se irguieron ante ella y sabía cuál iba a ser su destino en cuanto traspasaran aquellas puertas. Él la llevaría a las mazmorras, la dejaría morir cruelmente en esa celda fría y oscura donde jamás volvería a ver la luz del sol y supo que luchar o llevarle la contraria no serviría de nada, probablemente porque solo provocaría aún más furia en ese hombre sin alma. Había tenido la oportunidad de poder escapar cuando él estuvo inconsciente y sin embargo decidió ayudarle solo para obtener un trato deshonesto por su parte. Probablemente haría lo mismo si pudiera retroceder en el tiempo, pero sintió una punzada de dolor ante la injusticia que estaba cometiendo.

Bajó del caballo y Bella escuchó el quejido de dolor, supuso que debía ser su herida, ¡Cielo santo!, ¡Había ido tras ella en un estado deplorable y probablemente estuviera sangrando de nuevo! Bien merecido se lo tenía, aunque de no haber salido ciertamente ella ahora mismo sería carne de lobos, pero no estaba segura de qué destino sería mejor en aquellos momentos; una muerte rápida o una agonía lenta en el tiempo.

Sintió como estiraba de ella para deslizarse del caballo y aferró con tanta fuerza sus muñecas que no pudo evitar gemir de dolor a pesar del calor de su contacto.

«Definitivamente la brutalidad va asociada a una Bestia» pensó Bella mientras comenzó a caminar a su lado y comprobó que éste cojeaba en cada paso.

Apenas había candelabros encendidos en el castillo, pero los suficientes para divisar la escalinata que conducía al piso superior y para su asombro, la llevó consigo. ¿Es que no pensaba llevarla a las mazmorras?, ¿Hacia donde se dirigía? No quiso tentar a la suerte y Bella guardó silencio conforme caminaban por los pasillos que sin duda ella conocía perfectamente. Observó como entraban en sus dependencias privadas y cuando abrió la doble puerta de su habitación privada divisó que el fuego de la chimenea prendía con clamor manteniendo la habitación caldeada. Después de haber pasado tanto frío durante toda la jornada, aquello era como un bálsamo de agua fresca en medio del cálido desierto.

Bella no sabía porque la había llevado hasta allí, pero antes de plantearse siquiera la posible respuesta a su pregunta, sintió como la empujaba con tanta intensidad que cayó al suelo frente a aquella chimenea, aunque no sintió dolor alguno gracias a la enorme alfombra de tapiz que cubría el suelo en la que aterrizó con sus manos.

—Ahora vas a saber lo que les pasa a los desertores —mencionó rompiendo el silencio que habían mantenido desde hacía horas.

Bella observó como él se dirigía hacia un arcón que había a los pies de la cama y agrandó los ojos esperando que de él sacara un látigo, una fusta o algo peor con lo que lastimarla. Recordó en ese momento las marcas en la espalda de aquel hombre, esas severas y profundas cicatrices que surcaban su piel solo en esa parte de su cuerpo y no pudo evitar preguntarse si

podrían deberse precisamente a uno de esos artilugios de castigo. Se preparó mentalmente para ello, como si de algún modo aceptarlo fuese a mitigar su desenfrenado pulso por saber que quedaría marcada para siempre injustamente y cuando ya había aceptado que ese fuese su castigo, vio las cadenas pesadas que la Bestia tenía en sus manos. No era un látigo ni una fusta, ni tampoco era algo con lo que golpearla o marcarla, eran unas gruesas y pesadas cadenas con esposas para maniatarla.

Observó como abría con llave el artilugio y se acercó a ella lentamente, provocando que Bella rodara sus ojos hacia la pierna herida, comprobando que efectivamente sangraba, pero ni en sus mejores sueños se atrevería a decírselo cuando aquel malvado ser pensaba encadenarla. Quizá unas cadenas podrían ser mejor opción que una fusta, pero de igual modo estaba haciendo aquello porque la culpaba de un hecho en el que era inocente. Sintió como se acercaba y sin pedirle que extendiera las manos cogió uno de sus brazos y ajustó el primer grillete.

Bella sintió el fuerte peso del hierro bajo su muñeca y aunque quería gritar, empujarle, salir corriendo y marcharse, fue consciente de que él iría tras ella, que de nuevo la traería de vuelta y de que quizá el castigo fuera peor que ese.

Cuando tuvo sus manos apresadas, notó como deslizaba sus ojos por su cuerpo hasta que cogió una de sus piernas y levantó parcialmente su vestido hasta apresar su tobillo. Sentir sus manos tocando aquella parte de su cuerpo era desconcertante, pero en aquel momento el resentimiento corría por su sangre y simplemente miró hacia otro lado porque detestaba verle.

¿Cómo podía alguien tan bello ser tan cruel?, ¿Cómo era posible que aquel rostro de facciones duras, pero al mismo tiempo dulce, pudiera desprender tanto odio? Por primera vez en su vida sintió verdadero rechazo. Hasta el momento había tratado de comprender que ella solo era una sirvienta que debía una elevada deuda a su señor y que probablemente sus actos o errores le habían llevado a ese tipo de reacción, pero la estaba hostigando por haberle salvado la vida, por curarle y ni tan siquiera le había dado una mísera posibilidad de creer en su palabra, sino que la había sentenciado sin defensa.

En cuanto sintió el peso de aquellos cuatro grilletes en sus extremidades vio como él se colgaba la llave de aquellas cadenas unidas entre si al cuello, como si de esa forma se asegurase que no escapase.

—Vivirás día y noche con esas cadenas hasta que formen parte de ti, hasta que estén tan incrustadas en tu piel que no sientas el dolor que provocan —mencionó despectivamente la Bestia y Bella comprobó que se erguía en todo su ser.

Le odiaba. Definitivamente era odio lo que estaba comenzando a sentir en sus entrañas porque no podía explicar de otro modo ese frenesí palpable de ardor y furia contenida.

Bella vio como se alejaba de ella y se recostaba en su enorme cama mientras ella seguía

sobre aquella alfombra que la aislaba del frío suelo y la mantenía caldeada frente al fuego de la chimenea.

—Si escucho el menor ruido durante la noche, desearéis que os hubiera llevado a esa celda oscura y fría en lugar de dejaros al calor de mi fuego —dijo sin mirarla.

¿La dejaba allí?, ¿En su alcoba?, ¿Por qué?, ¿Qué habría podido pasar para que no la llevase a esa celda a pesar de tener las cadenas?, ¿Por qué la dejaba en la misma habitación donde dormía él si creía que había intentado matarle? No lo comprendía, pero ciertamente no lograba comprender nada de aquel hombre y menos aún de la Bestia que había en su interior.

10
BELLA

Bella abrió rápidamente los ojos cuando sintió que alguien parecía llamarla por su nombre, habría jurado que era la voz de su padre pero cuando buscó la fuente de la que provenía aquella voz, se encontró con los nobles ojos del señor Charles.

—¿Señor Charles? —preguntó desorientada.

—¿Estáis bien? —preguntó éste alertado.

—¡Está perfectamente! —vociferó la inconfundible voz de la Bestia—. ¡Mejor de lo que debería estar alguien que ha tratado de asesinarme! —insistió.

Bella sintió el quejido que emanaba de la garganta de aquel ser sin corazón, irguió su mentón y comprobó que un hombre parecía examinar su pierna, probablemente esa era la causa de su dolor, estaba segura de que en su reciente salida para perseguirla se había vuelto a abrir la herida ya que Bella pudo comprobar con sus ojos que sangraba.

—¿Es el médico? —susurró Bella mirando hacia el señor Charles.

—Si —afirmó con rotundidad— ¿Es cierta la acusación del señor, Mirabella?, ¿Tratasteis de asesinarlo?

—¡Por supuesto que lo hizo! —vociferó—. La vi con mis propios ojos —persistió y Bella solo negó lentamente con la cabeza aquella acusación.

—Solo traté de curarle, de limpiar su herida, de bajar la fiebre… —susurró en un aullido de voz casi imperceptible para que le escuchara solamente el señor Charles.

—¡Mentiras!, ¡Viles mentiras! —gritó y por su voz se podía apreciar el dolor en su rostro —. ¡Maldita sea!, ¡Quiere acabar de una vez! —vociferó con brutalidad dirigiéndose hacia el hombre que según el señor Charles era médico.

—Lo lamento señor —mencionó el joven doctor que examinaba la herida—. Solo trataba de asegurarme que quien le haya hecho el emplaste limpió bien la infección de su herida. ¿Vino algún médico a atenderle tras el accidente? —preguntó mirando primero al señor del castillo y posteriormente ya que este guardaba silencio al señor Charles.

—Usted es el primer médico que le atiende —se aseguró en responder este último.

Bella se mantuvo en silencio, sabía que si intervenía solo iba a provocar la cólera de la Bestia.

—Eso no es posible, aquí hay un corte limpio para supurar la herida que fue limpiada adecuadamente y el emplaste es justamente apropiado para una infección. ¿Hay alguien en el castillo con conocimientos médicos?, ¿Tal vez alguien que entienda sobre plantas?, ¿Algún curandero? —insistió el médico con el conocimiento suficiente para saber que no cualquiera habría realizado aquello.

—¿Quién lo hizo Mirabella? —preguntó el señor Charles.

—No poseo conocimientos médicos, pero yo… busqué un libro en concreto de la biblioteca que indicaba qué debía hacer y…

—¡Basta! —gritó la Bestia—. ¿A quien queréis engañar astuta zorra?, ¿Sirvientas que saben leer?, ¡Diríais cualquier cosa para salvar vuestro pellejo! —vociferó con los ojos llenos de rabia.

—En realidad sabe leer mi señor, puede culparla de muchas cosas, pero no de mentir en ello —indicó el señor Charles en su defensa.

Bella sintió una gratitud inexplicable por aquella intervención en su inocencia. Se sentía prisionera por una soga invisible que la ahogaba lentamente, aunque el peso de las cadenas era una realidad evidente de que era prisionera en aquel castillo y su carcelero estaba a tan solo unos pasos de distancia.

—¿Podéis decirme qué libro usasteis doncella? —preguntó aquel doctor ahora mirándola y Bella comprobó que tenía unas facciones nobles. Se mostraba gentil al dirigirse hacia ella.

Parecía demasiado joven para ser médico, Bella calculó que debía rondar algo más de una treintena de años, siempre había estado acostumbrada a médicos de antaño y ver una cara tan jovial le resultaba extraño en alguien con esas dotes.

Trató de levantarse y sintió que le costaba trabajo después de dormir en una posición incomoda por culpa de aquellas cadenas. El peso raspaba su carne, podía sentir el hierro rasgando su carne y supo que aquello le crearía heridas muy pronto dada la suavidad de su piel y al hecho de no tener ninguna prenda que la aislara de ellas.

Sintió el fuerte brazo del señor Charles ayudándola a levantarse y le observó mientras le daba las gracias con una cálida mirada.

—Debe estar junto a la mesilla —pronunció señalándolo con el dedo solamente porque no quería que la observaran caminar atropelladamente con aquellas cadenas.

Aquel hombre se acercó y cogió el único libro que había bajo la bandeja que ella misma

había portado el día anterior y que no había sido retirada aún. Bajo ella estaba el libro justamente abierto en la página indicada.

—Debo reconocer que es sorprendente su actuación —aseguró fascinado—, no solo consiguió erradicar la infección, sino que sanó su herida y aliviaría su fiebre —prosiguió cerrando el libro—. Señor de la Rose, ¿Tiene recuerdos nítidos de todo lo sucedido desde que tuvo el incidente?

Hasta ese momento, Bella no había sido consciente que el señor del castillo había permanecido en silencio y eso según su breve experiencia era extraño.

—¡Por supuesto que los he tenido! —vociferó.

—¿Podría decirme cuantos días han pasado desde se hizo la herida? —preguntó pacientemente.

—¡Tres! —rugió como si le estuvieran exasperando.

—Me temo que han sido cinco, pero es normal dado que si la herida estuvo infectada como parece ser por lo que he examinando, debió sufrir delirios de fiebre y por eso sus recuerdos son vagos y no tan reales como cree. Por suerte para usted, la joven parecía saber lo que hacía ya que de lo contrario probablemente tendría que haberle amputado la pierna si la infección se hubiera extendido —aseguró dejando el libro sobre la cama y volviendo a examinar la herida—. La limpiaré de nuevo y le daré unos ungüentos para que los aplique diariamente, pero debe guardar reposo absoluto o volverá a abrirse como recientemente ha sucedido. Necesita cicatrizar adecuadamente.

—¿De donde ha sacado a este médico Charles? —preguntó repentinamente el señor del castillo.

—Cabalgué hasta la ciudad mi señor, era el único dispuesto a venir tan lejos. Habríamos llegado antes de no ser por la nieve que nos ralentizaba el paso —contestó apresuradamente el señor Charles.

Bella se mantuvo de pie firme, sin pronunciar sonido alguno, pero ahondando cada palabra que aquel hombre caído del cielo había dicho corroborando su historia. Solo esperaba que, una vez constatada su inocencia, aquel cruel hombre la liberase de sus cadenas.

Una hora más tarde aquel médico se marchó de la habitación diciendo que su labor estaba hecha. El señor Charles le dijo que descansara en el castillo al menos una noche antes de partir, pero este solo aceptó una comida caliente antes de marcharse al pueblo más cercano para ofrecer sus servicios.

—Ordenaré que os traigan comida caliente. Ya habéis oído al médico, debéis guardar reposo durante al menos unos días —mencionó el señor Charles y Bella sintió que aquella era su

oportunidad.

—Puedo ir yo —se adelantó a decir—. Si me quitáis esto podría…

—Nadie os quitará nada —rugió la Bestia—. Esas cadenas son el castigo por huir.

—¡Os salvé la vida! —gritó ella ahora realmente enfadada porque aquel hombre fuera tan necio y tan…. ¡Ni tan siquiera encontraba las palabras adecuadas para definirlo!, ¡La exasperaba!

—Me salvasteis la pierna, no la vida —aseguró—, pero os recuerdo que yo sí salve la vuestra cuando estabais a punto de ser devorada por esos lobos, por lo que vuestra deuda ha sido compensada y eso no os libra de las cadenas como castigo por huir del castillo.

¿De verdad iba a tener que llevar esos grilletes? Sintió tanta furia dentro de si por aquella injusticia que no se contuvo.

—¡Si no me hubierais amenazado con matarme no habría huido! —gritó enfrentándole—. ¡Sois cruel y despreciable!

—¿De verdad queréis saber cuan cruel y despreciable puedo llegar a ser? —exclamó mirándola fijamente y Bella pudo contemplar esa mirada fría carente de vida, era como si en lo más profundo de su ser no tuviera alma.

—Mi señor, creo que dadas las circunstancias se podría hacer una excepción —intervino el señor Charles.

—Llevará esas cadenas hasta que yo decida que lo haga y por su insolencia será mi doncella personal y atenderá cada una de mis demandas —contestó y Bella comprobó que mantenía la mirada fija en ella como si la estuviera retando a contestarle, como si estuviera poniéndola a prueba para aumentar aquel castigo.

Definitivamente era una Bestia sin alma, porque no podía explicarse de otro modo aquella falta de empatía hacia los demás.

Bella trató de hacer acopio de toda la paciencia que pudo reunir en su interior, porque en ese momento solo quería estrangular a ese demonio con las mismas cadenas que él le había impuesto indefinidamente. ¿Y pensar que le había curado para que se lo pagara de esa forma? Si no hubiera escapado, si no hubiera salido huyendo de allí estaba segura de que a esas horas no viviría para contarlo y aún así la culpaba de hacerlo.

Humanidad era una palabra que le quedaba muy grande a ese ser carente de emociones.

—Por favor Mirabella, ¿Podéis bajar y pedir que preparen un desayuno abundante para el señor del castillo? Y te proporcionaré un atuendo adecuado ya que no solucioné mi error ahora que veo como vais vestida —mencionó en voz baja tratando de mantener la calma.

—Por supuesto señor Charles —contestó afablemente Bella dirigiéndose exclusivamente a él, aunque en el fondo lo que realmente quería era marcharse de esa habitación y perder de

vista a esa Bestia miserable.

¿Cómo había podido pensar que era hermoso? Sin duda su belleza se eclipsaba con su mal temperamento y dureza. No podría negar que era guapo, pero ahora lo detestaba con tanto fervor que incluso le parecía horrendo.

—Bajaré enseguida y le daré las instrucciones oportunas que indique el señor de la Rose —dijo dándole a entender que mantendría una charla con el señor del castillo sobre sus nuevas funciones ahora que él había determinado que sería su doncella personal.

¿Qué se supone que hacían las doncellas personales? Dedujo algo parecido a remendar su ropa o atenderle personalmente en cada comida, de un modo u otro era exasperante porque tendría que soportar su presencia continuadamente y en aquellos momentos era lo que menos deseaba.

Seguía sintiendo intriga por ese hombre, ¿Por qué era así?, ¿Verdaderamente no tenía alma?, ¿Tan indiferente le resultaba aplicar dolor en las personas sin sentir nada al respecto? Ciertamente su impiedad había dado paso al repudio y solo deseaba con todo su ser que aquel hombre le fuera indiferente, que aquellos ojos verdes de mirada profunda no provocasen nada en ella más que rechazo.

Bella comenzó a caminar y cerró los puños fuertemente al sentir el hierro rasgando la carne de sus extremidades. Quería gritar, pero no le daría la satisfacción de hacerlo porque estaba segura de que se regodearía por su castigo severo así que alzó la cadena que unía sus manos a sus pies para no tropezar con ella y estiró todo lo que pudo para soportar el peso en sus manos en lugar de sus piernas, De este modo podía caminar con mayor agilidad pese a no poder dar grandes pasos.

Mientras bajaba las escaleras lentamente hizo un balance de lo sucedido en las últimas horas. Había sido todo demasiado rápido e intenso para procesarlo en un instante. Percibió que apenas había movimiento en el castillo hasta que llegó a las cocinas donde Megan parecía algo atareada y caminaba de un lugar a otro sin mirar siquiera quien entraba.

—¡Oh Bella!, ¡Menos mal que aparecéis!, ¡No sé donde está todo el mundo! Resulta que tengo que preparar unos platos para el médico y nadie me avisa con tiempo, ¡Así no hay quien trabaje!, ¿Podrías servirle tu el almuerz… —La voz de Megan se perdió cuando finalmente fijó la vista en ella y supo que había reparado en las cadenas—. ¿Por qué os ha encadenado?, ¡Cielo santo!, ¡Hacía décadas que no encadenaban a nadie!

Bella supuso por las palabras de Megan que aquellos hierros no rasgaban por primera vez la carne humana y pensó en quien los habría tenido que llevar antes de ella.

—¿Dónde está Agnès? —preguntó extrañándole que la anciana no estuviera por allí.

—En cama, lleva varios días con una tos desagradable y hoy tenía algo de fiebre así que le dije que guardara reposo aprovechando que el señor no se percatará de su ausencia —contestó con un gesto de cansancio—, ahora no cambiéis de tema muchacha, ¿Qué hiciste para que te castigara tan duramente?

Bella supo que no lo dejaría estar y prefirió contar la versión más reducida.

—Creyó que trataba de matarle, así que cuando me amenazó hui del castillo, al parecer este es el castigo para los desertores —contesté apenada.

—¡Cielo santo!, ¡Si no hay más que veros para saber que no mataríais ni a una mosca!, ¿Por qué cree semejante barbaridad? Nunca entenderé a este señor por más años que pase a su servicio, dicen que su padre era peor porque usaba el látigo, pero a estas alturas comienzo a dudarlo.

¿Látigo?, ¿El padre de la Bestia azotaba con el látigo a sus sirvientes? Y en ese momento la imagen de su espalda marcada apareció en sus recuerdos como si lo evocara inconscientemente. ¿Podrían ser marcas realizadas por su propio padre? No. Eso era imposible. Puede que aquel hombre fuera un tirano que castigaba salvajemente a sus sirvientes, pero nunca a su propio hijo.

Pidió a Megan preparar el desayuno para el señor del castillo apresuradamente y mientras lo hacía, ésta le dijo que el médico de la ciudad se encontraba en la biblioteca aguardando que estuviera listo el almuerzo, así que aprovechando que nadie la vigilaba y la ausencia del señor Charles, fue lo más rápido que aquellas cadenas le permitían caminar hasta aquella biblioteca de ensueño donde efectivamente encontró a aquel hombre de aspecto juvenil paseando la mirada por varios tomos que ella había colocado cuidadosamente semanas atrás.

—Lamento importunarle señor… —Ciertamente Bella no había escuchado su nombre, así que no sabía de que modo debía dirigirse hacia él.

—¡Oh es usted! —mencionó con las manos en su espalda e irguiéndose en toda su musculatura para examinarla—. Veo que aún lleva esas cadenas poco ortodoxas. Puede llamarme Pierre, señorita… ¿Mirabella? —preguntó y supo que había escuchado su nombre por Charles a pesar de estar examinando a su paciente.

—Bella por favor —sonrió y eso hizo que aquel hombre también lo hiciera.

Ciertamente no era de desagradable, tenía una mirada jovial que hacía que su aspecto fuera de lo más sorprendente.

—Debo reconocer que es una biblioteca espléndida y me sorprende que pudiera encontrar ese ejemplar ente tantos libros. ¿Cuántos podría haber?, ¿Miles?, ¿Cientos de miles? —Exclamó alzando la vista al techo ya que las toscas librerías llegaban hasta allí.

Los ventanales estaban situados entre ellas a lo largo de su inmensa altura y había una sección a media altura para poder acceder a todos y cada uno de los tomos que allí se encontraban. Ciertamente quien la había construido era un gran amante de los libros, de lo contrario no se explicaba como podía una biblioteca privada albergar tanta inmensidad de conocimiento.

—Aún no he logrado contarlos todos, pero le aseguro que es algo que también me intriga. En referencia a su pregunta solo fue casualidad, el señor Charles me ordenó organizar alfabéticamente por secciones la biblioteca ya que se encontraba en un estado de dejadez absoluto, casualmente decidí comenzar por la esquina superior izquierda y era justamente la sección de medicina. Pensé que ordenar los libros por terminología haría su localización más fácil por eso revisé cada uno de ellos para saber sobre qué trataba. Como ve, no fue ningún mérito, sino más bien el azar el que puso ese libro en mis manos, aunque ciertamente si no lo hubiera hecho, no tendría porque llevar esto. —Se lamentó finalmente y observó que Pierre se acerco a ella.

—Sois muy valiente, Bella. De hecho, puedo decir que sois la muchacha más valiente que he conocido y creedme cuando os digo que he conocido a muchas por mi oficio —dijo apresuradamente—. Vuestra tenacidad y valor es sorprendente, así como vuestra perspicacia e intuición resulta algo muy difícil de encontrar. Creedme cuando os digo que estoy realmente cautivado por vuestra hazaña —mencionó arrastrando las palabras mientras no dejaba de observarla—. Venid conmigo, dejad este castillo y a vuestro señor para recorrer el mundo conmigo cuidando a gente que realmente lo necesite.

Aquella proposición era algo parecido a su salvación en aquel momento, el problema residía en que no podía marcharse, no podía irse porque tenía una deuda que saldar antes de ser libre y huir de nuevo solo haría que él la persiguiera incansablemente y que ese buen hombre sufriera las consecuencias por ella.

—Aunque quisiera no podría. Mi deuda es demasiado grande para que podáis saldarla por mi, pero quizá podáis ayudarme —apresuró a decir rápidamente pensando en su padre.

—Solo debéis decirme que puedo hacer por vos, mi querida Bella —advirtió sonriente y ella sintió calidez en su mirada.

—Mi padre está enfermo, escuché que iréis al pueblo para ofrecer vuestros servicios y os agradecería que os aseguraseis de que su salud sea favorable, pero sobre todo que me prometierais que haréis cualquier cosa para salvarle —Llevaba tantos días sin saber nada de él que desconocía cuál era su estado, si aún seguiría vivo, si habría mejorado o si habría descubierto finalmente que trabajaba en el castillo.

Fuera como fuese, se quedaría más tranquila sabiendo que Pierre le visitaría.

—Os prometo que haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarle. No debéis preocuparos —advirtió Pierre y Bella notó como su mano acariciaba la suya en un gesto suave.

—Gracias —advirtió con los ojos casi empañados en lágrimas.

Por primera vez desde que estaba en el castillo sentía verdaderamente la falta de su familia, de tía Rosemary, de su padre e incluso de sus traviesos primos y ser consciente de que se había sentido tan sola en ese tiempo solo hacía que su pesar fuera aún más inmenso.

—Enviaré una misiva al señor Charles para que os la entregue en cuanto realice la visita y os informaré detalladamente de ello —advirtió cogiendo su mano y agachándose para besarle el dorso—. Aunque mi propuesta seguirá en pie cuando seáis libre si deseáis aceptarla.

¿Cuántas veces había soñado con abandonar el poblado para conocer más allá de la frontera y los bosques que lo rodeaban?, ¿Cuántas veces había subido a la colina para hacerse la promesa de que algún día iría tan lejos como el viento la llevara? Si aquella propuesta solo hubiese llegado unas semanas antes. Si tan solo Pierre hubiera aparecido en su vida tiempo atrás, nada por lo que ahora se lamentaba sucedería.

11
BELLA

El señor Charles bajó unos instantes más tarde, cuando ella había regresado a la cocina junto a Megan y rezaba porque apareciese alguien para no ser ella quien tuviera que llevarle el desayuno a la Bestia.

—¿Podéis acompañarme Mirabella? —preguntó amablemente y aunque no tenía necesidad de hacerlo, Bella asintió mientras observó como Megan parecía más alterada de lo normal.

—Por supuesto señor Charles —indicó y caminó tras él hasta el almacén donde guardaban las ropas de los empleados.

Bella no se atrevió a preguntar, aunque le diera un uniforme nuevo, ¿Cómo iba a ponérselo con aquellas cadenas?

—Ahora serás la sirvienta personal del señor de la Rose como él ha solicitado expresamente —mencionó mientras abría la puerta—. Me temo que no he conseguido persuadirle de la idea de llevar esas cadenas a pesar de vuestra más que honorable intervención, deberéis llevarlas mientras cumplís las funciones, estoy seguro de que si lográis complacerle no tardará en quitároslas. Es la primera vez que las usa en uno de sus sirvientes, hace casi veinte años que nadie las llevaba y por eso será difícil encontrar las ropas que se usaban por antaño, pero ha accedido a que os aseéis en sus aposentos.

Bella tardó varios instantes en comprender lo que significaba aquello. ¿Debía cambiarse de ropa en la recámara de la Bestia?, ¿Estando él presente?, ¡Jamás!, ¡Antes preferiría morir de un salpullido por no lavarse que desnudarse con él observándola!

—Vuestras tareas serán sencillas; Llevaréis su desayuno al dormitorio, lavaréis y remendaréis sus ropajes, os encargaréis de mantener limpia su habitación privada, serviréis tanto el almuerzo como la cena y atenderéis su aseo personal cuando lo solicite.

Había comprendido todo salvo ese último punto.

—¿Atender su aseo personal? —exclamó confusa.

—Su baño —dijo claramente—. Vos le atenderéis.

Bella estaba completamente segura de que solo deseaba martirizarla, de que cada una de esas tareas para su servicio personal eran una clara advertencia de que él estaba por encima de ella. Dudaba que de otro modo quisiera verla con tanta asiduidad cuando la detestaba y entonces sintió como una fuerza arrolladora la consumía desde sus entrañas ante tanta falta de piedad. No tenía ni idea de como se debía bañar a un hombre, pero sin duda pensaba rasparle aquella piel para que no olvidara como la obligaba a hacerlo. Pensó en salar sus comidas o amargar sus postres, pero se dio cuenta de que entonces culparía a la buena de Megan por ello, así que tendría que conformarse.

—¿Algo más? —mencionó con evidente tono de ofensa.

—No. Creo que con eso estaréis ocupada todo el día, así que la organización de la biblioteca tendrá que esperar hasta que el señor decida que habéis pagado vuestra ofensa —terció seriamente—. Os aconsejo no llevarle la contraria, ni responderle con altanería muchacha, eso solo agravará vuestra situación aún más. Si le pedís perdón…

—Os agradezco el consejo señor Charles, pero no soy yo quien tiene que pedir perdón y no lo haré. No le tengo miedo y si por llevar estas cadenas él cree que me arrodillaré para pedir clemencia, tened claro que así esté desangrándome por las heridas jamás lo haré —admití con tanta vehemencia que tuve clara la opción de morir antes de rogarle nada a esa Bestia inmunda.

El señor Charles se limitó a darme mi atuendo nuevo, uno que desde luego no podía ponerme y que casi dudaba que lo hiciera a pesar de que sintiera que me ahogaba con aquel corsé apretado.

Subir la bandeja del desayuno con una mano intentando que no se derramara nada, al mismo tiempo que sujetaba las cadenas era casi imposible, por no decir que tardaba el doble de tiempo al ir con sumo cuidado para no tropezar. Ella no era demasiado alta, pero jamás se había parado a pensar en la limitación de movimientos que tenía aquella simple cadena que ataba sus cuatro extremidades obligándola a dar pasos muy cortos

—¡Se suponía que me debíais traer el desayuno de inmediato! —rugió en cuanto Bella abrió la puerta—. ¡Como esté frío os aseguro que lo pagaréis muy caro! —exclamó con evidente enfado.

—Si está frío mi señor, se lo agradeceréis a las cadenas que me habéis puesto y a vuestro expreso deseo de que os sirva personalmente —contestó Bella sin mirarle, sin siquiera molestarse en ver su rostro, solamente siguió su camino hacia la mesilla de noche para dejar la bandeja y en cuanto lo hizo sintió el fuerte agarre de su mano en el brazo derecho haciendo que su peso cayera parcialmente sobre aquel lecho.

—Sé lo que pretendéis y no lo vais a conseguir…

Bella supuso que se refería a quitarle las cadenas, pero ni en sus mejores sueños habría pretendido que con aquel comentario lo hiciera, solo estaba cansada de soportar su brutalidad sin justificación alguna y si debía castigarla, que lo hiciera con razón. Alzó su rostro para verlo y allí estaba de nuevo esa sensación extraña cada vez observaba sus ojos; era suave y vibrante al mismo tiempo.

Quiso desecharla rápidamente.

No quería sentir nada.

—Desconozco que es lo que suponéis que pretendo y tampoco es mi deseo saberlo. Os he traído el desayuno como se me ha ordenado y si me disculpáis bajaré a servir al médico que os ha atendido, ya que espera que alguien le sirva adecuadamente —contestó esperando disuadirlo y que de ese modo la dejara marchar.

Al contrario de lo que había pensado él no la soltó, sino que la agarró con mayor firmeza y la acercó a él.

—No iréis a ninguna parte y menos para atender a ese médico. He visto como os miraba y no toleraré que os revolquéis con ese hombre en mi propia casa —advirtió en un tono tan despectivo que Bella se sintió ofendida porque pensara en ella de ese modo.

No iba a admitir, ni negar deseo alguno por ese hecho aunque fuera incierto, pero reclamar sería como darle la razón y eso jamás lo haría.

—Sois repugnante por pensar de ese modo sobre un hombre que ha venido desde tan lejos para atenderos y curar vuestra herida —advirtió Bella con odio en sus palabras.

—Solo ha venido porque recibiría una buena recompensa a cambio de sus servicios y eso será lo único que se llevará de este castillo —apremió haciendo que Bella se acercara aún más a él y sintió el calor de su cercanía. Eso la alteraba demasiado, aunque no quisiera admitirlo—. No saldréis de estos aposentos hasta que él se marche, ¿Me oís? —inquirió autoritario.

A Bella le daba igual quedarse allí, por desgracia para él ya había hablado con Pierre, así que a pesar de no poder despedirse de él, sabía que pronto recibiría una carta en la que le informaría del estado de salud de su padre y eso era todo lo que necesitaba.

—Me ha quedado claro —contestó con el único deseo de que la soltara y por suerte sintió como su mano se aflojaba hasta liberarla por completo.

Bella colocó la bandeja sobre su regazo y por un momento se sintió observada, así que alzó la vista de soslayo y comprobó como él la miraba, pero en cuanto lo hizo apartó la vista fugazmente al sentirse turbada. Buscó algo en lo que entretenerse, en lo que fijar la vista para no observarle y se acercó al fuego para avivarlo ya que no tenía nada mejor que hacer mientras él tomaba su comida.

—Abrid el baúl que hay al lado de la ventana —escuchó Bella a su espalda. Sin girarse, caminó lentamente hasta donde le había indicado esperando que le dijera algo por su torpeza o lentitud, pero no dijo nada. Se inclinó de rodillas y deslizó el cerrojo sin candado. Cuando lo abrió no vio nada, había varios tejidos, ¿Quizá iba a pedirle que le confeccionara alguna prenda? —Ahí están todas las prendas que debéis arreglar, pero buscar en el fondo del baúl, debe haber un libro.

Bella apartó las prendas que allí había hasta que encontró un pesado tomo, cuando consiguió verlo en la claridad de la luz, comprobó que se trataba de libro de filosofía.

—¿Por qué no está en la biblioteca? —preguntó comprobando que era bastante antiguo.

—Fue un regalo, pero ahora comprobare si de verdad sabes leer o si solo has estado burlándote de todos —inquirió severamente—. Siéntate y comienza desde el principio.

¿De verdad pensaba que alguien podría fingir algo así? Ya era hora de demostrarle a la Bestia que estaba muy equivocado con ella.

Bella se dirigió con el libro hacia el sillón y lo abrió con delicadeza como si fuera una reliquia apreciada.

—Cuentos de Canterbury. El cuento del caballero —comenzó a citar Bella sin alzar la vista—. *Nos cuentan viejas leyendas que había una vez un duque llamado Teseo, dueño y señor de Atenas. No existía por entonces conquistador más poderoso bajo el sol. Había conquistado muchos reinos de inigualable riqueza y, por su caudillaje y valor caballeresco, incluso el país de las Amazonas, que por aquel entonces se llamaba Escitia, y se había casado con Hipólita, su reina. Se la llevó a vivir con él a su propio país, con la mayor pompa y esplendor, junto con Emilia, la hermana menor de aquélla. Y aquí dejo a este noble duque y a sus huestes armadas cabalgando victoriosamente y al son de la música hacia Atenas (…)* —Bella prosiguió leyendo hasta llegar al final de la primera parte—. *Pasa el verano y sus largas noches doblan los violentos tormentos del amante Arcite y del prisionero Palamón. No sé cuál de los dos es el que debe soportar más dolor. Para abreviar, Palamón está condenado a prisión perpetua, cargado de cadenas y grilletes hasta que muera. Arcite, en cambio, exiliado bajo pena de muerte, no podrá ver jamás a su dama en los dominios de Teseo. Ahora, vosotros que amáis, dejadme que os formule una pregunta: ¿quién sufre más por ello, Arcite o Palamón? ¿El que ve a su dama diariamente, pero está encerrado para siempre, o el que es libre de ir donde le plazca, pero no verá nunca más a su dama? Aquellos de vosotros que podáis, elegid entre las dos situaciones a voluntad; yo, por mi parte, continuaré como he empezado.*

—¿Quién creéis que sufre más? —Bella escuchó aquella voz grave que la hizo salir de aquella historia en la que se había adentrado y ella misma se había quedado pensando en su propia respuesta.

Los dos se habían enamorado de la misma mujer solo con verla. Uno estaba destinado a marcharse y no verla jamás, el otro quizá la vería, pero con la certeza de que jamás sería suya porque vivía encadenado en una prisión hasta el último de sus días.

—Sin duda alguna Palamón —concluyó Bella—. Arcite se marchará y su corazón podrá olvidar, en cambio Palamón tendrá que soportar día tras día la agonía de ver a su amada sabiendo que jamás será suya —aseguró convencida y se dio cuenta de a quien estaba dirigiendo aquellas palabras.

—Esas cadenas son el recuerdo de que ella jamás será suya —contestó con una voz ruda y Bella sintió de algún modo que no estaba hablando del cuento, sino de ella.

¿Estaba tratando de decirle algo y por eso le había hecho leer aquel cuento? Por alguna razón aquello la incomodó, porque creyó que él la estaba comparando con el protagonista encadenado del libro. ¿De que otro modo sino haría referencia a que aquellas cadenas que llevaba solo eran un recuerdo de que jamás sería suya?, ¿Acaso la había encadenado para advertirle de que no podría tener aspiración alguna hacia él? Desde luego no lo deseaba. Él podría parecerle hermoso y sin duda tenía un físico portentoso, pero jamás podría amar a un hombre sin alma que solo se alimentaba del sufrimiento de los demás.

—¿Desea el señor que prosiga la lectura? —preguntó Bella con evidente incomodidad.

—No. Es suficiente —decretó taciturno—. Traed mi almuerzo y comenzad a preparar el cuarto de aseo, hace días que no tomo un buen baño y me asistiréis como os corresponde. Encended el fuego y aseguraos de que la habitación no esté fría.

Bella solo asintió porque era incapaz de decir algo más. Incluso se sorprendió de que no la amenazara de nuevo, pero dejó el libro sobre el sillón y se llevó la bandeja del desayuno ahora vacía. No sabía porque estaba inquieta, solo era un simple baño y ya le había visto casi desnudo cuando le tuvo que colocar paños fríos para bajar la fiebre. Sabía cual era la razón, ahora estaría consciente y a pesar de que se repetía una y otra vez que ella solo era una sirvienta que cumplía ordenes, en realidad no deseaba tener esa clase de intimidad con la Bestia que la tenía encadenada sin motivo alguno.

Tal como le había pedido, subió el almuerzo sin que esta vez le recriminara algo en referencia a su tardanza, sino que se limitó a observarla entrar y salir sin decir nada. Eso era nuevo para ella, tanto que casi sentía que algo fallaba. El señor Charles le explicó como le gustaba tomar el baño al dueño del castillo. No solo había que caldear la pequeña habitación donde una gran bañera yacía cercana a la chimenea, sino que además tendría que llenar de agua el enorme balde y eso le costaría un gran esfuerzo además de tiempo. Por suerte, el cuarto tenía una puerta trasera que daba al pozo, precisamente para facilitar la tarea. Al menos el señor del castillo no tenía la osadía de querer tomar el baño en su propia habitación o tendría que necesitar

la ayuda de todos los empleados del castillo para ello.

Bella comenzó a llenar los primeros cubos con agua fría para después calentarla con el agua hirviendo que estaba en el caldero y pudo apreciar la finura de aquella bañera de madera. Sin duda era una pieza singular dado su tamaño, estaba segura de que había sido fabricada por encargo y no adquirida como lo hacía la gran mayoría. Como hija de un ebanista podía apreciarlo y si no fuera osado por su parte, casi podría asegurar que esa pieza tenía la firma de su propio padre.

Colocó junto a la bañera el pequeño taburete con la pastilla de jabón y el paño en el que debía frotarla. Preparó al menos diez cubos como le había indicado el señor Charles para mantener el agua caliente y enjuagar. Todo habría sido mucho más sencillo si no tuviera esas malditas cadenas que le imposibilitaban el trabajo, pero al menos podría descargar su furia enrojeciendo la piel de aquella Bestia para después irse a la cama un poco más satisfecha.

A pesar de la herida, el señor del castillo bajó por su propio pie sin ayuda de nadie. Bella vio que cojeaba y cerró la puerta haciendo que se quedaran a solas en aquella habitación caldeada. Ya había oscurecido, aunque aquellos días de invierno eran los menos duraderos del año, Megan había traído poco antes una bandeja con varias viandas junto a una botella de vino para que lo tomara mientras se bañaba.

—¿Está el agua preparada? —preguntó sin más.

—Si os agrada la temperatura si, puedo añadir agua fría o caliente según os guste —contestó Bella esperando que le dijera algo para ofenderla.

Observó como metió la mano e instantáneamente comenzó a desvestirse delante de ella.

—Está bien así —admitió y Bella sintió que no podía quedarse allí observando, así que tratando de hacer algo, quitó el tapón de la botella de vino y sirvió una copa lentamente hasta que sintió el ruido del agua a su espalda y entonces se dio la vuelta para comprobar que estaba sentado con los brazos a ambos lados de la bañera y la cabeza ligeramente inclinada.

No le dijo que comenzara, ni que se diera prisa, ni siquiera se lamentó porque la estancia estuviera fría como se atrevió a creer desde un principio que le diría por más caldeada que estuviera. Así que Bella se arrodilló y metió la mano para mojar el paño que untaría en jabón. Reprimió un alarido al sentir el escozor del agua caliente sobre las magulladuras de su muñeca y apretó los labios para no sucumbir al dolor que le provocaba, así que untó el paño en jabón y cuando lo colocó sobre el hombro tuvo que fijarse en la piel bronceada que tenía delante, cosa que había tratado de evitar hasta ese momento.

No quería pensar en que era un hombre. No quería pensar en esos ojos verdes que la observaban y mucho menos quería pensar en lo que estos provocaban cuando lo hacía, sino que deseaba concentrarse en toda la rabia y frustración que él le provocaba, así que fue a emplear

toda su fuerza en magullar aquella piel pero sintió como él apresaba la cadena que unía sus muñecas y tiró de ella.

—No quiero que me rocéis constantemente con esto —dijo mientras acercaba la llave de su cuello a cada uno de los grilletes que apresaban sus manos y sentía la liberación del peso dejando a la vista su piel roja completamente magullada y en carne viva—. ¡Por qué no os habéis puesto paños! —exigió mientras parecía observar sus muñecas como si el hecho de que estuvieran así fuera culpa suya.

—No sabía que debía ponerlos y nadie me los ha facilitado —confesó sincera, aunque si él no le hubiera puesto esos grilletes, no tendría que lamentarlo.

—¡Solo teníais que pedirlos! —gritó enfadado y Bella no comprendió porque se molestaba si precisamente él le había puesto esas cadenas para que ella sufriera. Quizá solo era una excusa para darle a entender que si estaba así era por su entera culpa.

—Me habéis dejado muy claro desde que entré a servir en este castillo que no tengo ningún derecho a pedir nada —contestó Bella y comenzó a frotar con fuerza el hombro de aquel hombre tratando de verter sobre aquella hazaña toda su furia.

Pronto comprobó que estaba agotada y a pesar de que él tenía la espalda enrojecida aún podían verse las marcas ya cicatrizadas que había podido apreciar hacía tan solo unos días. La Bestia no le había reprochado que fuera más suave, sino que había guardado un sepulcral silencio. El problema estaba en que su agotamiento había minorado sus fuerzas y el movimiento de sus manos era cada vez mas suave pese a no querer hacerlo. Enjabonó sus brazos cuidadosamente y pasó a su pecho, podía notar su propia ropa empapada por los movimientos, pero solo quería terminar aquella ardua tarea cuanto antes, porque sentía una especie de opresión en su pecho inexplicable, no quería observarle, pero sentía sus ojos sobre ella de forma constante.

—Más vino —mencionó conforme pasaba el paño por su cuello y Bella tomó la copa por tercera vez para rellenársela—. ¿Os gusta? —preguntó y ella no comprendió a qué se refería.

—No entiendo a qué os referís —contestó secamente.

—El vino, ¿Os gusta? —exclamó y Bella se sorprendió por aquella extraña pregunta.

—No lo sé. Jamás lo he probado —dijo pensando que su padre siempre se lo había prohibido guardándolo bajo llave, aunque ella siempre se lo servía durante el almuerzo o la cena.

—Mejor, porque está prohibido para los sirvientes del castillo —mencionó como si la estuviera informando y ciertamente a ella muy poco le importaba o no probar algo de lo que desconocía su sabor, aunque sabía que muchos hombres perdían la cabeza por ese líquido de color púrpura.

Bella guardó silencio mientras se acercó tanto a él para enjabonar su cuello que sentía su pecho en contacto con la piel húmeda de aquel hombre y cerró los ojos para no dejarse arrastrar por esa oleada de sensaciones inexplicables. Así que se apartó rápidamente y se colocó tras él para enjabonar su cabello oscuro. Era suave, demasiado sedoso para su martirio, así que perdió la noción del tiempo.

—¡Echadme agua! —gritó alterándola—. ¡Rápido!, ¡Agua! —gritó y Bella cogió el primer cubo que tenía más cercano vertiendo el contenido conforme comprobaba que estaba casi helada.

Iba a disculparse, pero ciertamente no lo hizo. Si él no la hubiera gritado de ese modo, habría cogido el cubo con agua más templada. Bella vio como él se giró para buscarla con la mirada y vio el fulgor en sus ojos verdes. Había rabia, sí, pero también había algo más que ella desconocía en su forma de observarla, inexplicablemente hacía que su corazón se acelerara.

—¡Marchaos! —gritó repentinamente y ella no lo comprendió inicialmente—. ¡Que os vayáis he dicho! —volvió a gritar y ella se agachó para coger las cadenas que ataban sus tobillos, aunque sus manos fueran libres para marcharse. Si él no le decía nada, no sería ella quien le dijera que se las colocara de nuevo—. ¡Esperad! —gritó y Bella cerró los ojos pensando que volvería a ponérselas, pero se detuvo de espaldas a él esperando a que continuara—. Llevaos mi camisa, rompedla y vendad vuestra piel. Aprovechad para cambiaos de ropa, mañana volveréis a tener puestos los grilletes.

¿Su camisa?, ¿Le daba su camisa que era de un género mucho más suave y valioso que un simple paño para colocarlo bajo los grilletes?, ¿Y la dejaba libre toda la noche solo con las cadenas en sus pies? No lo entendía, pero ciertamente no comprendía nada proveniente de ese hombre, necesitaba salir de allí de una vez por todas, así que se agachó a recoger la prenda y se fue rápidamente cerrando la puerta.

12
BELLA

Bella cerró rápidamente la puerta de su pequeña habitación conteniendo el aliento, como si de algún modo creyera que en cualquier momento aquel hombre cambiaría de opinión, no dando crédito alguno a sus actos. No comprendía nada de él por más que se esforzara en hacerlo o tratase de entenderlo. ¿Por qué le había ofrecido aquella camisa de suave lino para cubrir sus heridas? Bastaba con un simple retazo de paño, sin embargo, no le importaba hacer trizas aquella prenda restándole su valor solo para que aquellos grilletes no dañaran sus extremidades.

Pensando en ello no pudo evitar observar la prenda arrugada en su mano. Era de él. Olía a él. Emanaba su esencia por doquier y estaba impregnada en su aroma sin que hiciera falta acercarla a sus fosas nasales para comprobarlo. No iba a pensar en ello, probablemente solo le había dado aquella prenda porque él mismo se sentía culpable de encadenarla siendo inocente de sus actos, aunque aquella Bestia no supiera lo que era la culpabilidad aunque llamara a su puerta. Era evidente que le había contrariado ver sus heridas, pero precisamente eran culpa de él que las tuviera y a pesar de regalarle su camisa, no pensaba sentir ni una pizca de misericordia respecto al odio que le generaba ese hombre cuya presencia le perturbaba.

Bella se cambio de ropa ya que su camisa estaba mojada y ciertamente de haber llevado los grilletes podría haber cogido frío durante la noche si no se la quitaba. Se colocó su atuendo más cómodo y formal y rasgó con fuerza la camisa que la Bestia le había regalado como si la prenda no le importara. Cuando el suave lino rozó su piel sintió el tacto suave del tejido y casi suspiró de alivio cuando notó que el hierro no rozaba sus tobillos. No quería pensar en que aquel género antes de tocarla a ella había estado en contacto con él y que de algún modo eso los unía. No. Aquella solo era una prenda sucia que él había tirado al suelo como un despojo sin valor. Definitivamente si se la había dado era porque no le tenía ningún aprecio y desde luego podía permitirse tener cientos como esa.

Con ese pensamiento Bella entró en un sueño profundo donde durmió mucho más relajada ahora que sus ropas estaban secas y no le apretaban, sus manos eran libres para

enredarlas en la almohada mientras se abrazaba a ella abandonándose al abismo. No pensó en lo sucedido, bloqueó sus pensamientos cuando se dirigían hacia aquel cuerpo esbelto, fornido y desnudo que había visto mientras lo enjabonaba, limitándose a recordar lo déspota y cruel que era aquel hombre con ella para no sentir ni una pizca de consideración hacia él.

Aquella mañana enredó las cadenas a su cintura para no tener que arrastrarlas y percibió que no sentía dolor alguno mientras caminaba. Ciertamente aquel tejido enredado en su piel funcionaba y aunque resultaba igualmente incomodo caminar con aquellos grilletes unidos por cadenas, lo cierto es que sin dolor era mucho más liviano.

—¡Buenos días, Megan! —exclamó lo suficientemente entusiasta para que ésta le dirigiera una mirada y la estudiara detenidamente.

—En este castillo nunca son buenos, ¿A que se debe el buen ánimo? —preguntó la cocinera mientras le acercaba una bandeja repleta de viandas—. Aunque quizá no estés de tan buen humor cuando le lleves el desayuno al señor del castillo.

—¿Tan pronto? —preguntó Bella conmocionada.

—Afirmaría a que no ha dormido esta noche. Quizá por el dolor o por algo que le atormenta, pero creo que no está de buen humor esta mañana.

—¿Es que en algún momento logra estar de buen humor? —inquirió Bella cogiendo la bandeja y sabiendo que su propio desayuno tendría que esperar.

Observó como Megan emitía una vaga sonrisa en complicidad y ambas rieron, aunque en realidad vivían la misma desdicha.

—¿Y esto? —señaló Megan justo cuando Bella alzó sus manos para coger la bandeja y el tejido de lino quedó a la vista en sus muñecas—. ¿De donde lo has sacado?

Era evidente que el lino no era asequible para los empleados del castillo y menos aún para vendar sus heridas.

—Me lo dio la Bestia —admitió encogiéndose de hombros sin mencionar que seguramente para él solo creyera que eran migajas porque pensaba deshacerse la prenda.

Lo cierto es que Bella había querido creer que el tejido estaba lo suficientemente desgastado para darle otro uso, pero la verdad es que aún se conservaba en buen estado, quizá por eso no había mencionado nada a Megan, porque ella misma no lograba encontrar explicación a aquel acto espontáneo.

Su respuesta había dejado pensativa a Megan, así que adelantándose a que ésta pudiera decirle algo, cogió la bandeja y salió de las cocinas rumbo a la planta superior del castillo. Aún no lograba acostumbrarse a caminar tan lento, pero cuando llegó a las estancias de la Bestia, llamó contundentemente y escuchó su voz tras ellas. Nada más entrar, Bella comprobó que no

estaba tumbado sobre la cama, sino que se hallaba sentado en el sillón que ella misma había usado el día anterior para leer aquella historia y mantenía la pierna sobre una butaca. Por alguna razón había esperado que le gritara debido a la tardanza o respecto a algo que no fuera de su agrado, pero sorprendentemente y por segunda vez en dos días; no expresó su enfado, sino que se limitó a observar como dejaba la bandeja sobre aquella pequeña mesilla. Bella dio un paso atrás esperando que le indicara que podría marcharse y desde su posición podía ver perfectamente la apertura en forma de uve que tenía su camisa dejando a la vista la piel y parte de aquel vello sutil que lo cubría. Siendo consciente de hacia donde se dirigían sus ojos mientras ascendían por aquel cuello firme buscando sus labios para llegar hasta sus ojos, dirigió la vista velozmente hacia el fuego antes de ser descubierta o mejor dicho; antes de pensar racionalmente porque le atraía observarle de aquel modo.

—¿Os sigue rasgando la piel los grilletes? —preguntó en un tono lo suficiente austero para no saber si solo pretendía incomodarla, reiterarle su castigo o algo completamente absurdo; que le preocupara lo que aquellas cadenas pudieran hacerle.

—No, su camisa fue muy útil mi señor —contestó en el mismo tono Bella.

En aquel momento Bella vio como se incorporaba haciendo fuerza con los brazos. Podía ver la musculatura en todo el esplendor de aquellos fornidos hombros y apoyó todo el peso sobre la pierna sana mientras se acercaba a ella sin perder la compostura. Bella imaginó que volvería a colocarle los grilletes, aunque podría haberle ordenado simplemente que se los pusiera ella, pero intuyó que era algo que debía hacer él. Su semi-libertad había llegado a su fin, aunque él mismo le había anticipado que volvería a colocárselos por la mañana.

—Sabéis que lleváis estas cadenas porque intentasteis huir del castillo y debo dar ejemplo al resto de mis criados —inquirió en un tono serio, pero Bella creyó que había cierta reticencia en sus palabras.

—Y vos sabéis las razones por las cuáles trate de huir —contestó sin mirarle ya que su sola cercanía le inquietaba.

Bella sintió como rozaba su cintura y deshacía el cordón que ella misma había hecho para sujetarlas.

—Arrodillaos para suplicar clemencia. Juradme que no volveréis a huir y os liberaré del castigo —mencionó en un tono de voz tan suave que a Bella le costó creer que lo hubiera dicho.

¿Había sido él?, ¿Quizá su imaginación? Bella dedujo que debía haber mencionado algo porque parecía esperar una reacción por parte de ella. Alzó sus ojos color miel hacia aquellos infinitamente verdes que la observaban como dos esmeraldas vibrantes y su corazón comenzó a latir desbocadamente.

¿Qué era lo que le había dicho?, ¿Arrodillarse?, ¿Suplicar?, ¿Juradle que no volvería a

huir? Y en ese momento fue consciente de lo que le pedía.

—¿Esperáis que os suplique por un castigo del que he sido injustamente condenada?, ¿Qué os suplique clemencia cuando soy inocente? —exclamó altivamente—. No. Ni me arrodillaré, ni os suplicaré clemencia y desde luego no os juraré ni ahora, ni nunca que no volveré a huir de vos.

Tal vez sus palabras la llevarían de nuevo a los calabozos o eso creía Bella. Probablemente aquel hombre altivo no estaba acostumbrado a que alguien no suplicara clemencia dado sus actos, pero no pensaba hacerlo para engrandecer su vanidad y que creyera que la culpable era ella. De ninguna manera pensaba dejar que pisoteara su dignidad, al menos la poca que aún le quedaba.

—¿Es vuestra última palabra? —La voz de la Bestia rozaba la ira, pero no parecía contrariado ni enfadado, sino más bien asombrado.

—Si me vais a castigar también por no suplicaros clemencia; adelante, hacedlo. No os tengo ningún miedo.

En aquel momento Bella sintió como el peso de aquellos grilletes se cernía en sus muñecas. Volvía a estar completamente encadenada de nuevo a merced de aquella Bestia sin corazón.

—Sería una insensatez por vuestra parte no temerme —jadeó sin apartar la vista de ella.

—Entonces quizá sea insensata —respondió ávidamente Bella sin pensar realmente lo que sus labios pronunciaban, pero la situación era tan abrumadora que no era realmente consciente de lo que estaba sucediendo y menos aún con su presencia tan cercana a ella.

¿Por qué le había contestado si no exigía una respuesta?, ¿Por qué mantenía aquella conversación sin fundamento con aquel hombre que la irritaba y además la mantenía encadenada? Tenía que limitarse a cumplir sus funciones en el castillo y reparar en él lo menos posible, en cambio allí estaba tratando de llevarle la contraria solo porque la exasperaba a pesar de que haciéndolo se ganaría un castigo aún peor del que ya tenía.

—Insensata y osada —concluyó dándose media vuelta—. Aprenderéis a temerme sirvienta y cuando antes lo hagáis será mejor para vos.

En aquel momento bella notó que la había llamado sirvienta del mismo modo que otras veces se había dirigido hacia ella como *zorra*; de una forma despectiva e impropia. Tras ser consciente de ello, dedujo que martirizarla parecía ser un entretenimiento para él y eso hizo que su rabia contenida revolviera sus tripas provocando aún mas odio hacia ese hombre si es que eso era posible.

«Buena suerte en vuestra hazaña, Bestia arrogante» susurró Bella en sus adentros.

—¿El señor del castillo también vela por lo que le conviene a sus *sirvientes*? —pronunció Bella de forma despectiva y sintió repentinamente el tirón de la cadena que unía sus extremidades provocando que diera un paso involuntario.

Bella trastabilló y terminó apoyando sus manos sobre el pecho de la Bestia, sintiendo su aliento más cerca que nunca, parecía realmente enfurecido con ella. Quizá se había extralimitado en su osadía, pero ese hombre provocaba su lado más salvaje y oscuro, aunque lo peor de todo es que no le tenía temor alguno.

—Tal vez pasar todo el día fuera del castillo cortando leña os haga poneros en vuestro lugar, ese del que no parecéis ser consciente. No descansaréis, ni probaréis alimento alguno hasta que el último tronco haya sido cortado —contestó rudamente y Bella pensó si aquello era lo más cruel que podía impartirle, pero a ella no la asustaba el esfuerzo físico, ni tampoco el frío, aunque la combinación de ambos pudiera ser peligrosa y mortal para una joven sin músculos como ella.

Aún así no pensaba rogar clemencia o quejarse de aquella nueva forma de crueldad solo para demostrarle que él era el dueño y señor del castillo y que mandaba sobre ella.

—Nada me agradará más que me libréis de mis quehaceres para pasar el día al aire libre —contestó osadamente y con una vaga sonrisa, como si aquel reciente castigo le satisficiese.

Era consciente de que hablaba su orgullo y no la razón, pero era mejor morir de frío que tener que estar en su presencia un solo segundo más, dejando que aquellos ojos inquietantes profundizaran en ella.

—Si tratáis de que cambie de opinión, no lo haré —mencionó tan cerca de sus labios que Bella creyó por un segundo que iba a rozarlos con los suyos.

Aquello hizo que su tensión aumentara y que sus pensamientos no fueran todo lo coherentes que habrían sido en cualquier otra situación porque por un leve segundo deseó que lo hiciera, como si de algún modo quisiera saber que se sentiría. Ser consciente de eso la irritó y luchó con todas sus fuerzas para eliminar ese sentimiento.

—Dudo que pudiera haceros cambiar de opinión, mi señor. Solo constataba el hecho de que me agradará estar lejos de vos —pronunció Bella deseando de verdad alejarse de aquella Bestia, tenerla lejos de sus pensamientos y más aún de sus inquietantes deseos.

—Tened cuidado con lo que deseáis, pues podría obligaros a pasar cada segundo del día a mi lado como si fuerais mi esclava —jadeó apretándole con fuerza las cadenas y eso provocó que ella sintiera la piel de aquella Bestia bajo sus manos. Emanaba calidez, una sensación que no se correspondía en nada con su carácter frío y autoritario —. Y ahora marchaos, no quiero volver a veros si no es para suplicar clemencia o porque habéis terminado la tarea que os he encomendado —dijo apartándose de ella y regresando hacia aquel sillón en el que tomaría plácidamente su desayuno.

Mientras Bella bajaba las escaleras iba rememorando aquel encuentro llegando a la conclusión de que aquel severo castigo impuesto solo tenía una finalidad; suplicarle piedad y demostrarle que él podía hacer con ella lo que quisiera. Pues bien; no le rogaría indulgencia aunque aquello le costara su propia vida. Era un desafío y desde luego ella no pensaba perderlo.

Conforme pasaban las horas y la luz del día se evaporaba, sentía como su cuerpo estaba exhausto, sus manos sangraban ligeramente de empuñar aquella hacha para partir los troncos y aún le quedaba más de la mitad de la tarea que le había encomendado esa arrogante Bestia. Era muy consciente de que le había pedido aquello a sabiendas de que le resultaría imposible realizarlo, ni en dos días lo lograría llevar a cabo y su cuerpo comenzaba a fallar de igual forma que lo hacía su voluntad de hierro. Megan le había llevado el candil y algunas viandas a escondidas, pero a esas alturas lo que menos quería era saciar su estómago, solo quería que aquel infierno terminara y sabía muy bien que tenía esa opción, que él le había dado esa opción… solo que no se inclinaría ante él porque su propio orgullo se lo impedía.

De noche cerrada y con el castillo en absoluto silencio, Bella trató de empuñar de nuevo aquel instrumento para cortar la leña que pesaba una décima parte de su propio peso, sintió como algo tiraba de ella provocando que la espesa negrura de la noche la atrapara. Después solo hubo frío y tras éste una calidez desconcertante a la que se aferró con todas sus fuerzas hasta que tras abrir los ojos descubrió que de algún modo había llegado a sus aposentos personales.

Observó por la pequeña ventana y comprobó que ya era media mañana, ¿Por qué nadie la había despertado? No recordaba llegar a sus aposentos por su propio pie y desde luego recordaba que no había terminado su imponente castigo por lo que ahora sería aún más cruel. Al menos había descansado para afrontar la ira de la Bestia, pero en cuanto colocó sus pies desnudos sobre el pavimento frío para incorporarse, comprobó el dolor intenso que sufrían sus músculos. Aquello iba a ser más difícil de lo que imaginaba, por lo que cuando entró en las cocinas donde únicamente estaba la presencia de Megan, ya que el resto del personal debía estar en sus quehaceres, se sorprendió al ver que ésta sonreía como si estuviera especialmente contenta de verla.

—Me sorprende que podáis caminar después de haber llenado la leñera para el resto del invierno. Hasta Rodric que es quien suele encargarse está sorprendido de que lo hayáis logrado en un solo día —mencionó Megan poniéndole delante suculentos manjares mientras sentía como su estómago rugía de hambre.

¿Llenarla? Pensó Bella, ¡Si apenas había logrado llegar a la mitad!

—Tienes suerte, hoy se ha levantado de mal humor y habría vertido su ira sobre ti si no hubieras cumplido lo que te había ordenado. El señor Charles mencionó que él mismo le atendería personalmente y le indicó a Agnès que no te despertara.

Bella no comprendía nada, pero tampoco mencionó que ella no había logrado acabar aquella orden, ni recordaba como había llegado a su propia estancia, aunque tras el desayuno salió al mismo lugar donde había transcurrido horas partiendo aquellos troncos y descubrió que todos estaban debidamente colocados y cortados.

¿Quién lo había hecho?, ¿Podría estar tan exhausta para no recordarlo?, ¿Verdaderamente su cuerpo habría llegado a tal punto de cansancio que lo había logrado ella misma sin acordarse de ello? Quizá el enfado de la Bestia se debiera a que no había logrado salirse con la suya, a que había conseguido realizar aquella tarea con o sin ayuda y no pedirle clemencia a cambio, ¿Podría alguien haber acabado su castigo por ella? De ser así no conocía a nadie en el castillo que la apreciase tanto para hacerlo y estaba segura de que ni Agnès, ni Megan lo habían hecho por ella. Entonces, ¿Quién?, ¿Quién podría haberla ayudado de ese modo? Y más aún, ¿Por qué?

13
BELLA

Era la primera vez desde que había llegado al castillo que se sentía ociosa y la sensación era de absoluta extrañeza. No le habían encomendado ninguna tarea, aunque sus músculos agradecían que así fuera, pero tal parecía que se habían olvidado de ella. Sin nada que hacer, sus pies la llevaron hacia la biblioteca, todo el mundo parecía estar en sus quehaceres, por lo que nadie le prestaba atención conforme caminaba lentamente. Pasó allí casi toda la mañana y parte de la tarde, hasta que en un momento dado, hallándose completamente abstraída del mundo que le rodeaba alguien gritó su nombre llamando su atención.

—¡Mirabella!, ¡Al fin os encuentro! —exclamó Charles—. He tenido que buscaros por todo el castillo y nadie sabía decirme donde os hallabais, deduje finalmente que debíais estar aquí desde un principio.

Bella le observó. Parecía fatigado y bastante cansado a juzgar por su expresión, comprendió que no debía llevar un buen día si la Bestia se había levantado de mal humor.

—¿Me buscabais? —preguntó de forma inocente cerrando el libro y dejándolo apoyado sobre el marco de la ventana. Había descubierto que aquel era su lugar favorito y no solo por la luz que se filtraba, sino por la comodidad que le generaba.

—Así es. El señor no quería que os llamara, pero su herida está abierta y no deja de sangrar. Agnès ha intentado coserla, pero su pulso tiembla tanto que ha sido incapaz.

¿Y la buscaban a ella? Precisamente no era muy buena en el dominio de la aguja, pero ciertamente su pulso no temblaría como el de la anciana.

—¿Queréis que cosa su herida?, ¿Yo? —exclamó pensando qué no le generaba ningún tipo de aflicción que se hubiera abierto la herida después de imponerle tantos castigos completamente absurdos e injustos.

La última vez que le había ayudado, en consecuencia le había tocado lidiar con unas cadenas que limitaban su movimiento. No quería y mucho menos deseaba volver a hacerlo.

—No hay nadie más en todo el castillo que sea capaz de hacerlo. Acompañadme —exigió Charles.

Bella determinó que aquello no era una petición, sino una orden que debía cumplir quisiera ella o no. Siguió al señor Charles hasta los aposentos de la Bestia y pensó si él gritaría que se marchase después de haber ganado el primer asalto en su enfrentamiento o si en el fondo había aceptado que fuera ella quien le curase porque no existía nadie más que pudiera hacerlo.

¿Tal vez había cedido en su orgullo por primera vez?

Cuando aquellos ojos verdes se posaron sobre ella, se agrandaron con tanta avidez que no pasó desapercibido para Bella.

—¡Os dije que no la llamaseis! —exclamó dirigiéndose hacia el señor Charles.

—Mi deber es asegurar su bienestar y, por tanto, hacer lo que crea más conveniente para usted tal y como le prometí a vuestra difunta abuela —terció severamente—. Por favor, proceda —indicó a Bella que observaba aquella escena contrariada.

Para su absoluto desconcierto, aquella Bestia de mal carácter no mencionó absolutamente nada, sino que pareció gruñir de insatisfacción mientras aceptaba sin palabra alguna la situación. Bella se acercó lentamente y observó que tenía todo lo que necesitaba a su alcance. Aguja, hilo fino, agua limpia y paños secos listos para usarse. La herida parecía limpia, aunque de ella no dejaba de brotar sangre y podía ver la pila de paños ensangrentados que se apilaban sobre un cubo junto a la cama. Parecía que el señor del castillo no había seguido las indicaciones del médico guardando reposo y aquellas habían sido las consecuencias. ¿Qué habría hecho para que su herida se abriera de ese modo? Parecían haber saltado todos los puntos que ella misma le había dado días atrás.

—Quitadle las cadenas —ordenó la Bestia quitándose de un solo movimiento la llave que llevaba colgada al cuello—. No quiero que tenga la excusa de decir que fueron un impedimento.

«Maldito necio» pensó Bella reprimiendo sus pensamientos.

Charles no solo le quitó los grilletes que ceñían sus manos, sino que también se deshizo de la cadena que unía sus tobillos y el hecho de no llevar aquel peso le hizo sentirse libre por primera vez en días, aunque no pensaba agradecérselo.

Enjuagó sus manos y comenzó a coser la herida. Sabía que lo que estaba haciendo debía doler bastante, pero a pesar de notar la tensión en el cuerpo de aquel hombre, no se quejó en ningún momento, ni gritó por la labor que estaba haciendo.

—Traeré agua fresca y más paños limpios —mencionó Charles cuando vio que Bella estaba usando el último de ellos para limpiar la sangre que brotaba conforme terminaba de dar las últimas puntadas.

No fue consciente de que se había quedado a solas con aquella Bestia, hasta que sintió como aquellos ojos cargados de mil sensaciones la observaban fijamente. No tenía la necesidad

de mirarle para saberlo, sentía como observaba cada uno de sus movimientos.

—A juzgar por vuestro aspecto podría decirse que la tarea que os encomendé ayer fue demasiado fácil para vos —mencionó repentinamente y ella alzó la mirada en su dirección.

—Quizá lo fue —contestó en el mismo tono de desaprobación—. Cualquier cosa sería mejor que estar cerca de vos —inquirió apartando su vista para dar la última puntada y anudar el hilo con el que había cosido la herida.

Antes de que pudiera cortar el hilo sintió como estiraba de ella mientras la mano de aquel hombre se cernía en su brazo izquierdo acercándole hacia él. Fue tan rápido que Bella no fue capaz de impedírselo y sintió repentinamente la cercanía de aquel rostro junto al suyo, estaba tan cerca de ella que podía percibir el olor de su aroma masculino tan vibrante como inquietante al mismo tiempo.

—¿Por qué no me teméis? —preguntó mirándola fijamente a los ojos y ella sentía que se perdía en ellos.

¿Por qué le causaba ese efecto su atroz mirada?, ¿Por qué tenía ese poder sobre ella que la abrumaba, pero que al mismo tiempo lo detestaba?

No sabía porqué no le temía, pero realmente no lo hacía, quizá era solo una respuesta contraria en su empeño de que le temiera lo que hacía que ella verdaderamente no le tuviera ningún miedo.

—¿Por qué queréis con tanto anhelo que os tema? —preguntó del mismo modo mientras le miraba fijamente.

En aquel momento Bella sintió como colocaba una mano tras su cabeza mientras aún la mantenía sujeta del brazo y antes de que pudiera reaccionar sobre lo que estaba sucediendo sintió la presión de los labios demandantes de la Bestia sobre los suyos. El gesto fue tan absolutamente inesperado que no supo reaccionar hasta que la embriaguez del calor que sentía sobre sus labios hizo que los entreabriera sin siquiera ser consciente de que lo estaba haciendo. En ese momento pudo sentir la invasión en su boca formando un autentico torbellino de sensaciones absolutamente indescriptibles, podía notar el sabor de su aroma y la increíble sensación de sus labios moviéndose con un frenesí atroz que parecía consumirla lentamente.

—Tal vez no me temáis, pero me deseáis —rugió separándose levemente de ella y Bella comprobó que parecía sonreír ligeramente complacido. En aquel momento salió del aturdimiento en el que parecía encontrarse y sintió que la cólera la inundaba hasta rozar su límite.

¿Desearlo?, ¿Por esa razón la había besado? No pensó en las consecuencias, ni le importó absolutamente nada de que forma la castigaría por sus actos.

«Plaff»

El ruido de su mano contra la mejilla rompió el silencio de la enorme estancia en la que se encontraban.

—Jamás sentiré algo por vos que no sea repulsión —dijo con toda la indignación que sentía en ese instante.

No esperó que él le contestara, probablemente le gritaría que se marchara, así que, con paso apresurado salió de aquella estancia mientras sentía como su corazón latía de forma acelerada.

No sabía si se sentía así por las sensaciones que le había generado aquel beso, aunque no quisiera admitirlo o porque aún no era consciente de que había abofeteado al señor del castillo, pero de uno u otro modo tenía claro que desde ese momento su estancia en el castillo iba a convertirse en un auténtico infierno.

Se sentía agitada, era como si sintiera que tenía el corazón en su garganta latiendo apresuradamente. La había besado y de una forma devastadora que incluso le costaba rememorar sin sentirse avergonzada.

Ella misma era consciente de que en cierta forma había correspondido a sus labios, aunque no lo hubiera deseado. Era plenamente consecuente de que se había dejado llevar por lo que aquellos cálidos besos le proporcionaban, pero era la primera vez que alguien probaba sus labios y por tanto no estaba preparada, o eso era lo que se decía constantemente, antes de admitir que había sentido algo más que rechazo por parte de aquella Bestia deshonesta e infame atreviéndose a decirle que ella lo deseaba.

¿Desearlo?

¡Antes moriría que hacer tal cosa!

Prefería arder en el infierno antes que admitir algo tan descabellado, aunque no debía afirmar nada que no existía en verdad, porque ella no sentía ningún deseo hacia ese hombre sin moral.

Salió apresuradamente del castillo en dirección al pozo. Ni siquiera se percató del frío, sino que necesitaba refrescarse para calmar esa sensación de ahogo que sentía inexplicablemente. Era consciente de que recibiría un monumental castigo por su atrevimiento al abofetearle de aquel modo, pero no le importaba, en aquel momento nada le daba más satisfacción que haberle dejado claro a esa Bestia que ella no le deseaba.

—¿Bella? —exclamó una voz masculina a su espalda y que ella reconoció débilmente, resultaba imposible que él estuviera allí—. ¿Realmente sois vos? —insistió aquella voz y giró sus pies para enfrentar al muchacho que llevaba años sin ver.

Había cambiado, ahora parecía un hombre a pesar de que tan solo habían pasado tres

años, pero su cabello castaño, sus ojos oscuros y aquella indiscutible sonrisa dulce hicieron que Bella sintiera más que nunca el recuerdo de su padre.

—¿Adrien?, ¿Qué hacéis aquí? —preguntó sin comprender porqué el aprendiz de su padre estaba en el castillo.

A pesar de haber pasado tanto tiempo aún podía recordarle, así como el día en el que él le había declarado sus intenciones y ella tuvo que rechazarle. Adrien le parecía un chico apuesto, gentil, alguien que sería perfecto para otra mujer, pero no para ella. Después de aquello se marchó y no había vuelto a verle hasta ese momento. ¿Qué hacía él en el castillo?, ¿Por qué estaba allí?, ¿Le enviaría su padre?, ¿Había ido a comprobar que estaba bien? En ese momento supo que estaba en el mismo lugar donde ella había tenido que cortar la leña el día anterior, ¿Acaso había sido Adrien quien la había ayudado? No. No podía ser.

—Eso debería preguntarlo yo, ¿Qué hacéis aquí? —inquirió observándola fijamente.

—¿Os envía mi padre? —preguntó Bella como si aquella fuese la única explicación.

—¿Enviarme?, ¿Por qué habría de enviarme? Estoy aquí a petición del señor del castillo —afirmó contundente—. ¿Y vos?, ¿Qué hacéis vos en este lugar?

No estaba segura de querer contestar aquella pregunta y antes de que pudiera hacerlo, el señor Charles llegó hasta ellos.

—¡Mirabella! —exclamó llamando su atención—. Señor Adrien, creo haberle mencionado que su lugar de trabajo estará en las caballerizas.

¿Caballerizas?, ¿Acaso Adrien iba a quedarse en el castillo?, ¿Había adquirido una deuda como ella?

—Por supuesto —mencionó el aludido y miró hacia Bella—. Me ha alegrado volver a veros, Bella.

Fue incapaz de contestar, sino que asintió y dejó que se marchara mientras el señor Charles le indicaba que entrara en el castillo.

—¿De qué conocéis al nuevo ebanista? —preguntó el señor Charles.

¿Ebanista?, ¿Estaba allí en calidad de fabricar algún mueble para la Bestia?

—Fue el aprendiz de mi padre hace algunos años, ¿Desde cuando Adrien está en el castillo? —preguntó Bella sin mirarle.

—Llegó al atardecer. El ebanista que hay en este pueblo no se encontraba disponible para satisfacer la necesidad del señor del castillo, aunque eso creo que lo sabéis mejor que yo —concluyó el señor Charles y supo que se refería a su padre.

¿Sería Adrien quien la ayudo realmente? Podría ser. De hecho, era muy probable que hubiera sido él puesto que no conocía a nadie más que hiciera algo así por ella.

—¿Se quedará mucho tiempo? —preguntó no sabiendo si volvería a verlo.

—¿Tenéis algún interés en él, Mirabella? —inquirió el señor Charles evaluándola fijamente.

¿Qué interés podría tener ella en Adrien más allá del recuerdo de un viejo amigo?

—Es un viejo amigo de la familia al que llevo tiempo sin ver, solo me gustaría saber si volveré a verle de nuevo o al menos poder despedirme de él —concretó sin entrar en detalles.

—Ciertamente el señor Adrien se quedará con nosotros algunas semanas. El señor del castillo tiene un encargo especial y no se irá hasta que lo acabe. De todos modos no te he llamado para hablar del ebanista, sino para darte esto —mencionó ofreciéndole una carta que iba dirigida hacia ella y en cuyo remitente estaba el nombre del doctor Pierre.

Quería abrirla, pero no lo haría en presencia del señor Charles pues no sabía que diría en ella el doctor, así que contuvo su ansia por tener noticias sobre el estado de salud de su padre.

—¿Eso es todo?, ¿Puedo retirarme? —preguntó Bella.

—No. No es todo —negó el señor Charles y cambió de expresión. En esos momentos Bella supo que iba a recibir su castigo a través de él, que la Bestia no tenía el coraje suficiente para decirlo de sus propios labios—. Os habéis marchado sin vuestras cadenas —mencionó y en ese momento fue consciente de ello. Había estado tan furiosa que ni se había percatado de ello—. El señor del castillo ha decidido que no las llevaréis de nuevo. Me ha pedido que os comunique que debéis permanecer en el castillo hasta cumplir con vuestra deuda. Si en algún momento decidís huir, vuestra familia deberá pagar por vos dicha deuda y eso deberá quedar en vuestra conciencia.

¿La liberaba?, ¿Ella le abofeteaba y él la liberaba?, ¿Dónde estaba la ira de la Bestia?

14
BESTIA

Desde el primer instante en que la había visto supo que aquella belleza de ojos miel no pasaría desapercibida para él. Por esa misma razón se empeñó con más ahínco en apartarla de su lado, por su experiencia sabía que las mujeres con sus características solo querrían una cosa de él; su dinero y posición. Padre se lo había inculcado a temprana edad y pudo comprobar por sí mismo a lo largo de los años que era verdad.

Había hecho todo cuanto era posible por no reparar en ella y convencerse que solo se trataba de una sierva más en sus dominios. Hasta ahora no le había importado lo más mínimo ninguna de sus doncellas, aunque bien era cierto que hacía bastantes años que ninguna mujer joven se adentraba en el castillo y contraía una deuda de tantos años a su servicio.

No sabía si era su obstinación, esa capacidad para responderle sin ningún temor plantándole cara o la curiosidad que le generaban sus actos, pero había algo en aquella doncella de ojos miel que le atraía sin poder evitarlo más allá de aquel rostro que no lograba apartar de sus pensamientos. Lo había percibido desde el primer momento, aunque sabía que era la falta de calor en su lecho desde hacía tiempo la que hablaba a través de su deseo.

Sentía lujuria hacia esa joven, un deseo profundo que comenzaba a perturbar su mente y nublar su juicio como nunca había sentido.

¿Por qué no le temía aquella doncella descarada de ojos vibrantes?, ¿Por qué le resultaba tan refrescante y osada su rebeldía? Pero, sobre todo, ¿Por qué sentía esa palpitación cada vez que ella le observaba? Aún sentía reticencia a creer que hubiera permanecido a su lado mientras deliraba en fiebre y sus recuerdos eran muy vagos. Tenía unas imágenes muy distintas a lo que se suponía que realmente había sucedido, pero a pesar de su obstinación tenía que creer que había sido ella quien curó su herida y saberlo provocaba un profundo resquemor en su interior, pese a saber que no tenía porqué sentirlo.

Ella huyó de él. La persiguió. Y de no haber encontrado su rastro habría sido devorada por aquellos lobos hambrientos que la acechaban cuando la encontró. En aquel momento solo sentía ira porque hubiera escapado del castillo desobedeciendo sus órdenes y creyendo que había

intentado asesinarle, pero ahora sentía perturbación al saber que podría haber sido la última vez que la viera con vida.

Le había colocado aquellas cadenas como castigo no solo a su desobediencia, sino como ejemplo para los demás miembros del castillo que osaran a abandonar sus puertas. En su momento consideró que era lo que se merecía, además no podía permitir que quedase impune tras esa falta de subordinación, pero tras ver aquella suave piel magullada y herida, volvió a percibir esa sensación de ahogo en su interior por saber que era el causante de aquello.

¿Por qué demonios le importaba si ella sufría o no? Era su merecido como consecuencia a sus actos. Hasta ahora no le había interesado lo más mínimo que sus sirvientes sufrieran las repercusiones de sus castigos por desobediencia, pero la seguridad con la que aquella mujer le enfrentaba alteraba por completo su razonamiento y lo que hasta ahora consideraba normal comenzaba a parecerle extremo.

¡Le había regalado su propia camisa para que no sufriera las magulladuras de aquellos toscos grilletes!

Jamás había considerado hacer algo similar por ningún otro sirviente, eso era lo que le hacía tenerla aún más presente en sus pensamientos. ¿Por qué ella?, ¿Por qué le hacía sentirse de ese modo?, ¿Por qué no podía dejar de imaginarla desnuda dentro de aquella bañera mientras sus manos se paseaban por aquella piel blanquecina?

Solo era deseo.

Un profundo y perturbador deseo hacia ese cuerpo lleno de curvas que se escondía bajo aquellas ropas de criada. Un abrasador deseo por acariciar aquellos labios carnosos y descubrir su esencia.

Hacía días que evocaba un olor que le trastornaba, como si hubiera soñado con él y lo tuviera muy presente en su memoria, hasta que lo percibió en ella.

Menta.

Sus cabellos olían a una menta fresca que deseaba aspirar profundamente sin explicarse la razón de porque anhelaba aquello. Tal vez esa fuera la razón por la que no lograra conciliar el sueño cuando lo había descubierto. No sucumbiría a la tentación. No caería en su juego de seducción. Él no se mezclaría con aquella sirvienta que solo pretendía embaucarle y encandilarle con sus encantos para obtener todo cuanto quisiera.

Porque no podía pretender otra cosa de él.

Todas eran avariciosas e infames.

Y a pesar de ello. Habiendo tomado la decisión de no poseerla, ni dejarse arrastrar por ese deseo, seguía fascinado por aquella mujer que no temía enfrentarlo y que curaba su herida en

silencio, la misma que él se había abierto de nuevo por desobedecer sus propias normas.

Ni tan siquiera sabía porqué lo había hecho. Menos aún las razones que le llevaron a hacerlo, pero sabía que aquella doncella se entregaría a la muerte antes de pedir clemencia y eso fue suficiente para que terminara él mismo el castigo que le había impuesto.

No sabia porqué, aún no se explicaba la razón, pero lo que sí sabía es que no podía permitir que su muerte pesara en su conciencia. De algún modo deseaba seguir deleitándose con su presencia, aunque corrompiera sus pensamientos y creencias.

Su vista se perdió en aquellos labios carnosos, esos que se negaba a probar y que seguía tratando de rechazar, aunque sintiera el fervor de su deseo clamando por conocer su sabor.

Y entonces percibió de nuevo aquel aroma a menta penetrando lentamente sus fosas nasales, derribando su propio dominio. No lo soportó, sino que la arrastró hacia él para devorar sin ningún tipo de pudor o control aquellos labios rosados que le decían que habían sido creados para ser besados.

Por un instante se olvidó de quien era ella. Por un segundo, solo uno de su entera vida olvidó quien era él y simplemente se dejó arrastrar por la inaceptable atracción que sentía. En el momento que sus labios se entreabrieron para él, comprobó su exquisito sabor y su autentica delicadeza. Quería más. Deseaba más. Y tendría todo de ella.

Fue consciente de que le deseaba y eso no le inquietó, sino que le complació enormemente.

Cuando aquella tenaz mujer le propinó aquella bofetada, su primer instinto fue el de castigarla por su osadía observando como ella se marchaba, pero después solo quedó en él la apremiante necesidad de saber como actuaría aquella mujer en su cama, sintiendo su entrega con la misma calidez que aquel beso que acababa de proporcionarle.

La haría suya una sola vez y terminaría finalmente con aquel tormento que anulaba su cordura.

BELLA

Era libre.

En realidad no tenía ninguna libertad puesto que no podía escapar de aquel castillo, pero había creído que debería portar aquellos grilletes durante semanas, meses e incluso años si pensaba en el carácter de aquel monstruo viviente. ¿Por qué la habría liberado?, ¿Qué razón tenía para haber decidido finalizar ese castigo? El señor Charles había hecho referencia a que el pago de su deuda lo asumiría su familia si ella escapaba, pero era consciente de que jamás sometería a su padre, tía Rosmery o incluso a sus primos más pequeños a la ira de la Bestia solo por su libertad. Aún así, no lograba comprender que después de propinarle una sonora bofetada, él la liberase. Quizá solo era el pago por sanar su herida, tal vez un verdadero castigo la esperaba tras ese incidente, pero desde luego no pensaba bajar la guardia respecto a ese hombre de carácter frío y taciturno.

No.

Le evitaría como la peste.

En cuanto se alejó del señor Charles corrió a un lugar apartado donde la claridad del día le propiciaba la luz perfecta para devorar las líneas que había en aquella carta que Pierre le había enviado tan amablemente. La abrió con ferocidad y desplegó el suave papel entre sus dedos.

Querida y hermosa Bella, me complace decirle en estas breves líneas que he tenido la fortuna de conocer a su familia y resulta tan encantadora como usted. Tal y como le prometí, atendí personalmente a su padre, lamento decir que su situación es altamente delicada ya que su enfermedad ha afectado a sus pulmones, pero no pierda la esperanza mi querida Bella, confío que con la medicación y cuidados adecuados se recuperará completamente y podrá volver a estar a su lado.

Atentamente suyo, Pierre.

Seguía vivo. Su padre seguía vivo y eso le daba esperanzas. No era la noticia más alentadora, sabía que aún seguía enfermo y lo suficientemente grave para seguir postrado en una cama. Aunque la posibilidad de que sobreviviera fuera ínfima, se aferraría a ello con toda su

alma.

Conforme fueron pasando las horas y en consecuencia los días, Bella comprobó que no era llamada para atender los asuntos personales del señor del castillo, sino que en su lugar Agnès era quien los atendía y ella realizaba las tareas que ésta hacía habitualmente. Casi habían pasado tres semanas desde la última vez que había visto a la Bestia, desde entonces no había salido de su habitación e imaginaba que se estaba recuperando de la herida en su pierna. Aunque no quisiera reconocerlo, le inquietaba el momento en el que tuviera que volver a enfrentarle. Los primeros días los había pasado con una especie de nudo en su estómago creyendo que sería castigada en cualquier momento, pero cuando transcurrió la primera semana sin ningún tipo de percance, comprendió que tal castigo no llegaría, o al menos, no de la forma que ella esperaba. Tenía el presentimiento de que aquel hombre se cobraría su venganza, pero que lo haría de un modo en el que a ella le escandalizaba. No quería verlo. No quería enfrentarlo y mucho menos que pudiera rozarla con alguna de sus manos. Había pasado aquellas tres semanas convenciéndose a sí misma de que detestaba aquel apasionado beso cargado de fulgor. Lo rechazaba e incluso lo condenaba al olvido, pero una pequeña parte de sí misma no dejaba de evocarlo y eso la exasperaba. Quería olvidarlo y no podía lograrlo.

En aquellas tres semanas había visto diariamente a Adrien en la hora del almuerzo, ella le llevaba siempre una bandeja a su lugar de trabajo en las caballerizas y charlaban durante unos pocos minutos hasta que regresaba a su habitual tarea.

—¿Cuanto tiempo más estaréis en el castillo? —preguntó Bella.

Había confesado a Adrien que estaba allí por su padre, que éste estaba muy enfermo y ella no tuvo más remedio que adquirir aquella deuda.

—Una semana, quizá dos si me demoro un poco… —contestó evasivamente y ella observó que la miraba atentamente.

A pesar de aquel inesperado reencuentro, Adrien no había evocado su último encuentro, ese en el que él le había confesado que estaba enamorado de Bella y que deseaba pasar el resto de su vida junto a ella. Aquella fue la primera vez que ella tuvo que rechazar a alguien sintiendo que al mismo tiempo se le encogía el corazón por el cariño especial que sentía hacia el aprendiz de su padre. Era consciente de que jamás podría amarle del mismo modo y que intentarlo solo provocaría que ambos fueran infelices.

—¿Por qué deberíais demoraros? Lo mas sensato es que queráis huir cuanto antes de este lugar —admitió con una vaga sonrisa—. Aunque os confieso que habéis tenido la suerte de encontrar al señor del castillo convaleciente, de lo contrario habríais terminado vuestro trabajo mucho antes, os lo aseguro.

—Tal vez desee demorar mi partida porque me agrada la hermosa compañía —advirtió

con una vaga sonrisa.

—¡Oh, Adrien! —exclamó Bella rodando los ojos—. Habéis debido viajar mucho más allá de los confines del bosque y seguro que habréis conocido una inmensa variedad de hermosas mujeres. Estoy segura de que mi compañía será sustituible prontamente —aclamó Bella riéndose.

—Quisiera creer que si —contestó Adrien—, pero ciertamente ninguna es tan bella como lo sois vos.

En aquel momento Bella sintió que risa se apagaba, su garganta se resecaba y el tiempo se paralizaba. Adrien era apuesto, gentil, bondadoso. Siempre pensó porque era incapaz de sentir por él un sentimiento tan puro como el amor, estaba convencida de que su padre habría sido feliz si ella le hubiera correspondido.

—Adrien yo… —contestó Bella apesadumbrada.

No deseaba rechazarle una segunda vez. No quería volver a herir sus sentimientos y ciertamente no hizo falta que lo hiciera, porque el destello verde de una sombría mirada acalló sus palabras.

—¿Qué hacéis vos aquí? —exigió aquella voz profunda mirándola fijamente.

De todas las personas del castillo que podían haber interrumpido aquella conversación, debía ser él, tenía que ser la Bestia en persona.

Bella no supo que responder en primera instancia, quizá porque estaba sorprendida de verle caminando por su propio pie y con la pierna aparentemente recuperada. Tres semanas, hacía tres semanas que no le veía y para su propio infortunio seguía teniendo el rostro más apuesto que jamás había visto. Su porte sombrío no eclipsaba aquella mirada profunda que la observaba fijamente.

—Bella solo trajo mi almuerzo, señor —contestó Adrien en su defensa.

—No me he dirigido a vos, sino a *ella* —aseguró de forma tácita y exigente sin dejar de mirarla—. Por qué estáis aquí —insistió sin preguntarlo, sino ordenando que respondiese.

—Me ordenaron que trajera el almuerzo diariamente, mi señor —dijo finalmente Bella tratando de soportar aquella mirada, pero era tan inquietante que finalmente torció el gesto y ladeó su rostro hacia otra parte.

—A partir de ahora no lo harás. Volverás a atenderme personalmente y prohíbo terminantemente que pongas un pie en las caballerizas si no es por orden mía —mencionó en aquel tono lleno de frialdad—. Ahora marchaos.

Aquellas palabras se repetían en la mente de Bella evocando viejos recuerdos no tan lejanos. Tendría que volver a servirle a la mesa. Limpiar su alcoba. Atender su baño entre otros menesteres que implicaban su cercanía. No sabía si podría volver a soportarlo después de lo

ocurrido la última vez.

Pero, ¿Es que tenía alguna otra alternativa?

—Por supuesto —admitió Bella apretando los dientes y dirigiendo una mirada fugaz hacia Adrien que parecía bastante tenso ante la situación, antes de salir de allí de forma apresurada.

No temía por su amigo, él no era un sirviente del castillo sino alguien que la Bestia había contratado puntualmente y por lo tanto no podría sufrir ningún castigo o ira por su parte. En cambio su propio temor era muy distinto, habían pasado tres semanas sin que la ira de la Bestia la embriagase, ahora él parecía haber vuelto de nuevo y no sabía hasta que punto estaba preparada para hacerle frente y no dejar que su miedo la venciese.

15
BELLA

Bella entró en las cocinas malhumorada e incluso refunfuñaba en voz baja sin darse cuenta. No comprendía a ese hombre y sus cambios de humor constantes. ¡Con lo tranquila que estaba mientras él yacía en cama!

—¡No le soporto! —exclamó en un tono de voz más alto mientras apretaba los puños sin importarle que alguien pudiera escucharla.

—¿A quien no soportáis? —preguntó Megan que parecía lo suficiente atareada para evidenciar que el señor del castillo volvía a deambular por los pasillos.

—¿De verdad necesitáis preguntarlo? Su primera orden ha sido volver a decirme que debo atenderle personalmente y obligarme a marcharme de las caballerizas sin despedirme de Adrien, ¿Por qué tiene que ser tan… tan… exasperante? —Logró decir Bella finalmente mientras desmigaba una hogaza de pan solo para calmar sus nervios.

—Ya me informaron de que decidió levantarse y que esta noche tomaría la cena en el salón como de costumbre —advirtió Megan—. ¿Quizá os descubrió en una situación comprometida con Adrien? —preguntó tratando de interrogarla.

¿Comprometida?, ¿Con Adrien? Ni siquiera estaban cerca el uno del otro para pensar algo así.

—¡Por supuesto que no! —bufó Bella soltando la hogaza de pan de mal humor—. Y aunque ese hubiera sido el caso, ¿A él que le importaría? —insistió.

—Es sabido por todos que al señor del castillo no le agradan las relaciones entre sus criados. No es que esté prohibido realmente, pero es una norma no escrita que todos intentan respetar.

¿Tan amargado era que no quería que nadie en su castillo fuese feliz?, ¿Qué razón había?

—¿Por qué? —No pudo evitar preguntar Bella y percibió la duda en el rostro de Megan.

—Está bien —dijo finalmente ésta, como si Bella le hubiera insistido—. Tarde o temprano lo sabrás, así que dudo que tenga importancia que te lo cuente yo —agregó

limpiándose las manos en su delantal y acercándose a ella—. Al parecer, la madre del señor de la Rose se marchó cuando él era muy pequeño y jamás volvió a verla. Según parece no le agrada el hecho de que un hijo crezca sin su madre y en nuestra situación eso no sería posible.

Bella había estado preparada para discutir y rebatir lo que Megan tuviera que decirle, pero en realidad ¿Cómo podría cuestionar algo así? Incluso a su pesar debía reconocer que había cierto honor en aquel gesto, aunque bien podría permitir que ese niño se quedase en el castillo junto a sus padres, solo que entonces, ¿Qué clase de vida le esperaría? Sin libertad y probablemente sin conocer otra cosa que no fueran las ordenes del señor que lo habitaba.

—Entiendo —afirmó Bella finalmente algo confusa porque nunca había esperado algo así por parte de la Bestia.

¿Habría sufrido la ausencia de su madre? Si lo que Megan confirmaba era cierto, algo en ella le decía que así era, que en su interior había sentido la falta y el cariño de esa mujer que lo había engendrado y dado la vida. Ella misma conocía lo que suponía esa falta y aunque su tía Rosemary había suplido parte de ella, ciertamente daría lo que fuese por haber tenido a su madre todos esos años a su lado.

—¡Anda y ve a tus quehaceres, no sea que te vea aquí y nos reproche a las dos por estar holgazaneando! —advirtió Megan y Bella se fue lentamente hacia el que ella podía considerar como su refugio y al que acudía cada vez que tenía tiempo: la inmensa biblioteca.

Solo unas horas más tarde, el señor Charles la encontró mientras ordenaba algunos tomos, era el primer lugar en el que la buscaba y casi siempre encontraba.

—¿Aún insistís en ordenar todos esos libros a pesar de que no estáis castigada? —preguntó el señor Charles mientras la observaba desde el piso inferior.

—Sabéis que lo hago con sumo placer y es la excusa perfecta para que me permitáis estar aquí —mencionó Bella aparentando una sonrisa.

—Me temo que vuestro tiempo libre se ha acabado, como ya sabéis volvéis a estar al servicio personal del señor de la Rose y por tanto vengo a recordaros que debéis cambiaros para servirle la cena en el gran salón.

La dichosa cena, ¿Cómo olvidarse de ello si había estado pensando cada instante de la tarde en afrontar ese momento?

—¿De verdad debo hacerlo? —exclamó en un ruego mientras se apoyaba sobre la barandilla del piso superior y miraba hacia abajo donde el señor Charles se encontraba esperándola impecablemente vestido como siempre.

Bella notó la expresión confusa en aquel hombre de mediana edad y como su duda le impedía no saber que responder al respecto.

—Conocéis perfectamente cuáles pueden ser las consecuencias de no acometer sus órdenes, Mirabella. Os haréis un favor a vos misma si simplemente le obedecéis.

Si. Por desgracia conocía cuales podrían ser tales consecuencias, pero si no iba, si decidía no asistir, básicamente le estaría demostrando que le temía y entonces él ganaría. No. Aunque realmente tuviera miedo de lo que pudiera ocurrir, lo afrontaría.

—Está bien —dijo finalmente y comenzó a bajar los escalones que llevaban al piso inferior—. Aunque estoy segura de que vuestro señor se inventará la excusa perfecta para volver a castigarme.

—Reconozco que su carácter es difícil en multitud de ocasiones y su terquedad no conoce límites, pero puedo aseguraros de que en el fondo es un hombre justo —advirtió el señor Charles.

—Debe ser un fondo muy profundo —advirtió rápidamente Bella—. Sobre todo si tenéis en cuenta que pasé tres días encadenada solo porque quise salvarle la vida —soltó con verdadero odio.

Bella observó como movía la cabeza negando algo que ella no comprendía, pero tampoco pensaba insistir en que le dijera de qué se trataba. No tenía sentido alguno discutir sobre la Bestia, más aún si tenía en cuenta que el señor Charles parecía tratar de justificar su comportamiento, un comportamiento que desde luego ella jamás admitiría.

El atuendo de doncella que sí era de su talla no le oprimía tanto como el que en otras ocasiones había debido ponerse para servirle a la mesa, aún así podía apreciar que tanto el tejido, como la forma, se ajustaba más a su cuerpo que los ropajes que siempre solía llevar para limpiar.

—¡Venga daos prisa! —exclamó el señor Charles—. ¡Sois vos quien debe esperarle y no al revés!, ¡Ya está sentado a la mesa! —gritó como si una tormenta estuviera azotando el castillo.

«Genial. Seguro que por esa razón obtendría su primer castigo»

—¡Si no me dierais un corsé con tantos lazos no tardaría tanto! —bufó Bella desistiendo de aquella horrible prenda y tiró de ella para sacársela rápidamente y terminar antes con su atuendo. ¿Verdaderamente alguien se daría cuenta de que no llevaba corsé? Lo dudaba… —Ya estoy —advirtió abriendo la puerta y caminando apresuradamente mientras trataba de trenzarse el cabello que caía por sus hombros.

Bella entró atropelladamente y casi tuvo que guardar el equilibrio para no caerse en cuanto sintió que estaba en el gran salón y que tras ella las grandes puertas se cerraban dejándoles completamente a solas junto a la tenue luz de los candelabros como única compañía.

—Llegáis tarde.

La voz de la Bestia no era carga de ira, ni tampoco se lo había mencionado como una exigencia, sino que simplemente estaba constatando un hecho.

—Lo sé —corroboró Bella recordando que las excusas a ese hombre no le servirían. Quizá probando a darle la razón, surtiría el efecto contrario.

—¿No vais a dar una excusa por ello? —replicó y en su tono se podía apreciar cierta simpatía.

«¿Simpatía? Debía estar soñando para pensar algo así» pensó Bella.

—¿Serviría de algo que os la diera? —exclamó acercándose a él y colocándose a su lado para servirle el vino.

—Parece que creéis conocerme demasiado bien. Sin embargo, cada vez que creo conoceros, me sorprendéis con algo distinto —aseguró aquella voz provocando que le temblara el pulso y se preguntó si solo sería una estrategia para que precisamente volcara el vino.

¿Por qué le decía aquello?, ¿Por qué no le gritaba o vertía sobre ella su mal humor como siempre hacía?, ¿Dónde estaba la ira de la Bestia?

En aquel momento Bella pensó en sus palabras, ¿Conocerle bien? Mas bien no le conocía en absoluto y estaba demasiado perdida ante sus cambios de humor, pensamientos y acciones en lo que se refería a ella, pero si él creía que era al revés, ¿Quién era ella para decirle lo contrario?

—¿Sorprenderos? —exclamó—. No se como podría hacer algo así, mi señor —contestó de una forma aparentemente afable, aunque en el fondo lo único que quería averiguar es porque tenía esa actitud repentinamente amable hacia ella cuando jamás lo había sido desde que llegó al castillo.

Bella dejó la jarra de barro que contenía el vino sobre la mesa y dio un paso atrás para coger la fuente de caldo caliente desde la que le serviría al señor del castillo. Podía sentir aquellos ojos verdes escrutándola minuciosamente, ser consciente de ello le provocaba cierto temblor del que era incapaz de deshacerse.

—¿Vuestra excursión a las cuadras fue placentera? —Aquella pregunta dejó a Bella completamente absorta. ¿Excursión?, ¡Solo le llevaba el almuerzo a Adrien! Podía percibir por el matiz de su voz que había interpretado algo distinto de la situación.

—Desde luego —respondió con retintín y sirvió una gran cucharada de sopa en su plato —. *Muy* placentero —insistió solo por el hecho de inmiscuirse en su vida privada y dejó la gran fuente sobre la mesa.

Ya tenía suficiente con su temperamento, sus castigos y el hecho de que sería prisionera de aquella deuda durante tantos años que era mejor no pensar en ello o sería un alma en pena. Lo único que le quedaba era su integridad y él se empeñaba en pisotearla con cada oportunidad. Si quería pensar que Adrien le atraía de una forma en la que jamás lo haría, era problema de él. Ya estaba cansada de que pensara lo peor de ella.

—Lamento deciros que no volveréis a verle —mencionó en un tono impasible mientras metía la primera cucharada en su boca y degustaba aquella sopa.

¿Le prohibía verlo?, ¿De verdad estaba ordenándole que no le visitara?

—¿Es una orden o una prohibición? —preguntó sin poder creerlo.

—Ambos —contestó del mismo modo.

En ese momento Bella sintió indignación y no precisamente por no volver a ver a Adrien, hasta cierto punto podía pasar perfectamente sin eso como lo había hecho los últimos dos años, estaba enfadada por aquella imposición sin sentido.

—Puede que haya adquirido una deuda con vos, mi señor, pero desde luego no sois mi dueño para decidir a quien debo o no debo ver y mucho menos prohibírmelo —amenazó desafiante.

—Lo estoy haciendo —reiteró sin un ápice de remordimiento.

Y en ese instante Bella lo supo. Sus castigos, sus amenazas, su ira, su falta de humanidad, él solo deseaba someterla a su voluntad.

Pues bien, no lo haría.

—¡Verdaderamente sois una Bestia!, ¡Una Bestia cruel e infame! —gritó Bella sin poder creer que le prohibiera ver a Adrien solo por un mero capricho y suposiciones que el mismo había creado sin fundamento alguno.

Tal vez Bella no pensó en el peso que tendrían aquellas palabras que había gritado sin reparo alguno, quizá lo único que había esperado era ofenderle con ese agravio, pero pudo percibir como la ira lo dominaba y en un movimiento veloz, la aferró del brazo fuertemente hasta acercarla a él lo suficiente para que su nariz rozara la suya.

—Lo soy —rugió sin contemplaciones mirándola fijamente como si aceptara aquel apelativo—. Y si tanto os importa ese joven, obedeceréis.

—¿Y que sucedería si él no me importase? —le retó Bella tratando de apartarse, solo que, por enésima vez, él era demasiado fuerte para ella.

—¿Tan pronto os olvidáis de vuestros amantes? —exclamó como si estuviera estudiando sus movimientos.

—Adrien no es mi amante —afirmó a pesar de que él no la creyera. Lo que menos deseaba es crearle problemas al joven ebanista por su culpa. No sabía de lo que la Bestia era capaz de hacer, pero no pensaba correr el riesgo hacia otra persona que no fuera ella.

—No es eso lo que decíais hace un instante… —insistió acercándola aún más y Bella sintió que podía percibir el perfume que emanaba de su cuerpo. Olía a hierbas silvestres con un toque amaderado y un leve matiz del vino que acababa de tomar.

Era demasiado prohibitivo. No sabía porqué le podía afectar de ese modo si él no le importaba.

Lo odiaba.

Lo repudiaba.

Rechazaba todo cuanto él representaba y aún así, era capaz de sentir una vibrante sensación de mariposeo en su estómago tan intrépida como arrolladora. No. No cedería ante aquel cúmulo de sensaciones. Él era una Bestia despiadada y se prohibía sentir nada que no fuera odio hacia él.

—Pensad lo que queráis, siempre lo hacéis aunque os insista en lo contrario —bufó Bella tratando de alejarse y soltarse al fin de la mano que la tenía aferrada, pero él pareció ver sus intenciones y de un gesto provocó que ella tropezara hasta caer en su regazo.

Quería escapar de él. No quería sentir su cuerpo junto al suyo, ni el calor que éste provocaba en ella con su cercanía. Trató de resistirse, pero él la retenía.

—¿Le amáis? —exigió en un tono que Bella no supo como interpretar, pero ciertamente esperaba una respuesta.

—¿Me creeríais acaso si os dijera que no? —exclamó ella retándole con la mirada.

—No os importa lo que yo crea. Responded. ¿Le amáis? —volvió a exigir.

—No —negó perdida en aquellos ojos verdes.

Esperó que tras aquella respuesta le dijese que no la creía, que probablemente solo lo decía para no perjudicar a Adrien. También esperó que la soltara, que la dejase libre de su agarre. En cambio, aferró sus manos a ambos lados de su rostro sin dejar de mirarla. Por un momento creyó que la besaría de nuevo con aquel ímpetu de la última vez y sintió deseos encontrados al mismo tiempo. Por un lado, quería volver a sentir esa sensación y por otro se privaba a sí misma de tal hecho porque le odiaba.

—¿Quién sois realmente Mirabella? —preguntó pronunciando por primera vez su nombre.

16
BELLA

Los pensamientos de Bella eran incapaz de dar respuesta a esa pregunta, más aún sintiendo como aquellos delicados y rosados labios por el vino decían su nombre. Existía algo en él inaudito, era como un poder atrayente del cuál se sentía incapaz de desprenderse a pesar de todo el rencor que sentía hacia ese hombre que la observaba esperando una respuesta.

Desconocía cuál podía ser el interés de la Bestia sobre quien era ella, pero tenía muy presente que no pensaba revelarle sus orígenes. No tenía ninguna intención de darle algún tipo de información que pudiera utilizar en su contra.

—¿Acaso importa? Quien soy no cambia el hecho de que ahora estoy a vuestro servicio y hasta el momento es lo único que os ha importado —recalcó con la clara intención de provocarle y percibió como su semblante se oscurecía.

Tenía que alejarse de él. Debía poner distancia, porque de lo contrario no sabía hasta que punto sería capaz de rechazar aquellos tentadores labios.

—¡Entonces servidme! —rugió y la apartó de su regazo bruscamente. Bella se irguió rápidamente respirando con cierta premisa de libertad al no estar en su regazo—. Queda claro que os avergüenza vuestro pasado y tenéis demasiado que ocultar si no queréis admitir quien sois —afirmó apartando la mirada de ella y Bella no se sorprendió de aquel deshonesto comentario.

De todos los insultos que podría haberle dirigido, precisamente aquel no la ofendía. Ella no sentía ninguna vergüenza por su pasado o sus actos, su conciencia estaba más que tranquila.

—¿Deseáis que os sirva ya el primer plato? —preguntó haciendo caso omiso de su aguda afirmación hacia ella.

—Si —afirmó molesto mientras se reclinaba sobre su asiento y ella retiraba aquella sopa para servir el guiso de carne con guarnición de verdura que había preparado Megan con esmero. En cuanto Bella respiró el olor de aquel plato, sintió deseos de probarlo y se recordó a sí misma que aún no había cenado—. Cualquier tipo de relación entre el personal del castillo está terminantemente prohibida —apeló en un tono firme cuando ella dejó aquel plato sobre la mesa

y sintió el temblor en sus extremidades.

¿Prohibido? Megan había mencionado que no le agradaban, pero no las prohibía como ahora mismo le estaba advirtiendo.

—¿Esta prohibida para todos o solamente para mi? —exclamó Bella sintiendo que de algún modo la castigaba de forma excepcional solo porque no había sucumbido al temor de la Bestia.

Era consciente de que se estaba ganando a pulso otro castigo, pero llegados a ese punto lo prefería antes que tener que soportar esa sensación de opresión insoportable en su pecho.

—¿Acaso os creéis especial? Porque si esperáis un trato diferente al resto del personal estáis muy equivocada. ¡Servidme más vino criada! —aireó de forma despectiva y ella apretó los dientes para no gritarle que era un bruto sin escrúpulos.

¿Cómo podía prohibir el amor que podía surgir entre dos personas con una vida tan desdichada? No. Su amargura prohibía a los demás ser felices, quizá porque él sería incapaz de ver amor en alguna parte, aunque éste le golpeara en la cabeza. ¿Podría alguien enamorarse de esa Bestia? Lo dudaba. Su aspecto era de una belleza extrema, pero su alma era tan fría y siniestra que ninguna mujer podría sentir algo puro hacia ese hombre.

—Ser especial es lo último que deseo ser para vos, mi señor —agregó Bella rellenando su copa rápidamente.

—Os garantizo que no lo seréis —aseguró mientras tomaba aquella copa y la vaciaba de un solo trago.

Bella aguardó en silencio hasta que ordenó que le sirviera el postre y tras hacerlo, le indicó que se retirara y le dejase a solas. Obedeció sin mencionar palabra alguna y tras cerrar la puerta del gran salón sintió que aquella opresión que estaba soportando en todo momento se esfumaba.

No la había castigado. A pesar de provocarle e incluso contestarle atrevidamente y llamarle Bestia, él no le había impuesto ni un solo castigo. Se preguntaba porqué, cuando en otra ocasión por mucho menos la envió a la celda de las mazmorras. ¿Tal vez habría descubierto que no funcionaba con ella? El simple hecho de tener que servirle suponía un castigo aún peor que estar confinada en aquella celda oscura.

Cogió algunas viandas de la cocina rápidamente antes de que fuera llamada de nuevo o alguien la viera y se encerró en su habitación con la única luz de la fina vela que llevaba. Aún no podía creer que le hubiera prohibido volver a ver a Adrien, ¿Le habría advertido al joven aprendiz de su padre que tampoco podía verla?, ¿O aquella prohibición se limitaba a ella? En cualquier caso, no pensaba acatar aquella orden, tenía toda la intención de volver a ver a Adrien

para asegurarse que mantenía a salvo su secreto respecto a su padre.

Aquella mañana fue diferente a las de las últimas semanas, Bella lo supo en el momento en que llamaron con aplomo a la puerta de su habitación y se despertaba agitada ante aquella interrupción. El señor del castillo había decidido madrugar y deseaba que le sirvieran su desayuno de inmediato antes de ir a cabalgar. Subió las escaleras hasta aquella habitación en la que llevaba tres semanas sin entrar y cuando deslizó la puerta con la ayuda de su codo, observó que aún se estaba atando los cordones del pantalón y su pecho estaba completamente expuesto ante ella.

—Disculpad —mencionó Bella sin pensar mientras trataba de apartar la mirada por completo de aquel cuerpo musculado—. Me dijeron… yo creí que…

—Os avergonzáis como una virgen —afirmó con cierta reprensión y Bella enrojeció—. Si no fuera porque resulta imposible, diría que lo sois —agregó jactándose de la situación.

¿Imposible?, ¿Por qué sería imposible? Se preguntó Bella.

—Afortunadamente eso es algo que no os incumbe, mi señor —contestó irritada porque la tratara de aquel modo vejatorio.

—Todo lo que sucede en el castillo me incumbe y eso os incluye.

No sabía porqué, pero en aquellas palabras Bella percibió posesividad, como si ella fuera un objeto más de aquel castillo.

—Si no deseáis nada más, iré a…

—No os he dado permiso para que os marchéis. —La interrumpió de inmediato—. De hecho, no vais a iros a ningún lado porque pasaréis todo el día junto a mi.

Bella sintió como todo su cuerpo se tensaba. ¿Todo el día a su lado?, ¿Cada minuto de cada hora junto a él?

No.

Definitivamente no.

—¿No pensáis salir del castillo? —preguntó Bella sintiendo que las palabras le fallaban a la hora de salir de sus labios.

—Si y vos vendréis conmigo.

¿Dónde exactamente se suponía que debía ir con él? La sola idea la aterraba. Una cosa era estar en la misma estancia que aquella Bestia sabiendo que vivía más gente en el castillo y otra muy distinta alejarse de allí a solas con ese hombre que la perturbaba. ¿Podría acaso negarse a tal consideración? Se suponía que ella había entrado a servir en el castillo, no fuera de éste.

—Mi señor, ¿No se suponía que no debía abandonar el castillo? —preguntó seleccionando adecuadamente sus palabras.

Precisamente él había insistido en que jurase que jamás huiría de aquel lugar y ahora la arrastraba hacia el exterior con la posibilidad de escabullirse fácilmente.

—No lo estáis abandonando. Os recuerdo que vuestro trabajo es servirme y eso es lo que haréis —ratificó cogiendo el vaso de leche con miel que había en la bandeja y llevándoselo a los labios sin molestarse en tomar asiento. Ni tan siquiera se había colocado la camisa, era como si no le importara que ella le viera de aquel modo, probablemente había percibido que la incomodaba y lo hacía con plena conciencia de ello. Aún así, era inevitable mantener la mirada fija en sus ojos y no devorar con intensidad cada músculo de aquel fornido torso.

¿Servirle?, ¿Y que utilidad tendría observar como iba de caza o galopaba a caballo? Era evidente que solo pretendía fastidiarla o castigarla saboreando algo de libertad para luego recordarle que en realidad no era libre.

—Tenía entendido que mis funciones se limitaban a servirle en el castillo, mi señor —replicó sin rendirse a pesar de que era muy probable que colmara su paciencia, pero quizá era eso lo que buscaba, que finalmente se olvidara de aquella loca idea de arrastrarla junto a él hacia Dios sabe donde.

—Vuestras funciones son hacer lo que me plazca cuando me plazca y como me plazca. Si os ordeno que vendréis conmigo lo haréis y si os prohíbo salir del castillo, obedeceréis. Hasta que saldéis vuestra deuda me pertenecéis y haré con vos lo que desee. —Su voz sonaba dura y firme, pero no parecía enfadado sino más bien irritado.

Aquella Bestia no quería una doncella, sino una sierva que le complaciera en todo y ella no pensaba ser ninguna esclava. No estaba allí para complacerle, sino para servirle y desde luego no pensaba ser su objeto de burla o frustración por su carácter arrogante y amargado.

—¿Y que ocurrirá si no os complazco como deseáis? —exclamó Bella ante aquel bullicio de rencor que sentía en su interior.

Para su asombro observó que él la estudiaba minuciosamente y dio un par de pasos hacia ella, sin llegar a rozarla, sino acercándose peligrosamente.

—No lo habéis entendido —indicó—. No tenéis esa opción —agregó acercándose a su oído y aquellas palabras fueron tan directas que provocaron que cerrase los ojos al sentir como acariciaban su oreja—. He ordenado que preparen una cesta con varias viandas, aseguraos de que está preparada, llevo demasiado tiempo sin recorrer los bosques y hoy pasaré todo el día en ellos, así que me serviréis el almuerzo.

Tras oír aquello, Bella sintió cierta calma. No estaría realmente junto a él todo el día, sino que la llevaba con la única intención de prepararle la comida. Con suerte apenas pasaría un par de horas cerca de aquel hombre y el resto del tiempo podría caminar por los alrededores.

Megan había provisto una hermosa cesta llena de deliciosos manjares. Fruta, queso, pan, mantequilla, carne asada, pastelitos rellenos y varios dulces que olían asombrosamente bien.

—Tened cuidado muchacha —replicó Megan.

—No os preocupéis Megan, no me hará nada. Le soy más útil con vida que sin ella —sonrió para no preocuparla. No hacía falta ser un genio para saber que el señor del castillo jamás se llevaba a ningún sirviente con él. Aquello solo era un modo de someterla diferente al resto, pero entendía la preocupación de Megan por creer que él pudiera hacerle daño estando lejos.

—No temo que os haga daño, sino todo lo contrario Bella —contradijo observándola fijamente y ella desechó por completo tal hazaña.

—No temáis por eso —aseguró Bella—. Él me detesta —afirmó recordando la conversación que habían tenido la pasada noche.

Bella se dirigió hacia las caballerizas teniendo la excusa perfecta para ver a Adrien. En realidad, no le había indicado que la esperase en aquel lugar, pero tampoco le dijo donde hacerlo, así que podía interpretar que encontrarse en el lugar desde donde partirían era lo que ella supondría. En cuanto llegó, percibió claramente un claro silencio a parte del ruido de los caballos que permanecían en sus cuadras. ¿Tal vez su amigo no estaba? Dio un par de pasos más con la intención de llegar al fondo del establo donde había un gran espacio que él ocupaba para trabajar y no se apreciaba ningún sonido. Ella mejor que nadie estaba habituada al ruido que emitía el golpeteo del martillo contra el cincel que tallaba la madera.

—No está —terció aquella voz brusca sobresaltándola—. ¿Qué hacéis aquí?, ¿No fui lo suficientemente claro cuando mencioné que os prohibía verle?

Bella se irguió enseguida tratando de mantener la compostura y no irritarle. Lo que menos deseaba en aquel momento era enfadarle teniendo en cuenta que se alejarían a solas del castillo y permanecerían a solas durante largas horas.

—No me dijisteis donde debía esperaros. Creí que debía ser aquí —admitió.

—Demasiado conveniente para vos, ¿No? —replicó mientras abría la puerta de la caballeriza y Bella observaba que ya estaba ensillado y preparado un enorme potro de pelinaje oscuro. Probablemente alguien lo habría preparado para él.

—Si tanto os molesta, me hubierais ordenado que hacer y donde esperaros mi señor. La culpa no es mía sino vuestra —advirtió ofuscada.

¡Aquel hombre definitivamente sacaba lo peor de ella! Bella vio como montaba en el caballo y mantenía el mentón erguido, cualquiera diría que parecía estar respirando profundamente para no soltar una multitud de insultos. En cambio, bajó la mirada hacia ella ,que en aquel momento se sentía demasiado pequeña a su lado, y la observó fijamente.

—Dadme vuestra mano. —Se limitó a decir y entonces ella comprendió que viajaría junto a él. Mejor dicho, ¡Pegada a él!

—¿Cabalgaré con vos? Pensé… creí… ¿No hay más caballos? —exclamó aturdida.

La idea de volver a estar tan cerca de ese cuerpo definitivamente la dejaba sin pensamientos coherentes.

—¿De verdad creéis que sería tan ingenuo de daros la herramienta perfecta para huir? —ironizó mostrando un semblante de absoluta seriedad—. No me hagáis perder el tiempo y alzad vuestro brazo —insistió.

Quizá podría decirle que iría andando, pero eso provocaría que se enfadara más de lo que parecía estarlo a pesar de que de un modo inaudito, ella juraría que parecía controlar su temperamento. Sin una alternativa plausible, Bella alzó su brazo izquierdo sobre la capa que cubría sus hombros y sintió como él se inclinaba sobre ella para rodearla de la cintura bajo el mismo y así alzarla hasta colocarla sobre la montura del caballo delante de él.

Quería preguntarle porqué no la instaba a colocarse detrás y de ese modo no tener que sentir sus brazos rodeando su cintura, sino que sería ella quien tendría que aferrarse a él. Quería saber porque la llevaba delante de él, sabiendo que de ese modo el contacto sería mucho más íntimo y palpable. En realidad, tenía varias preguntas y ninguna de ellas fue capaz de salir de sus labios por la tensión que mantenía con cada paso de aquel corcel.

Bella trató de relajarse, de sentir el fresco viento atizando su rostro en aquel galope a medio trote e incluso quiso creer por un momento que él no existía y que ella era libre, aunque su calor le impedía explorar ese sueño.

Se internaron en el bosque hasta llegar a un claro por donde discurría un pequeño arroyuelo y allí hizo que ella se deslizara hasta tocar con sus pies el suelo en absoluto silencio.

—No os mováis de aquí, conozco estos bosques como la palma de mi mano y os encontraría antes de que intentarais salir de ellos —advirtió sin bajarse del caballo—. Por no decir que podríais caer en alguna trampa y morid antes de que pudiera encontraros.

Regresaré dentro de unas horas, tenedlo todo preparado —dijo hundiendo sus talones en el lomo del animal y que éste relinchara antes de trotar y salir al galope.

Bella se quedó observando a su alrededor, hacía un día soleado como pocos en invierno, era absolutamente espléndido y estaba maravillada con la idea de quedarse a solas, pero ¿Qué iba a hacer durante tantas horas? En ese momento su vista se fijó en el pequeño riachuelo. No era profundo y apenas tenía corriente, se acercó a él y tocó el agua con sus dedos imaginando que estaría más fría de lo que en realidad estaba. ¿Cuánto hacía que no se daba un baño?

17
BELLA

Pensó en el tiempo que tardaría la Bestia en regresar. Dudaba que fuera pronto a juzgar por como la había soltado mientras le advertía que si se alejaba no dudaría en encontrarla *y castigarla*, aunque eso último no lo mencionara.

La tentación de escapar estaba presente, pero no pensaba cargar a su familia con el yugo de su deuda, menos aún cuando su propio padre aún estaba enfermo y el señor Charles sabía quien era ella. La sola idea de imaginar a padre solo y desamparado sin la tía Rosemary le perturbaba la conciencia.

Bella giró a su alrededor y observó que todo parecía estar en calma salvo el leve sonido de algunos pájaros en la lejanía de aquel bosque y el rumor que provocaba el agua. Estaba sola. Completamente sola en aquel páramo y con esa certeza comenzó a deshacer las cintas del vestido de doncella que llevaba. El agua le llegaba por encima de las rodillas, no era muy profunda, pero sí lo suficiente para refrescarse, se dejó caer apenas cubierta con su camisa interior y se sintió más viva que nunca gracias a la temperatura tan fresca del pequeño riachuelo. Sonrió por la paradoja de su situación, siendo prisionera de aquel castillo jamás había imaginado poder gozar de una pequeña semi-libertad como la que estaba disfrutando en aquel momento. No supo cuanto tiempo se quedo tumbada sobre el agua aprovechando que la débil corriente era incapaz de arrastrarla. Cerró los ojos un momento y se llevó las manos al corazón para sentir esa calma momentánea, quedándose un largo rato en esa posición pausada. Inesperadamente escuchó los fuertes golpes y cuando abrió los ojos sintió unas manos agarrando su cuerpo conforme la sacaba del agua y la alzaba en brazos. Instintivamente gritó por el sobresalto.

—¿Qué demonios hacíais?, ¡Pensé que os habíais ahogado! —Aquella voz grave evidenciaba enfado una vez que se encontraron fuera del agua.

En el momento que Bella fue consciente de quien era el autor de aquella hazaña, se calmó ligeramente.

—¿Con apenas un palmo de agua pensáis que pueda ahogarme?, ¡No soy un niño! —bramó Bella tratando de escapar de su agarre—. Solo pretendía darme un baño, ¡Uno que no se

me ha permitido desde que llegué al castillo!

Si aquella Bestia pensaba recriminarle su actitud, le dejaría bien claro que era precisamente por su culpa.

—¿Con el agua helada?, ¿Acaso buscáis una muerte asegurada? —recalcó mirándola fijamente.

—No estaba tan fría —aseguró, aunque ahora sí podía percibir el frío cuando él la dejó caer y el calor que emanaba aquel hombre se evaporaba.

Repentinamente Bella fue consciente de que solo llevaba su camisa interior y se abrazó a sí misma como si de algún modo pudiera tapar su desnudez.

—¡Chiquilla insensata y testaruda! —bramó sin que ella apenas pudiera escucharle y observó como se dirigía hacia su caballo para coger la capa que yacía en el suelo junto a este. Comprendió que debía habérsela quitado con rapidez, ¿Acaso realmente pensó que ella se había ahogado?, ¿De verdad había corrido para salvarla a pesar de no necesitarlo? Creyó por un instante que se la pondría y saldría de allí galopando como el viento, pero para su asombro se volvió hacia ella y en un gesto rápido la colocó sobre sus hombros arropándola con el calor de la lana gruesa y piel de oso que la componían. Era cálida. Mucho más cálida que la suya propia—. Si caéis enferma os juro que os azotaré las nalgas hasta que no podáis sentaros. Quitaos esa prenda mojada o moriréis helada, y recoged todo lo que encontréis para hacer una hoguera, el ejercicio os templará hasta que esta prenda y podáis calentaros junto al fuego.

Bella no pensaba discutir, hacerlo sería terminar admitiendo que en realidad tenía frío, aunque la idea de bañarse en un principio no le había parecido tan mala, ciertamente no había llevado paños con los que secarse, ni el abrigo necesario para calentarse. Probablemente estaba más tentada con el hecho de darse un baño por muy gélido que fuera este, que pensar realmente en las condiciones en las que lo haría. Ella siempre había disfrutado de un baño cuando lo deseaba, su situación había cambiado y era demasiado distinta a la de los privilegios que antes ostentaba.

Se deshizo de la camisa quedando completamente desnuda bajo aquella capa de textura suave y aterciopelada, estiró la prenda mojada sobre un tronco seco esperando que se secara. Para su asombro, aquella Bestia no añadió nada más a su evidente enfado y se limitó a prender la hoguera antes de volver a marcharse dejándola a solas. Bella aprovechó para vestirse a pesar de sentirse incomoda por no llevar ropa interior y observó aquella capa que pertenecía al dueño del castillo. ¿Por qué se la habría cedido?, ¿Le preocuparía realmente que ella cogiera frío? Tal vez no se podía permitir que ella enfermase o muriese, él había pagado demasiado dinero por sus servicios y debía cobrarlos íntegramente.

Aún así no dejaba de pensar que su crueldad no empatizaba con ese gesto que acababa de

tener hacia ella. Más aún si tenía presente que él mismo iba sin abrigo alguno por esa causa. Con aquellos pensamientos rondando su mente, le vio aparecer de nuevo y esta vez fue inevitable fijarse en él mientras lo estudiaba desde su posición. Su cabello se movía ligeramente con el viento y el trotar del caballo. Emanaba vigor, fuerza y una evidente masculinidad que rivalizaba con el desdén de su mentón altivo a la par que serio. Saltó del caballo ágilmente en un solo movimiento sin tropezar o caerse, señal del dominio que tenía a la hora de montarlo, dio algunos pasos y Bella vio como tiraba sobre la hierba varias cadenas de cepos. ¿Los estaba colocando o retirando? Ella no recordaba haberle visto partir con ninguno de ellos.

—¿Aún tenéis frío? —preguntó secamente y percibió que evitaba mirarla en todo momento.

¿Tal vez estaba enfadado con ella por su hazaña? De ser así, creía que la habría amenazado con castigarla cuando volvieran al castillo, aunque tal vez no lo había hecho para evitar que huyera de nuevo.

—En realidad no —aseguró. Casi era impensable tener frío envuelta en aquella gruesa capa y junto al pequeño fuego.

—Mejor porque tengo hambre. Servidme.

La amabilidad no era una de sus virtudes, reconoció Bella. Pero se apresuró en extender la pequeña manta sobre la hierba y comenzar a sacar algunas viandas de la cesta. La mezcla de olores hacía que su boca se hiciera agua, pero ella no podía comer junto al señor del castillo, por lo que tendría que esperar a que este finalizara y le diera permiso.

—¿Para que son? —Se atrevió a preguntar Bella señalando las cadenas ante aquel repentino silencio que les embriagaba mientras él degustaba una empanadilla de carne y ella se limitaba a observarle.

—Los retiro —contestó a secas y ella percibió que aquella iba a ser toda su contestación.

—Sé que los retiráis, pero ¿Por qué? Son muchos para pensar que no funcionan —admitió divisando que al menos había una docena y no traía a ninguna presa consigo.

—No son míos —contestó—. Los cazadores plagan este bosque con cepos como esos todas las semanas, así que los retiro cada día.

¿El hacía eso? Seguramente para que nadie más cazara donde él lo hacía.

—¿Es que solo vos tenéis derecho a cazar en estos bosques? —preguntó Bella anonadada.

—En efecto, son míos —Su voz era calmada—. Mis dominios se extienden a toda la colina que rodea el castillo y como tal, cuido de todo lo que me pertenece —advirtió mirándola intensamente y ella apartó sus ojos para mirar hacia otro lado—. Esos cazadores han provocado

que la fauna salvaje del bosque se aleje.

Bella ni tan siquiera se sorprendía de que todo aquello fuera de él, sino de que realmente le preocupara. ¿Verdaderamente había algo capaz de inquietarle a esa Bestia? No podía creer que alguien con esa falta de humanidad y a su vez crueldad, pudiera tener una mínima cordura respecto a algo como aquello. Probablemente para él, la vida de un ciervo valiera más que la de su propia doncella.

—Tal vez si hablarais con ellos… —sopesé

—Comed —contestó bruscamente—. Por hoy ya he tenido suficiente, así que deseo regresar al castillo de inmediato.

Mientras regresaban, Bella sentía más que nunca la presencia de aquellos brazos rodeando su cintura. El los había envuelto a ambos en su capa y podía percibir el pecho de aquel hombre hundiéndose en su espalda. No cabalgaba rápido, sino que precisamente lo hacía de una forma lenta y pausada sin entender la razón de porqué no se apresuraba. Debía reconocer que aquella era una lenta y dolorosa tortura, pero por ser absolutamente deliciosa. Cada vez que aferraba fuertemente el fuste de la montura, podía notar como la estrechaba con más fuerza, como si de ese modo se asegurase que no cayera.

Instintivamente se dejó caer hacia atrás como si de forma inconsciente buscara ese calor del que él conseguía embriagarla en una nube de sensaciones extrañas. En cuanto lo hizo, percibió como algo suave rozaba su cuello y aquellas manos hasta ahora firmes en la montura se aferraban a su cintura comenzando a ascender sigilosamente. No entendía que demonios era aquello, ni tampoco si deseaba que dejara de hacerlo, pero sus labios besaron su cuello y ella reprimió un jadeo o creyó hacerlo.

Aquellas firmes manos apresaron de pronto sus pechos, acuñándolos entre estas firmemente y Bella sintió que algo se rompía en su interior, como un fuego que comenzaba a recorrer sus entrañas de forma vibrante deseando que ardiera en llamas. Sintió como su cuerpo reclamaba más de aquellas caricias, sin ser consciente de quien era realmente el que las aplicaba, era como si su razón no juzgara la voluntad que ejercía su cuerpo. En el momento que sintió como una de aquellas manos se infiltraba bajo su corpiño, se deleitó sintiendo su piel junto a la suya.

—Sois verdaderamente suave para ser una doncella —gimió aquella voz candente en su oído y aquello hizo que ella despertara de aquel trance como si fuera repentinamente consciente de lo que estaba haciendo con ella.

—No —replicó tratando de apartarse—. ¡Soltadme! —agregó revolviéndose entre sus brazos, pero éste la mantenía aferrada a él.

—Es evidente que me deseáis —afirmó contundente.

—No es a vos a quien deseo —soltó Bella para que finalmente la dejase escapar.

Quería huir de él, de todo lo que le provocaba hasta anular su juicio.

—¿A quien deseáis? —exclamó con una voz autoritaria.

—¡No os incumbe! —gritó antes de lograr saltar del caballo y aterrizar en el suelo con las manos, mientras se alzaba rápidamente y corría divisando los altos muros del castillo, con el pensamiento de que él podría atraparla en cualquier momento siendo más veloz que ella.

Tenía miedo. Un miedo atroz y real de lo que sería capaz de hacer su cuerpo en contra de su propia voluntad. ¡Maldita sea!, ¿Por qué se sentía atraída por el calor de aquella Bestia? No podía sucumbir. ¡No debía sucumbir! Él únicamente quería usarla a su antojo, aprovecharse de ella sin ningún tipo de pudor y jamás se lo permitiría ¡Antes muerta que mancillar su honor con esa Bestia cruel y sin escrúpulos!

Tal vez podría haber percibido una pizca de bondad en aquel bosque, pero estaba segura de que solo había tratado de salvarla y ofrecido su capa por interés propio, no porque en realidad ella le importara. Hasta ahora el señor del castillo solo le había demostrado que era un hombre sin alma.

Su corazón iba a salir de su pecho cuando consiguió entrar en su pequeña estancia y dejarse caer sobre la puerta de madera tosca que impedía a cualquiera su entrada. Podía percibir la respiración agitada de quien huye de su peor enemigo, o mejor dicho, de su miedo más vivido. Al final esa Bestia iba a conseguir impartir temor en ella, pero no del modo que deseaba, sino de otro aún peor porque lo hacía de forma inconsciente.

Tenía que marcharse de allí y escapar no era una opción. Debía encontrar la forma de que su padre pudiera pagar la deuda que había adquirido y ser libre para salir de aquellos muros. De algún modo era consciente de que él lograba persuadir su juicio de un modo sin precedentes y no correría de nuevo ese riesgo. No podía soportar la idea de que él consiguiera amilanar sus sentidos después de todo lo que le había hecho. Ella no sentía nada por esa Bestia. No podía sentir absolutamente por ese hombre sin sentimientos.

—Adrien —susurró provocando que el recuerdo del joven aprendiz de su padre viniera a su mente.

Él podría ocupar el lugar de padre en su taller. Podría realizar su trabajo hasta que se recuperase y lograr saldar la deuda, aunque más tarde tuviera que recompensarle. Adrien siempre había sido un muchacho honrado, bueno, honorable. Estaba segura de que, si se lo pedía, estaría dispuesto a hacerlo, aunque solo esperaba que a cambio no pidiera un precio demasiado alto a pagar incluso para ella. Aún así debía intentarlo, quería tener una esperanza menos lejana que la recuperación de padre para alejarla del castillo y la Bestia que lo habitaba.

Con esa certeza se convenció de acudir esa misma noche cuando la oscuridad ocultara sus huellas mientras todos descansaban plácidamente en sus cuartos. No correría el riesgo de avisar a Adrien que le visitaría en plena noche, estaba segura de que, en caso de hacerlo, de algún modo el señor del castillo se enteraría, así que mantuvo un absoluto silencio mientras sirvió la cena en el gran salón a la Bestia. Para su asombro, éste no mencionó absolutamente nada de lo sucedido, sino que se limitó a mantener la mirada fija al frente, sin siquiera observarla cuando le servía el vino cada vez que su copa se vaciaba o le cambiaba el plato una vez terminaba.

Era extraño. Tan extraño que Bella se preguntó si sería así a partir de ese momento, si lo sucedido sobre aquel caballo horas antes pese a avergonzarse con solo recordarlo le habría dejado claro que no permitiría que abusara de ella de aquel modo. Pese a ello, se aventuró horas más tarde con la única luz de la luna por una de las puertas traseras que daban al patio, no correría el riesgo de llevar una vela que pudiera delatarla, así que entró sigilosamente en las caballerizas como si temiera ser descubierta. Apenas entraba luz por los únicos ventanales del pasillo que recorría cubierto de paja, pero la suficiente para no tener que ir a tientas hasta llegar al final donde sabía que Adrien descansaba sobre un lecho improvisado lejos de las cuadras.

Estaba llegando al final de la última cuadra, cuando sintió un leve crujido que no determinó de ningún caballo.

—¿Adrien? —exclamó esperando que fuera su amigo.

La fuerza con la que alguien estiró de su brazo arrastrándola hasta el interior de la última cuadra hizo que gritara, pero sus labios fueron acallados por unos cálidos, llenos de fervor y auténtica pasión descontrolada.

Bella sintió que se derretía ante aquel gesto de fogosidad provocando que respondiera a ese vasallaje sin ser consciente de que lo hacía, sino arrastrándose por el ardor de ese beso apasionado. Sintió el olor inundando sus orificios nasales de un aroma masculino cargado de fuerza a la vez que percibía los músculos de su adversario conforme la estrechaba en sus fuertes brazos y finalmente dejó que la oscuridad les envolviera como dos amantes furtivos.

Sus manos comenzaron a acariciarla, dejando un rastro de calidez a cada paso en el que se adentraban y en aquel instante sintió como la alzaba fuertemente de sus nalgas y ella se agarraba a sus hombros incapaz de abandonar aquellos labios que emanaban un néctar delicioso. En el instante en que aquellos labios abandonaron los suyos para descender por su garganta, echó la cabeza hacia atrás degustando esa gloriosa sensación de infinito placer que emergía de sus entrañas y entonces dedujo que aquel hombre debía ser Adrien y que ella se estaba dejando llevar por sus más bajos instintos.

—¡No! —exclamó con una bofetada de realidad por más que a su cuerpo le gustara lo que él le hacía. No quería que él malinterpretara aquello. No lo amaba. Adrien nunca había

despertado en ella aquello y estaba segura de que solo se estaba dejando llevar por lo que esa Bestia había logrado provocar en ella—. ¡Basta Adrien!, ¡Suéltame! —insistió tratando de alejarle, necesitaba distancia porque en esos momentos comprendía que no era ella misma.

¿Qué demonios había hecho esa Bestia con ella para que actuara de ese modo desinhibido?

—¿Bella? —pronunció una voz que no provenía del hombre que estaba frente a ella y cuya oscuridad le mantenía oculto—. ¿Eres tú? —insistió la que sin duda era la voz de Adrien.

Si el hombre que tenía frente a ella no era Adrien, ¿Quién la había besado de ese modo?

El miedo la avasalló y antes de gritar para revelar a Adrien que sí estaba allí la mano de aquel hombre cubrió su boca evitando que lo hiciera. Aproximándose demasiado a su cuerpo para percibir toda su esencia.

—Os prohibí venir aquí y me habéis desobedecido —susurró en su oído en un tono de voz tan grave que le dieron escalofríos.

No podía ser. ¡Por qué tenía que ser él! Habría preferido a un malhechor antes que él…

18
BELLA

Bella quiso gritar, pero solo por pura impotencia ante la invasión y el engaño al que había sido sometida, aunque la culpa era suya por no haber impedido que aquel hombre sin rostro se aprovechara de ella y de sus besos. Si hubiera sabido desde el primer momento que no se traba de Adrien, le habría rechazado sin dudarlo, quizá solo había deseado descubrir que aquella Bestia no era el único que le hacía sentirse así, al menos era lo que quería pensar después de dejarse embaucar cuando montaban a caballo.

No sabía que era lo que la Bestia estaba ejerciendo en ella, pero tampoco quería descubrirlo.

Antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, sintió como estiraba de su brazo arrastrándola fuera de aquella cuadra hacia el exterior de las caballerizas. ¿Dónde la llevaba?, ¿La castigaría por desobedecerle? Estaba segura de sería así, de hecho, no le cabía la menor duda de que sufriría en carnes propias alguno de sus crueles y desproporcionados castigos. ¿Qué sería esa vez?, ¿Cadenas?, ¿Azotes?, ¿La dejaría en la celda oscura? Y entonces fue consciente de que realmente no había faltado a su orden.

—¡No os he desobedecido! —exclamó sintiendo como el frío penetraba en su cuerpo, tal vez debido a la tensión del momento—. Me prohibisteis ver a Adrien y no lo he visto. Jamás me prohibisteis que pudiera visitar las caballerizas.

En ese momento ella apreció como la fuerza que ejercía para retenerla se incrementaba, estaba segura de que lo había provocado y que vertería su furia contra ella por cuestionarlo.

—¿Os creéis muy astuta? —inquirió deteniendo el paso y volviéndose hacia ella—. Si yo no hubiera intervenido, es evidente que me hubierais desobedecido, incluso pensasteis que os estabais entregando a él, no a mi.

¿Cómo era capaz de restregarle en su cara el engaño? ¡Y ni siquiera trataba de ocultarlo!, ¿Acaso sabía él que ella iría en busca de Adrien? Era imposible que lo supiera, de ningún modo podía pensar que lo haría, pero evidentemente lo sabía.

—¿Tan seguro estabais de que vendría que incluso el propio señor del castillo pierde su

valioso tiempo en comprobar si una simple doncella le desobedece? —Aunque sabía que aquello solo era una provocación, dudaba que empeorase su situación, pero al menos podría lograr entender porque ese hombre la avasallaba de aquel modo.

Bella sentía que tiraba de nuevo de ella y la arrastraba a través del enorme patio lleno de matorrales hasta entrar en el castillo. Al menos los muros les resguardaban del frío gélido de la noche y aunque ella aguardaba en silencio una respuesta, comenzaba a creer que no llegaría, sino que su pregunta se quedaría en el limbo como tantas incógnitas en torno a esa Bestia.

Para su asombro, no se dirigió hacia los sótanos del castillo, por lo que no pasaría la noche en la celda oscura de castigo, al menos no inicialmente. Conforme subían las escaleras Bella se preguntó hacia donde se dirigían, ¿Sería hacia los aposentos de la Bestia?, ¿Tal vez allí guardaría algún tipo de arma oculta con la que fustigarla sin piedad alguna? En cuanto visualizó la habitación que tan bien conocía, se tensó, pero reconoció que estaba preparada para afrontar cualquier tipo de dolor. Esa misma mañana la había amenazado con azotar sus nalgas si enfermaba, ¿La azotaría también por haberle desobedecido? No estaba preparada para ello, y pensó en resistirse, pero ¿Acaso tenía algún sitio al que acudir si lo hacía? Realmente oponer resistencia solo la perjudicaría.

Tras entrar sintió como la empujaba hacia la alfombra que había delante de la chimenea. El fuego crepitaba con ferocidad, sin duda alguna alguien se había encargado de mantenerlo prendido si el señor del castillo no se hallaba en su habitación. La calidez que acogía la estancia era palpable, mucho más que cualquier otra estancia del castillo. Bella sintió entonces como cerraba puerta y acto seguido sacaba una llave de su bolsillo para echar el cerrojo.

¿Pensaba encerrarla allí dentro junto a él?, ¿Con que finalidad?, ¿Tan horrible sería lo que pensaba hacerle que temía que ella huyera sin dudarlo como lo hizo la última vez que intentó ahogarla?

—¿Por qué cerráis? —preguntó Bella apretando sus manos y por primera vez en mucho tiempo, asustada de verdad.

—Para que no volváis a desobedecerme —rugió sin mirarla y Bella vio como se colgaba la llave que abría la cerradura al cuello.

—Os dije que no os había desobedecido, no podéis…

—Alegraos de que haya interrumpido vuestro idílico encuentro o de lo contrario pasaríais la noche en una celda fría y oscura sin ningún tipo de abrigo, en lugar de la habitación más caldeada del castillo.

¿Pasar la noche allí?, ¿En su habitación?, ¿Dónde?

—No… entiendo.

—No tenéis que entender nada. A partir de ahora esa alfombra será vuestra cama. Y ahora dejadme descansar, no quiero volver a escuchar vuestras excusas, ni vuestras mentiras, ¿Queda claro? O de lo contrario pensaré que preferís pasar la noche en los calabozos.

La idea de pasar la noche en la misma habitación de la Bestia no era en absoluto de su agrado, pero desde luego aquella alfombra era mucho mejor opción que la celda de castigo y aunque su orgullo le decía que prefería una y mil veces estar lejos de él aunque eso supusiera su propia muerte por congelación, lo cierto es que saber que su castigo se limitaba a permanecer encerrada en un lugar cálido bajo su supervisión había provocado que no supiera reaccionar en esa condición.

¿Por qué?, ¿Por qué no la castigaba? Sabía de sobra que, aunque él la hubiera interceptado en su encuentro con Adrien, eso no era suficiente argumento para evitar que la castigara, pero lo que más inquietaba en esos momentos su mente, era porque él la había besado de aquel modo, haciéndose pasar por otro y creyendo que ella se entregaría completamente.

¿Tal vez deseaba saber si Adrien y ella eran amantes?, ¿Habría ido a las caballerizas solo para descubrirlo? De ser así, tendría que ser consciente que ella lo había rechazado, ¿Seguiría pensando la Bestia que el antiguo aprendiz de su padre era algo más que su amigo? Eso le hacía recordar el verdadero motivo por el que había tratado de buscarle y que cierto hombre se lo había impedido, ¿Cómo iba a lograr contactar con Adrien sin que la Bestia lo supiese? Suspiró y se encogió sobre sí misma en aquella alfombra tupida que la salvaba del frío suelo. Lo cierto es que la calidez de las llamas hacía que estuviera de lo más confortable, aunque a tan solo unos pasos se encontrara el ser que provocaba todas sus pesadillas y desvelos.

En algún punto en el que su mirada fija estaba en el crepitar del fuego y sus pensamientos mucho más lejos, Bella se entregó al agotamiento y sus ojos se cerraron abandonándose a sus sueños.

La sensación de unas manos recorriendo su cuerpo la embriagaba, provocando que su calidez fuera tan estremecedora que deseara sentir esa sensación conmocionando cada parte de su piel. Percibía la suavidad de unos labios en su garganta y como estos bajaban hacia su pecho, rozándolo suavemente sobre el tejido de su corpiño. Se sentía febril, deseada, completamente embriagada por aquella sensación extraña que recorría sus entrañas, deseaba más, ansiaba más y cuando iba a rogar por más de aquello abrió sus ojos para ver como la mirada verde penetrante la observaba. En ese momento su pulso se aceleró y sintió que caía al vació estrepitosamente hasta que el golpe la hizo despertar, esta vez de verdad, siendo consciente de que acababa de tener una pesadilla o tal vez el sueño más inquietante de toda su vida.

Estaba en la habitación de la Bestia y solo tuvo que alzar su cabeza para ver como éste se encontraba despierto y levantado observando a través de la única ventana que poseía la

habitación.

¿Por qué invadía sus sueños además de su vida?, ¿Acaso aquella Bestia pretendía adueñarse por completo de ella? En cuanto él pareció percatarse de que estaba despierta dio algunos pasos en su dirección.

—He ordenado que traigan el desayuno —indicó seriamente.

—¿No debo traérselo yo? —preguntó extrañada, puesto que esa era una de las tareas que debía hacer cada mañana.

—No —negó rotundamente—. Permanecerás recluida en mis aposentos hasta que yo lo decida.

¿Permanecer recluida en los aposentos de la Bestia?, ¿Por qué?, ¿Era un nuevo tipo de castigo?, ¿Quizás de ese modo se aseguraría que no viera a Adrien?

—¿Es una orden? —preguntó Bella a pesar de saber que lo era, pero quería saber porque no dejaba que saliera de sus aposentos.

—Si —afirmó sin ningún atisbo de duda.

—¿Por qué? —exclamó entonces llenándose de valor para ver si él le daba una respuesta.

Si debía pasar allí un tiempo indeterminado, esperaba al menos saber las razones del porqué la obligaba a permanecer encerrada y no en cualquier lugar, sino en su propia estancia personal.

—¿De verdad lo preguntáis?, ¿No quedó claro anoche con vuestra desobediencia? —inquirió acercándose hasta ella—. Os di una orden y la desobedecisteis, ahora me aseguraré personalmente de que me obedezcáis. Permaneceréis cerrada bajo llave cuando yo no esté presente.

No.

¡No podía atreverse!, ¡No podía quedarse encerrada en la misma estancia que él!, ¡Sería una pesadilla constante!, ¡Debía alejarse!

—¿Me encerráis solo porque así evitaréis que vea a Adrien? —preguntó Bella directamente.

No tenía ningún sentido, Adrien no era su amante, ni pretendía serlo, aunque era muy probable que él no la creyese, no sabía como convencerle de ello.

—No —negó de forma relajada—. Os encierro por desobediencia, tal vez así recapacitéis la próxima vez que incumpláis una orden directa.

Bella apretó los puños y supo que no tenía nada que discutir o rebatir, él ya había determinado lo que sería de ella, solo le estaba dando un claro ejemplo de dominio sobre su persona y su propia voluntad. Él podría hacer y deshacer a su antojo su vida conforme quisiera y

ella solo podía sentir impotencia por no poder hacer nada al respecto.

—Os recuerdo que no os desobedecí —insistió sabiendo que le estaba provocando deliberadamente, pero tal vez de ese modo conseguiría cambiar su encierro en aquella estancia por otro castigo, aunque fuera aún peor, pero al menos no tendría que soportar su presencia constante—, jamás me prohibisteis visitar las caballerizas —añadió alzando en mentón.

En cuanto dijo aquello él la observó fijamente como si la estuviera estudiando detenidamente, para su absoluto estupor comenzó a acercarse lentamente a ella como si estuviera analizando a una presa que debía cazar sigilosamente.

—¿Acaso teméis permanecer encerrada en mis aposentos?, ¿Tal vez sea ese peor castigo para vos que una celda fría y oscura? —inquirió estudiándola.

—Por supuesto que no os temo —advirtió ladeando la vista para no verle.

No le temía a él, su temor provenía de lo que él podría hacerle y lo que eso provocaba dentro de su ser.

Bella notó como rozaba el mentón de su barbilla hasta acogerlo entre sus dedos y obligarla a que le mirase.

—Una pena, si lo hicierais ahora vagaríais libre por el castillo —advirtió antes de percibir como se acercaba a ella rozando con su nariz su cuello, provocando que ella se tensara y cerrase los ojos ante aquel movimiento inesperado.

Sentir su cercanía de aquel modo la alteraba, lograba que en ella se formara un remolino incontrolado en su estómago y percibiera sensaciones abrumadoramente extrañas y al mismo tiempo inexplicables

—¿Me liberareis si os confieso que os temo? —advirtió con una voz tan fina, que ni ella misma se explicaba porque aquella Bestia lograba perturbarla de ese modo.

De hacerlo no mentiría, sí que había una parte en él que ella temía y que lograba infundir sus peores miedos. En su más profundo odio hacia aquel hombre, su perversión, crueldad, salvajismo e inhumanidad, no había logrado erradicar la atracción que le provocaba de forma indeseada e inconsciente, porque ella misma la repudiaba.

Tenía desprecio y aversión por esa Bestia y aún así era incapaz de controlar esa sensación de revoloteo en su estómago cuando él se acercaba lo suficiente. No lo comprendía, por más que lo había intentado rechazar seguía persistiendo, incluso la embriaguez que sentía cada vez que la había besado suponía un absoluto martirio para su propia conciencia. Hasta que descubrió que no se trataba de Adrien a quien había besado en las caballerizas, pensó que podría sentir ese cúmulo de sensaciones con cualquier hombre, pero en el fondo, muy a su pesar, tenía que admitir que esa atracción solo la había sentido por el único al que detestaba con todo su ser; la Bestia.

—Podéis probad —contestó apartándose de ella de forma que Bella volvió a apreciar su rostro con aquellos rasgos firmes y esos ojos profundos de color verde que la observaban detenidamente.

¿Probar? No tenía nada que perder y mucho que ganar si satisfacía su mero capricho.

—Os temo —dijo lo más convincente que pudo mirándole a los ojos fijamente, creyendo que de ese modo la creería.

En realidad, sí que le temía, pero no del modo en que él quería.

—Mentís muy bien doncella, lamentablemente permaneceréis aquí hasta que decida qué hacer con vos —aseguró apartándose de ella—. Tomaré todas mis comidas aquí y me atenderéis debidamente como lo haríais en el gran salón. Además, remendaréis todas las prendas que se encuentran en el baúl y mantendréis la estancia limpia, aireada y fresca. Si pensabais que holgazanearíais por estar aquí encerrada, podéis olvidadlo.

No pensaba holgazanear, pero le extrañaba que él se condicionara a tomar todas sus comidas en aquella habitación solo para darle más trabajo.

—¿Alguna cosa más? —La ironía en el tono de voz de Bella era evidente.

—En realidad si. Hay algo más —Parecía relajado, como si estuviera disfrutando de aquel castigo que le aplicaba hasta el punto de que Bella llegó a pensar que le satisfacía haberla apartado de la hipotética relación que pensaba que mantenía con Adrien, ¿Tal vez la Bestia disfrutara de la infelicidad de los demás? Es cierto que ella no sufría por no ver al viejo aprendiz de su padre, pero eso era algo que él no sabía, para el señor del castillo, Adrien y ella eran amantes—. Oléis mal, como si hubierais estado retozando en una cuadra —sugirió sin apartar la vista de ella—, así que tomaréis un baño y lo haréis aquí, en mi presencia.

19
BELLA

Retozando en una cuadra. ¡Como se atrevía!, ¡Como podía tener tal descaro! Antes de que Bella pudiera decirle lo que pensaba al respecto y que se fuera al infierno porque no pensaba bañarse en su presencia, Agnès llamó a la puerta conforme traía la bandeja del desayuno.

Bella se dio cuenta de que traía más viandas de lo que solía hacer ella, ¿Acaso desayunaría junto a él?

—Desayunaréis mis sobras cuando parta —advirtió como si le hubiera leído el pensamiento.

¿Sus sobras?, ¿Le daba sus sobras? En aquel momento la indignación que sentía era tan creciente como el odio y resentimiento que le provocaba aquel hombre.

—Si creéis que os agradeceré darme vuestras sobras estáis muy equivocado, preferiría no comer antes de hacerlo —concluyó levantando el mentón y alejándose de aquella mesa donde él tomaba su desayuno para acercarse al ventanal y distraerse contemplando las vistas hacia el exterior.

—Que así sea, pues —reveló sorprendiéndola.

¿Su orgullo acababa de dejarla sin desayuno? Comprobó que así era cuando éste se llevó él mismo la bandeja en cuanto abandonó su habitación indicándole donde estaban todas las prendas que debía remendar y sintió como echaba la llave antes de marcharse.

Encerrada. La tenía encerrada en sus aposentos como un animal peligroso que debía estar enjaulado.

¡Maldita Bestia!, ¿Por qué se comportaba así con ella? Sabía perfectamente porqué, disfrutaba martirizándola y haciéndole ver que era él quien gobernaba sobre el castillo y sobre ella.

Quizá otras personas que trabajaban allí no tuvieran inconveniente en aceptarlo, pero ella era incapaz de asimilar que él manipulara su vida a su antojo por encima de su propia voluntad.

Pasó toda la mañana a solas con la única distracción del paisaje exterior que se extendía hacia los bosques desde la ventana de aquella estancia. Apenas había conseguido arreglar tres prendas, ya que nunca se le había dado especialmente bien el arte de la costura, aunque sabía defenderse. Pensar que aún quedaba todo un baúl repleto de camisas, jubones, chalecos, capas y mantas, le hacía desanimarse sabiendo que no terminaría aquella tarea en semanas. Para entonces Adrien ya se habría marchado y su plan se habría ido al traste.

Por suerte, no volvió a ver al señor del castillo hasta la hora del almuerzo, donde tuvo que servirle pacientemente e hizo caso omiso a cada uno de sus mordaces comentarios.

—Avanzáis muy torpemente sirvienta, a vuestro paso diré que os quedaréis recluida aquí durante meses —replicó con sorna—. Una lástima que no podáis ver de ese modo a vuestro amante. —Bella no quería entrar a sus provocaciones, así que simplemente miró hacia otro lado esperando que desistiera en atormentarla—. ¿Ya no lo negáis?, ¿Quizá os habéis cansado de negar lo evidente? —Siguió insistiendo—, por supuesto que sí, vuestro silencio es un claro ejemplo de ello.

—Que lo admita o niegue a vos no parece importarle, siempre juzgáis según vuestro propio criterio, así que no perderé mi tiempo en intentar convenceros de algo que ya habéis sentenciado. —Se apresuró a decir con aplomo antes de que siguiera incordiándola.

—¿Me vais a decir que he errado en mis conclusiones después de ver con mis propios ojos como acudíais a su lecho? —exclamó enfrentándola.

—Yo no acudí a ningún lecho, si no me hubierais interceptado tal vez podríais saber ahora mismo las razones por las que acudí esa noche a las caballerizas, en cambio ahora, tendréis que albergar esa incertidumbre.

Tras decir aquello Bella observó como el silencio se prolongó durante varios minutos, donde aquellos ojos verdes la escrutaban tratando de divisar algo en ella, ¿Tal vez buscaban la verdad en sus palabras? Lo dudaba, pero era fácil perderse en ellos, en las profundidades de aquel bosque que le provocaba demasiadas sensaciones en su cuerpo y que evitaba razonar porque le llevaban a pensar cosas que no deseaba como sus besos, unos besos que la transportaban a otro lugar.

—En ocasiones parecéis creíble, hasta que recuerdo que solo mentís para liberaros de vuestro castigo y que os permita salir de aquí —indicó apartando su vista y ella se resignó ofuscada.

Aquel hombre era insufrible, ¿Por qué perdía su tiempo hablando con él? Era mejor ignorarle, alejarse, evitar su presencia y lo que ésta le provocaba.

En cuanto la luz del sol comenzaba a ponerse tras las montañas, varios de los sirvientes trajeron hasta la habitación del señor del castillo una pequeña bañera mucho más manejable que

la que ella había visto cuando tuvo que asistir a la Bestia. ¿Tal vez esa era la bañera de los sirvientes? De ser así ninguno le había dicho que existía para haber tomado un baño. Con solo una docena de cubos la llenaron y le dejaron un par de ellos por si era necesario. El agua estaba templada, ni muy caliente ni muy fría, pero era demasiado agradable junto al fuego de la chimenea que la caldeaba.

Para su estupor, la Bestia no había regresado, así que aprovechando su ausencia pensó que tal vez podría bañarse antes de que éste llegara para verla. Con rapidez se desvistió rápidamente introduciéndose en aquella minúscula bañera y cuando cogió la pastilla de jabón comprobó que ésta olía a menta. ¿Cómo era posible?, ¿Acaso la habrían cogido de su habitación?, ¿Quizá en el castillo también fabricaban esa clase de jabón cuyo olor coincidía con el suyo? De ser así, no la había visto cuando asistió el baño del señor del castillo.

En cuanto rozó la pastilla impregnada por su piel, sintió como la puerta se abría y se giró bruscamente para comprobar que se trataba de la presencia que tanto la perturbaba.

Bella observó aquellos ojos verdes escrutándola y sintió como su garganta se secaba hasta el punto de que era imposible tragar e incluso respirar con normalidad. Durante unos segundos que parecieron eternos él no hizo ningún movimiento, sino que se quedó de pie, junto a la puerta sin dejar de observarla hasta que cerró suavemente y echó la llave como si así se asegurase que ella no escaparía.

Apartó su vista de él, no deseando que interfiriera en ella de aquella forma, como si de algún modo inexplicable pudiera engañar a su mente para hacerla creer que él no estaba presente en aquella estancia. Percibió sus pisadas y posteriormente el crujido de la silla que se situaba frente a la bañera, ¿Acaso iba a observarla todo el tiempo?

Durante toda su vida, Bella había disfrutado enormemente del placer que suponía darse un baño, pero en aquellos momentos estaba muy lejos de hacerlo. Podía palpar la tensión en el ambiente y cierta aura de embriaguez que la consumaba. Se encogió aún más en sí misma como si de ese modo él no pudiera ver su desnudez, como si de esa forma pudiera ser más pequeña a su vista, aunque en el fondo era consciente de que observaba cada milímetro de su piel y no sabía porqué, pero saberlo la perturbaba.

En el momento que cogió uno de los paños que había sobre un viejo taburete a su lado para impregnarlo en jabón, deslizó su mano hacia sus hombros para limpiar su espalda mientras cerraba los ojos asegurándose a sí misma que él no estaba, erradicando su presencia para que no le molestara.

En cuanto su mano se extendió todo lo posible para alcanzar la parte baja de su espalda, percibió el sonido de aquellas pisadas moviéndose y su inquietud logró que fuera incapaz de ver hacia donde se dirigían, aunque era consciente de su cercanía y podía notar su presencia tras ella

a pesar de no poder verle o de girarse para comprobarlo por sí misma.

En el momento que sintió como aquellos dedos se cernían sobre su mano dio un pequeño salto inesperado y soltó el paño que llevaba en la mano echándose hacia delante y deseando apartarse de aquellas manos que la abrasaban.

—No os comportéis como una niña —bramó con voz grave—. Solo me aseguraré de que permanezcáis limpia si tengo que soportar vuestra presencia en mis aposentos.

—Puedo hacerlo yo misma —dijo rápidamente Bella para contradecirle.

No quería que la tocase. No deseaba que se acercase a ella y mucho menos volver a sentir esas sensaciones que le profería cada vez que rozaba su cuerpo.

—No lo creo. Venid aquí ahora mismo.

En aquel momento Bella pensó en sus opciones. Levantarse y huir no era una de ellas. Ni poseía ropa, ni la puerta estaba abierta. Sabía que sería presa de él mucho antes de salir de aquella bañera. Discutir para contradecirle sería perder el tiempo hasta enfadarle y entonces podría ser peor teniendo en cuenta que casi rozaba la amabilidad en aquellos instantes. ¿Y si se acercaba y dejaba que lavase su espalda?, ¿Y si soportaba simplemente su contacto un momento para que al fin la dejase en paz? Con esa certeza se deslizó despacio hacia atrás y en cuanto lo hizo sintió como el paño cubría su espalda lentamente bajo aquella mano que le producía un calor incesante.

¿De verdad el señor del castillo se rebajaba a lavar a una de sus doncellas solo para asegurarse de que estuviera limpia? Aquel hombre era extraño. Más que extraño era todo un misterio sin resolver. La tenía castigada en su habitación y al mismo tiempo había hecho a todos sus sirvientes trabajar para que ella se diera un baño en las comodidades de su dormitorio. ¿Quién lograba entender a esa Bestia? Mientras pensaba en todas las posibles respuestas a sus preguntas, podía percibir la suavidad de aquellos movimientos deslizándose por su espalda, era como un baile sensual delicado y angustioso al mismo tiempo si se paraba a pensar en quien lo ejecutaba.

En el momento en que aquellas manos se deslizaron a la parte baja de su espalda y casi rozaron sus nalgas, Bella se tensó y aguantó la respiración hasta que de nuevo ascendieron. Recorrió suavemente el tejido por sus hombros, dejando caer agua hacia su pecho y de algún modo inconsciente se irguió para encontrar placer en ese agua que recorrería su piel. Percibió como cesó durante un instante y cogió la pastilla de jabón que ella misma había dejado sobre el taburete. Supuso que la impregnaría de nuevo en aquel paño para seguir recorriendo su piel, pero en lugar de eso, lo que sintió fueron sus manos acariciando su nuca con sus propios dedos.

Bella cerró los ojos para evitar pensar en lo que aquel hombre le estaba haciendo. Desde que era pequeña, nadie la había asistido en su aseo y ahora no solo se sentía incomoda, sino que

estaba experimentando una sensación nueva mientras aquella Bestia provocaba un intermitente calor en ella.

Sus manos bajaron por sus costados rozando con las puntas de sus dedos su pecho, inconscientemente se mordió el labio para evitar que de su garganta profiriese algún sonido particularmente placentero. Aquello no podía estar pasando. Ella no podía sentirse de ese modo en sus manos. Le detestaba. Le odiaba con todas sus fuerzas, ¿Por qué su cuerpo la traicionaba de ese modo y en cambio deseaba que siguiera tocándola de aquella manera?

Como si le hubiera leído la mente evocando su peor pesadilla y al mismo tiempo su mayor deseo, Bella percibió como él la arrastraba hacia atrás, hasta que el borde de la bañera rozó su espalda y entonces percibió el roce de su barba creciente junto a su oreja conforme su nariz rozaba su mejilla.

—No puedes evitar desearlo… —gimió antes de que sus dedos apresaran los pechos de Bella acogiéndolos entre sus manos.

En aquel instante Bella no pudo evitar gemir entre sus labios a pesar de haber querido reprimirse, pero su cuerpo no respondía ante su voluntad. El calor que la quemaba abrasaba su cuerpo por completo y solo pudo arquearse hacia atrás, cerrando fuertemente los ojos porque eran incapaz de abrirlos y ser consciente de que deseaba lo que aquella Bestia le hacía.

Aquello iba en contra de sus principios y sin embargo era incapaz de pedirle que cesara, todo su cuerpo bramaba por más de aquella sensación con la que él la embriagaba. Una de sus manos subió hacia su garganta mientras la otra masajeaba su pecho de un modo poco casto y dulce al mismo tiempo. En cuanto sintió como giraba su rostro, se vio arrastrada hacia aquellos labios de fuego que la apresaron con una voracidad sublime y aplastante, recordándole que solo él había sido dueño de ellos.

Su lengua se mezclaba con la suya, batallando por ser la dueña de su boca en aquella virtuosa batalla. Sin ser plenamente consciente de sus actos, Bella alzo uno de sus brazos rodeando el cuello de su opresor como si de algún modo necesitara acercarlo a ella más de lo que de por sí estaba. No entendía porqué, ni qué se había adueñado de ese modo para poseer así su voluntad, pero algo en su interior la invocaba a querer más de aquello, como si fuera mucho más fuerte que la voz de su conciencia. La suavidad con la que pellizcó su pezón hizo que de su boca emanase un leve sonido aplastado por los labios de él que no cesaban de demandar exigiendo una respuesta a cambio y ella era incapaz de no darles respuesta.

De aquellos labios emanaba un sabor delicioso que nublaba su juicio y le provocaba espasmos en su vientre, justamente esa zona de su cuerpo que él estaba cubriendo en aquel momento con su mano y que seguía descendiendo hacia su zona más íntima. Conforme aquellos dedos se acercaban, la pasión de sus labios se hacía más intensa, más demandante, provocando

que ella sintiera un palpitar inquietante que amenazaba con explotar en alguna parte de su ser. No sabía que era aquello, ni si moriría si intentaba alcanzarlo, pero en el momento que sus dedos se estaban adentrando entre sus piernas, él se detuvo bruscamente apartando sus labios de los suyos imprevisiblemente.

Los golpes que sonaban fuertemente en la puerta de la habitación hicieron que Bella fuera realmente consciente de lo que estaba sucediendo.

—¡Que! —rugió aquella voz denotando gran enfado.

—¡Mi señor!, ¡Un incendio al noreste del bosque! —exclamó la voz al otro lado de la puerta que Bella fue incapaz de detectar en aquel momento a quien pertenecía.

La Bestia masculló algo que fue incapaz de comprender y se apartó de ella bruscamente, caminando con rapidez para coger la capa que había sobre uno de los sillones y colocársela velozmente.

Bella pensó que se marcharía sin más, que simplemente la dejaría allí y se iría sin siquiera detenerse a reparar en ella, al menos era lo que deseaba porque en aquel momento no sabía como debía sentirse, ni explicarse que era lo que acababa de suceder, pero antes de girar la llave para marcharse, caminó hacia ella y cuando llegó a su altura se inclinó lo suficiente para agarrar su mentón y obligarla a mirarle. Aquellos ojos verdes brillaban con fervor, estaban ligeramente oscurecidos, pero indiscutiblemente podía apreciarse en ellos su gran belleza.

—Os haré mía, y cuando lo haga gritaréis únicamente mi nombre; Bastián de la Rose.

20
BESTIA

Desconocía que era lo que desprendían aquellos labios carnosos para deleitarse de aquella forma en ellos. Eran suaves, delicados y tentadores al mismo tiempo, como su cuerpo. Esa silueta llena de curvas que poderosamente le atraía hacia ella a pesar de que se hubiera impuesto lo contrario y cayera preso de su propia restricción. Su magnetismo resultaba arrollador a pesar de no querer reconocer que pensaba en ella a todas horas. Solo había una forma de acabar con esa sensación enfermiza que lo ahogaba y consumía a partes iguales; hacerla suya.

No podía seguir conviviendo con ese martirio incesante que le perseguía incluso en sueños. Desde el mismo instante en que había probado sus besos, supo que tendría que poseer su cuerpo si quería acabar con ese sufrimiento.

Era deseo.

Un deseo posesivo, enfermizo e incluso cruel que ella se había encargado de crear minuciosamente e intencionadamente en él.

No tenía ninguna duda que era una experta en las artes amatorias, pero aquel rostro dulce que incluso en ocasiones podría resultar inocente le alteraba hasta volverle completamente loco por aquella lujuria incontrolada.

Había luchado para resistirse, no quería ser preso de ese desasosiego constante que ella le provocaba, pero era inútil, no tenerla solo incrementaba esa necesidad de poseerla que aumentaba al verla a su merced y más ahora que había podido percibir sus atributos carnales.

La imagen de aquella doncella con la túnica adherida a su cuerpo cuando la sacó del arroyo no dejaba de martillear sus pensamientos una y otra vez. No podía concebir la idea de verla revolcándose con otro hombre, menos aún en su propio castillo y bajo su propio dominio. Por esa misma razón se había atrevido a acudir el mismo a las caballerizas imaginando que sería lo que sucedería si no lo hacía.

Cuando la oyó su único pensamiento fue hacerse pasar por su amante, tomarla y descubrir que no dejaba de ser como cualquier otra mujer que se entregaba al primer hombre que

correspondiera sus caricias. Al principio creyó que era así, hasta que le rechazó no sabiendo que era él y eso lo alteró.

¿Acaso jugaba con todos del mismo modo?, ¿Tal vez era su estratagema para tenerlos a sus pies?, ¿Formaba parte de ese juego astuto el provocarles para después rechazarles? Era astucia, de eso no tenía la menor duda. Solo sabía que había respondido a su beso con ardor, con pasión, con absoluta entrega creyendo que se trataba de ese ebanista al que había contratado y del que parecía haber entablado una amistad demasiado estrecha en su ausencia.

De ningún modo consentiría que yaciera con él bajo su techo, aunque probablemente ya lo habría hecho antes de que la descubriera. Ni tan siquiera sabía porque le alteraba que se entregara a otro hombre o que deseara a otro que no fuera él.

No.

Verdaderamente no le importaba que lo hiciera.

Lo único que quería obtener de ella era una noche de ardor y pasión que deshiciera aquello que le provocaba y estaba seguro de que obteniéndolo se acabaría todo rastro de deseo hacia esa doncella atrevida y descarada con rostro de inocencia.

Ella le deseaba, de eso no tenía ninguna duda. Y si reaccionaba del modo en que lo hacía cuando tocaba su cuerpo, estaba seguro de que le proporcionaría el placer que él quería obtener de ella.

Solo sería una noche.

Una única noche en la que él mismo quebrantaría su propio criterio. Incumpliría sus propias normas e infringiría la única lección que su padre le había impuesto desde pequeño.

BELLA

Aquellas palabras ahondaron en Bella, provocando que permaneciera estática sin mover ni un solo músculo de su cuerpo hasta que percibió el frío en su piel porque el agua estaba casi helada.

En su mente solo podía repetir una y otra vez aquella última frase que él le había dicho antes de marcharse. Había tres cosas que la inquietaban de aquella simple frase; que hubiera mostrado el deseo de hacerla suya, que le hubiera revelado su nombre y que mostrara tanta seguridad al hacerlo como si no tuviera escapatoria.

¿Realmente la tenía? Ella misma no estaba segura de haberlo rechazado momentos atrás cuando la tocaba de aquella forma en la que sentía que se derretía en sus manos como si su conciencia abandonara completamente su cuerpo dejándose arrastrar por las sensaciones que él le provocaba.

Tenía miedo, un miedo atroz y desbordante hacia lo que él podía hacer de ella que provocaría que se odiara a sí misma por sentir aquellas cosas por la Bestia, por Bas… ¡No! Se negaba a pensar siquiera en su nombre y mucho menos recitarlo en sus pensamientos, aunque fuera imposible no hacerlo.

¿Quién se creía que era él para poseerla? Podría ser su sirvienta, podría infundirle castigos por desobediencia, pero jamás la tendría y aunque aún no supiera como lo lograría; se resistiría.

Salió de aquella bañera colocándose un paño limpio con el que envolver su cuerpo y se vistió rápidamente, como si temiera que de un momento a otro él pudiera aparecer por aquella puerta. A pesar de la premura con la que se había marchado, la había dejado encerrada con llave y por más que intentó forzar aquella puerta, no cedía ante ella. Sabía que huir no era una opción, no a menos que quisiera la ruina para su familia. Sabía que su única opción era resistirse a los encantos de la Bestia y sobre todo a esos ojos verdes que le resultaban enigmáticos y que lograban debilitarla ante él.

No podía dejar que volviera a tocarla. No podía permitirle que tan siquiera la rozara. Debía oponerse a él y no ceder ante la voluntad de su cuerpo, sino condicionarlo a obedecer su sensatez.

Con esa misma idea, Bella contrajo su cuerpo envuelta en una vieja manta como si el frío del agua hubiera calado sus huesos, aunque en realidad solo era resquemor lo que hacía sentirse impaciente. Conforme pasaban las horas su tensión disminuía al mismo tiempo que su preocupación aumentaba. ¿Y si no tuviera nada que temer porque él no regresara? De pronto fue más consciente que nunca que él había ido a enfrentarse al peligro, era como si de su mente hubiera descartado que existía un incendio en el bosque y que la Bestia había acudido hacia las llamas. Desconocía la fatalidad de aquel incendio y sus dimensiones, pero sí que sabía muy bien el riesgo y peligro que suponía para los hombres tratar de contenerlo.

Fue entonces cuando se propuso un dilema en su interior, realmente no deseaba que nada malo le sucediera, aunque le odiara, a pesar de detestarle y estar en todo su derecho a desear que le sucediera lo peor, en el fondo ella no quería que le ocurriera nada, aunque eso supusiera su liberación y se forzara a pensar que solo lo hacía porque no le deseaba ningún mal a nadie.

La claridad del alba anunciaba un nuevo día y Bella era más consciente que nunca de que la Bestia no había regresado y que existía una probabilidad de que jamás lo hiciera. Sus pasos desgastaban la alfombra frente a la chimenea en la que solía dormir y en la que apenas había pegado ojo en toda la noche salvo cuando el cansancio la vencía, pero aquellas cuatro cabezadas le habían dado la energía necesaria para sentirse más despierta que nunca. Era consciente de que golpear la puerta o gritar no iba a satisfacer sus respuestas, es más, solo incitaría a revelar su preocupación en aquellos momentos, una inquietud que al mismo tiempo deseaba mitigar diciéndose a sí misma que no le importaba la fortuna del señor del castillo.

En cuanto sintió unos pasos acercándose, se detuvo conteniendo el aliento y escuchó como la llave era introducida en aquel cerrojo de hierro conforme la puerta se abría. Indudablemente había creído que vería los ojos verdes y profundos de la Bestia, en cambio fueron los dulces y castaños del señor Charles los que la observaron con inquietud.

—Muchacha, se que estáis confinada aquí por orden del señor del castillo, pero vuestra ayuda es necesaria.

Bella asintió sin pronunciar palabra alguna porque en la orden del señor Charles no se hallaban sus respuestas.

—¿Os ha pedido el señor del castillo que me liberéis? —preguntó inquieta.

—No. Desde luego no piensa en esos menesteres ahora mismo —respondió abruptamente —, aunque lo entenderá.

Aquella respuesta aseguraba a Bella que él estaba vivo y aunque no quiso creer que eso le reconfortaba, lo cierto es que volvió a respirar con naturalidad.

—Por supuesto —aceptó conforme salía de los confines de aquella habitación por orden del señor Charles y se dirigió hacia las cocinas donde encontró a una Megan desbordada.

No solo debían llevar alimento y agua a todos los hombres que estaban trabajando sin descanso para frenar el incendio, sino que también debían atender a los que llegaban heridos por las llamas. Cuando Bella vio con sus propios ojos lo que podía hacer el fuego en un hombre, por primera vez sintió verdadero respeto hacia la Bestia. Quizá él era cruel, déspota, despiadado y malvado, pero había sido el primero en hacer frente al peligro que representaban aquellas llamas que quemaban todo a su paso, incluyendo la carne de los hombres que trataban de frenarlo.

Las cuadras se convirtieron en la enfermería de todo aquel que llegaba, la ausencia de Adrien hizo creer a Bella que quizás éste se encontrara ayudando en el incendio como lo hacía una gran parte del pueblo. Muchos de los heridos decidían volver a sus casas, mientras que otros se dejaban llevar hasta el castillo para ser atendidos. Desde allí se podía divisar a lo lejos el humo del incendio y cuando la noche llegó, Bella cayó agotada sobre el lecho de su habitación como doncella.

Aquella mañana se despertó agitada, como si tuviera un mal presentimiento y salió rápidamente de sus aposentos en cuanto se colocó su capa. Incluso se había dormido sin desvestirse de lo agotada que estaba. Se dirigió directamente hacia las cuadras, pero no habían traído más heridos, así que volvió a las cocinas donde Megan cortaba verduras mientras las echaba al caldero que colgaba del fuego y podía sentirse el olor del buen caldo todo el lugar.

—¿Se sabe algo del incendio? —preguntó Bella mientras se daba cuenta que casi le faltaba el aliento por ir corriendo.

—No, aunque al menos no han traído más heridos, pero el señor Charles está preparando otra carreta, imagino que habrá sido una noche dura.

—¿Y el señor del castillo no ha regresado aún? —preguntó intentando parecer que la respuesta no le importaba.

—No lo hará hasta que esté controlado. Esos bosques y este castillo son lo único que le importa —aseguró Megan removiendo el caldo para evitar que se quemara y añadió más agua junto al resto de verduras.

¿Por qué sentía un pellizco en el estómago a pesar de aquella respuesta?, ¿Por qué le preocupaba el destino de aquel hombre que tan cruel había sido con ella?

No quería saber la respuesta, en verdad no tenía ninguna intención de preguntársela a sí misma para averiguarlo, simplemente se dedicó el resto del día a ayudar en el castillo y atender a los heridos como le había indicado el señor Charles que hiciera.

Cuando volvió a su habitación tras cenar algo en las cocinas, se quitó el vestido mugriento cubierto de sangre y suciedad y se colocó el camisón limpio que tenía en su pequeño baúl. El tejido era de lana más gruesa y le molestaba, pero al menos olía bien y se sentía más cómoda. Se tumbó sobre el lecho y cerró los ojos pensando en el horror que habían vivido

aquellas personas que se habían enfrentado a las llamas y que se reflejaba en sus ojos. ¿Podría volver la Bestia con el rostro quemado o algún miembro de su cuerpo calcinado?

El estruendo provocó que abriera sus ojos asustada, podía sentir la agitación en su pecho hasta que contemplo el candil que iluminaba levemente su habitación y la figura que lo portaba. Su rostro estaba ennegrecido, su mirada era sombría y no había ningún matiz de calidez en todo su ser, solo frialdad y oscuridad en su más pura esencia.

—Os ordené no salir de mis aposentos.

Bella abrió los ojos y se pasó una mano por ellos creyendo que se trataba de un sueño. No era posible que aquel hombre regresara tras dos días de ausencia al castillo y lo primero que hiciera fuese buscarla a altas horas de la madrugada.

—Yo no…

—Levantaos ahora mismo y regresad a ellos —volvió a decir en ese tono que no demostraba emoción alguna.

21
BELLA

Aunque Bella hubiera entendido perfectamente aquellas palabras, su cuerpo era incapaz de procesarlo y no reaccionaba a aquella orden. No podía comprender que aquel hombre, en el estado que se encontraba fuera a buscarla solo porque creía haberle desobedecido. Era irracional, incomprensible e ilógico después de lo sucedido en esos días. Solo había que juzgar su aspecto para apreciar el lado salvaje no solo por su atuendo sucio y roto en algunas partes, sino por su piel oscurecida de hollín mezclado con sudor y sangre seca. A pesar de la leve distancia que les separaba podía percibir el cansancio en su rostro, el agotamiento extremo que le acontecía y estaba segura de que llevaba sin dormir varios días.

Ni tan siquiera fue capaz de musitar un leve sonido proferente de sus labios para responder a aquella demanda, simplemente se había quedado paralizada, hasta que fue consciente de que él se aproximaba a su lecho y antes de darse cuenta la había cogido del brazo conforme estiraba de éste, provocando que se deslizara entre las sábanas hasta tocar el frío suelo con sus pies descalzos.

—¡Me hacéis daño! —exclamó cuando fue consciente del dolor que le implicaba.

Ese hombre jamás medía su fuerza y parecía no ser consciente de este hecho cada vez que la apretaba de esa forma.

—No tendría que hacerlo si obedecieseis —rugió conforme caminaba por aquellos pasillos estrechos mientras Bella trataba de ir de puntillas para no sentir la humedad de la piedra que pisaban sus pies.

—Yo no os he desobedecido —contestó a pesar de saber que lo contradecía y que como siempre él no la creería.

—¿No? —exclamó entonces deteniéndose y colocándola a su altura—. A juzgar por el lugar donde os he encontrado, no me cabe la menor duda de que sí.

—¿Acaso vuestro cerebro es tan diminuto que sois incapaz de ver que alguien me ordenó salir de vuestros aposentos? —Bella tenía el mentón alto, sosteniendo la mirada sobre aquellos ojos verdes que eran lo único hermoso en aquellos momentos, ya que todos los rasgos de aquel

curtido rostro se habían perdido entre la suciedad.

—Poseéis una lengua demasiado afilada para ser una simple sirvienta —Su voz denotaba furia y algo más que Bella era incapaz de detectar, pero si podía percibir que la tonalidad de esos ojos se oscurecía levemente.

Antes de gritarle que ella no era una sirvienta, que jamás lo había sido y que aquella no había sido nunca su condición, volvió a tirar de ella hasta perderse por los pasillos de la planta superior y llegar finalmente a su habitación.

En cuanto entró, la empujó sin miramientos y ella cayó sin pretenderlo sobre el lecho cubierto de mantas suaves y gruesas que lo cubría. Jamás había tocado una piel tan suave como aquella. Lo siguiente que Bella escuchó fue el sonido de la puerta cerrándose acompañado de la agitada respiración de la Bestia, ella se giró y comprobó que mantenía las manos apoyadas sobre la puerta ahora cerrada sin entender si estaba demasiado agotado para mantenerse en pie o simplemente trataba de calmarse, aunque dudaba que una Bestia pretendiera precisamente calmarse.

Para su absoluto asombro comenzó a desvestirse de espaldas a ella y cuando sus ojos apreciaron la magnitud de los músculos de su espalda y brazos, las últimas palabras que él le había dicho antes de marcharse martillearon sus pensamientos. Le había asegurado que la haría suya, prácticamente le advirtió de lo que le haría cuando regresara y ahora sus peores temores se estaban haciendo realidad ante sus ojos. Tenía que salir de allí, tenía que escapar de aquellos aposentos y alejarse de él, no podía tocarla, no podía acercarse a ella y mucho menos poseerla, si él lo hacía sería algo que jamás se perdonaría.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la Bestia se giró lentamente y Bella sintió pavor y estremecimiento a partes iguales, pero sin poder evitarlo a pesar de no querer hacerlo, su vista bajó de aquellos ojos inescrutables pasando por su erguido mentón, deslizándose por sus pectorales hasta que descubrió una enorme herida en su costado derecho y comprendió que lo que estaba sufriendo aquella Bestia, era dolor.

Parecía un corte limpio, podía ver que había sangrado bastante, aunque aparentemente no continuaba haciéndolo. En aquellos momentos no sabía si decir algo al respecto sería o no prudente.

—Traed el agua de la jofaina y el aguamanil para asearme —pronunció casi agotado, como si el esfuerzo de haberse quitado la camisa y el chaleco que llevaba hubieran disminuido por completo sus fuerzas.

Bella se alzó rápidamente y fue hasta el tocador, donde cogió la palangana junto a la jarra llena de agua fresca y se acercó hasta el lecho donde él se había sentado. Depositó el aguamanil sobre la mesita de noche y vertió el agua mientras mojaba un paño limpio y seco, sin saber

exactamente si debía asearle ella o deseaba hacerlo él mismo. Cuando fue a ofrecerle el paño húmedo, percibió que él tenía sus ojos cerrados, hubo un breve instante de tiempo que Bella no supo que hacer, era la primera vez que veía a aquel hombre derrotado ante ella, vulnerable y exhausto siendo consciente de su presencia. Acercó entonces el paño a su frente y abrió los ojos ligeramente, como si necesitara asegurarse de que era ella.

—Descansad, estáis agotado —dijo Bella en un tono mucho más suave del que creería que jamás podría tener hacia él.

—Si tratáis de huir os perseguiré y os encontraré, tenedlo presente —contestó sin alzar la voz, pero mirándola fijamente.

¿Por qué le decía eso en aquel momento?, ¿Quizá pensaba que aprovecharía su estado de agotamiento para fugarse del castillo y de su deuda?

—Si quisiera huir, lo habría hecho en vuestra ausencia sin que nadie se hubiera dado cuenta —contestó deslizando el paño por su rostro mugriento y dejando ver su piel sin rastro alguno de hollín, devolviendo a la luz la única belleza que poseía aquella Bestia.

—No confío en vos, ocultáis demasiado —aseguró cerrando los ojos exhausto—, pero por vuestro bien no trataréis de hacerlo o deberéis asumir las consecuencias.

—¿Alguna vez os cansaréis de vuestras constantes amenazas? —preguntó Bella de forma cordial y sin esperarlo percibió una leve sonrisa en el rostro de la Bestia.

—¿Alguna vez os cansaréis vos de contestar para tener siempre la última palabra? —dijo dejándose caer sobre los almohadones de la cama y gruñendo ante el dolor de la herida que comenzaba a cicatrizar.

Bella sonrió inconsciente, la situación podría ser absurda e inverosímil, pero sin pretenderlo tenía ante ella a la Bestia, completamente a su merced y él era consciente de ello.

Bella limpió aquel rostro y su herida mientras él dormía, sintiendo que dibujaba su cuerpo conforme aquel paño se deslizaba por la piel de aquel hombre. No era la primera vez que lo hacía, pero no por ello se sentía menos turbada a la hora de hacerlo. Era imposible no deleitar su vista con sus facciones, más ahora que estaba a su merced completamente exhausto, pero a pesar de ello trataba de convencerse a sí misma que aquella atracción solo era una manipulación de sus sentidos que debían quedar en retaguardia por debajo del rechazo que él le provocaba.

No podía olvidar sus desplantes, sus constantes amenazas, su manipulación y sus castigos injustos. No podía pasar desapercibido su mal carácter, su engreimiento, su enfatizada cólera y su despiadada crueldad sin ningún tipo de miramiento. No había recibido ni un solo acto de bondad de aquella Bestia para que pudiera sentir la más mínima empatía por ese hombre y aunque no podía calificar la atracción que él le hacía sentir de ese modo, ciertamente deseaba

rechazar lo que sus caricias le provocaban.

La debilitaba, él le hacía ser vulnerable ante su contacto por más contraproducente que esto fuera respecto a lo que opinaba y pensaba de sus actos. No entendía porqué su cuerpo decidía actuar por voluntad propia respecto a sus pensamientos, pero a pesar de que estuviera encerrada en aquellas cuatro paredes con él, no iba a dejar que él la avasallara, no permitiría que la hiciera suya y mucho menos se entregaría a él por voluntad propia.

Con ese último pensamiento, Bella se acurrucó en una de las esquinas de la chimenea que comenzaba a tener fuego medio y que a lo largo de la noche se convertiría en unas agradables ascuas que mantendrían la habitación caldeada. La respiración del hombre que yacía en el lecho era calmada y constante, sabía que estaba completamente dormido, así que con la tranquilidad que le generaba este hecho, se dejó arrastrar por el sueño cuando casi debía rozar el alba. No sabía que le depararía al día siguiente con aquel hombre de carácter cambiante, ni tampoco si pretendería cumplir las últimas palabras que le dijo antes de marcharse, pero se convenció a sí misma que lo enfrentaría a su debido tiempo si es que en algún momento él así lo decidía.

Durante la mañana, nadie se presenció en la habitación de la Bestia, probablemente porque él no había realizado ningún llamamiento al personal y seguía plácidamente dormido. Bella no dejaba de mirar hacia el lecho y acercarse frecuentemente ya que le resultaba extraño, pero cada vez que comprobaba que respiraba con normalidad y se decía a sí misma que en realidad no debería de importarle si seguía con vida o no, regresaba a la esquina junto a la ventana donde seguía tratando de remendar algunas prendas, incapaz de concentrarse en su presencia.

El sol estaba en lo más alto cuando la voz de la Bestia irrumpió el silencio que reinaba sus aposentos.

—Finalmente no habéis huido —Fueron sus palabras dándole a entender que recordaba perfectamente lo sucedido la noche anterior.

—A menos que sea un fantasma, ciertamente no lo hice —refutó Bella sin mirarle, concentrada en el hecho de no clavarse la aguja, pero sus dedos temblaban con el simple hecho de que él estuviera despierto y la observara..

¿Por qué ese hombre le infundía aquello?, ¿Por qué temblaba en su presencia? Sabía que no era miedo, ¿Entonces qué demonios era?

Bella escuchó leves ruidos deduciendo que se había incorporado de la cama y pareció lamentarse de dolor, imaginó que debía sufrir por la herida que cicatrizaba, no la tenía infectada, pero probablemente cada movimiento provocaba que la rigidez de la cicatrización derivase en un dolor punzante. Percibió sus pasos moviéndose por la habitación y supo que caminó hacia ella cuando vio por encima de los ojos, los pantalones raídos de los que no se había desprendido aún.

—Definitivamente no lo sois —terció acogiendo el mentón de Bella y alzando su rostro para que pudiera mirarla a los ojos—. Cambiad todas las prendas que cubren el lecho por unas limpias y frescas, asead la habitación en mi ausencia y tomad de nuevo un baño, por vuestro aspecto cualquiera diría que habéis estado en una guerra.

Ciertamente Bella no había estado en una guerra, pero sí que había atendido a heridos y no había tenido tiempo material de asearse debidamente en esos últimos tres días, pero por más que le apeteciera, el simple hecho de recordar como terminó el último baño que tomó en aquella habitación le provocó un rechazo abismal.

—No necesito ningún baño —apremió a decir rápidamente negándose en rotundo.

—Lo tomaréis igual —contradijo como si no le importara en absoluto que ella no quisiera —. Me ausentaré todo el día, si cuando regrese no lo habéis hecho, os aseguro que os obligaré yo mismo a hacerlo —añadió mirándola con intensidad—. Aunque quizá sea eso lo que pretendéis…

Su tono de voz cambió a uno mucho más intenso, incluso su modo de mirarla era voraz, en ese momento Bella sintió que era una presa a punto de ser cazada.

—No será necesario —afirmó esta sin saber de donde había sacado esa seguridad, pero firme ante sus palabras. Lo último que deseaba era que se repitiera de nuevo una escena similar a la que recordaba.

—Bien. Ahora salid y pedid que sirvan el almuerzo, me muero de hambre y por vuestro aspecto deduzco que vos también. Buscad a Charles y decidle que se presencie de inmediato en mis aposentos —mencionó ante su absoluto desconcierto. ¿No implicaba sus órdenes salir de aquella habitación?, ¿Y no le había dicho que debía permanecer allí encerrada?

Bella asintió dejando rápidamente la prenda sobre el asiento en el que se hallaba y salió de aquella habitación solo porque de esta forma lograba poner cierta distancia entre ella y el señor de aquel castillo.

Pidió exactamente lo que él le había ordenado, solo que conforme Megan ponía viandas en la bandeja, Bella cogía algunas de ellas intuyendo que ni la cocinera, ni el hombre al que iban destinadas se darían cuenta. Su estómago rugía con voracidad y no sabía cuando tendría tiempo real de alimentarse, por lo que de ese modo calmaría durante unas horas su hambre voraz.

En cuanto regresó a la habitación comprobó que el señor Charles acababa de llegar tal como ella le había indicado personalmente que hiciera.

—Señor Charles, ¿Podéis decirme porque mi sirvienta se encontraba fuera de mis aposentos cuando regresé anoche? Hasta donde alcanza mi memoria dejé la orden explícita de que no saliera de éstos y ella afirma que no se escapó de ellos —mencionó la Bestia en cuanto

Bella entró por la puerta y agrandó los ojos tras escuchar aquella demanda dirigida hacia el señor Charles.

¿De verdad se estaba molestando en averiguar si había mentido o no? Ella no tenía llave para abrir la puerta, era fácil deducir que no había podido salir por sus propios medios.

—Estábamos muy escasos de personal, mi señor, me vi en la obligación de liberarla para atender a los heridos y ayudar en las viandas que se llevaban hasta el frente del incendio —contestó el señor Charles sin vacilar—, determiné que en tales circunstancias esa era la mejor decisión.

En aquel momento Bella sintió como aquellos ojos verdes se posaban en ella y no supo distinguir si sentía enfado, rabia o estaba disgustado, en realidad no sabía que interpretar de aquel rostro carente de emoción alguna.

—¿Estáis seguro de que ella no rogó porque la liberaran de estos aposentos?, ¿No pidió salir para ser de ayuda? —insistió como si quisiera encontrar algo de culpabilidad en ella.

—No mi señor. Ni tan siquiera tuvo tiempo de hacerlo porque la liberé esa misma mañana. Si me permite decirlo, fue de gran ayuda hacerlo ya que atendió a los heridos y liberó de bastante carga a la cocinera. Si debéis infringir algún castigo Bastián, asumiré cualquier responsabilidad ya que en esta ocasión fui yo quien determinó contradecir vuestra orden —atajó el señor Charles sorprendiendo a Bella.

—Marchaos. Hablaré con vos en privado —mencionó sin que a Bella le pasara inadvertido que le llamara por su nombre. Era la primera vez que oía a alguien dirigirse hacia la Bestia por su verdadero nombre, uno que ella se obligaba a no recordar.

—Por supuesto —dijo el señor Charles antes de despedirse y cerrar la puerta para dejarles a solas.

A pesar de que Bella deseaba restregarle en la cara que ella solo le había dicho la verdad, se mantuvo en silencio conforme él se acercaba a la mesa y se sentaba frente a esta observando la bandeja con viandas. Era probable que detectara que faltaban más uvas de la cuenta, pero si le preguntaba por ese hecho, defendería su inocencia hasta morir, aunque fuera la culpable de ello. Para su estupor no dijo nada al respecto, sino que cogió una de ellas y la alzó hacia ella.

—Comed —mencionó ante su asombro y Bella alzó la mano para cogerla, pero entonces él la apartó—. Acercad vuestros labios —añadió contrariándola.

Durante unos segundos no supo realmente que debía hacer, ¿Rechazar el gesto?, ¿Admitir que no tenía hambre cuando eso era incierto?, ¿Por qué iba la Bestia a alimentarla él mismo de su mano? Incluso lo había hecho antes de llevarse alimento a su propio estómago.

Quería negarse, pero de algún modo inusual ese hombre le despertaba curiosidad como si

quisiera descubrir a qué llevaría cada acción que él cometía como en aquellos momentos, así que ante el propio asombro de sí mima se irguió acercándose a sus dedos, con la firme convicción de que probablemente se reiría de ella con algún comentario como ser tan estúpida para creer que la alimentaría a ella antes que a sí mismo, pero en lugar de eso, cuando abrió sus labios levemente, él introdujo aquella deliciosa uva en ellos y después acarició con el pulgar su labio inferior, sin apartar la vista de ella.

—Esta noche cenaremos a solas en mi alcoba —mencionó con voz ronca—. Preparadlo todo cuando regrese.

Tras aquellas palabras apartó la vista de ella y se produjo un gran silencio en el que ella era incapaz de decir nada, porque en su mente solo se repetía una y otra vez que en aquella cena la había incluido a ella, ¿De verdad iba a cenar junto a él?, ¿Cómo una igual?

22
BELLA

Tal como le había indicado, Bella pasó el resto de la tarde en solitario y a pesar de ser algo reticente a tomar un baño por si en algún momento la Bestia volvía a sorprenderla, lo cierto es que terminó relajándose en el agua caliente un buen rato embriagada por el silencio y la ausencia de pisadas que indicaran que alguien se acercaba. Lo agradeció. Se sentía limpia, reconfortada y relajada después de aquel cálido baño que había destensado sus músculos entumecidos.

Desconocía en que momento, el señor del castillo entraría por la puerta de sus aposentos, así que cuando el sol se estaba poniendo, dando paso a la oscuridad de la noche, descendió al piso inferior y terminó de ayudar a Megan que se encontraba preparando la cena. Entre una selecta variedad de frutas, queso, vino, pan y miel, se encontraba un agradable estofado de carne asada que olía de maravilla y varios dulces de almendra.

—¿Estas segura de que no deseas comer aquí antes? —insistió por tercera vez Megan.

Decirle que la Bestia había ordenado una cena para dos, no entraba en sus planes, sobre todo porque aún era demasiado incrédula para creer que así fuera. No obstante obedecería sus órdenes, aunque ganas no le faltaban de probar bocado antes de que él volviera. Cabía la posibilidad de que la dejara sin cenar y entonces su estomago lo sufriera como otras veces en el pasado lo había hecho sin contemplaciones.

—No os preocupéis por mi, cenaré en cuanto él termine —contestó queriendo estar segura de sus palabras.

Para su suerte, Megan no insistió y se retiró a los aposentos del señor del castillo donde dispuso todo en una mesa auxiliar. No era demasiado grande, pero teniendo de apoyo la mesita en la que él solía desayunar o comer casi siempre, resultaba suficiente. Era extraño preparar aquella cena para dos, con la certeza de que cuando él regresara le diría qué demonios estaba haciendo, quizá por ello no había cogido otra copa de vino, ni colocado una silla al lado de la que él siempre usaba.

Bella aguardaba junto al fuego, extendiendo las manos para que éstas se entibiaran y

siendo consciente de su nerviosismo conforme le aguardaba. No sabía que esperar de aquella velada, ni como podría transcender. Si tenía en cuenta su variante temperamento, ciertamente no sabía a que atenerse en aquellos momentos. Escuchó las pisadas acercándose, sabía que sin duda alguna era él, nadie más vendría hasta allí y menos a esas horas de la noche, a pesar de que le había sorprendido que no la encerrara con llave durante toda la tarde, se sorprendió que no hiciera el amago de abrir, sino que simplemente girase el pomo de la puerta y entrara sin dilaciones, ¿Acaso ya no temía que ella se fugase o visitara a Adrien?, ¿Había perdido la total desconfianza que tenía en ella para dejarla libre por el castillo? No sabía el porqué de su cambio de comportamiento, pero agradecía no sentirse encerrada, aunque lo estuviera realmente.

Espero de espalda, ni tan siquiera se giró para verle, quizá porque no deseaba ver la expresión de su rostro al contemplar una mesa dispuesta para dos y que le dijera que significaba aquello, definitivamente con aquel hombre nunca estaba segura de nada, así que cuando escuchó el sonido de un mueble arrastrándose sobre el pavimento, se giró y contempló que él mismo había cogido la butaca donde ella tantas veces se había sentado y la colocó al lado de la que ya estaba dispuesta a la mesa.

Sus ojos se agrandaron al ver como él mismo, sin decir nada, había secundado la orden que le había dado antes de marcharse haciéndola ver que no había cambiado de opinión.

—¿Por qué no hay dos copas? —preguntó repentinamente dirigiéndose hacia ella.

—Dejasteis claro que los sirvientes tienen prohibido beber vino —contestó Bella sin admitir que no estaba segura de cenar junto a él.

—Hacéis bien en recordar cada palabra que os digo, pero esta noche deseo que bebáis vino —mencionó como si cada una de sus palabras la acariciara, sin pasarle inadvertido que parecía acercarse a ella.

—Yo… puedo… ir a por una copa si lo deseáis —advirtió Bella con cierto titubeo, deseando salir de allí corriendo.

Ciertamente le preocupaba su propia integridad. Ahora que le había visto, no solo lucía ropas limpias y su aspecto era completamente distinto al de la noche anterior, sino que desprendía un olor a jabón mezclado con un ligero toque amaderado que lograba sucumbir su propio juicio. ¿Por qué debía ser tan condenadamente atractivo?

—No —negó al mismo tiempo que hacía gestos con la cabeza en modo negación—. Beberéis de la mía —aseguró indicándole que se sentara.

Bella dudó un segundo y después se dijo a sí misma que solo era una cena. ¿Qué podía ocurrir? Aunque detectaba en él una amabilidad inaudita hasta el momento por el hecho de que no se dirigía a ella de forma despectiva, esto era lo que la hacía estar en tensión constante permaneciendo siempre alerta. No estaba habituada a ese comportamiento proveniente de la

Bestia, sino a que la tratara sin impunidad y de forma despiadada como si ella no le importara más que la leña que ardía en la chimenea.

—No os molestéis mi señor. Puedo cenar sin vino —aclaró sin añadir que el simple hecho de beber de la misma copa donde él habría posado sus labios le parecía demasiado íntimo.

—Eso lo decidiré yo, ahora sentaos y comed —instó tomando asiento y Bella se acercó sigilosamente mientras se sentaba a su lado.

Decir que se sentía extraña era quedarse corto, definitivamente no sabía a qué se debía aquella situación y aún menos porque él, que le había recalcado hasta la saciedad que estaba muy por encima de ella, se sentaba a su lado como si fuera su invitada para cenar a la vez mientras probablemente conversaban.

—¿Queréis que os sirva el vino? —preguntó inquieta ya que había percibido que él se había quedado durante un momento observándola, aunque se negaba a alzar la vista para verle.

—No, lo haré yo si lo deseo —advirtió y eso la contrarió aún más. ¿Iba a servirse él mismo teniéndola a ella allí? —Veo que me habéis obedecido y os habéis dado un baño, vuestro olor a menta se expande por toda la estancia.

¿Acaso era un insulto?

—Lamento si os desagrada —advirtió sin estar segura de que pudiera probar bocado antes que él, aunque se moría de ganas por probar aquel estofado.

—No me desagrada, de hecho, es todo lo contrario —respondió sorprendiendo a Bella que alzó la vista para verle y vio como sus profundos ojos verdes parecían algo más oscuros de su color habitual. Su respiración quedó completamente pausada ante aquella mirada que él le dedicaba, de pronto sintió un estremecimiento que la recorría por completo sin comprender exactamente a qué se debía—. He dicho que comáis —la instó de nuevo y entonces ella se obligó a obedecer apartando la vista de él conforme hundía la cuchara en el cuenco para llevársela después a la boca degustando aquel exquisito sabor.

Bella observó como se servía el vino ante sus ojos y lo bebía en silencio mientras ella comía frente a él.

—¿Eráis de por aquí o venís de algún lugar lejano? —La pregunta la cogió por sorpresa, así que tragó rápidamente y se limpió los labios con una de las servilletas de tela.

En realidad, Bella desconocía a qué se debía la pregunta, pero teniendo en cuenta que el señor Charles conocía su procedencia, creyó que la Bestia solo trataba de conversar, tal vez para poner a prueba su veracidad.

—Vivía en el pueblo —admitió cogiendo un pequeño trozo de pan mientras lo desmigaba.

—¿Con quien? —preguntó antes de dar otro sorbo de vino.

—¿De verdad os importa mi señor? —dijo ésta alzando el mentón conforme dirigía su vista hacia él.

—Confirmaré mi teoría de que ocultáis algo si os negáis a hablar…

—Con mi familia —mencionó escuetamente sin añadir más detalles.

—¿No habéis estado casada? —Su voz parecía distante, pero Bella creyó que aquello parecía un interrogatorio más que una conversación, aún así, no le importaba contestar a aquella pregunta.

—No. Jamás he estado casada y por si os lo preguntáis, tampoco tenía intención de hacerlo a corto plazo —advirtió con énfasis.

Bella percibió una leve sonrisa y dejó su copa sobre la mesa mientras comenzaba a probar el estofado.

—Os negasteis a casaros con el ebanista que vino al castillo, ¿Por qué? —Aunque aquella pregunta había salido natural de los labios de aquel hombre, Bella solo podía pensar en como había obtenido él dicha información.

—¿Cómo sabéis eso? —exclamó confundida.

—No importa como lo sé, aunque acabáis de confirmarlo. Hubierais podido tener una vida llena de comodidades si le aceptabais, os habría sacado de la pobreza en la que os encontrabais. ¿Qué os llevó a negaros? Porque a menos que me deis una respuesta válida, creeré que solo estáis aquí por otra razón muy distinta al dinero.

¿Una razón distinta al dinero?, ¿Qué sabía él de ella? Nada, era evidente que no sabía nada.

—Jamás me casaré con un hombre al que no amo —advirtió retándole con la mirada.

Le daba igual si él la creía o no, ella tenía sus razones para estar allí y que él quisiera desconfiar o pensar lo peor de ella, no le importaba. Al menos eso era lo que quería creer.

—Admito que sois muy buena —dijo repentinamente tras unos segundos de silencio—. Incluso estoy tentado a creeros.

—¿Acaso os importa si digo la verdad o miento? Nada cambia, seguiré siendo vuestra sirvienta hasta que mi deuda sea saldada. Eso es algo que mis palabras nunca podrán cambiar.

Un prolongado silencio se cernió sobre ellos mientras siguieron degustando las viandas que Megan había preparado con esmero. Bella untó la miel en el pan que estaba recién hecho esa misma mañana y se deleitó con el sabor dulce que desprendía cerrando sus ojos.

—Debéis tener sed. Bebed —terció la Bestia ofreciéndole su copa.

Realmente tenía sed, pero no sabía si deseaba o no beber de aquella copa. Aún así, hizo

ademán de cogerla pero él no la soltó, sino que Bella colocó sus manos sobre las suyas y él la acercó a sus labios.

El liquido quemó inicialmente su garganta al descubrir aquel nuevo sabor. No era desagradable, pero tampoco lo encontraba delicioso, sino que le pareció una mezcla de ambos. En cuanto él apartó la copa de sus labios dejándola sobre la mesa, sintió como su pulgar la acariciaba tratando de limpiar el jugo que hubiera quedado sin dejar de mirarla.

—No era lo que esperaba —dijo tratando de evitar ese momento íntimo y apartando la vista de él—. Pensé que estaría delicioso.

—Quizá esto os guste más —contestó ofreciéndole uno de los dulces conforme lo acercaba a sus labios y Bella abrió la boca para degustar el sabor almendrado.

Si. Definitivamente estaba delicioso, hasta el punto de cerrar los ojos para sentir la intensidad de su sabor. Normalmente aquellos dulces estaban muy vetados entre el personal del castillo, así que era todo un manjar poder degustarlos.

En cuanto abrió sus ojos, Bella sintió la intensidad con la que él la observaba y sin decir absolutamente nada, sin prever que algo así pudiera suceder, la Bestia se abalanzó sobre ella devorando su boca con tanta solemnidad que fue incapaz de concebir lo que estaba sucediendo.

Los labios de él demandaban los suyos de forma urgente mientras ella permanecía aún inmóvil. Podía sentir su mano sobre la nuca alentándola a responder del mismo modo brusco en que él la besaba con absoluta determinación y en cuanto entreabrió sus labios para protestar, la avasallaron mil sensaciones al sentir como su lengua se mezclaba con la suya propia formando mariposas en su estómago.

Sus besos eran rudos, devastadores y cualquiera podía decir que casi necesitados. Quizá por esa misma razón Bella no percibió en que momento él la había alzado hasta que sintió algo mullido bajo su espalda cuando se apartó de ella y comprobó que estaba en su lecho, completamente tumbada sobre la cama de la Bestia mientras este cubría su cuerpo.

El crujido de la tela de su corpiño rasgándose la hizo ser consciente de que acababa de romperle su atuendo para dejar expuesta su piel, provocando que se sintiera vulnerable al mostrarle sus pechos. En el momento en que ella iba a cubrirse él la agarró de las manos fuertemente mientras su boca mordió sin ninguna suavidad uno de sus pezones provocándole dolor.

No estaba sintiendo ningún placer con aquello, no sentía agrado o gozo con aquellas rudas caricias.

—¡Me hacéis daño! —gimió—. ¡Soltadme! —añadió tratando de hacer fuerza para que él apartara las manos de sus brazos donde la tenía retenida, solo que él parecía ido, conforme seguía

besándola fuertemente y sin ningún miramiento provocando que su piel se irritase—. ¡Me estáis haciendo daño! —insistió esta vez con más fuerza y con lágrimas en sus ojos a punto de desbordarse, sintiéndose cada vez más impotente por no poder escapar de sus garras.

En ese momento ella percibió como él alzaba su rostro para observarla fijamente como si no comprendiera nada.

—Os quejáis como una mujer virgen, cuando ambos sabemos que gozaréis de ello y encontraréis placer en mi lecho —advirtió sin dejar de mirarla como si estudiara sus movimientos.

—Vos no sabéis nada de mi y desde luego tampoco del placer que pueda encontrar o no en vuestro lecho. ¡Soltadme! —insistió Bella no creyendo una sola de sus palabras.

Después de lo que acababa de hacerle, dudaba mucho que ella pudiera gozar con esa Bestia y si en algún momento del pasado había llegado a creer que así era, acababa de descubrir que estaba equivocada.

—¿Tal vez estéis acostumbrada a amantes que os tratan con menos efusividad? —preguntó acercándose a su cuello y depositando un cálido beso conforme comenzaba a ascender —. Si —afirmó a pesar de que ella no había contestado—. No os gusta que os traten como a una cualquiera, sino que deseáis un trato afable, queréis que veneren vuestro cuerpo, ¿Verdad?

Llegados a ese punto Bella deseaba protestar, pero antes de lograr hacerlo sintió como sus labios eran apresados por la Bestia con ternura, con una infinita calidez que avasalló su cuerpo por completo y sintió que estaba completa y absolutamente perdida entre sus brazos.

Aquellas manos cálidas y robustas comenzaron a recorrer su piel, acariciando su barbilla mientras sus labios eran presos de los de aquel hombre. La sensación de desasosiego se arremolinaba en su estómago conforme esas manos se deslizaban por sus brazos, después bajaban a sus costados y se perdían por sus piernas.

Cuando Bella sintió como los dedos de la Bestia tocaban la piel del muslo interno de su pierna, dio un pequeño grito atrapado por sus candentes labios sin saber si lo hacía por satisfacción o sorpresa ante el inesperado gesto, pero lo cierto es que mientras esos dedos ascendían, podía percibir un palpitar inquietante que anulaba su sensatez. Deseaba frenar terminantemente aquello al mismo tiempo que su cuerpo estaba deseoso de experimentar cada caricia que él le proporcionaba. Podía percibir la lucha en su interior del mismo modo que las sensaciones que él le proporcionaba crecían en la parte baja de su estómago, como si un fuego inquietante comenzara a abrasarla expandiéndose conforme él la acariciaba.

En cuanto aquellos dedos tocaron la parte más íntima de su ser, gimió ante su contacto y percibió como su lengua se mezclaba con la de aquella Bestia en un ritmo sin precedentes de pleitesía, rindiéndose a esas caricias que él le concedía, sin ser consciente de que su cuerpo cedía

y al mismo tiempo se entregaba a sus manos.

Había algo inconcebible cuando él la tocaba de ese modo; suave, delicado e incluso tierno. Era como si no quedara resquicio alguno de la Bestia cruel que sabía que era y en su lugar se convertía en alguien completamente distinto, alguien que ella se imaginaba que existía dentro de esa coraza que le rodeaba. Quizá ese era el motivo por el que aún no lo había detenido. Tal vez esa era la única e inexplicable razón por la que él provocaba ese tipo de sentimiento en ella, una reacción inconcebible en su cuerpo dejando que él la tocara de aquella forma tan íntima y teniendo que admitir muy a su pesar, que anhelaba descubrir lo que había tras aquellas sensaciones inauditas.

Antes de ser consciente, Bella tenía sus brazos rodeando el cuello de aquel hombre mientras se deleitaba con sus besos. Cuando sus labios abandonaron los suyos emitió un pequeño jadeo y comprobó que a pesar de ello no había abandonado su cuerpo, sino que recorrían su garganta mientras se dirigían a sus pechos y ella podía anticiparse a las sensaciones que sentiría a continuación, emergiendo un burbujeo que se arremolinaba en su interior deseando explotar de pura emoción.

Jamás había sentido algo parecido, quizá se había aproximado unos días atrás cuando él la acariciaba del mismo modo en la bañera, pero esas sensaciones ahora se incrementaban de sobremanera, era como si su cuerpo la abandonase completamente para entregarse a la plenitud que la sobrecogía.

Se convenció a sí misma de que solo experimentaría un poco más de aquello, quería descubrir a que la conducían ese tumulto de emociones sobrecogedoras que emergían desde su interior expandiéndose por su cuerpo, creando esa infinita percepción inexplicable. En el momento que la boca de la Bestia apresó uno de sus pezones, percibió su propio estremecimiento ante el gesto, moviéndose involuntariamente hacia él como si le indicara que deseaba más de aquello. Él pareció percibirlo, puesto que comenzó a acariciar con sus dientes uno de sus pezones sonrosados y en lugar de sentir pudor como debería de hacer, sintió una inquietante conmoción que la conmovía.

No entendía que le estaba ocurriendo a su cuerpo, porque cedía de aquella manera ante cada una de sus caricias o gestos, resultaba desconcertante y al mismo tiempo infinitamente placentero. La Bestia no solo lograba enloquecerla, sino que había conseguido que fuera presa de aquella pasión que él encendía en lo más hondo de su cuerpo.

—Sois tan suave como los pétalos de una rosa —La voz de la Bestia llegó a los oídos de Bella en forma de caricia, incluso parecía distinta—. Abríos para mi… —añadió seguidamente sin que ella comprendiera a que se refería hasta que comenzó a sentir una presión en la parte más interna de su cuerpo, como si algo se estuviera adentrando en su interior.

Aquellos ojos verdes la observaban fijamente, provocando que ella se perdiera en ellos profundamente conforme la presión se hacía cada vez más grande, hasta que comprendió que estaba sucediendo realmente y que era demasiado tarde para detenerle. Inmediatamente la embriagó el dolor. Una sensación punzante que la atravesaba por completo como si la rasgara internamente la sobrecogió, provocando que gritara sin poder contenerlo conforme giraba su rostro para morder el almohadón en el que tenía apoyada su cabeza.

Apenas fue consciente del tiempo hasta que aquel dolor comenzó a ceder, desapareciendo por completo y dejándole solo una sensación de presión en su interior. Podía percibir esa invasión que penetraba su cuerpo a pesar de que no ejerciera ningún movimiento. Buscó con su mirada aquellos ojos verdes, creyendo que él se burlaría de su debilidad, pero en lugar de eso pudo atisbar un brillo inequívoco en su mirada, algo que los hacía centellear con más intensidad y en cuanto lo hizo, él acortó la distancia y devoró sus labios con dulzura e intensidad al mismo tiempo que sentía como salía de su interior levemente para volver a adentrarse de nuevo con mayor fervor.

La sensación era inaudita, inquietante y absolutamente desgarradora. El dolor había dejado paso a una insólita emoción que se arremolinaba en la parte baja de su vientre y que no dejaba de incrementar con cada uno de sus movimientos. En un momento dado él entrelazó sus dedos con los suyos, apresándolos con fuerza sin dejar de besarla un solo instante. Bella podía percibir que iba a desaparecer de un momento a otro, que su cuerpo sencillamente se fusionaría con el de aquel hombre estallando en mil pedazos. La sensación de crepitar se incrementó al mismo tiempo que él se adentraba en ella con más intensidad y pudo sentir como su cuerpo se estremecía y vibraba al mismo tiempo a la vez que aquella calidez recorría sus entrañas de un modo único e inigualable, convirtiendo todo lo que había a su paso en cenizas, no dejando rastro, ni resquicio alguno a su paso conforme arrasaba cada parte de su cuerpo agitándola por completo. No era consciente si gritaba o guardaba silencio mientras percibía que se evadía del lugar donde se hallaba, pero si lo fue del momento en el que recuperó la conciencia y notaba el peso de Bastián de la Rose sobre ella.

¿Bastián? Acababa de referirse a él por su nombre y no como la Bestia, lo peor era que ella misma había sido consciente de ello. Ni en mil años podía haber predicho que iba a encontrar ese placer en el lecho y menos aún a manos de aquel hombre, pero no podía negar lo evidente, ni tampoco la sensación estremecedora que aún sentía en su cuerpo mientras su corazón latía fervientemente.

Percibió como él salía de su interior y se dejaba caer de espalda, a su lado conforme emitía un pequeño sonido de satisfacción o cansancio según se interpretara. Bella notó un escalofrío cuando él se apartó de su lado, era como si de pronto la realidad le diera de bruces y se

sintió vulnerable, pequeña y absolutamente indefensa, quizá por eso se encogió en sí misma dándole la espalda, como si de ese modo pudiera sentirse segura.

—Podéis iros —escuchó repentinamente a su espalda en el silencio de la habitación y no comprendió a que se refería.

¿Irse?, ¿Podía irse?

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

—Ya he obtenido lo que quería de vos, así que largaos de mis aposentos y volved a vuestra habitación de criada. Si creíais por un momento que compartiría mi lecho, estáis muy equivocada. —Sus palabras eran despectivas, pero no era la forma de decirlas lo que a Bella le dolía, sino la verdad que había en ellas y que le decía una y otra vez que era una completa estúpida.

Bella se alzó sin dirigirle la mirada, ni tan siquiera se molestó en responder a su última orden, sino que a pesar de que su ropa estuviera rasgada, salió de la aquella habitación cerrando suavemente la puerta detrás de sí para hacerle creer que sus palabras no le molestaban. Se fue corriendo hacia el piso inferior donde estaban las habitaciones de los criados, solo que en lugar de encerrarse en su habitación se dirigió hacia el patio trasero, donde el frío de la noche despertó por completo sus sentidos dando rienda suelta a las lágrimas que había tratado de contener todo ese tiempo.

Había jugado con ella. La había manipulado a su antojo para obtener un único fin; poseerla. ¿Cómo había podido ser tan tonta de permitírselo?, ¿Cómo había podido pensar siquiera por un segundo que él era gentil cuando la tocaba? Era evidente que fingía. Que había fingido cada caricia, cada gesto solo para que ella se entregara a él, y como una idiota había caído en sus redes.

Jamás se lo perdonaría.

Ni a él.

Ni a ella misma.

23
BELLA

Hacía frío, incluso sus rodillas podían sentir el hielo sobre la hierba traspasando la tela de gruesa lana de la falda que la cubría, pero aun así Bella era incapaz de sentir el gélido frescor de la noche. Lo único que podía percibir era el dolor en su pecho por algo hasta ahora desconocido. No podía creer que hubiera sido capaz de robarle algo tan preciado, pero aún la hacía sentirse peor no haberlo frenado. Se había jurado a sí misma que no dejaría que él la poseyera y en cambio lo había hecho. Sentía indignación, rabia y furia tanto contra él como consigo misma. Ella sabía que él era cruel y despiadado, ahora era plenamente consciente de que no tenía límites y que era realmente una Bestia atroz.

Por un instante había llegado a creer que bajo aquella sádica piel se escondía un hombre diferente. Ahora tenía claro que esa visión solo era fruto de su imaginación y que lo que escondía bajo esa piel era alguien salvaje y rudo que solo conseguía sus fines a cualquier precio, arrasando con todo a su paso.

Ajena al frío, la oscuridad y los sonidos lejanos del bosque, Bella perdió la noción del tiempo mientras su cuerpo se exponía a la fuerte helada. Aunque sus músculos se resintieran por ello, era incapaz de sentir nada que no fuera indignación de sí misma, conforme se juraba una y otra vez que saldría de allí, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. No sabía como podría enfrentar a su padre después de lo ocurrido, pero encontraría la manera de hacerlo, quizá el doctor Pierre aún mantuviera su proposición para acompañarle y así alejarse de todo y de todos tratando de olvidar aquel suceso.

Sus lágrimas cesaron, quizá porque ya no quedaban más en su interior que poder expulsar, por ello, cuando fue consciente de que pronto se alzaría el alba, se dirigió a su habitación sin sentir apenas las extremidades de su cuerpo que estaban aletargadas por el frío, pero no le importó, sino que se dejó caer sobre la cama cerrando los ojos fuertemente y deseando que nada de lo sucedido fuera real.

Si ella no hubiera sucumbido a la tentación que la Bestia provocaba en su cuerpo nada habría ocurrido y ahora no se estaría lamentando por ello. Y si no hubiera convencido a padre

para prestarle todos sus ahorros al padre de su amiga Alma con tal de ayudar a su familia, ahora tampoco lo lamentaría. Todo era culpa suya. Única y exclusivamente culpa suya.

Nadie la llamó a su habitación aquella mañana, sino que cuando se alzó confundida por encontrarse de nuevo allí, le resultaba extraño que no la hubieran despertado para servir el desayuno al señor del castillo.

Le odiaba. Lo detestaba con todas sus fuerzas y que Dios la castigara por ello, pero deseaba que algo malo le ocurriera por todo lo que le había hecho.

No pensaba salir de sus aposentos a menos que alguien llamara a ellos. Su estómago permanecía completamente cerrado y sabía que era incapaz de probar bocado. Se sentía mal, con nauseas y quizá solo era debido a que se repugnaba a sí misma por haberle entregado su virtud a una horrible Bestia que solo la había usado y tirado.

El sol brillaba desde lo más alto, era uno de esos días despejados y podía percibirse que pronto finalizaría el duro invierno. Bella notaba que algo en su cuerpo no iba bien, pero sabía cual era la causa, por lo que no le daba mayor importancia. Debía ser poco antes del almuerzo cuando el señor Charles llamó a su puerta y le ordenó ir a la cocina para ayudar a Megan.

—Buenos días, Megan —pronunció Bella sin demasiada emoción.

—Querida, ¡Estáis pálida!, ¿Os encontráis bien? —contestó rápidamente la cocinera.

—Solo estoy un poco cansada —mencionó tratando de fingir una sonrisa que no eran capaz de dibujar sus labios, pero aún así Megan no pareció darse cuenta.

—Te enviaría de nuevo a tu habitación si no fuera porque necesito una mano. El insufrible amigo del señor se ha presentado sin avisar y debo preparar una comida decente para ambos en menos de una hora —dijo en un tono de voz agitado que Bella supo interpretar. Normalmente Megan nunca parecía alterada, pero en aquel momento lo estaba.

—¿Amigo? —exclamó Bella no creyendo que la Bestia pudiera tener un amigo a menos que fuera como él. Y dos de él ya era demasiado para ese cruel mundo.

—Si querida, el señor Bonnet —mencionó como si fuera lo más normal—. Aparece por aquí cada cierto tiempo de visita y se queda unos días. Si algo bueno tiene su presencia es que el temperamento del señor es un poco más agradable durante esos días, probablemente porque frecuentan el burdel —añadió Megan haciendo que Bella agrandara sus ojos al oír aquello.

¿El burdel?, ¿Se iría a un burdel?

Aunque saber aquello no debería mortificarla y mucho menos generarle algún tipo de conmoción, era incapaz de apretar sus puños completamente enfadada. Seguramente él la había tratado como trataba a una de las mujeres que trabajaban en esos lugares y estaban acostumbradas a ello. Saber aquello solo hacía que le odiara aún más si eso era posible.

—¿Deberé servir el almuerzo? —preguntó Bella mortificada.

No quería verle y menos aún después de lo que acababa de decirle Megan. Era incapaz de enfrentarle o que le hiciera alguna referencia a lo ocurrido. Aún no lo había asimilado. Necesitaba tiempo para fortalecerse y hacer que lo sucedido no le doliera como lo hacía.

—No. Ha pedido que sea Agnès quien sirva el almuerzo, así que aprovecha para descansar.

Aunque la respuesta de Megan la sorprendió. Fue mas evidente que nunca que él ya había obtenido lo que deseaba de ella y ahora la apartaba de su lado. Ya no la deseaba, por lo que no la hostigaría y parecía ser que tampoco pensaba obligarla a servirle. Mejor así, porque él era lo último que ella deseaba ver en aquellos momentos.

Bella pasó el resto de la tarde en su alcoba. Ni tan siquiera se dignó a salir para coger algún libro de la biblioteca por si se cruzaba a la Bestia o a su invitado en el camino desde su pequeño dormitorio. A pesar de no haber probado bocado alguno por más que Megan insistiera, su estómago seguía cerrado y quizá por esa causa, al caer la tarde sintió un leve mareo, pero no le dio mayor importancia, sino que se dejó caer sobre el lecho y pasó de inmediato.

—¡Bella! —La voz tras la puerta seguida tras unos leves golpes en la madera provocaron que se alzara y la abriera—. Ágnes no se encuentra bien, así que el señor Charles me ha pedido que te avise para que vayas a servir la cena.

En ese momento Bella no supo reaccionar. No quería ir. Ella no. Que fuera cualquier otra en su lugar.

—No tengo el uniforme apropiado —informó para argumentar que no podía hacerlo.

—Te traeré uno enseguida, pero el señor de la Rose se está impacientando y todos pagaremos su temperamento como le hagamos esperar demasiado y más aún delante de su invitado.

Bella sulfuró. Le importaba muy poco el temperamento de la Bestia o lo que pudiera hacerle. Nada temía después de lo que le había quitado, pero Megan parecía impaciente y sabía que negarse sin un razonable pretexto no serviría en su caso. Con la misma vestimenta que lució por primera vez y que era un par de tallas más pequeña que la suya, entró en el salón donde había sido dispuesta la mesa para los dos comensales mientras arrastraba un pequeño carro con el estofado caliente.

Sus ojos divisaron rápidamente la cabellera oscura que permanecía de espaldas a ella y a su lado, un hombre cuyo cabello era mucho más claro y cuyo perfil parecía aparentemente apuesto sonreía.

—¡Ya era hora! —bufó la voz de la Bestia—. ¿Cuánto hay que esperar en este castillo

para que sirvan a su dueño? Tal vez sea demasiado beneplácito con vosotros y deba comenzar a impartir castigos para que aprendáis a respetar las horas.

Bella no contestó, sino que tragó fuertemente saliva y se acercó hasta ellos.

—Creo que por lo que juzgan mis ojos, bien merecida ha sido la espera querido amigo… —agregó el que deducía Bella que sería el señor Bonnet.

A pesar de esas palabras Bella no alzó el rostro a ninguno de los dos, sino que se limitó a destapar la fuente de estofado para servir la cena.

—¡Que hacéis vos aquí!, ¡Pedí explícitamente que fuera Agnès quien nos sirviera! —gritó enfurecido.

—Tranquilo querido amigo —susurró el señor Bonnet—. Te aseguro que prefiero mucho más a esta bella joven que a tu vieja doncella. —Las palabras sonaban dulces, como si bailaran en los oídos de Bella y dedujo que la estaba observando, de hecho, podía notar como los ojos de aquel hombre la recorrían a pesar de no verle.

—Agnès se encuentra indispuesta. Me han solicitado expresamente que sea yo quien os sirva la cena, mi señor —agregó sin ningún tipo de emoción.

El hecho de estar allí era algo que a ella le agradaba tan poco como a él, a juzgar por su temperamento.

Bella pudo oír como mascullaba y parecía maldecir en voz baja.

—¡Adelante pues!, ¡Servid la cena y esperemos que seáis capaz de hacerlo correctamente! —dijo como si fuera la persona más inútil del castillo.

Bella se acercó a sus platos y sirvió primero al invitado y después al propio dueño de aquel castillo. Se apartó dando un paso atrás y su curiosidad hizo que alzara la mirada para ver los rasgos del supuesto amigo de la Bestia. Se sorprendió cuando éste no dejaba de observarla. Sus ojos eran claros, parecían azules, pero no brillaban tanto, ni llamaban la atención del mismo modo que los de la Bestia. Aún así eran bellos, de hecho, tenía que admitir que era un hombre muy apuesto. Sus facciones no solo eran hermosas, sino que estaba segura de que aquel hombre podía levantar suspiros en cualquier mujer que le conociera.

—Hermosa… —mencionó en voz baja pero no pasó inadvertido para ninguno de los presentes—. Dime querido Bastián, ¿Por qué ocultabais este exquisito manjar a vuestro amigo? —agregó llamando la atención de la Bestia.

—No la ocultaba —dijo sin mirarla—. Es demasiado inútil, así que intento mantenerla apartada y con tareas que nada tengan que ver conmigo.

¿Qué la mantenía apartada por ser inútil? Hasta ayer mismo la tenía encerrada en sus aposentos sin salir de ellos, Aquel hombre no solo era un mentiroso manipulador, sino un

desgraciado sin nombre. Aún así le importó muy poco que lo dijera, ella sabía que solo había mentiras en aquellas palabras.

—Pues yo le encontraría un lugar en el que probablemente estaría más que satisfecho con su labor —agregó el señor Bonnet con una sonrisa locuaz.

—¡Servid más vino muchacha! —gritó la Bestia y Bella se acercó cogiendo la jarra para rellenar ambas copas—. Dudo que fuese hábil incluso en esa labor que mencionáis —añadió respondiendo al señor Bonnet.

—Dejadme probadla entonces y os lo diré yo mismo. ¿Cuánto queréis por ella? —dijo el señor Bonnet y Bella no podía dar crédito a que estuvieran poniendo precio a su persona.

En aquel instante cogió la copa de la Bestia en su mano izquierda y comenzó a servir el vino bajo su atenta mirada.

—¿Cuánto estáis dispuesto a pagar por una noche con ella? —exclamó y la sangre de Bella comenzó a arder por dentro provocando que explosionara.

¿De verdad estaba dispuesto a ofrecerla como una fulana?, ¿Era capaz de darle precio a su cuerpo sin su consentimiento?

En aquel momento cogió la copa y la tiró bruscamente sobre su rostro, acto seguido hizo lo mismo con la jarra para terminar de bañarlo en vino.

—¡No estoy en venta!, ¡Y menos aún determinaréis precio a mi cuerpo! —gritó fuera de sí.

El ruido de la silla arrastrándose en el suelo hizo que fuera consciente del rostro sombrío que él tenía. Ni tan siquiera se molestó en limpiarse, sino que se alzó y apresó fuertemente su brazo acercándola a él.

—Os lo habéis buscado por insolente —mencionó antes de arrastrarla junto a él y perderse por el pasillo hasta que divisó la puerta que conducía a los calabozos. En ese instante Bella supo hacia donde se dirigía y prefería mil veces pasar la noche en la celda de castigo que soportar sus insultos o que la vendiera a su mejor amigo como si fuera una furcia.

La empujó dentro de la celda y aunque no lo hizo con la misma virulencia que otras veces para caer al suelo, podía sentir su rabia creciendo dentro de ella porque volvía a castigarla sin motivo alguno. Era culpable de tirarle el vino, pero él bien se lo merecía por tratar de venderla. Simplemente sentía como odiaba a esa Bestia con toda su alma.

—Pasaréis aquí toda la noche —mencionó como si le dejara claro que no volvería a por ella.

Lo daba por hecho, sabía que no había ni una mínima parte de bondad en el corazón de aquella Bestia.

—Os arrepentiréis de esto —dijo mientras escuchaba que él cerraba con llave la puerta y se alejaba dejándola sumergida en la oscuridad y el silencio.

Desconocía cuanto tiempo había pasado o si ya hubiese amanecido, quizá solo habían pasado unas horas o toda una noche, pero solo era consciente de una cosa; hacía calor… un calor infernal que la abrasaba por dentro.

Bella no sabía si estaba despierta o no, la oscuridad a su alrededor no le dejaba ver nada, pero si sentía que aquellas ropas la oprimían y ahogaban, estiró de ellas hasta que cedieron. Sentía su cuerpo ardiendo. Se ahogaba. Notaba que algo no iba bien pero no le importaba, en aquel lugar debía hacer frío, pero ella notaba que su cuerpo quemaba. Se quedó únicamente con la fina camisa interior que poseía bajo las prendas y dejó que el fresco suelo de piedra le proporcionara el alivio que deseaba. Probablemente muriese allí abajo, sabía que el sudor de su frente se debía a la fiebre y no haber retenido alimento alguno no la ayudaba. Iba a morir sin volver a ver a su padre, a su tía, a sus primos, a todos sus seres queridos para despedirse. Y lo único que lamentaba era no haberse vengado de la Bestia y de como la había manipulado para robarle su inocencia. Cierto era también era su culpa por no detenerle, puesto que no podía culparle de forzarla, pero aún así su odio era el mismo hacia ese hombre. Si algo le daba satisfacción de aquella situación es que él lamentaría haberla encerrado allí abajo. Jamás cobraría su deuda y tras su muerte no podría reclamarla a su familia.

Quizá esa fuera su venganza después de todo.

Finalmente, sus palabras cobrarían sentido; se arrepentiría de ello.

En algún momento perdió la conciencia y se abandonó a la oscuridad plena. Podía ver imágenes de su niñez, cuando su única preocupación era ser feliz. El rostro de madre se avivó con intensidad en sus recuerdos, llevándola a vivencias del pasado cuando aún era demasiado pequeña y de los cuales había pensado que su memoria había olvidado. La sonrisa de su madre la calmaba y apaciguaba, no sabía donde se encontraba, pero una sensación de paz comenzaba a embriagarla. Sentía que flotaba en una nube, como si alguien la alzara entre unos fuertes brazos y la llevase hacia una luz brillante.

—No te vayas… quédate conmigo —La voz era lejana, apenas perceptible para ella, pero no le daba importancia, ella quería permanecer en el lugar donde se hallaba.

Ya no sentía calor, ni frío. No sentía el duro suelo de piedra en el que se había quedado dormida en aquella celda. No sentía el olor a moho, ni la oscuridad que la cernía. En el lugar donde se hallaba solo había luz por todas partes y podía correr sobre aquel pasto de hierba libremente sin necesidad de preocuparse por nada más. Libre. Al fin era libre.

¿Acaso había muerto y eso era el paraíso?, ¿Quizá por eso podía recordar el rostro de su madre que sonreía a su lado?, ¿Dónde estaba su padre?, ¿Su querida tía o sus familiares? De

algún modo sentía que aquello no era el cielo o el lugar al que tendría que ir tras morir, pero tampoco estaba segura de ello.

Inesperadamente, sintió una quemazón en su mano, una calidez extraña que no poseía en ninguna otra parte de su cuerpo. Era agradable, como si el sol la acariciara.

—Vuelve. Regresa junto a mi —escuchó de nuevo aquella voz lejana y el cielo azul que hasta ahora había sido nítido se volvió oscuro, avecinándose una tormenta sobre ella.

La oscuridad volvió a cernirse hasta que abrió lentamente sus ojos sin saber exactamente donde se hallaba. Sentía todo su cuerpo dolorido, como si hubiera sido apaleado brutalmente. El techo era blanco y cuando percibió que bajo su espalda había un colchón mullido, pensó que había regresado a casa, al hogar de su infancia y que todo había sido una horrible pesadilla. Al menos eso creyó hasta que el rostro del doctor Pierre apareció sonriente ante ella.

¿Qué hacía él allí? De pronto cobró consciencia y percibió que no estaba en la habitación en la que había crecido, sino en las estancias de la Bestia y ella yacía tumbada sobre su lecho. ¿Por qué estaba allí?, ¿Quién la había llevado hasta ahí?, ¿Lo sabría él?

—Tranquila. No os alcéis. Habéis estado mucho tiempo inconsciente y podríais marearos con cualquier mínimo esfuerzo —pronunció Pierre antes de que ella hiciera un amago por tratar de levantarse a pesar de que su cuerpo no respondía como quisiera.

¿Inconsciente?, ¿Días? Lo último que recordaba era… era… ¡A esa Bestia encerrándola en la celda de castigo!

—¿Qué hago aquí? —Trató de decir Bella, aunque percibió que su voz salía en apenas un aullido. Tenía la garganta seca, se sentía débil y aquello solo hacía que su vulnerabilidad creciera.

Si no fuera porque Pierre estaba allí, sentía una necesidad imperiosa de llorar ante aquella impotencia.

—Si os referís a esta habitación, lo desconozco, pero hasta donde sé trabajabais aquí —respondió en un tono alegre—. Me alegro de que la fiebre al fin haya remitido, lleváis diez días inconsciente, verdaderamente creí que no sobreviviríais.

¿Diez días?, ¿Habían pasado diez días desde aquello? Se preguntó cuanto habrían tardado en encontrarla en ese estado, probablemente la Bestia la habría dejado a su suerte durante al menos un par de ellos. Incluso no se explicaba como había hecho llamar a un médico para atenderla, a pesar del coste que ello suponía.

La puerta se abrió de golpe y Bella contuvo el aliento al ver la portentosa figura de la Bestia atravesando la puerta frente a ella. En ese momento sus ojos verdes se clavaron en los suyos sorpresivos, como si no hubiera esperado encontrarla despierta.

—¿Cuándo ha despertado? —exigió repentinamente sin dejar de mirarla.

—Hace solo un instante —contestó Pierre levantándose de la butaca y dirigiéndose hacia él—. Está fuera de peligro, solo necesita descansar unos días más para poder recuperarse.

—Por supuesto —afirmó la Bestia alzando el rostro hacia el médico—. Me aseguraré de que así sea.

¿Asegurarse?, ¿Ese bruto sin cerebro se aseguraría de que ella descansara sin ser productiva? Dudaba que sintiera una ínfima parte de culpabilidad por lo sucedido, así que, en su fuero interno Bella pensó que solo trataba de asegurarse de que en el futuro le siguiera siendo útil para pagar su deuda, una deuda que seguro habría incrementado por el coste médico.

—Bajaré a pedir que le suban caldo caliente y una infusión de hierbas —mencionó Pierre antes de perderse tras la puerta y dejarla a solas con esa horrible Bestia.

Ciertamente él era la última persona que deseaba ver. Y si no fuera porque su cuerpo no respondía a sus órdenes, se iría de allí por su propio pie.

Apartó la mirada de la puerta, pero pudo escuchar el sonido mientras se cerraba y los pasos del que supuso sería el dueño de la habitación en la que se hallaba acercándose a ella.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó en un tono mucho más afable del que recordaba la última vez que lo había visto.

¿Qué le importaba a él como se encontraba? Desde luego no pensaba satisfacerle y decirle lo que esperaba.

—Como si eso os importara —contestó enfadada—. ¿Por qué estoy aquí?, ¿Qué hago aquí? —exclamó con la poca fuerza que tenía y giró su rostro para ver que él se había acercado bastante, más de lo que deseaba.

En ese momento ella observó como él se acercaba inclinándose a su lado, acercando su rostro al suyo sin dejar de mirarla. Provocando que sus ojos se perdieran en el color verde que destellaban.

—Porque no podía dejaros morir…

24
BESTIA

No podía dejarla morir. Ni sabía la razón del porqué no podía hacerlo. Tampoco quería preguntárselo a sí mismo, pero encontrarla en aquel estado había provocado algo extraño en él. Un sentimiento desconocido hasta ahora que le ahogaba por dentro.

Había decidido apartarla de su lado desde el mismo momento en que se había dado cuenta que ella era pura, que era virgen y que le atraía más de lo que creía en un inicio. Por esa misma razón la había evitado, hasta que apareció frente a su amigo Dean Bonnet.

Conocía a Bonnet y sabía que ella le atraería, habría que ser absolutamente ciego para no ver la belleza que ella despertaba en los hombres, más aún en la de su mujeriego amigo.

Consciente o inconsciente, quería alejarla de él y quizá por esa misma razón la provocó, sabiendo que ella diría o haría cualquier cosa porque conocía su temperamento. Quizá por eso mismo había determinado que encerrarla bajo llave en la celda de castigo era una buena idea. Dean jamás podría tocarla estando allí.

No sabía describir si aquello era posesividad o porqué razón la imagen de verla en manos de otro hombre le inquietaba de esa forma. Había llegado a convencerse de que solo era porque ella le pertenecía, pero en el fondo no deseaba descubrir la causa, por eso mismo la alejaba de él, porque temía descubrirla.

Conforme su amigo vaciaba el vino mientras hablaba de hacer una visita al burdel, sentía por primera vez en toda su existencia cierta inquietud por haber dejado en aquella celda oscura a Mirabella. Nunca la llamaba por su nombre salvo en sus pensamientos y aún así se recriminaba hacerlo. Por esa misma razón, rellenaba la copa de su amigo cada vez que éste bebía impaciente para que de esa forma le venciera el sueño y desistiera en su empeño. En más de una ocasión Dean hizo referencia a su joven sirvienta, pero él esquivo cada una de sus demandas restándole importancia. Si algo tenía claro es que no pensaba dejar que se acercara a ella.

Casi cinco horas más tarde, Bonnet se desplomó sobre el sillón borracho y cayó en un profundo sueño, así que lo llevó hasta una de las habitaciones de invitados, la que siempre solía frecuentar cuando le visitaba a pesar de que pasara solamente una o dos noches en el castillo y

aunque estaba decidido ir a su habitación, esa inquietud que sentía en su interior le impidió hacerlo, por alguna circunstancia que se escapaba a su control, necesitaba asegurarse de que ella estuviera bien. Sabía que había alguna vieja manta en aquella celda, pero aún así era bastante fría y húmeda. No sabía porque debía sentir ese resquemor hacia aquella doncella a la que no le debía nada, tal vez saber que le había robado la inocencia influía en sus pensamientos, pero el castigo impartido era más que merecido a pesar de haberla provocado para que lo hiciera. Antes de pensar siquiera en lo que estaba haciendo, sus pies bajaban las escaleras que conducían a los calabozos.

Existía un absoluto y desconcertante silencio en aquel lugar únicamente iluminado por la antorcha que llevaba en la mano, solo se oían sus pasos conforme caminaba hacia el fondo del pasillo y en cuanto llegó frente a la celda la poca luz apenas iluminaba su interior, así que abrió el candado y entró.

Estaba preparado para insultos. Podía estar más que dispuesto a confrontarla por su enfado, pero no había esperado encontrarla en aquel estado y al verla despojada de sus ropas, delirante y con todo su cuerpo cubierto de una capa de sudor, sabía que ardía en fiebre sin necesidad de tocarla.

Supo en aquel instante que él era el único culpable de que ella estuviera en ese estado y también supo en ese preciso momento que no quería, ni podía, ni debía perderla. No sabía porqué, tal vez porque necesitaba volver a ver ese carácter vibrante o porque había sido la única mujer que lo había enfrentado, pero no podía permitir que muriera.

Sin pensar en lo que hacía, la cogió entre sus brazos y la llevó hasta la única habitación en la que sabía que estaría a salvo; la suya.

Despertó a la cocinera para que preparara algún remedio que bajara la fiebre y al señor Charles, enviándolo directamente a buscar a ese médico que tiempo atrás le había atendido a él personalmente. Ninguno de los dos le preguntó porqué se tomaba tantas molestias con una simple criada, pero él no tenía que dar explicaciones de sus acciones a ninguno de sus empleados.

Los días comenzaron a transcurrir lentamente, al igual que la esperanza de que ella viviera se desvanecía ante sus ojos, aún más cuando aquel insolente médico llegó advirtiendo que su estado era muy grave y dudaba que pudiera sobrevivir después de tres días con una fiebre delirante.

—Ella no va a morir —determinó sin apartarse de su lado—. No puede morir —aseguró al médico sin dejar de observarla.

Su tez estaba más blanquecina de lo habitual, pero sus largas pestañas al igual que sus labios carnosos seguían provocando que su belleza fuera inaudita. Tenía que reconocer que era

hermosa, demasiado hermosa y que por eso le atraía más que cualquier otra mujer, pero había sido su carácter lo que había llamado su atención y la naturalidad con la que le respondía a pesar de saber que siempre había jugado un papel, salvo que ahora tenía serias deudas sobre quien era ella realmente y hasta que punto cada una de sus afirmaciones habían sido ciertas o no.

Debía descubrirlo y por eso mismo ella no podía marcharse. Por esa razón ella debía regresar con junto a él y no podía permitir que muriese.

BELLA

Bella no había esperado esa respuesta, tal vez porque lo único que creía que podrían salir de los labios de aquella Bestia eran palabras de odio o repulsión hacia ella.

¿Por qué no podía dejarla morir? Sin duda se estaba refiriendo a su deuda, como no. La única razón era seguir humillándola, castigándola, riéndose de su ingenuidad y recordarle cada día de su existencia lo increíblemente tonta que había sido por entregarse a él. ¿Quería que ella viviera por el dinero que había invertido en su persona o porque realmente disfrutaba haciéndola sufrir? Probablemente aquel hombre tuviera demasiadas riquezas para asumir una pérdida, sin duda alguna sería más bien la segunda opción.

—Imagino que no os sirvo muerta, pero fuisteis vos quien provocó que casi lo estuviera —agudizó Bella con odio, adelantándose a que pudiera culparla de su propia situación.

Si creía que se volvería más dócil porque la hubiera instalado en sus aposentos personales, estaba muy equivocado. Estaba segura y con toda probabilidad de que si estaba allí era por recomendación médica, aquella Bestia cruel jamás miraría el bienestar de ella o de cualquier persona en ese castillo que no fuera él mismo.

¿Cómo pudo pensar en algún momento que él pudiera ser cálido?, ¿Cómo pudo dejarse engañar por sus caricias creyendo que podría ser capaz de sentir? Era evidente que solo se mintió a sí misma tratando de anhelar aquello cuando la realidad era muy distinta.

—¡No debíais estar allí! —exclamó mientras fruncía el ceño y Bella podía observar que mantenía sus puños apretados.

¿Tal vez pensaba culparla también de que la obligaran a ir cuando ella no lo deseaba?

—No estaré ni un solo segundo más en estos aposentos para que también me culpéis más tarde de ello —sentenció Bella sin admitir que en realidad lo que no soportaba era su insólita presencia.

No podía verle. No quería tener que soportar su arrogancia impuesta y menos aún, que la hiciera sentir culpable constantemente cuando ella tenía suficiente con asumir la suya propia por dejarse arrastrar por sus encantos para seducirla. Ni siquiera era capaz de asumir que se hubiera entregado a un ser tan mezquino que jamás la había tratado con delicadeza.

En el momento que trató de incorporarse tratando de quitarse la espesa y pesada manta

que la cubría, percibió que él se lo impedía.

—No os marcharéis de aquí. No iréis a ningún lado —decretó sin ejercer fuerza, aunque tampoco era necesario ya que ella misma notaba su propia debilidad y se maldecía por ello.

—Me asignaron mis propios aposentos, prefiero estar en ellos antes que aquí —declaró no importándole en absoluto si pecaba de orgullo, lo que fuera con tal de alejarse de él.

—Os quedaréis aquí, en mi lecho —agregó y sus últimas palabras fueron en un tono mucho más suave.

No parecía una orden, aunque desde luego lo era.

—¿Es una orden? —preguntó sin molestarse en mirarle.

—No, pero lo será si insistís en regresar a vuestra habitación. Al menos hasta que os recuperéis completamente.

Bella dudó un instante, pero sabía que él siempre jugaba con ella, que al final la manipularía para volver sus actos en contra de su persona.

—No os daré la satisfacción de que me culpéis de ello más tarde. Estaré perfectamente en mi propio lecho —insistió apretando los dientes con evidente signo de rencor hacia él.

Bella sintió como sus dedos atrapaban su rostro y la forzaba a mirarle, a pesar de que no deseaba hacerlo no tuvo más remedio que ver esos ojos verdes conforme la escrutaban.

—Os doy mi palabra de que jamás lo haré —sentenció con contundencia y una expresión de absoluto desconcierto la abrumó por completo.

¿Su palabra?, ¿Le daba su palabra? Antes de que pudiera asimilar aquella afirmación golpearon a la puerta y seguidamente vio la silueta de Megan con una bandeja entre sus manos.

El se había apartado de ella rápidamente, aunque aún permanecía cerca de ella, pero en cuanto Megan saludó, el señor del castillo masculló algo incomprensible y se marchó dejándolas a solas.

—¿He interrumpido algo? —preguntó Megan confusa.

—¿Qué?, ¡No! Por supuesto que no —concretó rápidamente no sabiendo que acababa de suceder antes de que ella viniera.

—¡Ay muchachita!, ¡Nos has tenido a todos en vilo! Cuando el doctor me dijo que ya habías despertado quise venir yo misma para comprobarlo porque necesitaba verte con mis propios ojos.

Bella sonrió parcialmente mientras veía como la cocinera dejaba la bandeja sobre la mesilla que había a su lado y se sentaba cerca de ella con la intención de darle aquel apetitoso caldo.

—Solo estoy algo aturdida, un poco cansada, pero estoy bien, aunque hubiera preferido

por un momento morir solo para que el señor del castillo fuera consciente de sus severos castigos —agregó sin especificar que su resentimiento provenía más allá del hecho de encerrarla en aquella celda sin ningún miramiento.

—¡No digáis eso! —exclamó estupefacta—. Sois joven y bonita, tenéis toda la vida por delante.

¿Toda la vida?, ¿Qué clase de vida? Ella esperaba que padre se recuperase y saldara su deuda, pero tenía que admitir que aún quedaban años para que aquello sucediera.

—No son unos dones que aquí puedan servirme —contestó sin admitir o rebatir su afirmación.

—Además, creo que él se ha sentido culpable de ello —dijo con una voz diferente, como si en realidad Megan estuviera hablando consigo misma—. Al principio cuando te encontró, estuvo como un loco dando órdenes, gritando sin parar, parecía verdaderamente desesperado y fuera de sí, incluso a todos nos extraño que te instalara en sus propios aposentos y él decidiera irse a la habitación contigua que antaño fue de su propia madre, pero nadie comentó nada. Después, cuando al fin llegó el médico que el señor Charles trajo por petición suya, la casa se inundó de un sepulcral silencio. Ni siquiera salía a cabalgar como lo hace cada mañana o tomaba su almuerzo y cena en el gran salón, sino que pedía hacerlo en su habitación. Agnès dice que le encontraba cada mañana sentado en ese sillón junto a esta cama, al parecer relevaba él mismo al doctor durante la noche para vigilarte. ¿Qué clase de señor hace eso por uno de sus sirvientes? La única explicación es que debía sentirse culpable por ello.

Bella enmudeció. ¿La vigilaba durante la noche?, ¿Se quedaba despierto observándola? Ni siquiera sabía si deseaba retener o no esa información en su memoria.

—No creo que sea culpabilidad —decretó Bella no creyendo nada de aquello, después de todo lo que él le había hecho, lo que menos sentía esa Bestia era un resquicio de culpa sobre sus actos hacia ella—. Solo trata de asegurarse de que su deuda sea saldada —afirmó contundente.

Tal vez la Bella de tan solo unos días atrás hubiera querido creer que existía una pizca de bondad en el corazón de esa Bestia, pero ahora sabía que no era así, que aquel hombre sería incapaz de sentir nada.

25
BELLA

Conforme pasaban los días, Bella sentía que recuperaba la voluntad de su cuerpo, unido a la fuerza de sus músculos para ser capaz de dar leves paseos por la habitación. También era cierto que, aunque hubiera deseado esforzarse un poco más, ni Àgnes, ni Megan que la atendían personalmente para ayudarla a asearse o llevarle la comida le permitían ningún esfuerzo. Sorprendentemente el doctor Pierre había seguido alojándose en el castillo durante varios días hasta asegurarse que no corría ningún peligro, le extrañaba teniendo en cuenta que en su anterior visita apenas había pasado unas horas para atender al propio dueño del mismo, pero pensó que tal vez su ligera amistad le había hecho permanecer más tiempo de la cuenta. Aún así, no habían podido hablar a solas ya que cada vez que la visitaba, cierta Bestia estaba presente en la alcoba.

Desde el mismo día que Pierre se había despedido esperando volver a encontrarla en mejores circunstancias, no había vuelto a ver esos ojos verdes escudriñándola con ansia. Bella quería pensar que era lo mejor y dado que ya se encontraba recuperada, podría abandonar al fin aquellas insufribles estancias que le recordaban cada momento del día a su dueño para volver a las suyas propias y de paso a sus quehaceres.

—No seáis terca y volved a la cama —decretó Megan en un vago intento porque no saliera de aquella alcoba.

—Vos misma sabéis que estoy bien y que puedo volver incluso por mi propio pie a mi habitación —insistió Bella.

¿Cómo admitir que detestaba estar allí cuando cualquiera en su sano juicio querría estar en la habitación más cómoda y la cama más mullida del castillo? Decir que le repugnaba la idea de vivir cada momento en el mismo lugar donde él la había tomado no era algo que pudiera afirmar en voz alta. Esa presión que sentía cada día y cada noche la quemaba por dentro porque era revivir constantemente su propio error y su absoluta falta de conciencia.

—Y ambas sabemos que aquí os recuperáis mucho mejor que en esa pequeña habitación fría y oscura con una cama dura —contradijo la amable cocinera a la que cada día Bella tenía

más cariño recordándole a su tía.

—Megan, quiero irme de aquí. No quiero darle más motivos a esa Bestia para que me castigue en la primera oportunidad que tenga —insistió pensando que de ese modo ella aceptaría.

—No puedo —negó tajantemente—. Aunque quisiera hacerlo mi querida Bella no puedo dejar que abandonéis esta alcoba. El señor nos ha ordenado que debéis permanecer aquí.

¿Ordenado?, ¿Qué él había ordenado su permanencia en esa alcoba?, ¿A santo de qué?, ¿Por qué?, ¿Quizá era un nuevo juego perverso que ella aún no había descubierto?, ¿Tal vez tenía pensado alguna forma retorcida de hacérselo pagar más tarde? Le daba igual sus órdenes, no pensaba quedarse en esa alcoba otra noche.

—¿Ordenado?, ¿Os lo ha ordenado? —preguntó intentando sacar más información.

—Si. Nos dijo personalmente tanto a Agnès como a mi que debíais permanecer en esta alcoba hasta que él dijera lo contrario. Además, debemos informar diariamente al señor Charles de vuestra evolución.

Esta última afirmación no le sorprendía, pues no era de extrañar que estuviera esperando el momento para que retomase su actividad como empleada del castillo y dejase de holgazanear.

—¡Pues decidle que ya estoy completamente recuperada! —exclamó Bella contrariada.

Prefería volver a fregar suelos aunque sus rodillas se lastimaran, que pasar más tiempo allí encerrada abrumada por las imágenes que corrompían su alma.

—En unos días lo estaréis, ahora no seáis insensata y aprovechad este tiempo para descansar.

Bella se resignó, pues sabía que insistir en aquel menester no le llevaría a ningún lugar. Era completamente normal que Megan actuara y pensara de ese modo sin saber las verdaderas razones por las que ella deseaba abandonar ese lugar y que la inquietaban al mismo tiempo que consumían su interior.

En cuanto la dejó a solas tras tomar su cena, esperó durante una hora junto al fuego, con el único sonido del crepitar de la madera vieja volviéndose cenizas. Durante toda su convalecencia en aquella alcoba, no habían cerrado la puerta con llave en ningún momento, y si no hubiese sido porque no se sentía lo suficientemente fuerte, habría abandonado aquella estancia mucho antes de aquel momento. Recorrió los pasillos desolados y en penumbra hasta llegar a la gran escalinata y finalmente se coló sin ser vista por el pasillo que llevaba a las habitaciones de los empleados. En cuanto cerró la puerta de su vieja habitación pudo notar dos cosas; que estaba increíblemente desolada y que era mucho más fría de lo que recordaba. A pesar de eso no le importó, sino que se introdujo bajo las viejas mantas algo roídas y por primera vez en días pudo pensar en otra cosa que no fuera su propio lamento interior.

El sonido de varias voces lejanas la desvelaron, y pronto comenzó a escucharse fuertes golpes que no sabía exactamente de donde provenían, hasta que finalmente la puerta de su habitación se abrió estrepitosamente y el chillido de Agnès terminó de despertarla.

—¡Está aquí mi señor! —gritó hacia el pasillo y los fuertes pasos se pudieron apreciar antes de que la enorme figura se adentrara en su pequeña alcoba.

Bella no habló, tampoco sabía que decir ni si todo aquel alboroto que había escuchado era porque habría pensado que se habría fugado del castillo.

—Dejadnos a solas —mencionó en un tono tosco aquella Bestia iluminada únicamente por la luz del candil que portaba en su mano y las leves luces del alba que comenzaban a filtrarse por su pequeña ventana. Bella observó como Agnès se marchaba sin antes dirigirle una leve mirada de negación conforme movía su cabeza. ¿Tal vez la culpaba por haberle desobedecido sin justificación? Le daba igual. Tenía sus propios motivos—. No deberíais estar aquí. Volved ahora mismo a mis aposentos.

De algún modo, ese momento pareció un recuerdo de semanas atrás, donde él la tenía prisionera en su alcoba bajo llave y ahora tenía más claro que no pensaba ceder ante su chantaje.

—Vos lo habéis dicho, son sus aposentos y no los míos. Este es el lugar que me asignasteis cuando llegué y aquí me quedaré —contestó tajante.

—Aún no estáis recuperada, ¿Es que queréis enfermar otra vez?, ¡Regresad ahora mismo! —dictaminó con cierto énfasis.

—Dudo que os preocupe mi bienestar, señor. En todo caso os confirmo que estoy recuperada, así que me encontraré perfectamente en mis aposentos.

En ese momento Bella oyó una maldición y pudo apreciar como él se daba la vuelta para no mirarla. ¿De verdad había ganado aquella pequeña batalla?, ¿La dejaría realmente en paz?

—Está bien —dijo finalmente—. Será como vos queráis.

Antes de que pudiera responder, observó como abandonó su habitación y casi no pudo creer que de verdad no le hubiera impuesto u ordenado regresar solo por la simplicidad de ser él quien tuviera la última palabra. Con una leve sonrisa en los labios de absoluta seguridad en sí misma, volvió a recuperar el sueño y se desveló cuando estaba bien entrada la mañana.

Durante aquel día, Bella comprobó que estaba algo más cansada de lo que creía, pero aún así tomó su desayuno en la cocina como hacía antaño y preguntó al señor Charles que tarea debía desempeñar ahora que estaba recuperada. Para su asombro, éste le dijo que solo tenía permitido encargarse de ordenar la biblioteca.

Sonriente Bella pensó como tiempo atrás que, si la Bestia esperaba infundirle un castigo con aquella misión, para ella resultaba todo lo contrario. A pesar de las circunstancias y de estar

presa en aquel enorme castillo, por fin tras varios días sintió un poco de paz interior y pudo gozar de la pequeña libertad que le aportaban aquellos libros, así que cuando terminó el día y se retiró a su alcoba, no había esperado encontrarse con aquella habitación desmantelada y completamente vacía.

En primera instancia pensó que se había equivocado, pero después se cercioró de que no era así, aquella era la habitación donde había dormido la noche anterior, ¿Dónde estaba la cama?, ¿Y el baúl?, ¡Ni tan siquiera había puerta!, ¿Es que esperaba que durmiera en el suelo? Con paso decidido se dirigió hacia el despacho del señor Charles y aporreó vehemente la puerta.

—¡Adelante! —escuchó justo antes de que Bella entrara completamente enfurecida.

—¿Dónde están mis cosas? —gritó antes de calmarse.

—Le puedo asegurar que están a buen recaudo —afirmó el señor Charles con calma.

A Bella se le había agotado la paciencia así que se colocó los brazos en jarras antes de fruncir el ceño.

—¿Qué es lo que pretende ahora su señor por negarme a dormir en su lecho?, ¿Qué duerma en el suelo? ¡Lo haré con tal de no volver a sus aposentos! —afirmó contundente.

—Calmaos Bella. No volveréis a los aposentos del señor del castillo. Se os asignará una habitación de invitados y seréis libre de elegir la que más os guste.

¿Libre de elegir la que mas le gustara?, ¿Asignarle una habitación de invitados?, ¿Qué clase de broma pesada era aquella? Era una doncella, una simple y vulgar doncella del castillo que había adquirido la misma deuda que el resto de sus sirvientes. ¿Por qué iban a asignarle una habitación como a un huésped del castillo que hubiera sido invitado? No tenía ningún sentido, por más que tratara de buscarlo, no lo encontraba.

—Sirvo en el castillo señor Charles. Mi lugar está entre la servidumbre, no en la zona de huéspedes como si fuera una invitada —decretó de lo más seria porque intentaba encontrar las dobles intenciones a dicha propuesta.

—Dadas las especiales circunstancias en la que os habéis hallado los últimos días, se os ha concedido ese privilegio para que vuestra mejoría sea mucho más rápida. De ese modo, tanto vos como el señor del castillo seréis beneficiados —contestó el señor Charles sin mirarla.

Bella podía apreciar que eludía el contacto con sus ojos y desconocía la razón cuando siempre se había dirigido hacia ella de forma directa.

—No entiendo que beneficio podría sacar su señor teniendo alojada en una de sus habitaciones de huéspedes a una criada.

Ya le había mencionado que se encontraba completamente recuperada. No existía razón alguna para darle algún privilegio que la hiciera destacar sobre el resto. Es más, ni tan siquiera la

vieja Agnès que se había encontrado enferma varios días, fue trasladada de su pequeña habitación como sirvienta.

—Desconozco las intenciones del señor de la Rose para decretar la orden, pero estoy seguro de que ha sido para vuestra pronta recuperación —contestó Charles algo agitado.

—Ya estoy recuperada —afirmó con ímpetu Bella a pesar de que no era del todo cierto, aún se sentía demasiado fatigada y cansada.

Lo que menos deseaba en esos momentos era someterse a los inoportunos cambios de humor del señor del castillo y mucho menos a que volviera a jugar con ella como lo hizo, humillándola de nuevo. Tal vez él tuviera el poder en aquel lugar y ella se debiera a él, pero eso no significaba que pudiera hacer lo que quisiera con su persona.

—El señor de la Rose no opina lo mismo, por lo tanto, acatarás sus órdenes. —Antes de que Bella pudiera contradecir de nuevo, observó como éste se alzó de la silla que lo ocultaba tras su mesa de escritorio y caminó hacia ella—. Os ruego encarecidamente que no os opongáis y lo toméis como un gesto afable de vuestro señor.

El tono de voz que empleaba el señor Charles era demasiado agradable, como si quisiera convencerla porque quizá él asumiría las consecuencias de su negación. ¿Tal vez fuera así?, ¿Quizá sufriría el castigo aquel hombre que le servía si ella decidía ser obstinada? Ciertamente si ese era el caso tenía sus razones para tratar de que entrara en razón. ¿Qué podría pasar si aceptaba aquel privilegio por encima del resto de sirvientes?, ¿Qué pensarían de ella si lo hacía? Probablemente ya correrían habladurías por haber permanecido durante días en la propia alcoba del señor del castillo, con más razón había insistido en abandonarla y volver a sus propios aposentos, pero ahora, aceptando aquella propuesta que más bien era una orden, no solo se sometía a él, sino que más de un miembro que habitaba el lugar pensaría que ella era su amante.

«Nada más lejos de la realidad» Jamás sería su amante, antes renunciaría a su propia vida que someterse a ese ser cruel sin escrúpulos.

Solo albergaba dos opciones; dormir en un frío suelo sin protección alguna o aceptar las comodidades de un lecho blandito y un fuego que caldearía la estancia para no pasar frío. Analizando de ese modo la situación, estaba claro que la Bestia no le había dejado más opción que la de aceptar su propuesta y ahora se preguntaba si lo había hecho solo para ganar la pequeña discusión que habían tenido durante el alba.

—Aceptaré —dijo finalmente apretando los puños ante la rabia por tener que ceder ante él—. No me importa el tamaño o el estado de la alcoba, pero elegiré la que esté lo más lejos posible de vuestro señor.

—Como vos digáis —sonrió el señor Charles conforme le colocaba una mano en la espalda para guiarla hacia sus nuevos aposentos a partir de ahora.

Mientras Bella observaba como llevaban sus cosas y prendían el fuego de la chimenea para caldear la fría estancia, pudo observar que era bonita y agradable. Tenía antiguos tapices, muebles de madera tallados a mano y aunque podía apreciarse que el cuidado no era tan pulcro como el de la propia habitación del señor del castillo, estaba bien conservada. En el momento que se dejó caer sobre el mullido colchón infinitamente más cómodo que el de su habitación, se preguntó en qué clase de juego pretendía involucrarla ahora aquella Bestia. Sabía que nada de aquello era simplemente por culpabilidad o buena intención, más bien lo asumía como parte de una estrategia a la que aún no le había encontrado la finalidad, pero seguramente pronto lo haría y por más que quisiera estar alerta y preparada, aún le temía.

Sabía que él no cesaría hasta llegar a su cometido, ya lo había hecho al poseerla y decirle abiertamente que aquello era lo único que había deseado de ella. Así que, sin lugar a duda, no pensaba volver a ceder ante él, ni siquiera iba a dejar que volviera a acercarse a ella de ese modo. No. Había aprendido la lección con ese hombre y sabía que ninguna intención que proviniera por su parte, podría ser buena o afable.

Nada más despertar, Bella pudo observar que había mucha más luz atravesando la ventana de su nueva habitación de la que estaba acostumbrada. Eso le agradó porque le recordaba a su viejo hogar donde había llevado una vida feliz junto a padre, una felicidad que distaba mucho del sentimiento en el que se hallaba ahora. Su obstinación solo la llevaba a creer que tarde o temprano saldría de aquel lugar y olvidaría lo sucedido para siempre. Desde la alcoba, podían apreciarse los jardines que rodeaban el castillo y al fondo la entrada principal que cercaba las murallas. Conforme bajaba las escaleras y se dirigía a las cocinas, se cruzó con algún sirviente que la observaba disimuladamente para apartar la mirada en cuanto ella se daba cuenta de que lo hacían. Hubiera creído que eran imaginaciones suyas, hasta que al entrar en la cocina notó que todos se callaban al verla para después hablar en susurros sin que ella pudiera apreciarlo.

—¿Ocurre algo? —preguntó a Megan ya que tenía bastante confianza con ella para que pudiera decirle que era lo que sucedía.

—No debéis preocuparos, solo son rumores infundados —dijo apartándose de ella, pero sin observarla.

—¿Qué rumores? —susurró Bella sin comprenderlo.

Megan se mordió el labio y miró hacia la mesa. Estaban algo apartadas, pero aún así parecía que temía el hecho de que pudieran escucharla.

—Creen que os habéis ganado el favor del señor del castillo —admitió en un tono de voz tan bajo que a Bella le costó apreciarlo.

¿Favor?, ¿Qué clase de favor? Si creía que tenía su aprecio estaba muy lejos de ser así,

más bien pensaría que era todo lo contrario.

—Si me desprecia, ¿Qué favor iba a tener cuando me encerró en una celda? —gimió no dando crédito a lo que oía.

—Sois una muchacha hermosa, Bella. No sería descabellado pensar que el señor se haya encaprichado de vos y os reclame en su alcoba, pero al concederos una habitación de huéspedes, corren rumores de que os habéis ganado también su favor a través del lecho —afirmó de forma sincera y Bella lo agradeció, aunque saberlo la enfureciese.

—¡Eso es absurdo! —exclamó airada y acaparando las miradas de más de un miembro del personal.

—¿Vosotros qué miráis? —gritó Megan—. ¡Vamos!, ¡Largo de mi cocina que hay mucho que hacer en el castillo! —insistió para que se marcharan y en cuanto el último miembro se fue, la propia cocinera cerró la puerta para asegurarse de que no la oyeran.

—Ni soy, ni seré su sierva en el lecho —rugió con furia.

—Nunca he comprendido los actos de su señoría, aunque tampoco hubiera servido de nada entenderlos, pero sé que si quisiera teneros no tendría porqué concederos privilegios —mencionó Megan algo conmocionada—, por alguna razón siempre se ha comportado de un modo diferente con vos, como si no fuera capaz de controlar su propio temperamento y creo que él mismo se ha dado cuenta de ello.

Bella entrecerró los ojos, ¿Qué quería decir con aquello?

—No os entiendo —admitió—. ¿Queréis decir que yo provoco su crueldad y brutalidad?, ¿Acaso soy culpable de que me infringiera esos viles castigos?

—¡Por supuesto que no! —susurró Megan—. Ninguno de nosotros sabe porqué es así, pero creo que habéis despertado algo en él que ni el mismo sabía que existía.

Bella sentía como si le estuvieran hablando en clave y tuviera que descifrar las palabras. ¿Qué podría ella despertar en la Bestia?, ¿Mas furia?, ¿Más maldad? Dudaba que pudiera hacerlo, probablemente solo había encontrado la víctima perfecta para sus crueles y perversos castigos.

Había sido demasiado inocente, infinitamente crédula y sobre todo absolutamente ingenua por albergar una mínima esperanza de que ese hombre tuviera una pizca de alma en su interior.

—Lo único que ese hombre tiene en su interior es oscuridad —aclaró Bella dando por finalizada aquella conversación.

Casi era media tarde, cuando alguien la irrumpió en la biblioteca. Podía oír perfectamente los pasos por las dimensiones enormes que albergaba aquella sala repleta de libros que ella

adoraba. Por un instante, temió que pudiera tratarse de la figura que más temía encontrarse, pero respiró tranquilamente cuando se asomó su cabeza por la barandilla de la planta superior y vio que se trataba del señor Charles que parecía buscarla.

—¡Al fin os encuentro, Mirabella! —oyó su voz como si estuviera realmente contento de verla.

—No me he movido de aquí en todo el día, señor Charles —afirmó Bella con una vaga sonrisa—. ¿Me buscabais? —preguntó a pesar de que era evidente que lo hacía.

El señor Charles se agudizó la garganta brevemente antes de alzar de nuevo la voz.

—El señor de la Rose me envía para comunicaros su deseo de que le acompañéis esta noche en la cena —mencionó y Bella observó que parecía complacido.

—¿Debo servirle? —preguntó sin saber del todo si había entendido bien sus palabras.

—No —negó—. Desea que seáis su invitada a la mesa.

Recordaba perfectamente el desenlace de la última vez que cenó junto a ese desgraciado y no pensaba repetir la escena.

—Os agradezco la invitación señor Charles, pero podéis decirle al señor de la Rose que me siento en la obligación de declinarla. Como bien ha decretado él, no estoy lo suficientemente recuperada —contestó antes de apartar la vista para fijarse de nuevo en el libro que llevaba en las manos.

—¿Ese es vuestro mensaje? —exclamó aturdido como si no comprendiera tal rechazo.

—Así es —respondió Bella sin ninguna emoción.

26
BELLA

Si Bella había creído que de ese modo se habría terminado aquella inesperada invitación para cenar con el señor del castillo siendo más astuta que él, estaba realmente equivocada. Cada día, durante las siguientes jornadas que pasaba recluida en la biblioteca con la única excusa de no ver precisamente a la Bestia, el señor Charles se acercaba hasta la enorme sala y le hacía la misma pregunta que ella declinaba amablemente, pensando que se cansaría o desistiría, hasta que llego el séptimo día.

—Si venís a realizar la misma pregunta, señor Charles, os advierto que ya conocéis mi respuesta, le podéis decir a vuestro señor que la situación no ha cambiado.

—En realidad, venía a comunicaros que el señor de la Rose os ordena cenar junto a él en el gran salón —contradijo con aplomo el buen hombre que parecía algo hostigado.

¿Una orden?, ¿De verdad tenía la desfachatez de obligarla a cenar junto a él por declinar su invitación en varias ocasiones? En esos momentos su paciencia estaba al borde del límite.

—¿Decís que el señor del castillo me ordena cenar en el gran salón junto a él?, ¿Qué no puedo declinar su invitación? —exclamó airada y con cierto enfado apreciable en su voz.

Sin duda y a pesar de la distancia, Bella podía notar cierto nerviosismo en aquel hombre.

—Así es —contestó finalmente—. Solo se trata de una cena, probablemente el señor querría…

—No iré —irrumpió Bella sin dejar que terminase de hablar—. Le podéis decir a vuestro señor, que el único modo en que estaré a su lado en ese gran salón será porque me ordene servir su cena como su doncella, algo que dejó muy claro desde el primer momento en que llegué al castillo. Si lo que desea es compañía, que la busque en otro lugar, en mi no la va a encontrar.

El sonoro ruido que hizo dejando caer uno de los libros de los estantes al suelo dado su estado de nerviosismo, decretó que había dado por finalizada aquella conversación.

—Despertaréis su cólera, Mirabella —escuchó Bella en un murmullo.

—Dudo que alguna vez estuviera dormida —mencionó tratando de concentrarse en lo

que estaba haciendo para no perder el hilo de lo que ya llevaba avanzado.

Solo unos segundos después oyó la puerta de la biblioteca y dejo escapar el aire que contenía. Realmente no le ponía nerviosa el señor Charles, sino el hombre que había detrás de las razones por la que acudía a ella. ¿Es que no podía dejarla tranquila?, ¿No podía continuar como si ella no existiera? No comprendía el fundamento de su insistencia en compartir aquella cena, pero tampoco deseaba conocerlo. No quería saber nada de él y mucho menos de las pretensiones que tuviera hacia ella. Había pasado la semana más apacible y serena desde que había llegado a ese lugar encerrada en aquella enorme biblioteca rodeada libros y ahora debía regresar la arrogante Bestia a naufragar su leve estado de ánimo después de lo sucedido.

Le odiaba.

Le detestaba con todas sus fuerzas.

En definitiva; no soportaba la idea de verlo, de contemplar su soberbia, su altanería, su insolencia, desdén e impertinencia.

La Bestia representaba todo lo que ella aborrecía en un hombre y además había sido capaz de llegar hasta ella, por eso lo despreciaba aún más.

Orgullosa de sí misma creyendo que su rechazo habría conseguido declinar de nuevo aquella invitación o en este caso orden, pensó que como hacía cada día, pasaría por la cocina para coger algo rápido que hubiera preparado Megan e irse a cenar a la comodidad de su habitación, un confort que no pensaba agradecerle a la Bestia porque ella no había pedido ningún tipo de privilegio. Si él la obligaba a dormir allí diferenciándola del resto de sirvientes del castillo ni mucho menos pensaba gratificarlo.

—¡Dichosos los ojos que os ven, niña! —exclamó Agnès, llevaba tiempo sin verla ya que había vuelto a asumir sus labores sirviendo al señor del castillo.

—Me alegro de veros, Agnès —sonrió Bella—. Espero que os encontréis mejor —añadió pensando en que la pobre mujer había tenido varios achaques durante el invierno en los que había debido pasar días en cama.

—Ya me encuentro bien, ese médico que vino a visitaros me dio un jarabe que hizo milagros —contestó alegre—. Imagino que vos también estáis mejor, ya que el señor Charles me ordenó buscarte para deciros que esta noche deberéis servir la cena al señor del castillo.

La leve alegría de Bella se evaporó dejando una neblina espesa incapaz de procesar otras palabras que no fueran la última frase que la anciana le había mencionado. No fue capaz de reaccionar hasta que sintió como la buena mujer la zarandeaba del brazo preguntándole si se encontraba bien, con evidente señal de preocupación.

—Perdón, ¿Cómo habéis dicho? —mencionó Bella llevándose una mano a la cabeza

sintiendo repentinamente un dolor demasiado fuerte en ella.

—Os decía que el señor Charles me ordenó avisaros para que os preparaseis, ya que esta noche le serviréis la cena al señor. Imaginé que era porque ya os encontrabais recuperada de vuestra convalecencia —mientras la anciana hablaba, Bella alzó la vista y vio como Megan las observaba al mismo tiempo que ella permanecía callada.

—Claro. Si —sonrió levemente no queriendo llamar la atención o expresar que algo iba mal en ella.

¿De verdad le había ordenado servirle por haberle rechazado abiertamente?, ¿Era eso una prueba de quien tenía el poder en aquel castillo y que ella no podía simplemente negarse al dueño del mismo?

—¿Por qué no te vas a descansar Agnès? Seguro que a tus tobillos les viene bien que descanses después de toda la jornada —intervino Megan y poco después la anciana se marchó de la cocina—. ¿Por qué pareces tan sorprendida Bella? No creo que esperases seguir eternamente en esa biblioteca.

La pregunta de la que comenzaba a considerar una amiga dentro de aquel castillo por la confianza que empezaba a tener con ella, le hizo reaccionar.

—No estoy sorprendida —admitió. Al menos no debería estarlo dado que debió prever que él tendría esa reacción—. Es solo que…

Las palabras no salían de sus labios porque ni ella misma sabía como expresarlo.

—¿Qué esperabas después de rechazar durante siete días su invitación? Ni tan siquiera yo misma sé como no ha dictado antes esta orden —aclaró Megan cruzándose de brazos.

—¿Cómo lo sabes? —increpó ahora realmente sorprendida.

—Se lo sonsaqué al señor Charles —sonrió con cierto placer—, aunque eso no importa. El señor de la Rose debe estar bajando en este momento para que le sirvan la cena, así que apresúrate que lo último que deseo es darle motivos para que te increpe por ello. Ya hablaremos después.

Megan prácticamente colocó sus manos en el carrito de servir y la empujó echándola de la cocina para que se dirigiera directamente al gran salón. Ni tan siquiera tuvo tiempo de negarse, o de digerir la idea de que estaba a escasos metros y segundos de volver a verle. Tenía un nudo en el estómago y por más que sentía ira y rabia al mismo tiempo, también era incapaz de no sentir cierto miedo por su propia debilidad en el pasado.

Por alguna razón había esperado que él no estuviera cuando ella se adentrara, pero para su propio estupor, podía apreciarse el cabello ennegrecido que asomaba por encima del asiento que ocupaba a la cabecera de la mesa. Era evidente que aguardaba y lo hacía con su copa vacía a

pesar de tener el vino al lado. Se acercó levemente, paso a paso, sin la mínima intención de tener prisa porque él estuviera esperando. Se había hecho a la idea de su comentario mordaz respecto a su tardanza como lo hizo en tiempos pasados. No lo hizo, sino que aguardaba un silencio mordaz únicamente interrumpido por los sonidos que ella hacía al caminar o el fruncido de la tela de su vestido sencillo.

Ahora que lo pensaba, ni siquiera le habían dicho que tuviera que vestirse adecuadamente para servir al dueño del castillo, no llevaba un uniforme de doncella, sino un sencillo vestido que le habían dado y que podía cumplir perfectamente con su tarea diaria. Y él no había aprovechado aquello para dictarle su falta de protocolo a la mesa.

—¿Seríais tan amable de servir el vino? —pronunció en un tono tan cordial y afable que incluso Bella tardó en comprender que le estaba hablando a ella.

BESTIA

La vigilaba. Era imposible negar sus impulsos y asomarse a una de las puertas ocultas que daban a la biblioteca para verla desde aquella distancia y observar su figura moviéndose entre los tomos de libros que la rodeaban. A pesar de su incredulidad, era evidente que ella sabía leer, como había podido percibir al verla en más de una ocasión absorbida por uno de esos libros que incluso se llevaba a escondidas a su dormitorio.

¿Quién era esa joven?, ¿Por qué tenía cualidades que no poseía ninguna otra de sus doncellas? Era pecaminosamente obstinada, suficientemente instruida y absolutamente hermosa. Ninguna de esas características por separado habría llamado su atención, pero aquella combinación conseguía tenerle mucho más que intrigado.

Durante siete días, ella se había negado a aceptar su invitación. Sabía que mentía, que se encontraba lo suficientemente bien para acceder a su petición y eso incrementaba su propio fervor hacia ella, algo que estaba rozando su propio límite de control. Por esa misma razón, en lugar de pedirle que cenase junto a él, se lo ordenaría. Quería acercarse a ella y necesitaba una excusa, aunque volviera a provocarle, a enfatizar su ira, pero quería volver a sentirse de nuevo vivo y eso era algo que solo lo provocaba *ella*.

—En esta ocasión Charles, quiero que recalques que le ordeno asistir a la velada de esta noche para que cene a mi lado en el gran salón —admitió alzando la voz mientras sus pies no cesaban de moverse sobre la alfombre frente a la gran chimenea de la habitación.

—¿Una orden?, ¿Estáis seguro?

—Completamente. Ahora ve y vuelve enseguida con su respuesta —aclaró rápidamente para que no pudiera apreciar el leve nerviosismo que a pesar de no manifestarlo tenía en su interior.

¿Por qué una simple muchacha lograba provocar aquello? Sin duda alguna debía ser el innegable deseo carnal que sentía hacia esa joven. En más de una ocasión había pensado en adentrarse durante la noche en sus aposentos, obligarla a que fuese suya de nuevo, pero por alguna extraña razón deseaba que ella le aceptase, que sintiera su propio ardor. Lo había logrado una vez y lo volvería a hacer de nuevo.

El sonido en la puerta le dio a entender que Charles había regresado y su rostro no

evidenciaba nada bueno.

—¿Y bien? —increpó siendo incapaz de saber si se habría negado incluso a una orden impuesta.

—Ha recalcado que no es vuestra invitada, sino vuestra empleada y ha respondido que el único modo en que estará junto a vos en el gran salón será sirviéndoos la cena como vuestra doncella.

—¡Muchacha obstinada! —gritó apretando los puños. Le había concedido una de las mejores habitaciones, le había librado de todas sus obligaciones, ¡Incluso había traído a un médico para que la salvara y cedido su propio lecho! Y a pesar de ello se negaba a aceptar una simple invitación y peor aún, ¡Acatar una orden! —¡Pues le diréis que esta noche será mi sirvienta si es lo que quiere! —añadió enfurecido.

—Se lo diré, pero le recomendaría aplacar su ira si no desea que le vuelva a volcar el vino durante la cena —contestó Charles y lo miró asombrado—. Esa muchacha no se dejará agasajar con lujos o comodidades, Bastián. Ni se dejará quebrantar por vuestro temperamento, solo conseguiréis alejarla más de vos si os seguís comportando de ese modo.

—¿Acaso sabéis algo sobre ella que desconozco? —preguntó inquieto y frunciendo el ceño en señal de que no le convencían del todo aquellas palabras.

—Solo sé que es una buena muchacha, Bastián.

De algún modo supo que Charles sabía algo sobre ella que él desconocía y no pensaba revelarle.

—Todas afirman serlo, ¿No es eso lo que decíais de madre? —exclamó irónico y percibió el gesto de incomodidad por parte de Charles.

Hablar sobre su madre era un tema que deseaba olvidar y que Charles sabía muy bien que daría lugar a discusión por la diferencia de opiniones que tenían al respecto.

—Ella no es vuestra madre —concluyó Charles mirándolo fijamente.

Evidentemente no lo era. Solo sentía desprecio por su progenitora, mientras que aquella sirvienta despertaba en él una incesante quemazón al que no podía poner remedio.

Solo era deseo.

Una atracción irrefrenable que no había terminado de consumar en el lecho.

Si. Toda aquella incertidumbre y desasosiego se debían únicamente a ello. No podría ser de otro modo, puesto que ni ella, ni ninguna otra mujer podría despertar en él otro tipo de sentimientos.

En cuanto el guardián de su castillo abandonó su habitación y quedó de nuevo a solas, aquella ira que comenzaba a sentir por su rechazo empezó a remitir.

¿Aquella muchacha no se dejaría aplacar por lujos o comodidades?, ¿De verdad?, ¿Qué mujer no lo haría? Probablemente esa pequeña bruja solo estaba camuflando su verdadera identidad y había conseguido engañar a todos con su belleza innata. Fuera como fuese, esa misma noche comprobaría por sí mismo hasta qué punto eran ciertas las palabras de Charles.

Sería amable. Sería complaciente y descubriría que era lo que realmente pretendía esa sirvienta de labios seductores y ojos chispeantes.

27
BELLA

A pesar de la pregunta, Bella no contestó, ¿Podría negarse? En cualquier caso se acercó por el lado de la mesa donde estaba la copa vacía y la rellenó antes de dejar la botella de nuevo en su lugar y dirigirse al carrito donde llevaba la cena. Cuanto antes le sirviera y acabase con ese infierno, mucho mejor.

En el instante en que el cucharón se acercaba al plato donde estaba sirviendo el estofado de carne, percibió como él alzaba su vista hacia ella, pero a pesar de sentirlo y percibirlo de forma consciente, no movió ni un solo músculo de su cuerpo para hacer que ese contacto fuera recíproco.

—Parecéis bastante recuperada a juzgar por vuestro aspecto —oyó Bella con voz determinante—. ¿Qué tal os sentís? —Aquella pregunta era directa, con la plausible conclusión de que requería una respuesta y ella había determinado no mediar palabra con esa Bestia.

Se apartó de él dando un paso atrás y quedando resguardada de su visión, como si de ese modo pudiera protegerse al no ser vista.

—Si vuestro interés es referente a mi capacidad para volver a realizar las tareas del castillo que me correspondían, os informo que puedo volver a ellas. —No pensaba decirle si se encontraba bien o mal, porque una cosa era el estado de su cuerpo y otra la batalla moral que se disputaba en su interior.

—¿Acaso estáis disconforme con el trabajo que se os ha asignado en la biblioteca? —exclamó en un tono de voz que Bella no supo descifrar, pero parecía que se burlaba de ella o le resultaba graciosa la situación—. Será mejor que os acostumbréis pues tendréis únicamente esa tarea asignada hasta que la completéis.

¿Podría seguir pensando que organizar aquellos libros era un auténtico infierno para ella?

—Nada me dará más placer que estar lejos de vos —decretó Bella casi en un susurro, sin darse cuenta de que sus propios pensamientos habían escapado a sus palabras.

—En ese caso, tendré que haceros cambiar de opinión —dijo con semblante serio mientras ella percibía como vaciaba la copa de vino de un sorbo e intuía que deseaba que

volviera a llenársela de nuevo, por lo que se acercó a él para hacerlo—. Así que atenderéis todas mis necesidades durante la noche… —Su voz era ronca, grave y Bella sentía como acariciaba sus oídos a pesar de imponerse no girar su rostro para volver a contemplar ese hermoso rostro. No sabía si eso era o no una provocación, pero de ningún modo pensaba caer en la tentación que sentía de revelarse para decirle que no estaba dispuesta a atender ninguna necesidad que tuviera. Si por ella fuera, podría irse al mismísimo infierno, aunque no le daría la excusa necesaria para que la reprendiera de nuevo como tiempo atrás no le importó hacerlo. Todavía tenía muy presente lo sucedido tras tirarle la copa de vino en presencia de su amigo. Sin ningún tipo de aturdimiento, volvió a rellenar la copa con la intención de alejarse para quedar fuera de su visión, el simple hecho de que la escrutara constantemente con su mirada le molestaba—. ¿No tenéis ninguna objeción? —exclamó al mismo tiempo que impedía que pudiera escapar de su mirada agarrando su antebrazo.

No ejercía presión, aunque tampoco era suave para escapar de él, pero en nada se asemejaba a esas otras veces en las que había amoratado sus brazos por la fuerza desmedida que aplicaba.

—¿Debería tenerla? —sugirió y sin poder evitarlo torció el gesto para enfrentarle, como si poco a poco perdiera el control de sus actos y esa certeza que se había autoimpuesto para no discutir con él dándole motivos para reprenderla después. Seguía siendo igual de hermoso que la última vez que lo había visto tan cerca, incluso podría asegurar que su aspecto parecía más relajado y despreocupado, dándole un aire jovial y provocando que sus pensamientos quisieran focalizarse en la belleza de su rostro, algo que evitó rápidamente—. ¿Acaso serviría de algo que os objetara una orden? Ya habéis dejado muy claro que debo acatar cualquier decisión que toméis, así que no se de qué serviría que os diera mi opinión u os objetara vuestra decisión si no podré negarme, aunque lo deseara con todas mis fuerzas.

Había odio en sus palabras, ira y más allá de eso una clara señal de indignación por no ser dueña de sus propias decisiones.

—¿Y si os dijera que podríais negaros? —Su respuesta venía acompañada de esa mirada profunda que la observaba sin pestañear, como si la hipnotizara.

Bella rompió rápidamente ese contacto, lo que menos necesitaba en aquel momento era dejarse embriagar por lo que sin ningún precedente y sin sentido, lograba emanar en su cuerpo a pesar de oponerse por completo. En esos instantes sentía más repulsión hacia lo que él había provocado en ella que el deseo que semanas atrás la llevo a sucumbir ante la Bestia.

—¿Por qué ibais a darle esa libertad a una simple doncella? —exclamó dando un paso atrás y comprobó que pudo soltarse fácilmente para alejarse de su figura, eso le dio mayor seguridad—. No perdáis el tiempo con vuestros juegos y manipulaciones, no volveré a caer en

ellos —terció rápidamente dando varios pasos hacia atrás.

Ante su incredulidad, Bella pudo observar como él apartaba la silla para levantarse y erguirse en su potente figura masculina. Casi había olvidado, o más bien intentado olvidar, lo imponente que podía resultar cuando se erguía.

—Ambos sabemos lo que sentís cuando rozo vuestra piel —mencionó la Bestia conforme avanzaba hacia ella—. Ambos somos testigos de lo que percibís cuando os toco en la forma adecuada —. Su voz parecía rota a la vez que cálida.

Bella daba pasos hacia atrás conforme él avanzaba hacia ella cual lobo deseoso de cazar a su presa, hasta que se topó con la pared tras su espalda, sintiéndola fría y sin ningún tipo de refugio ante la figura que se acercaba a ella.

—¡Deteneos! —exclamó alzando su mano como si aquello pudiera impedir que se acercara a ella.

—Y ambos sabemos lo que experimentasteis cuando os hice mía, ¿Por qué negaros a admitirlo? —dijo antes de apartar su brazo para lanzarse sobre su cuerpo apresando con veracidad sus labios.

Bella sintió la fuerte presión tanto en su boca como en el resto de su cuerpo conforme él trataba de abrir sus labios para devorarlos. Podía percibir la respiración agitada de su contrincante, al igual que el olor masculino emanando de su cuerpo o la calidez que lograba proporcionar aquel cuerpo en contraste con la frialdad que había a su espalda. Su temor más plausible se estaba haciendo realidad, pero no pensaba ni por un instante dejarse arrastrar de nuevo a esa pequeña calidez que sentía en su interior, era más fuerte su tenacidad y odio que cualquier vestigio de placer que aquella Bestia pudiera proporcionarle, así que abrió ligeramente los labios, algo que él pareció creer entender que significaba que cedía a sus impulsos, pero en lugar de responder aquel cándido beso, mordió fuertemente sus labios sintiendo el férreo sabor de la sangre en su boca.

Instantáneamente percibió como se apartó de ella con un gemido de dolor, llevándose una mano a la boca y comprobando él mismo que había sangre en sus labios.

—¡Jamás volveréis a tocarme! —gritó enfurecida.

Bella observaba el pequeño hilo de color rojo vibrante que surcaba la barbilla de aquel apuesto hombre. Ni siquiera su belleza podía suplir aquella falta de bondad en su alma, con una vez le había bastado para saber que no volvería a caer presa en sus redes. A pesar de su absoluta seguridad en sus palabras, era consciente del temblor en sus piernas, de que todo su cuerpo se estremecía porque desconocía las intenciones de aquella Bestia. Era consciente muy a su pesar, de que podría forzarla. Su fuerza era muy superior a la suya, aunque estaba dispuesta a luchar hasta la última gota de su aliento para resistirse si lo intentaba.

Los ojos de aquel hombre la escrutaron con fiereza, en tan solo una zancada volvió a estar delante de ella conforme la acorralaban de nuevo entre aquel fornido cuerpo y la pared que se encontraba tras ella.

—Sois de mi propiedad —rugió sin alzar demasiado la voz, sino que parecía que simplemente constara un hecho—. Podría haceros mía cuando quisiera.

El hecho de que él considerase que ella podía ser un objeto más del castillo que utilizara a su antojo provocaba que su furia incrementase.

—Nunca he sido, ni seré de vuestra propiedad —decretó alzando el mentón para confrontarle—. No le pertenezco y jamás lo haré, aunque tenga que estar encerrada en los muros de este castillo para servirle.

A pesar de la firmeza de sus palabras, en el fondo de sí misma podía percibir el palpitar de su corazón acelerado por la tensión que le producía enfrentarse de aquel modo a la Bestia. No tenía miedo de él, ni de sus castigos, gritos o amenazas. De lo único que tenía miedo es de lo que había logrado producir en ella, esa parte que se negaba a sí misma y que evitaba constantemente que resurgiera de sus entrañas.

—Decidme qué es lo que deseáis y lo obtendréis. —La respuesta directa y repentina sorprendió a Bella. Tanto, que fue incapaz de procesar rápidamente lo que significaban aquellas palabras.

¿Lo que deseaba?, ¿De verdad le estaba diciendo que pidiendo cualquier cosa la obtendría?

—¿Y a cambio de qué?, ¿De ser suya?, ¿De pertenecerle? Preferiría morir antes que entregarme a vos por voluntad propia —aclaró Bella por si no le había quedado lo suficientemente claro.

—Todos tenemos un precio —insistió forzando su paciencia—. Joyas… riquezas… posesiones… tierras…

—¿Tanto le sorprende que existan personas a las que no puede comprar? —exclamó Bella airada—. Le aseguro que nada de lo que ha mencionado me interesa y el solo hecho de que lo mencione me repugna.

—O la libertad… —atenuó finalmente provocando que Bella le mirase fijamente como si no creyera que hablara en serio—. Anularía vuestra deuda, podríais volver al lugar de donde pertenecéis.

No. No podía ser de verdad. Se trataba de otra estratagema, de otro engaño ¿Y aunque fuese verdad?, ¿De verdad sería capaz de renunciar a su integridad y rebajarse de ese modo? Sabía que nunca podría vivir el resto de su vida con ese peso en su conciencia y que, a pesar de

ansiar alejarse de allí, no podía sucumbir a los caprichos de aquella Bestia que solo la atormentaba para su propio deleite.

—Obtendré mi libertad pagando la deuda y no será porque acepte ninguna de sus limosnas y menos aún, me someta a su voluntad por mero capricho —aclaró Bella tratando de ser contundente.

Tras decir aquello, percibió como él parecía confuso, incluso torció el gesto apartando su mirada de la suya y comenzó a darse la vuelta, alejándose cada vez más de ella, provocando que su seguridad se afianzara aún más.

—Está bien —oyó Bella tras varios segundos de silencio que parecieron eternos. Observó como se acercaba a la mesa y cogiendo la copa de vino se dirigía hacia la chimenea que estaba prendida en el gran salón, acaparando ésta toda su atención—. Podéis retiraros, deseo estar a solas.

Su voz sonaba distante, incluso podía jurar que demasiado apagada para la forma en la que siempre se dirigía hacia ella. Ante la increíble sensación de saber que había salido vencedora en aquella discusión, Bella sintió que aquella respuesta era música para sus oídos. Aquello era lo que precisamente deseaba, alejarse de él, y ahora que por fin caminaba de nuevo a su habitación, esperaba que le hubiera quedado lo suficientemente claro al dueño de aquel castillo, que nunca volvería a ser víctima de sus viles caprichos.

Las palabras que resonaban en sus oídos constantemente para afianzar esa certeza eran las mismas que él le había dirigido justo después de hacerla suya.

«Ya he obtenido lo que quería de vos, ahora largaos a vuestra habitación de criada»

Eso era para él, una criada y como tal creía que podía comprarla, manipularla o extorsionarla. Él le había robado su inocencia, su pureza, su bondad y su esperanza, pero había algo que la Bestia nunca obtendría; corromper su integridad.

Lo único que le quedaba.

El único vestigio que no había roto en mil pedazos como los demás.

Acostada en su lecho, mientras sentía el peso de las mantas bajo su cuerpo preguntándose sin poder evitarlo si habría alguna intención de veracidad en sus propuestas o simplemente deseaba aprovecharse de ella, fue incapaz de pensar en la distancia que había puesto alejándose de ella, aceptando su respuesta. ¿Porqué no la había forzado?, ¿Porqué estaba dispuesto a darle lo que quisiera para que ella accediera?, ¿Acaso había algún tipo de integridad en esa horrible Bestia? Había llegado a creer que no, que ese hombre carente de sentimientos era incapaz de tener honor y en cambio, a pesar de declararle sus intenciones, no había intentado someterla a su voluntad forzándola a que accediera a sus deseos.

Sus pensamientos viajaron incapaces de controlarlos al momento que tanto había rechazado recordar, cuando ella trató de resistirse y él comenzó a portarse de un modo gentil y dulce como nunca antes había conocido. ¿Era quizá importante para él que le aceptase?, ¿Podía ser realmente cruel para ciertos aspectos e increíblemente gentil en su faceta más íntima?

Bella se giró de nuevo sobre el lecho, llevaba al menos dos horas divagando en sus pensamientos, siendo incapaz de refrenar su mente por más que se dijese que la vida de aquel hombre no le importaba.

¿De verdad no le importaba?, ¿Y entonces porque no podía evitar seguir dándole vueltas al hecho de que la había dejado marcharse y con la certeza de que había ganado aquella batalla? Finalmente cayó rendida en los brazos de Morfeo a altas horas de la madrugada, así que cuando llamaron a su habitación, fue consciente de que era realmente tarde para la hora que estaba acostumbrada a levantarse. Probablemente vendrían a llamar su atención por holgazanear hasta altas horas del día.

Antes de poder abrir los labios para permitir que entrasen, divisó el rostro de la vieja Agnès entrando en su habitación mientras parecía llevar entre sus manos varios ropajes. Supuso que su momento de volver a las tareas de sirvienta había regresado y probablemente ese mismo día abandonaría aquella habitación junto a sus comodidades.

—¿Se te han pegado las sabanas, niña? —exclamó la doncella—. No es costumbre de ti que estés a estas horas aún en la cama. Te busqué primero en la biblioteca y al no encontrarte allí, deduje que estarías aquí.

—Supongo que debí dormirme demasiado tarde —admitió—. En este lado del castillo apenas se siente un leve rumor, así que es difícil despertarse al alba —admitió sonriendo porque no le reprendiera al abusar del lecho.

—Anda, levántate y aséate rápido, que por las horas que son, el señor del castillo te debe estar esperando.

¿Esperando?, ¿Esperando a qué?

—¿El señor del castillo ha solicitado mi presencia? —preguntó Bella extrañada.

Después de la conversación de la noche pasada, dudaba que volviera a verle en varios días tras dejar muy clara su postura, pero si tornaba a sus labores como su sirvienta personal, probablemente habría solicitado asistirle en alguna de sus peculiares demandas.

—Más bien ha solicitado que te prepare para ir a montar a caballo. Desea que le acompañes en su cabalgata —concluyó Agnès.

Bella frunció el ceño y después imaginó que desearía asistir su almuerzo, como ya lo hizo en una ocasión, así que se levantó para acercarse hasta el tocador donde permanecía la jarra de

agua fresca y se aseó rápidamente, manteniendo la certeza de que estar a solas con la Bestia no debía atormentarla. Cuando regresó su vista hacia Agnès, comprobó con sus propios ojos que aquellos ropajes no eran propios de una doncella, sino los que usaría una auténtica dama para montar.

—¿De donde habéis sacado esos ropajes? —preguntó anonadada.

—Pertenecieron a la madre del señor tiempo atrás. Ha solicitado que te fueran entregados para que le acompañéis en su paseo a caballo —agregó Agnès como si no le sorprendiera ese hecho y cogió la falda de aquel conjunto con la intención de colocársela.

—No lo entiendo, ¿Acaso pretende que le sirva el almuerzo con estas ropas elegantes? —preguntó Bella sin comprender porqué la obligaba a vestirse con unas prendas que no le pertenecían.

—Desconozco las intenciones del señor, niña. Solo me ha pedido que me asegure de que os pongáis estas ropas y acudáis a su encuentro.

¿Debía negarse? O, mejor dicho ¿Podía negarse? Realmente no quería involucrar a Agnès en aquello, así que consintió que la vieja doncella la vistiera y acompañara hasta las caballerizas, donde pudo visualizar como había dos caballos alistados con monturas y la imponente figura de la Bestia parecía observarla de forma inquietante.

—Os sientan muy bien esas ropas —dijo sin dejar de mirarla y Bella sintió como el calor quemaba sus mejillas.

¿Era eso un halago?, ¿Le había dedicado la Bestia unas palabras cordiales?

—Quizá no sois consciente de que no son ropas propias de una sirvienta —respondió tratando de mantenerse firme en su distancia.

—Pensé que estaríais más cómoda sobre el caballo con ellas, son propias para la montura —dijo haciendo un leve movimiento para que el mozo de cuadras acercara el cordel blanco hacia ella—. Es una yegua mansa y tranquila, no debéis temerla.

Con cada palabra, Bella estaba más confusa. ¿Le daba un caballo?, ¿A una sirvienta?

—¿Me ofrecéis un caballo? La última vez dijisteis que no seriáis tan ingenuo de darme una herramienta para escapar —aseguró Bella a pesar de que prefería montar en su propio caballo en lugar de hacerlo junto a él.

Prefería no recordar las sensaciones que le provocaba cuando estaba cerca de ella. Las rechazaba por completo.

—He preferido correr el riesgo en esta ocasión —contestó mientras se acercaba a ella—. Estoy cansado de cabalgar solo todas las mañanas, hoy me apetece tener compañía —añadió con un amago de sonrisa y antes de que pudiera contestar, la cogió de la cintura para alzarla hasta la

montura de cuero, donde se aseguro que permanecía sentada adecuadamente.

28
BELLA

Bella se sujetó rápidamente a las crines de la yegua para no perder el equilibrio, por lo que se ajustó en la medida que aquel vestido se lo permitía y asió las riendas que le tendió el mozo de cuadra. Llevaba mucho tiempo sin montar a caballo, aunque nunca había sido una gran amazona, ciertamente sabía lo necesario para evitar caerse del caballo en aquella postura y es que cuando era más pequeña, solía cabalgar como lo hacían los hombres, con una pierna a cada lado del lomo del semental, pero en aquella ocasión quedaba claro que la falda no le permitiría hacer tal cosa, por lo que debía mantenerse aún más erguida si no deseaba terminar de bruces en el suelo con alguna costilla rota. Pensándolo bien, ¿No sería esa la idea inicial de aquel hombre? El hecho de que deseara que le acompañara por que estaba cansado de cabalgar solo no le suponía un motivo certero. De todos los habitantes del castillo, ella era precisamente la menos indicada para hacerle compañía dado el rechazo que le propiciaba y más aún cuando había declinado sus proposiciones la noche anterior asegurándole que no estaba interesada en nada que pudiera ofrecerle.

En cuanto divisó como los hombros de la Bestia avanzaban sobre el gran semental negro. La yegua en la que Bella permanecía avanzó sin siquiera tener que darle la orden de que lo hiciera. ¿De verdad le había dado una yegua mansa? Pronto lo comprobaría.

A diferencia de lo que había imaginado, el dueño de aquellos ojos verdes no se dirigió hacia el bosque como la última vez que lo había acompañado, sino que subieron hasta la colina en absoluto silencio y varios minutos más tarde llegaron a la cima. Bella podía determinar desde la retaguardia que él se mantenía erguido sobre su caballo, manteniendo ese porte del que aún no había encontrado definición, pero que le daba cierto aspecto aún más rudo y feroz de lo que ya era.

Le sorprendió que hubiera respetado su silencio, sin la intención alguna de colocarse a su lado en aquel paseo o decirle cuales eran los verdaderos motivos de que tuviera que acompañarle. Por su mente, pasaron miles de situaciones en las que con toda intención la alejaba del castillo para proporcionarle un castigo por haber tenido la osadía de rechazarle, en cambio, él

ni siquiera había vuelto la vista para comprobar que ella seguía su sombra, ni tan siquiera para comprobar que no tenía intenciones de huir ahora que podía hacerlo.

La idea de escapar estaba presente, solo que viendo al caballo de la Bestia y su poca experiencia como amazona, sus posibilidades de éxito quedaban mermadas hasta desaparecer completamente.

En cuanto Bella alzó la vista para comprobar las vistas desde la cima de la colina, vio con completa claridad la aldea donde había vivido todos y cada uno de los días que tenía en su memoria. Una mezcla de sensaciones la inundó por completo, pensando en el estado de salud de padre, en como estaría gestionando la situación tía Rosmery, incluso echaba de menos volver a ver a sus primos, aunque a veces fueran unos pilluelos traviesos. Las lágrimas hicieron brillar sus ojos y se tuvo que llevar las mangas del vestido a ellos para aclarar su vista, así que en cuanto la yegua hizo un leve movimiento sintió que se caía de la montura, pero antes de sentir el golpe contra la hierba, lo que percibió fueron las fuertes manos de aquel hombre aferradas a su cintura mientras la deslizaba poco a poco demasiado cerca de su propio cuerpo.

Incluso a través de las prendas podía apreciarse su calor corporal, un ardor que siempre desprendía y ella percibía muy a su pesar.

—¿Os encontráis bien?

Aquellos ojos la escrutaban, ¿Acaso los tenía rojos? No hacía falta imaginar que aún brillaban por la emoción que había sentido tras divisar su pueblo, pero estaba segura de que no había derramado ninguna lágrima. En cambio, sentía esa mirada penetrante que siempre la había hecho temblar a pesar de que quisiera controlar el efecto que en ella causaba. Quizá debería perder esa lucha consigo misma, porque era evidente que por más que le detestara, su propio cuerpo la abandonaba cuando él la miraba de esa forma.

—Desde luego —afirmó tratando de apartarse y poniendo distancia entre aquel hombre y ella—. ¿Por qué nos hemos detenido aquí?

Bella necesitaba desviar la atención. Nunca admitiría la razón de su pesar y menos aún de su estado por más que él insistiera en preguntar.

—Las vistas por supuesto. —A pesar de no mirarle, podía comprobar como se acercaba a ella sigilosamente, podía percibirlo, ni siquiera sabía porqué lograba hacerlo, pero su silueta apareció a su lado con la vista al frente observando el panorama—. ¿Conocéis la aldea? —preguntó en lo que parecía una pregunta indefensa.

¿Tal vez solo quería establecer conversación?

—Si —afirmó secamente mientras cruzaba los brazos y sentía como el viento que procedía del sur, rompía en su rostro. Aún hacía frío, pero nada comparable a los vientos fríos

del norte.

—¿Vivíais allí? —La pregunta la sorprendió. Tenía un matiz más personal y en su tono de voz podía apreciarse la curiosidad. En una ocasión se lo había confesado y probablemente en aquellos momentos solo trataba de averiguar si eran ciertas sus palabras del pasado. A esas alturas dudaba que aquel hombre no supiera de donde venía o cuales eran sus orígenes si hubiera querido saberlo, ¿Tal vez se lo preguntaba para ver si ella mentía o cambiaba su versión? Por otro lado, dudaba que él pudiera tener un interés personal en ella, así que quizá solo se trataba de proseguir con aquella conversación, solo que en ningún caso le apetecía hablar de ella o de su vida con aquella Bestia cruel.

Bella mantuvo la vista al frente sin siquiera dirigirle la mirada, no tenía el más mínimo interés en que él pudiera apreciar algún matiz en ella.

—Dudo que al señor del castillo pueda interesarle la vida de una de sus sirvientas —agregó en lo que intentó que fuese un tono frío y despreocupado.

Escuchó como él hacía un sonido extraño con sus labios y casi podría jurar que había mascullado alguna maldición, pero sorprendentemente para lo que ella estaba acostumbrada no la increpó.

—¿Os parecería bien si hiciéramos un trato durante el tiempo que estemos alejados del castillo?

¿Un trato? Dudaba que pudiera aceptar un trato por parte de ese hombre que siempre tenía alguna intención oculta en sus actos.

—Dudo que pudiera aceptar algo que proviniera de vos —contestó sincera y dirigió su mirada feroz para darle a entender que por más lejos que estuviera del castillo, no pensaba amilanarse y dejarse avasallar por él.

—Quizá este lo aceptéis —aclaró él acercándose mientras sostenía su mirada—. Imaginad por un momento que no sois una sirvienta, que no me debéis ninguna deuda y que solo sois mi invitada a la que le estoy enseñando todas mis tierras.

Su voz sonaba sensual, de hecho, era demasiado excitante incluso para sus pobres oídos que intentaban analizar fríamente la situación y se repetía una y otra vez que no se dejara engañar por las artimañas de aquel hombre despiadado.

—Si así fuera —comenzó a pronunciar ella con cierto titubeo del que rogaba que él no se diera cuenta—. Vos también tendríais que responder a mis preguntas señor de la Rose.

—Por supuesto que lo haría —agregó sonriendo y extendió su mano frente a ella, como si esperase que ella depositara la suya encima—. ¿Aceptáis?

No lo tenía claro. No podía ser tan fácil. ¿Qué sacaba él con todo aquello cuando ella

podría realizar preguntas de matiz personal?, ¿Y que ganaba aquella Bestia tratándola como a una invitada durante todo el tiempo que estuvieran alejados del castillo? Debía ser un juego, una diversión para él, un simple entretenimiento para hostigarla después, aunque si él quería jugar, jugarían y no sería ella quien saliera perdiendo.

—Acepto —aseguró colocando su mano sobre los dedos cálidos que la acogieron y sintió el roce de su pulgar acariciándola.

Un estremecimiento la embriagó, No supo como ni porqué, pero a través de su mirada pudo sentir que una sensación indescriptible la recorría por completo acariciando cada parte de su ser.

Aquel gesto puso nerviosa a Bella, así que retiró rápidamente la mano y se giro para quedar de perfil a él mientras volvía a contemplar el paisaje.

—¿Vivíais en el pueblo? —escuchó instantes después y supuso que esa sería su primera pregunta, la misma que ella se había negado a responder y por la que habían realizado aquel trato.

—Si —afirmó no tendiendo ahora escapatoria.

De todos modos, ¿No era algo que el mismo podía averiguar preguntándoselo al señor Charles? Incluso le extrañaba que no lo hubiera hecho si era su interés averiguarlo o quizá solo trataba de evaluar que parte de verdad había en sus palabras.

—¿Tenéis familia? —preguntó Bella intrigada en saber porque aquel hombre siempre permanecía solo. Hasta la fecha solo había conocido a un único amigo y apenas había estado un día en el castillo.

Bella apreció que él torcía el gesto a pesar de que no le estaba observando, parecía no agradarle demasiado aquella pregunta y supuso que no contestaría.

—La tengo —afirmó de mala gana y ella se preguntó si mantendría algún tipo de relación con esa supuesta familia que afirmaba tener. ¿Por qué no le visitaban?, ¿Por qué no los frecuentaba?, ¿Porqué nadie había mencionado algo sobre sus parientes familiares?

—¿Os espera alguien en casa? —La voz de la Bestia llegó más cercana, por lo que Bella intuyó que se había acercado quedando a su espalda.

—Si —volvió a afirmar pensando en su propio padre, su tía y sus primos, los cuales probablemente apenas reconocería cuando les volviera a ver a menos que su progenitor consiguiera recuperarse y saldar la deuda pronto, aunque para eso aún quedase demasiado tiempo.

—¿Por qué no os visita vuestra familia? —preguntó Bella girándose hacia él y percibió que parecía tensar los músculos de su rostro.

—Les está prohibida la entrada al castillo —agudizó mirando hacia otro lado, como si evitara observar sus ojos.

¿Le había prohibido a su propia familia visitarle? Siendo él como era, no sabía porqué le extrañaba.

—¿Quién os espera en casa? —preguntó la Bestia haciendo que ella saliera de sus propias conclusiones.

—Mi familia —apuntó sin reparos.

En aquel momento Bella dudó si seguir preguntando o no sobre esa familia que acababa de descubrir que aquel hombre tenía y que al mismo tiempo parecía alejar de él.

¿No había iniciado él esa supuesta tregua? Que le hubiera prohibido preguntar sobre ciertos temas si le resultaban incomodos de contestar.

—¿Por qué tiene prohibida la entrada al castillo vuestra familia? —La voz de Bella sonaba cauta, estaba casi segura de que él pondría el grito en el cielo y se acabaría aquel acuerdo momentáneo.

—Fue mi padre quien lo prohibió, simplemente mantengo su orden.

Aquella confesión sorprendió al mismo tiempo que dejó atónita a Bella. ¿Acaso no sentía curiosidad por saber que podría haber sucedido?, ¿Sabría realmente lo ocurrido para cumplir la voluntad de su padre?

—¿Cuál es la verdadera razón por la que acudisteis al castillo, Mirabella? —mencionó directamente aquella voz pronunciando su nombre y eso provocó que ella contrajera su estómago al no esperar que se dirigiera de forma tan directa y por su nombre.

—Mi padre estaba enfermo —soltó sin más.

¿Qué razón podría tener alguien para encadenarse de por vida a los muros de ese lugar si no fuera un acto desesperado? Podría ser por pobreza, por hambre, por tener un techo en el que cobijarse, o como en su caso, un familiar que necesitaba desesperadamente ayuda médica. ¿Tal vez esperaba que le dijera que tenía algún interés oculto con el hecho de ir a ese lugar? Ciertamente podría esperar o imaginar cualquier cosa que proviniera de ese hombre.

—¿Por qué estáis siempre solo en este castillo? —Se atrevió a preguntar Bella ahora que había percibido que él no dudaba en responder a sus preguntas.

—No necesito ninguna compañía —agudizó tajantemente—. ¿Os aguarda algún hombre en ese lugar aparte de vuestro padre si regresáis? —preguntó mientras hacía un gesto con la cabeza señalando en dirección al pueblo.

¿Podrían considerarse sus primos hombres que le pudieran aguardar? Ciertamente no, solo eran niños, aunque Bella comprendía exactamente a qué se refería con aquella pregunta.

—No —respondió a pesar de querer haber mentido por una vez, solo para que él creyera que tenía a alguien esperándola.

Apreció una leve sonrisa en sus labios que le hizo creer que su respuesta le agradaba. ¿De verdad podía creer que si le aguardara algún hombre, ya fuera novio o prometido, se habría entregado a él? Habría deseado con todas sus fuerzas que su corazón estuviera pleno de un amor correspondido para haber sido lo suficientemente sensata de rechazar aquellas caricias. Aún se lo recriminaba. Aún le hervía la sangre al recordarlo y aún le odiaba por lo que le hizo.

Bella se preguntó entonces que edad podría tener aquel hombre para perder su tiempo en aquel juego con su propia sirvienta. Era el dueño de un castillo, poseía tierras, riqueza en abundancia. ¿Por qué no tenía una esposa e hijos con los que proseguir su legado?

—¿Qué edad tenéis? —inquirió alzando una ceja.

—Dentro de poco alcanzaré un cuarto de siglo —contestó sin interés alguno, pero Bella decretó que tenía edad más que suficiente para tener su propia familia.

—¿Cuál sería vuestro mayor placer? —La pregunta sorprendió a Bella ya que no lo esperaba, ni tampoco había pensado una respuesta.

—Regresar con mi familia —respondió secamente negándose a contestar algo más privado y observó como él parecía ladear la cabeza.

—¿Pensáis tener familia propia algún día? —dijo sin pensar demasiado en la pregunta, sino en el hecho de saber si consideraba tener una esposa e hijos a corto plazo.

—¡No! —negó bruscamente y Bella sintió como agarraba su brazo para obligarla a mirarle—. ¿Es eso lo que buscáis en mi? —inquirió fervientemente.

—¿Cómo?

Bella no sabía a que se refería, ¿Qué podía buscar ella en él? Acaso se refería a ella y él… ¡Jamás se le podía pasar algo así por la mente!

—No me respondáis con otra pregunta, contestad.

—No busco nada en vos, mi señor —agudizó rápidamente—. Seríais el último hombre sobre la faz de la tierra con el que desearía compartir mi vida.

29
BELLA

Podía sentir el destello en sus ojos verdes observándola directamente, la leve distancia que separaba sus labios de los suyos, el palpitar de su corazón al percibir esa cercanía y aun así, no hizo el más leve movimiento por acercarse a ella, ni tampoco parecía tener prisa en responder aquella inequívoca respuesta.

—Mejor que así sea, porque perderíais vuestro tiempo. Yo nunca me casaré, ni tendré descendencia —respondió y le sorprendió aquel tipo de respuesta.

¿Deseaba pasar toda su vida en solitario?, ¿No tenía ningún tipo de interés en mantener su legado?, ¿Y qué pasaría con los bosques que tanto se empeñaba en proteger? En cierto modo no sabía porqué debería sorprenderle aquella respuesta si ese hombre era incapaz de sentir, de amar y menos aún de hacer feliz a la que fuera su esposa, pero quizá había imaginado que eso sería algo que a él no le importara.

A pesar de no haberlo mencionado, Bella intuyó que aquel juego de preguntas se había terminado y que la supuesta tregua había finalizado. Así que tras montar de nuevo en la yegua, siguió al dueño del castillo conforme bordeaban la colina y en lugar de regresar al castillo observó que daba un rodeo dirigiéndose hacia la aldea.

—¿Pensáis adentraros en el poblado? —preguntó Bella demasiado inquieta.

La idea de que la reconocieran no sabía si le entusiasmaba, podrían verter rumores y que estos llegaran hasta su propio padre. Tía Rosemary no le había mencionado donde estaba exactamente para ocultar la verdad el máximo tiempo posible, al menos hasta que padre se recuperara completamente, pero si aparecía al lado de la Bestia, todos sabrían donde residía y peor aún, sospecharían que era su amante. ¿Qué otra cosa podría ser si le acompañaba en su propio caballo y vestida con ropajes que distaban mucho de ser los de una sirvienta?

—He imaginado que desearíais saludar a vuestra familia, si es que tanto amáis a vuestro padre para haberos sacrificado de ese modo —terció conforme el pequeño bosquejo quedaba a sus espaldas y ante la visión de Bella se podían ver las primeras casas.

—Creía que las visitas a familiares estaban prohibidas para sus sirvientes —contestó

Bella cada vez más nerviosa.

Ciertamente quería ver a su familia, anhelaba fervientemente ver con sus propios ojos el estado de padre y se quedaría mucho más tranquila si veía que éste evolucionaba favorablemente.

—Os advertí que por hoy no seríais una sirvienta —contestó conforme las primeras miradas se cernían sobre ellos y ella trataba de mantener la vista al frente para no ser reconocida, aunque sabía que eso sería absurdo, puesto que todos en el pueblo la conocían—. Así que, como mi invitada, mostradme el camino a vuestro hogar.

¿Podrían en cambio no reconocerle a él? En todos sus años de vida jamás le había visto visitar el pueblo y menos aún pasearse como estaba haciendo ahora por sus calles montado en caballo.

Bella no tuvo la valentía de dar media vuelta y retroceder, eso quizá podría levantar más sospecha que otra cosa, por lo que se dirigió hacia el otro extremo del poblado y detuvo su caballo frente a la gran casa un poco alejada de las demás. Era sin duda alguna la más grande y de mejores acabados que cualquiera de las que habían visto al pasar. Su padre la había restaurado con sus propias manos, por lo que cada detalle estaba realizado con precisión y calidad.

—¿Bella? —exclamó la voz de tía Rosmery que parecía sorprendida de verla—. ¡Dios mío si eres tú muchacha! —gritó ahora acercándose hasta ella y apretándola entre sus brazos—. Creía que mis ojos me engañaban cuando te he visto llegar, ¡Déjame verte!, ¡No pareces una sirvienta del castillo a manos de esa Bestia! —añadió y Bella dirigió su vista hacia el hombre que la acompañaba y que aún no se había apeado de su caballo. A pesar de haberle llamado con aquel apelativo, él no pareció inmutarse o tratar de reprender a su tía por aquel agravio.

—Tía, ¿Qué tal está padre? —preguntó antes de confesar que había llamado Bestia al hombre que la acompañaba sin saberlo.

—Está bien, dentro de lo grave que ha estado —admitió tía Rosemary—. La infección se extendió fuertemente y llegó a perder la visión de un ojo, el médico ese que enviaste temió que pudiera perder también el otro y quedar ciego de por vida, pero afortunadamente lo ha conservado, solo que se encuentra demasiado débil para levantarse de la cama.

Bella suspiró y dio un paso tratando de librarse de las manos con las que su tía aferraba las suyas.

—Necesito verle.

Antes de que pudiera dar un paso más, sintió como su tía la detenía al percatarse de la compañía y hacía un gesto hacia el hombre que parecía esperar.

—No sé como has podido salir o escapar del castillo, pero es evidente que el hombre que

te acompaña te ha ayudado, ¿Le piensas dejar esperando sobre el caballo? —preguntó tía Rosmery ahora intrigada por el hombre de buenos ropajes que la acompañaba.

Bella dedujo que saltaba a la vista que no era un hombre pobre y menos si juzgaba el semental sobre el que montaba, así como sus ropajes o la capa que lo cubría de piel bien curtida.

—No me he escapado —aseguró Bella—, ni tampoco me ha ayudado. Es el señor del castillo —agregó dejando a su tía con la boca abierta y por primera vez en todos los años desde que la conocía, sin saber que decir.

Bella entró en casa rápidamente antes de que su tía la entretuviera o peor aún, la Bestia decidiera que debían regresar porque su buen humor o aquello que fuera que le hubiera picado para permitir que visitara a su familia se acabara y volviera el ogro que ella tan bien conocía. De forma que se apresuró hasta llegar a la habitación de padre donde permanecía ligeramente inclinado sobre su lecho.

En cuanto llegó a su cama, se colocó de rodillas en el suelo y se abalanzó para abrazarle. Hacía tanto que no sentía ese calor, ese bienestar y esa sensación de alegría en su corazón que quiso llorar de alegría y conmoción. Él estaba bien, estaba recuperándose y todo el esfuerzo junto al sacrificio que había realizado había merecido la pena.

—Mi pequeña Bella, ¿De verdad eres tu? —susurró la voz de padre en su oído y ella sonrió.

—Soy yo, padre —alegó sin separarse de su regazo.

—¿Has regresado? Rosmery me dijo que fuiste muy lejos para encontrar trabajo en una gran casa donde pagaban muy bien para el coste de las medicinas, pero que el camino era tan largo y tedioso que por eso no podrías venir a visitarnos —contestó provocando que a Bella se le saltaran las lágrimas por tener que mentir.

—Así es padre, de hecho no podré quedarme demasiado tiempo, pero quería venir a veros y comprobar por mi misma que estabais bien.

Mentir nunca había sido una de sus grandes virtudes, pero era consciente de que decirle la verdad solo provocaría un gran disgusto en padre a pesar de que le reiterara que se encontraba bien bajo el dominio de la Bestia, por lo que prefería que tía Rosmery le contara esa verdad cuando estuviera suficientemente recuperado para afrontarlo.

Solo unos minutos más tarde, cuando se despidió de padre que aún yacía débil y percibió que sus ojos se cerraban del cansancio, salió del dormitorio y se encontró a la persona que menos esperaba ver en el salón de su casa, observando con detalle cada rincón de su hogar.

¿Por qué tía Rosmery le había dejado entrar?, ¿Por qué no lo había dejado esperando en el jardín?

—¿Vuestro padre se encuentra bien? —preguntó sorprendiéndola.

—Lo estará —afirmó tajantemente porque tenía plena seguridad en que se recuperaría con la llegada de la primavera y volvería a ser el hombre que era, aunque hubiera perdido la visión de un ojo.

Con un gesto afirmativo el asintió y mencionó que debían regresar al castillo, así que tras montar de nuevo en su caballo con la ayuda de aquel hombre que no dejaba de sorprenderla, se alejó de allí comprobando que tía Rosmery no apartaba su mirada hasta que se perdieron tras las calles del pueblo y finalmente se adentraron de nuevo en el bosque.

Le pareció ver a varios conocidos entre la gente que los observaba, sobre todo, miraban al hombre que la acompañaba, incluso pudo distinguir a pesar de mantener la mirada al frente a una de las hermanas de su amiga Alma, pero ni rastro de ésta a la que le había agradado ver aunque solo fuera a la distancia.

De regreso al castillo había esperado alguna pregunta inquietante sobre su familia, su pasado o cualquier cosa referente a lo que había visto en aquella casa, pero en lugar de eso mantuvieron un silencio cauto y eso le llevó a pensar cuales serían las razones por las que él le había permitido visitar a su familia. ¿Había sido una cortesía?, ¿Un pequeño regalo?, ¿O quizá tenía algo que ver con satisfacer su curiosidad? Lo desconocía, pero muy a su pesar tenía que agradecer aquel gesto, por más que no quisiera reconocerlo, tenía que admitir que se encontraba mucho mejor después de haber visto, aunque solo fuera unos minutos, a su familia.

En cuanto entregaron los caballos al mozo de cuadras, Bella se sintió desconcertada, así que antes de que se alejasen de allí para no volver a verse, hizo lo que pensó que jamás haría.

—Os agradezco que me hayáis dejado visitar a mi familia —mencionó antes de que ella misma se arrepintiera de sus palabras.

Pensó que no respondería o que simplemente le haría un gesto y se marcharía, en cambio rodó sus ojos hacia ella y la observó de esa forma que tanto la inquietaba, como si pudiera analizar su interior y descubrir sus más ínfimos secretos.

—Agradecédmelo esta noche, acompañándome en la cena —sugirió en un tono mucho más cálido del que ella recordaba.

—¿Cómo vuestra sirvienta? —preguntó pensando que debía referirse a servirle.

—Si quisiera que me sirvierais os lo ordenaría.

Bella comprendió que no era una orden, sino una petición, que lo que él deseaba era que cenara a su lado como su invitada, quería compartir aquella mesa junto a ella. En cualquier otra circunstancia lo habría rechazado sin ningún miramiento, pero después de lo sucedido esa tarde y de la gracia que él sin pretenderlo le había concedido, no sabía si se sentía con la seguridad de

poder rechazarle.

¿Dónde estaba su odio creciente y su repudio hacia ese hombre? Sin duda lo sentía, pero también podía percibir un leve apaciguamiento que aún la tenía indecisa.

—Tendréis que esperar a esta noche para saber si decido aceptar vuestra propuesta —mencionó antes de que los sentimientos de nostalgia por ver a su padre traicionaran sus pensamientos y aceptara sin más.

Sin esperar una respuesta por su parte, se dirigió directamente hacia el castillo donde subió rápidamente las escaleras hasta encerrarse en su habitación y dejarse caer contra la puerta. Sentía su corazón agitado, demasiado acelerado y aunque deseaba pensar que era por el esfuerzo, empezaba a creer que aquel hombre tenía algo que ver en ello.

Bella se paseaba por la habitación inquieta. ¿Debía o no debía acudir a esa cena? Valorando la situación estaba claro que sus principios le indicaban no hacerlo. De hecho, casi se había convencido a sí misma de ello, pero ¿Por qué sentía entonces esa inquietud?, ¿Por qué sus pensamientos no dejaban de martillear a su conciencia diciendo que tal vez debería hacerlo? Ciertamente estaba agradecida; sí, pero que le hubiera permitido ver a su familia no apaciguaba todos los castigos que le había infringido injustamente y menos aún, que se hubiera aprovechado del modo en que lo hizo para después restregarle en la cara que había obtenido lo que deseaba único que deseaba de ella.

¿Creería él que era una cobarde si no aceptaba aquella invitación?, ¿Qué motivos aparte de su testarudez u orgullo eran los que podía argumentar en contra de aquello? Quizá tiempo atrás podría haberse negado tras el trato nefasto que le proporcionaba y estaba segura de que volvería hacer en cuanto aquella especie de obsesión se evaporara, pero tenía que reconocer que en aquel momento rechazarle era como si tuviera temor de aquella Bestia y ciertamente no le demostraría tener ningún miedo, así que cuanto antes terminara con aquello, probablemente la dejase en paz y no perturbara sus pensamientos.

Pensó en vestirse con sus ropas de sirvienta, de ese modo podría recordarle con quien se estaba sentando en aquella mesa, pero para su absoluto asombro habían desaparecido, ¿Por qué razón ya no estaban en aquel baúl?, ¿Y porqué en su lugar solo había vestidos que corresponderían a los de una señora?

Los tejidos de aquellas prendas eran suaves al tacto, se notaba la calidad y riqueza en cada uno de ellos, ¿Por qué estaban allí? Tenía la seguridad de que esa misma mañana no estaban. ¿Con que intención podrían haberlos dejado?, ¿Tal vez la Bestia había previsto que ella aceptaría su invitación al tenerlo todo calculado?, ¿Quizá estaba seguro de que acudiría y deseaba que su acompañante estuviera a su altura? Ni tan siquiera le habían dejado su sencillo vestido diario con el que pasaba las horas en la biblioteca.

La tentación le pudo y deslizó uno de ellos fuera del baúl para verlo en todo su esplendor. El tejido de terciopelo rojo se escurría entre sus manos ante la suavidad de este y pudo apreciar el fino hilo dorado de sus bordes. El escote en forma de pico quedaba parcialmente cubierto con una fina tela blanca tan suave como los pétalos de amapola, era evidente que debía lucirse con un cinturón para que quedase ajustado a la cadera y para su asombro en aquel baúl se hallaba dicha prenda.

Depositó ambas cosas sobre la mullida cama y las observó sigilosamente. Ahora tenía muy claro que aquella Bestia tenía algún tipo de estratagema en mente, que aquellos actos no eran producto del azar o la casualidad, sino que habían sido planificados cuidadosamente. ¿Tal vez la visita a su padre también formaba parte de algún maquiavélico plan? A esas alturas podría esperar cualquier cosa por parte de ese hombre y ya se estaba hartando de sus juegos. Hasta ahora le había evitado y rechazado, pero le tocaba a él saber lo que significaba perder, aunque fuera el dueño y señor de aquel castillo.

Bella tomó un largo baño en su propia habitación, incluso Agnès le trajo algunos pétalos de flores frescas para que su cuerpo absorbiera el olor, al igual que su jabón de olor a menta con el que limpió meticulosamente el cabello. Peinó y trenzó su larga cabellera una vez que se había secado frente al fuego y finalmente se vistió con aquel precioso vestido de terciopelo rojo ajustando el cinturón a su cadera para dar forma a su silueta.

Cuando Agnès fue a recoger todos los utensilios de su aseo, le indicó que le dijera al señor del castillo que aceptaba su invitación para cenar esa noche en el gran salón como su invitada. La sorpresa de la anciana mujer fue evidente, pero para su asombro no mencionó nada y ella lo agradeció. Ya existían rumores en el castillo sobre su larga estancia en aquella habitación y ahora los suscitarían con mayor vehemencia cuando se percataran de que cenaba al lado de la Bestia y además vestía ropajes dignos de la señora de aquel castillo.

Sabía exactamente a qué hora el dueño del castillo solicitaba servir la cena y por esa misma razón había retrasado tanto su baño, si la Bestia esperaba puntualidad, no la obtendría por parte de ella. Así que tras demorarse un poco más ajustando los últimos cabellos rebeldes de su trenza, decidió descender la escalinata y dirigirse hacia el gran salón donde presuponía que él la esperaba.

Respiró profundamente y se adentró con paso firme al comprobar que la puerta permanecía abierta. Había esperado verle sentado a la cabecera de la mesa, tal vez porque nunca lo había visto en otro lugar que no fuera ese, pero allí no había rastro de su presencia, su silla se encontraba vacía, aunque bien era cierto que aquella mesa estaba predispuesta adecuadamente para albergar a dos comensales.

—Al parecer habéis decidido aceptar —La voz de la Bestia atropelló sus oídos y también

parte de sus sentidos, así que dirigió la vista hacia su izquierda y descubrió que se hallaba de pie, junto a la chimenea como si la estuviera esperando todo ese tiempo.

¿No pensaba acaso recriminarle su tardanza?

—Creo que resulta evidente —contestó rápidamente tratando de reponerse de su asombro.

¿De verdad no pensaba tratarla como una sirvienta?, ¿Dónde estaba el hombre que tantas veces le había recalcado sus faltas por mínimas que fueran?

—Por favor —mencionó acercándose hasta ella e indicándole el asiento que había junto a la silla que él siempre ocupaba.

Tras sentarse, él mismo se aseguró de arrimar su silla a la mesa para que se encontrara más cómoda en su asiento y posteriormente se dirigió hacia el asiento que siempre ocupaba a la cabecera de la mesa y que permanecía a su lado. Tenerlo tan cerca la inquietaba, pero estaba allí por una razón, averiguar que era lo que pretendía con aquel juego y devolvérselo en su propia cara.

En cuanto alzó una mano, Bella observó como la propia Agnès entraba arrastrando el carrito que contenía los platos de aquella cena. Una leve sonrisa por parte de la anciana le hizo sentir una calma que ciertamente no poseía, pero se sorprendió cuando la buena mujer depositó todas las fuentes sobre la mesa incluyendo el vino y el postre, para después marcharse cerrando tras de sí la puerta.

—¿Le habéis pedido que se marche? —preguntó Bella aturdida.

Hasta donde ella sabía, aquel hombre jamás se servía su propia comida.

—He pensado que podríamos conversar mucho mejor estando completamente a solas —contestó sereno y para su absoluto estupor vio como él mismo cogía el recipiente donde estaba el vino y servía ambas copas—. Bebed, imagino que después de un baño tan largo y cálido, tendréis sed.

Bella abrió los ojos más de lo que de por sí lo hacía no dando crédito a lo que sus oídos escuchaban. No solo porque la incitara a beber vino, cosa prohibida para los sirvientes del castillo, sino porque hiciera referencia a su baño sabiendo que este había sido la causa de su retraso y aún así no parecía estar enfadado.

—¿Podré beber todo el vino que desee? —exclamó tratando de explorar hasta que punto él estaba dispuesto a llegar.

—Si lo deseáis, podréis agotar mis reservas, aunque os advierto que son bastante extensas —agudizó y sintió como parecía acercarse levemente a ella mientras dejaba la copa en la mesa.

—¿Qué es lo que queréis de mi? —susurró Bella creyendo que él no le daría la respuesta.

—Os quiero a vos —ratificó tan cerca de sus labios que se podía respirar su aliento—. En mi lecho.

Aquellas palabras no la asustaron, tal vez porque era algo que había esperado.

—Lamento deciros que eso es algo que no va a ocurrir —contestó como si el simple hecho de mencionarlo no le inquietara.

—¿Estáis segura? —apuntó con mas fervor mientras aquella mirada penetraba sus ojos hasta lograr confundirla.

—Completamente —afirmó Bella tratando de asegurarse a sí misma que estaba diciendo lo correcto, puesto que el modo en que él la acechaba nublaba todos y cada uno de sus sentidos.

—Muy bien —mencionó cambiando su tono e irguiéndose en su asiento conforme cogía la copa de vino y se la llevaba a sus labios dando un gran sorbo—. Entonces disfrutemos de la cena.

30
BELLA

Bella había esperado cualquier tipo de reacción, desde una respuesta tosca e incluso mordaz por su parte, pero jamás habría pensado que pudiera aceptar su respuesta y sencillamente continuar con aquella cena. ¿Se estaba equivocando respecto a él?, ¿Podría ser tan fácil disuadirle?, ¿Tal vez la dejaría en paz a partir de ahora que le había indicado su posición al respecto? No sabía que pensar, estaba confundida, demasiado desconcertada para analizar con claridad.

Observó su copa llena, la suya propia esta vez puesto que era inevitable recordar lo que pasó aquella noche en la que había cenado junto a él en su propia habitación, donde él le había incitado a beber vino compartiendo su copa y justo después fue su perdición.

Ya no era la misma joven ingenua que se dejaría avasallar por falsas esperanzas, así que cogió aquella copa y la llevo a sus labios bebiendo lentamente, puesto que no estaba acostumbrada a ese sabor tan fuerte.

No comprendía porqué hacía aquello, qué razones podría tener para tratarla de aquel modo cuando en realidad podría usarla como lo que era; su sirvienta.

—¿Por qué hacéis esto? —exclamó entonces sin comprenderlo.

Había pensado que jugando a su juego, siguiéndole la corriente, iba a darle algún tipo de escarmiento y sin embargo a la más mínima posibilidad había sido él quien la había dejado a ella fuera de juego. Ahora estaba perdida y sin saber exactamente que sacaba él con aquello.

¿Reírse de ella?, ¿Burlarse de algún modo?, ¿Darle un estilo de vida propio de la señora del castillo para después obligarla a fregar de rodillas la misma estancia donde había dormido? No lo comprendía. Por más que quisiera entenderlo no lo hacía. ¿Podría ser tan maquiavélico para pretender eso?, ¿Tal vez seguía empeñado en que ella deseaba algo más de él como le había dado a entender en aquel paseo?

¡Sería absurdo!

Jamás tendría ninguna pretensión con esa Bestia y menos aún después de todo lo que le había hecho, mucho menos se le pasaría por la cabeza la sola idea de unir su vida a la de aquel

hombre carente de sentimiento alguno. Ella anhelaba el amor, quería que la amaran sin reservas y aunque quizá eso solo estaba en los cuentos que leía y en su gran imaginación, no uniría jamás su vida a la de un hombre que detestase por más dinero que él tuviera.

—¿A qué os referís exactamente? —contestó evadiendo su pregunta como si verdaderamente no quisiera comprender a qué se refería, pero Bella intuyo que solo era una forma de ganar tiempo para dar una respuesta.

La Bestia no haría nada sin conseguir algo a cambio. Desde el primer momento que entró en el castillo pudo observar la ausencia de bondad en su alma, la poca preocupación por sus sirvientes y sobre todo el hecho de que a él solo le importaba su bienestar, nunca el de los demás. ¿De que otro modo podría justificar sino los castigos infringidos a su propia persona?

—¿Por qué me dais estos vestidos?, ¿Por qué deseáis que os acompañe en la cena?, ¿Por qué gastáis vuestro tiempo al lado de una sirvienta? Adquirí una deuda con vos y en lugar de pagárosla, me ofrecéis lujos y manjares que dada mi condición no obtendría —agudizó con franqueza pretendiendo así romper cualquier argumento que él pudiera considerar.

Bella percibió como dejaba los cubiertos sobre el plato y se reclinaba en su respaldo conforme dirigía su mirada hacia ella con la copa entre sus manos.

—Si os habéis hecho todas esas preguntas, seguro que habréis llegado a una conclusión probablemente acertada —apuntó con una vaga sonrisa como si la retara.

—Ciertamente, lo he hecho y no funcionará —contestó erguida en su asiento y cogiendo los cubiertos para cortar la carne que habían servido de plato principal.

—¿De verdad? —exclamó y por su tono se podía apreciar cierta diversión—. Deleitadme —añadió y por el rabillo del ojo ella pudo comprobar que la observaba sin cesar.

Mientras sucumbía a un bocado de carne estofada que sabía a gloria, Bella concluyó que Megan se había esmerado especialmente aquella noche o en verdad ella tenía más hambre de lo que imaginaba.

—Queréis mostrarme como sería una vida de lujos, quizá pretendéis que quiera acostumbrarme a ellos —comenzó a decir Bella mientras seguía comiendo antes de terminar aquella conversación por si provocaba la ira de la Bestia y este la echaba a patadas del salón—, de hecho estáis convencido de que adoraré tener un baúl lleno de vestidos lujosos, joyas con las que jamás habría soñado, manjares suculentos y tiempo de ocio para hacer lo que me plazca —continuó cogiendo la copa y dando un gran sorbo, quizá porque tanto hablar le estaba provocando sed y más aún decir aquello sabiendo que tenía toda la atención de su oponente—, podré darme largos baños cuando quiera, solicitar enseres personales o leer según mi agrado —siguió dando rienda suelta a sus pensamientos cada vez más convencida—. Y cuando hayáis creído oportuno que sea conveniente, me devolveréis al lugar que me corresponde como sirvienta

del castillo, de ese modo vos disfrutareis de mi lamento por haber probado una vida que jamás tendré.

Tras decir aquello, Bella se metió otro bocado de carne en la boca como si nada, creía que su teoría era cierta y sin embargo, no le preocupaba en lo más mínimo porque ella ya había disfrutado de una vida con buenos vestidos y exquisitos manjares en su mesa, quizá no tan lujosos como aquellos, pero no podía negar que su padre le había dado una buena vida, así que jamás se lamentaría por aquello.

—¿Debo imaginar que entonces no os importa que esas fueran mis intenciones? —exclamó en el mismo tono de diversión que utilizó anteriormente.

—Obviamente no —contestó rápidamente Bella y alzó sus ojos para verle.

Seguía en la misma postura, dejado caer sobre aquella silla mientras la observaba fijamente.

¿Aquello era una especie de desafío para ver quien salía vencedor?, ¿Por qué él no se molestaba como lo había hecho tantas veces?, ¿Es que acaso ahora no le importaba?

—En ese caso no debéis preocuparos por mis razones —concluyó volviéndola a sorprender y dejándola anonadada.

¿Dónde estaba la Bestia cuya ira arrasaba el castillo?, ¿Qué había sido del hombre cruel y despiadado que ella tan bien conocía?, ¿Por qué la miraba de ese modo?, ¿Por qué sonreía con calma? Y lo peor de todo, ¿Por qué no la retaba con sus palabras?

Por primera vez en su vida, Bella cogió aquella copa de vino y la vació en su estómago sintiendo que verdaderamente necesitaba aquel sabor fuerte para anular sus sentidos.

¿Estaría errada en sus conclusiones?, ¿Tal vez había algo que se había escapado a su deducción y por eso él la observaba tranquilamente? No lo entendía. ¿Quizá solo estaba jugando con ella desde el principio?, ¿También sería incierto el que quisiera llevarla al lecho como instantes antes le había dicho? Comenzaba a no saber en que debía atenerse con ese hombre y muy a su pesar tuvo que llegar a la conclusión de que ahora más que nunca temía a la Bestia, porque esa nueva forma de tratarla la inquietaba y ese modo de mirarla la instigaba hasta tal punto que comenzaba a sentirse verdaderamente acalorada.

Sin necesidad de decir nada, observó como rellenaba su copa de vino en silencio y dejaba el recipiente sobre la mesa. Que estuvieran completamente a solas no debía ser nuevo para ella, pero la situación había cambiado y ahora se encontraba degustando la comida en lugar de servirla, es más, hasta él mismo le servía el vino en su propia copa sin necesidad de pedirlo.

Las velas de los candelabros que lucían tanto en la mesa como en el techo le proporcionaban una luz adecuada, que unida al fuego de la chimenea y varios candelabros más

que había en algunos rincones del gran salón daban esa calidez que comenzaba a reconfortarla. Mal. Ella bajo ningún concepto debería sentirse bien en su compañía, sino que debería por el contrario detestarlo y desear que aquella velada finalizara.

—¿Os agrada el vino? —escuchó rompiendo el silencio inquietante que les había sobrecogido.

¿Le gustaba? Ciertamente no podría dar una respuesta porque lo había bebido simplemente para calmar aquella inquietud momentánea y la verdad es que el calor que sentía en su interior estaba ayudando a que así fuera.

—Aún no lo tengo claro —contestó siendo evasiva.

¿Le habría hecho esa pregunta por ser amable?, ¿Le soltaría después que bebiera cuanto pudiera porque no volvería a probarlo? No sabía a qué atenerse y eso era lo que más la mantenía en vilo durante aquella extraña cena.

—Entonces seguid bebiendo, quizá cuando termine la velada habréis sacado una conclusión al respecto —añadió decidido mientras cogía su copa y le hacía un gesto a ella para que hiciera lo mismo.

En aquel momento, Bella sintió más que nunca el carácter cambiante de ese hombre. ¿Cómo podía pasar de comportarse como una auténtica Bestia feroz a ser algo parecido a un hombre encantador?, ¿Cuál de las dos versiones era la real?, ¿Qué razón podría tener para tratarla de ambas formas siendo el mismo hombre?

Con ese pensamiento cogió la copa y la llevó de nuevo a sus labios sin apartar la vista, comprobando que él hacía exactamente lo mismo. Con ese mismo gesto, perdió la cuenta de las veces que su copa fue rellenada y al mismo tiempo vaciada en su estómago, pero si que percibió la sensación de regocijo y bienestar que la sobrecogió conforme la noche avanzada y los platos se vaciaban.

En algún momento que no podía rememorar como había empezado o llegado a ese punto, la Bestia comenzó a preguntarle por su familia, sobre todo por el estado de su padre con lo que ella respondía evasivas.

—¿Por qué no me dijisteis nunca quien era vuestro padre? —preguntó dejándola atónita.

¿Acaso sabía quien era su padre? Lo dudaba.

—¿Hubiera importado? —contestó encogiéndose de hombros.

—Probablemente no, pero habría obtenido algunas respuestas a diversas cuestiones —afirmó pensativo.

Bella no sabía si era el vino que estaba afectando a sus sentidos o le daba la impresión de que el mismísimo señor del castillo parecía contrariado.

—¿Qué clase de cuestiones? —exclamó atreviéndose a indagar.

De pronto sentía cierta curiosidad por saber a qué se refería.

—La razón por la que nunca os comportasteis como una sirvienta y el hecho de que fuerais… —Sus palabras se acallaron y Bella notó que apartaba la vista de ella como si no quisiera decir aquello que había comenzado.

—¿Qué fuese qué? —preguntó más intrigada aún.

¿El atrevimiento de sus preguntas provenía de ella o eran los efectos del alcohol que llevaba esa bebida? Lo desconocía, pero él no parecía disgustado por ello.

—Olvidadlo —terció cogiendo una pieza de fruta y llevándosela a la boca para morderla ferozmente y sin delicadeza alguna.

Bella se levantó rápidamente de la silla para alcanzar una de las piezas que había en la gran fuente y sintió el mareo que desestabilizaba su cuerpo, así que tuvo que apoyarse para no caerse. Antes de volver a sentarse percibió como él la sostenía, ¿En qué momento había llegado hasta ella? Percibía sus brazos rodeándole la cintura y asegurándole esa estabilidad de la que carecía.

El tiempo pareció paralizarse y lentamente fue girándose hacia él, como si fuera plenamente consciente de que no pensaba apartarse. En cuanto lo hizo, aquellos ojos de color verde volvieron a embriagarla como tiempo atrás lo hacían, de ese modo incontrolable que atravesaba cada rincón de su cuerpo provocándole oleadas de una sensación demasiado eufórica para declinarla. Sentía como su garganta se resecaba, como el nudo en su estómago se incrementaba y todas esas sensaciones que alguna vez había sentido tiempo atrás, ahora se acentuaban sin quererlo o desearlo. ¿Qué le pasaba?, ¿Dónde estaba su cordura?, ¿Dónde estaba su autocontrol?, ¿Dónde estaba su odio hacia esa Bestia que detestaba? Solo era capaz de perderse en esos ojos y en la sensación que le transmitían inundándola de un calor incesante que crecía en su interior provocando espasmos.

—¿Qué fuese qué? —repitió Bella como si lo único que pudiera recordar son sus últimas palabras.

—Pura —mencionó antes de lanzarse a sus labios con auténtica devoción mientras la estrechaba entre sus brazos y sentía aún más el calor en contacto con su cuerpo.

Inicialmente Bella no reaccionó, tal vez porque a pesar de haber estado tentada a mirar y desear esos labios durante unos segundos, no habría creído que él osara a lanzarse de nuevo, pero en el momento que sintió la calidez de su boca en la suya gimió sin pretenderlo y notó como la estrechaba fuertemente entre sus brazos antes de separarse bruscamente. Tuvo que aferrarse a la mesa robusta para no caerse.

—Que tengáis una buena noche, Mirabella. —Su voz sonaba grave, demasiado grave de hecho, aunque quizá era el efecto del vino el que le hacía percibirlo de aquel modo.

Antes de que ella pudiera contestar, él atravesó el salón y abrió la puerta bruscamente para perderse tras ella mientras la dejaba sola y anonadada en aquella enorme sala.

¿Qué demonios había pasado?, ¿Por qué se había marchado de aquel modo? Y lo peor de todo, ¿Cómo ella podía haber respondido a ese beso tan intenso cuando se había prometido no volver a hacerlo? Confusa y no solo por su reacción sino porque sentía que no era ella misma quizá por los efectos del vino, regresó a su habitación y cerró la puerta pensando en como había terminado esa velada, quizá de la manera que menos había esperado, más aún con lo que podía reconocer como una huida por parte de la Bestia.

¿Qué le podría haber llevado a marcharse de ese modo?, ¿Había hecho ella algo?, ¿Quizá no le gustó la forma en que respondió a su beso? Fuera como fuese no era algo que debería importarle, sino más bien lo contrario, pero entonces, ¿Por qué no dejaba de pensar en ello? Tal vez porque quería respuestas y no las obtenía, porque cada vez estaba más confundida al respecto y con ese mar de dudas se dejó caer completamente vestida sobre el lecho quedando completamente dormida.

Era de buena mañana cuando abrió los ojos con un fuerte dolor de cabeza y una sensación pastosa muy desagradable en la boca.

Tras ser consciente de ambas cosas rememoró los recuerdos de la noche anterior y los peores temores que se cernían ante la visión de lo sucedido. ¿Qué había hecho?, ¿Cómo había podido dejar que la besara de esa forma? Sin duda no era ella, sus actos no correspondían a sus pensamientos y menos aún a lo que habría hecho estando completamente cuerda, pero a pesar de saberlo no podía dejar de preguntarse de nuevo cuál era la razón por la que él se habría marchado de aquel modo y menos aún podía olvidar que la había besado tras confesarle que era pura. ¿Se estaba refiriendo a ser virgen?, ¿Al hecho de haber tomado su inocencia?

Con aquel dolor de cabeza era imposible pensar claramente, así que decidida bajó las escaleras deseosa de buscar algo en la cocina que aliviara su malestar sin importarle llevar el mismo vestido rojo de la noche anterior y en cuanto comenzó a bajar la gran escalinata central que llevaba al piso inferior tuvo una visión.

No.

Ella no podía estar allí.

¡Era imposible que estuviera allí! Pero realmente parecía ser ella.

—¿Alma? —exclamó atónita—. ¿Eres tú?

31
BESTIA

Tal vez debería confesar que la finalidad de aquella cena era confirmar sus sospechas. Que aquel vestido lo lucía como una auténtica dama, con el porte y la elegancia que no se adquieren limpiando suelos. Que su espalda erguida en la silla junto a la forma de utilizar los cubiertos denotaba su educación. La forma de expresarse, la elocuencia de sus palabras. Ella era una dama culta y refinada, nada que ver con la sirvienta que había querido creer que era todo ese tiempo. Ahora que conocía su procedencia y había visto su hogar, no le extrañaba ese comportamiento puesto que había debido tener una vida privilegiada.

Estaba seguro de que si confesaba que esas eran sus verdaderas intenciones con aquella cena, ella dejaría de actuar con la naturalidad con la que lo hacía, por eso prefería que errara en sus conclusiones, unas que tiempo atrás no estarían muy alejadas en cierto modo la verdad, solo que ahora desconocía cuál era la verdadera razón de su propio modo de actuar, salvo que todo lo que hasta ahora pensó que le funcionaría con cualquier mujer, con ella no lo hacía. Charles tenía razón, ella era distinta, era diferente y lo debió haber reconocido en el momento que descubrió que le robó su virtud.

Sus ganas de poseerla no habían disminuido ni un solo ápice, pero ahora comenzaba a anhelarla de una forma mucho menos primitiva que antes, de un modo indescriptible, empezaba a disfrutar de su compañía o mejor dicho; deseaba que estuviera a su lado y le distrajera con su belleza y carácter bien dispuesto.

¿Tal vez era la falta de compañía la que le hacía desear pasar tiempo junto a ella? Quizá solo era curiosidad por saber más sobre esa joven cuya tenacidad no conocía límites, la misma que no se había dejado amilanar por su temperamento como el resto de sirvientes del castillo y la que incluso le había plantado cara en numerosas ocasiones demostrando no tenerle ningún miedo.

Quizá era eso lo que más despertaba en él su intriga. ¿Por qué no le temía?, ¿Por qué no apartaba su mirada cuando la encaraba? Eso no solo le volvía loco, sino que robaba sus desvelos siendo incapaz de olvidar aquellos ojos de color miel que evocaba en sus pensamientos.

Su cuerpo sentía el estremecimiento cuando la tocaba, señal del profundo deseo que ella le hostigaba. Conocía su rechazo, pero también era consciente de la respuesta en sus labios cuando la besaba y de que por más que quisiera negarlo, le deseaba.

La incitaría. Le haría sentir el mismo ardor que él sentía, aunque ella quisiera privarlo. La haría enloquecer hasta que le resultara imposible negarse y se entregara de nuevo a sus brazos.

Podía esperar. Podía ser paciente solo para saborear lo que consideraba como un suculento y estremecedor bocado de seducción, aunque no pudiera controlar su cuerpo cuando veía aquellos labios que pedían a gritos ser besados.

Aquella noche había descubierto varias cosas sobre ella y sobre él mismo. La primera es que ella realmente sentía una atracción hacia él que pretendía ocultar pero que resultaba evidente y la segunda es que a pesar de que habría deseado poseerla allí mismo, sobre aquella enorme mesa en la que ambos habían degustado una suculenta cena, había sido capaz de marcharse y dejarle claro que en aquella ocasión era ella quien se había quedado con el fuego del deseo en su cuerpo.

Definitivamente ella volvería a estar en su lecho. No sabía cuando, pero ella terminaría cediendo.

BELLA

Bella no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, ¿Qué hacía su amiga allí? Iba vestida como empleada y portando un cubo de agua como no hace mucho ella misma había hecho exactamente del mismo modo, ¡Incluso era la misma vestimenta que ella había llevado! Podría ser hasta el mismo vestido ahora que lo pensaba.

—¿Bella? —exclamó Alma al verla y a Bella no le pasó desapercibido su rostro pálido acompañado de enormes bolsas oscuras bajo los ojos y estos lo suficientemente rojos para delatar las lágrimas que habían derramado—. ¡Es cierto que estáis aquí! —gritó dejando el cubo en el suelo y lanzándose a sus brazos como si realmente lo necesitara.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Bella—. ¿Por qué estáis en el castillo vestida como empleada? —añadió temiendo la respuesta.

Ella misma estaba en esa situación por haber tratado de evitar que precisamente su amiga terminara en ese lugar, sería irónico que después de todo el sacrificio que hizo su padre por la familia de Alma, también terminara en el castillo a merced de la Bestia.

—Porque soy una empleada Bella —admitió cabizbaja y percibió que las lágrimas salían de sus ojos como si no aceptara el hecho.

Bella alzó la vista y pudo ver que no había nadie cerca, así que cogió a Alma de la mano y la arrastro hasta el único sitio donde sabia que estarían a solas; la biblioteca. Nada más entrar cerró la puerta y se abrazó a ella fuertemente como si de ese modo pudiera darle ánimos.

—Cuéntame que ha pasado —demandó una vez que se separó lentamente y observó que su amiga no dejaba de derramar lágrimas mientras sollozaba de tristeza.

Era evidente que no estaba allí por su propia voluntad, o al menos si lo estaba le generaba demasiado desazón el hecho de haber tenido que abandonar su hogar.

—Las cosas en casa no estaban bien —comenzó a decir mientras se limpiaba las lágrimas —. Tras morir padre nos enteramos de que había tenido muchas deudas y que por suerte habían sido saldadas aunque no sabemos como, pero todo el dinero que había lo invirtió en material de trabajo pensando que de ese modo se recuperaría, sin dejar ni siquiera un poco para los gastos del hogar —continuó mientras se apoyaba sobre una de las mesas como si no pudiera sostener su cuerpo—. Tratamos de sobrevivir vendiendo algunos de esos materiales, pero fue bastante difícil

así que tuvimos que malvender muchas cosas y la gente se aprovecha cuando sabe que tienes necesidad. —De nuevo sus lágrimas volvieron como si no fuera capaz de evitarlo.

—Tranquila Alma —mencionó Bella acercándose y limpiando su rostro con el dorso de su vestido—. ¿Decidiste venir a trabajar aquí para ayudar a tu familia? —preguntó pensando que tal vez ella habría tomado la misma decisión que hizo ella, sin añadir que el dinero que su padre había obtenido provenía del suyo propio, pero maldiciendo que aquel hombre tuviera tan poca cabeza, aunque era cierto que nunca pensó que fuera a morir de forma repentina dejando a su familia en la miseria.

—No —negó rompiéndose por dentro y dejándose caer sobre el pecho de Bella que acariciaba su cuello—. Ellas me obligaron, mis hermanas me trajeron hasta aquí a pesar de mi reticencia y me entregaron a ese hombre que les dio una bolsa de oro a cambio de mis servicios en este castillo durante cuarenta años… ¡Seré vieja cuando salga de aquí!, ¡Alair jamás me esperará tanto tiempo! —sollozó y Bella comprendió lo que había sucedido.

¿Cómo podían haberle hecho eso sus propias hermanas?, ¿Qué clase de familia entregaba a un miembro que reusaba para condenarle de por vida?

—¿Te obligaron? —exclamó consternada y enfurecida al mismo tiempo.

—Te vieron ayer en el pueblo, dijeron que ibas con buenos ropajes y en tu propio caballo, alguien mencionó que el hombre que te acompañaba era el señor del castillo y dijeron que no sería tan malo servir aquí. A cambio, ellas obtendrían mucho dinero para una buena dote y así poder casarse, dote que padre nunca les dio porque se gastó todo en el negocio. Ellas serán felices y yo… yo seré vieja y estaré sola cuando salga de aquí.

La tristeza recorrió a Bella, en su caso ella siempre había confiado en que algún día padre la sacaría de ese lugar, lograría recuperarse y reunir el dinero que requería saldar aquella deuda. Quizá tendría que estar varios años, pero no toda su vida como Alma pensaba que haría.

—¿Y Alair? —preguntó pensando en si el chico podría ayudarla.

—Ni siquiera sabe que estoy aquí —sollozó con los ojos rojos—. Ellas me trajeron sin que me diera tiempo a despedirme. Determinaron que entregarme a la Bestia era lo mejor para todos sin considerar mi opinión o mi voluntad. Ni tan siquiera me escucharon cuando me negué a ello, me dijeron que era la pequeña y me debía sacrificar por la familia —insistió con nostalgia —. Incluso insinuaron que si eráis la querida del señor del castillo, yo también podría serlo y las cosas me podrían ir muy bien teniendo los mismos privilegios —añadió con la voz medio rota—. Yo no quiero ser su amante Bella, yo solo quiero estar con Alair, incluso habíamos planeado casarnos algún día y… —Su voz se apagó porque el llanto evitó que continuara hablando.

En aquel momento Bella sintió la cólera en su sangre. No le extrañaba que pudieran pensar aquello sobre ella, puesto que había llegado a esa conclusión en el momento que se

adentró en el pueblo vestida de esa forma, con su propio caballo junto al amo y señor del castillo, pero el hecho de que incitaran a la pobre Alma a entregarse a la Bestia como si eso fuera lo mejor que podría obtener, le parecía mezquino y egoísta, puesto que lo hacían solo por su propia codicia, mientras que les daba absolutamente igual lo que pudiera sufrir su hermana menor.

—Vuestras hermanas erraron en demasiadas conclusiones, para empezar no soy la amante del señor del castillo y os aseguro que vos tampoco lo seréis, así que no debéis preocuparos por ello —alegó con una confianza que desconocía que tenía.

—¿De verdad? —preguntó esperanzada.

—De verdad —afirmó Bella.

—Pero entonces, ¿Por qué debo limpiar su habitación y atender todas sus comidas yo sola?, ¿Y porqué debo asistirle esta noche mientras toma su baño?, ¡Yo nunca he estado con un hombre a solas!, ¡Y menos aún desnudo! No sé ni qué hay que hacer y tengo miedo de que pueda hacerme algo y que… —La voz de Alma se acalló para mirar a los ojos de Bella con el temor que ella misma tuvo tiempo atrás.

Bella sintió la ira en sus entrañas y pensó que Alma correría el mismo destino que ella misma había sufrido. Haría exactamente las mismas cosas que ella hizo y si se remitía a los hechos, él trataría de hacerle lo mismo a su amiga. ¿Acaso pretendería llevarla a su lecho como lo hizo con ella?, ¿Jugaría del mismo modo con Alma como hizo con ella? De ningún modo pensaba permitirlo. Bajo ningún concepto permitiría que corrompiera la voluntad y virginidad de su mejor amiga para que ésta se sintiera tan culpable como lo hizo ella.

—Yo lo haré por ti —puntualizó no siendo consciente de lo que eso implicaba—. Le asistiré esta noche.

Era mejor no pensar en esa piel bronceada y desnuda bajo el agua o recordaría ese beso que él le había dado y que ella había correspondido la noche anterior.

Pensar en ello le llevó al momento en que él se apartó bruscamente y se marchó. ¿Tal vez se había cansado de ella ahora que había otra mujer joven en el castillo con quien entretenerse? Si era así no permitiría que se acercara a Alma, no sabía como, pero la protegería a toda costa de la Bestia y de sus ojos verdes.

32
BELLA

No pudo retener más tiempo a Alma, al menos el que le hubiera gustado puesto que el señor Charles las descubrió al tratar de buscarla y le indicó que si la estancia del señor del castillo no estaba lista para su regreso éste se enfadaría. Ella conocía muy bien cuáles eran ese tipo de enfados y castigos severos que le implicaría a su amiga, así que trató de ofrecerse a ayudarla, pero el señor Charles se lo impidió tajantemente indicándole que su deber estaba en la biblioteca y que el señor de la Rose había indicado que su labor seria exclusivamente aquella hasta que la finalizara.

¿De verdad la relegaba a ordenar libros en lugar de ayudar en el castillo? Era evidente que estaba recuperada y ciertamente no sabía porqué le prohibía realizar las mismas tareas que antaño le obligaba a hacer de forma desmedida. ¿Qué había cambiado?, ¿Por qué ya no quería que se encargara de sus tareas personales?, ¿Acaso se había cansado? La llegada de Alma no cambiaba ese hecho, aunque si suplía su anterior cargo, pero durante días e incluso semanas, a ella le habían prohibido realizar su antiguo trabajo. En primera instancia pensó que se trataba por haber estado al borde de la muerte e incluso por un leve instante llego a creer que podía ser cierta culpabilidad al castigarla desmesuradamente, pero conforme pasaron los días había determinado que aquello solo tendría una finalidad, solo que la noche anterior tras dejarle clara su posición y marcharse después de aquel intenso beso no tenía nada claro. Cada vez estaba más lejos de conocer al hombre que había tras aquella máscara de frialdad y parecía menos distante por muy ilógico que eso pareciera. Se había comportado de una manera extraña hacia ella, tratándola como su invitada y no como su sirvienta, sin inmutarse en el hecho de que aún le debía una cuantiosa deuda, sino que muy al contrario la deleitaba con grandes lujos como sus ropas, joyas o la propia estancia además de manjares a la mesa sin esperar nada a cambio, al menos nada que ella supiera.

¿Qué quería realmente de ella? En un principio había admitido que la quería a ella en su lecho, pero tras negarse él no pareció enfurecido, ni extrañado, ni mucho menos contrariado como en tantas ocasiones en las que se había revelado contra él. ¿Quién era ese hombre?, ¿Por

qué actuaba con ella de aquel modo?, ¿Acaso conocer sus orígenes había cambiado su forma de verla? Dudaba que el hecho de ser la hija de un simple carpintero por más honrado y honorable que fuera el oficio cambiara el hecho de que aún estaba a su servicio.

Sus incontables preguntas no hallarían una respuesta por más que lo deseara, así que solo esperó que Alma no tuviera ningún enfrentamiento con la Bestia porque decidiera ensañarse con ella.

A pesar de su determinación conforme pasaba el resto del día, cada vez estaba más convencida de que él pondría el grito en el cielo cuando viera que era ella quien le atendía en lugar de la nueva doncella, sobre todo porque no había sido su orden expresa. Podía soportarlo. Si había logrado vivir a sus amenazas, su intento de ahogarla, sus castigos severos llevando cadenas, noches en la celda del castigo, pasar hambre y sufrir por haberse dejado arrastrar por su propio deseo hacia su carne, podría soportar de nuevo sus gritos y plantarle cara. Saberlo era una cosa, pero hacerse a la idea era otra muy diferente, así que conforme avanzaba el día y el sol se ponía en el horizonte, comenzaba a estar nerviosa. Ya no estaba tan segura como en el instante en que afirmó a su amiga que no se preocupara, ¿En qué momento pudo pensar que podría ser una buena idea?, ¿Por qué razón pensó que ella era mejor mártir para la Bestia que su propia amiga? Quizá porque había pasado por la misma ingenuidad y miedo que la propia Alma, además de que su situación era demasiado diferente puesto que su amiga no estaba allí por voluntad propia, sino obligada.

Precisamente por su amistad se había visto forzada a tener que ofrecer sus servicios en el castillo en lugar de llevar una vida holgada en casa, pero ella no podía conocer el destino cuando convenció a padre de ayudar a otra familia en una situación desamparada y menos aún en que la desdicha caería finalmente sobre ambas. La mala suerte así lo había querido y quizá pudiera aprender una lección de todo aquello; sería más fuerte, más tenaz y desde luego mucho menos ingenua de lo que era cuando cruzó las puertas del castillo.

A la hora que había acordado con Alma se adentró en el cuarto de aseo de la planta baja que tan bien conocía y vio a su amiga cargando cubos de agua desde el pozo exterior mientras un par de ellos se calentaban en el fuego.

Le sorprendió ver las dimensiones de la nueva bañera, ¡Era enorme! No se parecía en nada a la que había utilizado la última vez que ella le había atendido y llenarla implicaría el doble de trabajo. ¿Para qué quería ese hombre una bañera tan grande? Aunque si tenía en cuenta la altura y musculatura formidable de la cual era mejor no pensar en ella, quizá no le extrañaba que quisiera sentirse holgado mientras se daba un baño, a pesar de que eso implicara mucho más trabajo tanto para llenarla como para vaciarla. ¿Acaso podría importarle a la Bestia el trabajo y esfuerzo que aquello requería para sus sirvientes? Estaba claro que sería lo último en lo que él

pensara.

—¿Tuvisteis que hacer esto sola? —preguntó Alma casi sin aliento después de haber volcado al menos veinte cubos sobre la tina y ni siquiera alcanzaba un tercio.

—Si —afirmó Bella descolgando la olla de hierro fundido que se calentaba en el fuego con cuidado y volcándola sobre la bañera para calentar el agua fría que Alma había vertido mientras repetía de nuevo el proceso hasta conseguir llenarla con la temperatura adecuada.

—Debió ser terrible —asumió frotándose la frente.

Era evidente su cansancio, más aún si no estaba acostumbrada a las tareas y apenas había descansado, pero al menos la veía con mejor ánimo que esa mañana.

—Había que hacerlo —terció Bella encogiéndose de hombros—. Será mejor que nos demos prisa antes de que llegue y os descubra aquí, si debe pagar con alguien su ira que al menos no sea con vos.

—¿Tan malo es verdaderamente? —exclamó Alma—. ¿Es realmente una Bestia? —añadió consternada.

—En otro momento os contaré hasta donde puede llegar su ira, pero no temáis por eso ahora, haré todo cuanto esté en mi mano para que no os haga nada —contestó ferozmente asegurándose de que su amiga no corriera su misma suerte, ni sufriera los mismos castigos.

—Durante el almuerzo fue algo tosco y distante, pero había esperado encontrarme a un ogro así que podría decirse que casi sentí alivio de que no me gritara o escupiera fuego como había imaginado —susurró en voz baja como si temiera que alguien la escuchara.

—¿Y que impresión os causó? —Quiso saber Bella.

De algún modo quería comprender si esa sensación vibrante que ella sintió cuando le vio por primera vez también la había sentido su amiga, sino era producto de su imaginación o algo que solo le afectaba a ella, sino que causaba el mismo efecto en cualquier mujer que le viera.

—¿A qué os referís? —preguntó Alma alzando una ceja.

—Fue tosco y distante, pero… ¿Trato de averiguar algo de vos?, ¿Os hizo alguna pregunta personal?, ¿Qué os pareció su aspecto?, ¿Qué efecto os causó? —Bella sabía que su retahíla de preguntas carecía de sentido en su gran mayoría, pero tenía la confianza suficiente con Alma para preguntarle todas ellas sin sentir ningún remordimiento de conciencia.

—No me preguntó nada, ¿Suele hacerlo? —preguntó inocentemente—. En realidad, es joven y muy apuesto si no fuera por ese porte altivo con el que permaneció todo el almuerzo, sin duda alguna prefiero a Alair —añadió ensoñadora—, aunque probablemente se cansará de esperarme y encontrará a otra.

La tristeza en sus palabras hizo que dejara de contestar a las preguntas que Bella le había

indicado y con la amenaza de las lágrimas en sus ojos, la obligó a retirarse para terminar ella el trabajo. Aún le quedaba media bañera por llenar, por lo que mientras se calentaba el agua siguió acarreando cubos desde el pozo conforme sentía que el esfuerzo renovaba de nuevo sus energías y fortalecía su espíritu, había permanecido demasiado tiempo ociosa y ahora lo percibía notoriamente. En el momento que vertió el último caldero con agua hirviendo, escuchó como la puerta se abría y dejó suavemente el recipiente sobre el suelo de madera pensando que el enfurecimiento no tardaría en llegar al rostro de la Bestia.

No le había visto desde la noche anterior, por una u otra razón no habían coincidido durante todo el día, también era cierto que ella permanecía recluida en la biblioteca o su habitación y Megan le llevaba el almuerzo y la cena si no pasaba por la cocina, de forma que era casi imposible haberse cruzado con el dueño del castillo teniendo presente que ocupaban habitaciones en las alas opuestas.

—Reconozco que no eráis vos a quien esperaba encontrar aquí —Su voz sonaba suave, incluso más grave de lo que recordaba, pero sin duda no parecía enfurecido o enfadado, sino que cerró la puerta y se dejó caer sobre ella cruzándose de brazos sin dejar de observarla.

—Sé perfectamente a quien esperabais encontrar aquí —respondió enfrentándole.

¡Maldita sea!, ¿Porqué debía ser tan apuesto?, ¿Por qué encontraba aquella forma de mirarla irresistible?

No.

Sus pensamientos solo se debían al calor que había sentido la noche pasada por el vino y ese funesto beso que la había desestabilizado. Sería mejor pensar en todo lo malo que él le había hecho, en su comportamiento irascible y fuera de toda razón además del dolor que le había infringido.

—¿Y habéis decidido ocupar su puesto? —exclamó sin ejercer ningún tipo de movimiento—. Os he relegado de vuestras tareas como sirvienta, pero parecéis insistir en regresar a ellas.

—Si lo preferís, podéis asistiros en solitario —puntualizó Bella retándole.

Casi prefería marcharse de allí en lugar de recorrer con sus manos aquel cuerpo que le haría tener unos recuerdos poco deseables.

—Si os vais, llamaré a la nueva doncella, la misma que tan gratamente parecéis querer sustituir, ¿Por qué? —Esta vez se acercó a ella, lo hizo de forma suave caminando lentamente como si quisiera intimidarla.

—No permitiré que le hagáis lo mismo que me hicisteis a mi —contestó sin ninguna reserva.

No le importaba decírselo a la cara, es más, prefería hacerlo para que fuera consciente de que sabía cuáles eran sus intenciones y pensaba evitarlas a toda costa fuera como fuera.

—Así que se trata de eso… —mencionó rodando los ojos y dándose la vuelta Por un momento Bella pensó que se marcharía, pero en lugar de eso comenzó a desvestirse frente a ella y aquella piel curtida iluminó sus ojos recorriendo su cuerpo sin evitar reparar en cada detalle que poseía—. Quitaos el vestido o terminareis completamente empapada, esta bañera es mucho más grande que la última en la que me asististeis.

¿Desnudarse?, ¿Acaso estaba loco?, ¿De verdad creía que haría tal cosa?

—Correré ese riesgo, pero no pienso quitarme ni una sola prenda —rugió ella con temperamento.

—Esas prendas que lleváis os las he proporcionado yo y por lo tanto son mías, igual que os las he dado os pido que os las quitéis —contestó de buen agrado—. Aunque si no estáis conforme podéis volver a vuestros aposentos y de camino llamar a esa nueva doncella para que venga a asistirme como debería estar haciendo.

Bella apretó los dientes fuertemente porque de lo contrario sabía que gritaría de pura rabia. ¿En qué momento pensó que podría ganarle a esa Bestia la batalla? Él se saldría siempre con la suya y lo peor de todo es que sabía perfectamente que cumpliría al pie de la letra cada palabra.

Con evidente furia, casi arrancó las cintas del vestido que ajustaban la prenda a su cuerpo y este cayó al suelo en cuanto deslizó las mangas, revelando su camisa interior blanca que apenas la protegía de la desnudez completa frente a ese hombre.

Alzó la vista y comprobó que se estaba introduciendo en la bañera completamente desnudo, así que dirigió su vista hacia otro lado y vio la banqueta con los paños y el jabón necesarios. Fue hasta ella y la acercó quedándose de rodillas en su espalda. Ni tan siquiera le había pedido que comenzara, pero ella deseaba acabar con aquello cuanto antes, así que hundió el paño en el agua y después lo enjabonó más de la cuenta demorando el momento en que tocara su cuerpo hasta que fue inevitable y comenzó a trazar una línea en su nuca bajando por sus hombros hacia su pecho.

No quería sentir. No quería revivir lo mismo que la última vez y menos aún quería que su estómago volviera a tener esas mariposas revoloteando en su interior como oleadas de calor que se incrementaban conforme seguía acariciando ese torso musculado y bien formado. ¡Por todos los Dioses!, ¿Por qué sentía que le iba a dar un vuelco el corazón en cualquier instante? Su cuerpo estaba en completa tensión y meramente expectante, como si reaccionara ante la vibración y el calor que emitía aquel hombre. En cuanto rodeó la bañera se percató de lo que él le había advertido previamente, era demasiado grande y tenía que inclinarse tanto que su pecho

tocaba el agua mojándola por completo. En cuanto giró el rostro para coger el jabón de nuevo sintió como la agarraba de la cintura y antes de darse cuenta el calor del agua caliente empapaba sus piernas hasta su abdomen.

—Ahora tendréis un mayor acceso —terció ante la mudez de sus palabras con esa mirada tan verde e intensa que resecaba su garganta.

33
BELLA

Bella sentía que su cuerpo se había paralizado y no reaccionaba, realmente no sabía si era por la repentina cercanía, el hecho de verse junto a él dentro de aquella gran bañera o por el atrevimiento que había tenido al alzarla rápidamente antes de que pudiera darse cuenta o protestar por ello. Tal vez fuera el modo en que la miraba lo que hacía que no fuera capaz de pronunciar ninguna palabra al igual que le resultaba imposible hacer algún movimiento como si se hubiera quedado completamente estática.

En su mente se repetía una y otra vez aquella última frase donde le mencionaba que tendría un mayor acceso a su cuerpo de esa forma. ¿Acaso era una invitación?, ¿Qué clase de hombre metería en su bañera a su doncella sin ninguna intención? Bien era cierto que la bañera era enorme, pero jamás habría pensado que alguien como la Bestia querría compartir tal placer con su sirvienta.

Su cuerpo se inclinó hacia atrás, consciente de que le separaba demasiada poca distancia y eso le suponía un peligro a su propia moral. No debía estar ahí dentro, simplemente estaba mal mirándolo desde cualquier tipo de circunstancia.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó alejándose cada vez más de él.

Quería saber realmente sus intenciones o más bien las exigía porque cada vez era más ignorante respecto a ese hombre.

—Obviamente para vuestra comodidad y la mía, por supuesto —contestó rápidamente simulando una sonrisa o lo que a ella le pareció una preciosa sonrisa.

—No está bien. Soy vuestra sirvienta y como tal no debería compartir el baño con el señor al que debo atender —agregó tratando de alzarse, pero fue consciente de que su camisa interior se transparentaba por completo con el agua y volvió a dejarse caer sintiéndose demasiado cohibida al ver como se pegaba a su cuerpo.

—Os recuerdo que no os pedí que lo hicierais puesto que había otra sirvienta del castillo que debía hacerlo, pero os ofrecisteis en su lugar así que continuad vuestra labor o llamaré a esa nueva criada para que ocupe vuestro puesto.

La fiereza con que Bella le observó no debió pasar desapercibida para él, aunque no pareció afectarle puesto que la seguía mirando del mismo modo como si estuviera esperando una reacción por su parte. ¿Cuáles eran sus opciones?, ¿De verdad estaba dispuesta a marcharse a sabiendas de que su amiga ocuparía su lugar dentro de esa bañera?, ¿Sería capaz de hacerle algo a ella? Ciertamente muy a su pesar, tenía que reconocer que él jamás la había forzado a nada, sino que ella misma se había entregado a él por voluntad propia y eso es lo que más la martirizaba, pero no podía ni pensar en la imagen de Alma cerca de él.

No sabía porqué, pero no lo soportaba.

Tal vez debía terminar cuanto antes para que al fin la dejara marcharse, si tenía en cuenta como había ido la última vez que estuvo en aquella habitación incluso le gritó que se marchase.

—Sois cruel —bufó incapaz de acallarlo en sus labios.

—Y vos demasiado necia para admitir lo que sentís —contestó sorprendiéndola.

¿Lo que sentía?, ¿A qué se refería? Ella solo sentía rechazo hacia él por todo lo que le había hecho, eso era lo único que debía sentir.

—¿Os referís a mi rechazo hacia vos? —exclamó retándole.

Si creía que podía tener un sentimiento hacia él que no fuera ese, pensaba dejárselo muy claro.

—Desde luego —sonrió seguro de sí mismo y ella vio como abría sus brazos para dejarlos caer a ambos lados de los bordes de la bañera aún más relajado—. ¿Preferís seguir hablando? Porque el agua se enfriará a este paso…

¿De donde nacía esa nueva paciencia que parecía gastar en ella? Tiempo atrás habría sido una orden clara y directa acompañada de una severa amenaza, ahora simplemente la invitaba a realizar su trabajo de un modo ligero que incluso podía declinar dada la forma en que lo expresaba.

Muy a su pesar comenzó a enjabonarlo empezando por una de sus piernas para mantenerse alejada, pero pronto tuvo que acercarse más de lo que deseaba para llegar a sus brazos y finalmente de nuevo a su pecho, donde por más que quisiera le era imposible mantenerse a una distancia prudencial para alcanzarle. Cada vez sentía más calor y no sabía si era por la temperatura del agua, el vapor que ésta generaba o que la habitación estaba demasiado cálida, pero notaba como su respiración se agitaba y su pulso iba más rápido conforme sentía las palpitaciones de su corazón aceleradas. El hecho de que él observara cada uno de sus movimientos no ayudaba, es más, la contrariaba como si creyera que en cualquier momento le sacaría alguna falta para reprenderla, tal vez era la vieja costumbre del pasado la que hacía que pensara de ese modo. En el momento en que el paño se perdió bajo su pecho introduciéndose en

el agua hasta rozar su cintura, percibió que algo la alteraba, como si el simple hecho de acercarse a esa zona la turbara.

—¿Acaso pensáis deteneros? —puntualizó cuando se detuvo bajo su ombligo.

¿La estaba retando?, ¿Por eso tenía ese brillo en sus ojos? Se mordió el labio indecisa, ¿Hasta donde estaba dispuesto a llegar ese hombre para hacerla sentir incómoda? Era evidente que se burlaba de ella, probablemente por la inquietud que le daba el hecho de estar junto a él en aquella intimidad que solo dos amantes compartirían, pero si su intención era que saliera corriendo por no poder soportarlo estaba demasiado equivocado, así que sin pensar detenidamente lo que hacía, bajó el paño hasta rozar su entrepierna y le miró a los ojos creyendo que así percibiría una sorpresa equívoca en ellos.

—En absoluto —contestó altiva.

—Definitivamente sois demasiado necia —rugió conforme una de las manos de la Bestia se entrelazaba tras su nuca acercándola hasta él conforme poseía sus labios.

Bella percibió la necesidad en aquel beso que demandaba fuertemente una respuesta. Había pasión, ferocidad y absoluta firmeza en aquellos labios que atrapaban los suyos con vehemencia. Sintió como la otra mano rodeaba su cintura acercándola a su cuerpo y quedando atrapada firmemente a la vez que de forma inconsciente su boca respondía a la suya ante la absoluta sensación de necesidad que sentía proveniente de aquel beso.

¿Por qué le resultaba tan extremadamente delicioso?, ¿Por qué su cuerpo respondía de aquel modo?

Sus manos habían quedado atrapadas entre su cuerpo y el suyo conforme él abría con su boca la suya para jugar con su lengua en un baile sensual demasiado placentero incluso para admitirlo. No podía ser posible que aquella Bestia besara tan sumamente bien, ¿Acaso podía olvidarlo alguna vez? Podría tratar de rechazarle todo lo posible, pero su cuerpo se derretía ante sus caricias no obedeciendo a su razón, incluso se escuchó a sí misma gemir ante el inminente roce de aquellos labios mordiendo los suyos suavemente.

Sus manos bajaron lentamente acariciando su cintura, presionándola aún más contra su cuerpo y entonces sintió el roce de su entrepierna en su muslo, provocando que fuera realmente consciente de lo que iba a suceder si no detenía aquello.

—No puedo —dijo alejándose de aquellos labios creados para pecar incluso traicionando su propio juicio mental—. No puedo hacerlo —repitió como si con sus palabras tratara de convencerse a sí misma conforme se alejaba de él y se erguía sin importarle que la viera prácticamente desnuda.

Bella ni tan siquiera reparó en su aspecto, en que su cuerpo dejaba un rastro de agua

intermitente por el largo pasillo, las escaleras y el corredor que llevaba hasta su alcoba, simplemente había agarrado su vestido presionándolo contra su cuerpo mientras corría descalza huyendo de aquel lugar que le provocaba sensaciones que se negaba a escuchar.

Un segundo más, un solo instante y estaba completamente segura de haberse dejado arrastrar por esas maravillosas sensaciones que él le provocaba. No entendía porque su cuerpo se rendía ante él, porque perdía su templanza y firmeza de negación ante una sola caricia. ¿Qué poder tenía esa Bestia sobre ella para hacer algo así? No quería comprenderlo, era mejor negarlo antes que reconocer que él la seducía. Admitir que se sentía realmente atraída por ese hombre la abrumaba hasta niveles inimaginables porque se había propuesto odiarlo, de hecho, le odiaba. ¡Si!, ¡Ella lo detestaba!, ¿Y entonces porqué su cuerpo la traicionaba de ese modo?, ¿Por qué todo dejaba de importar en cuanto la rozaba o la miraba con esos inescrutables ojos verdes que emitían una pasión incontrolada? Solo eran sus imaginaciones o tal vez lo que ella sentía en su mirada, pero ciertamente la turbaba. Ya le había ocurrido tiempo atrás, esa forma de mirarla, de acercarse a ella, de observarla… Había caído en sus redes como una ilusa entregándose a él sin reservas para después darse cuenta de que solo era una simple muñeca en sus manos. ¿Iba a repetir la misma historia?, ¿De verdad estaba dispuesta a sufrir las mismas consecuencias y martirizarse por ser tan crédula? Realmente había una diferencia muy grande entre la Bella recién llegada y la de ahora, ella sabía que solo deseaba su cuerpo y tras poseerlo la echaría de su lecho.

Jamás podría admitir ser su amante por más que aquellos besos la derritieran por dentro y no pudiera dejar de pensar en ellos. El simple hecho de lo ocurrido hacía que su cuerpo no cesara de temblar, que sus nervios fueran imposibles de calmar y es que había estado a punto de entregarse a él por voluntad propia de nuevo, seducida por esa cándida boca que la atrapaba y esa mirada reluciente que la obnubilaba. ¿Cómo podía su mente olvidar todo lo que él le había infringido? Sus castigos severos, sus desplantes, su autoridad… Era como si todo se evaporase cuando él tocaba sus labios de aquel modo tan suave y demandante.

Su cuerpo aún permanecía en tensión, como si creyera que en cualquier momento iría a buscarla a pesar de haberse negado y huido de aquel lugar, entonces por su mente pasó la idea de que pudiera llamar a Alma para que acabase con el trabajo que ella había dejado a medias, pero lo desechó rápidamente teniendo en cuenta que él ya estaba dentro de aquella bañera. Pasó largo tiempo con la ropa interior mojada y estrechando el vestido contra su pecho como única fuente de calor, hasta que sintió el frío en su cuerpo y entonces dio varios pasos para calentarse acercándose al fuego. Era incapaz de apartar la vista de aquella puerta, ¿Qué sucedería si él decidía acudir a su habitación?, ¿Podría reclamarle haber huido sin terminar su labor? Conforme pasó el tiempo sus músculos se relajaron poco a poco, probablemente inducidos por el candente

fuego que los entumecía después de tanta tensión hasta que varias horas más tarde concluyó que él no la visitaría, que no la reclamaría y aunque este hecho definitivamente debería complacerla por alguna razón era incapaz de conciliar el sueño pensando que estaría pasando por la mente de la Bestia en aquellos instantes.

¿Lo dejaría estar?, ¿Volvería a tratar de besarla en otro momento?, ¿Se habría cansado y por el contrario intentaría focalizar su atención en otra mujer como por ejemplo su mejor amiga? No lo descartaba, es más, tenía por seguro que la finalidad de aquel baño y que Alma le atendiera no era otra que esa y saberlo le molestaba.

Necesitaba distraerse, no sabía cuantas horas faltarían para que el sol hiciera su aparición en un nuevo día, pero definitivamente ella tenía que distraer su mente o enloquecería. Había sido un error no dejar uno o varios libros en su habitación, quizá no lo hizo por temor a que pudieran reprenderla a pesar de que era poco probable que alguien se diera cuenta, pero definitivamente necesitaba una buena historia que la sedujera para abstraerse de sus pensamientos cada vez más abruptos que no la dejaban conciliar el sueño.

En cuanto puso un pie fuera de la puerta de su habitación se limitó a escuchar el silencio en plena oscuridad. Los candiles y velas habían sido apagados desde el momento en que ella había regresado corriendo del baño y se preguntó si alguien habría limpiado el desastre de agua que ella habría derramado. Lo más probable es que Agnès o alguna otra doncella hubiera tenido que levantarse para hacerlo, eso la hizo sentirse culpable al dar aún más trabajo, pero con el corazón encogido caminó lentamente y comprobó que el agua se había secado o verdaderamente alguien lo había limpiado a pesar de no haber escuchado ni un solo ruido cerca de su alcoba. Deslizó sus pies lentamente para no hacer ruido por las escaleras hasta llegar a la biblioteca y cerró sigilosamente la puerta. Había pasado tanto tiempo en ese lugar que conocía perfectamente el estante al que debía acudir según la temática que deseaba encontrar. Había apartado los libros de historias que había ido encontrando a su paso acumulándolos en una de las mesas centrales y debía reconocer que había leído unos cuantos, sin entretenerse demasiado cogería un par de ellos sin leer el título esperando que alguno la atrapara de lleno. Depositó el candil sobre una pila de libros y se dirigió hacia los que sabía que no había leído puesto que eran los últimos que había depositado sobre la gran mesa, cogió un par de ellos al azar y cuando los tuvo en sus manos sintió como la puerta que ella misma había cerrado tan solo dos segundos atrás se abría de nuevo ante la oscuridad.

Su respiración se contrajo, ¿Quién podría ir allí a esas horas?, ¿Tal vez alguien la había visto entrar?

—¿Quién hay ahí? —preguntó entre nerviosa y asustada al mismo tiempo.

¿Podría ser el señor Charles supervisando a deshoras el lugar?, ¿Quizá uno de los

sirvientes a pesar de no tener permiso para entrar en la biblioteca?

Su pregunta no fue respondida, sino que sintió los pasos de aquel individuo acercándose hacia ella en la más estricta oscuridad hasta que su pequeño candil fue suficiente para verter luz sobre la imponente figura de la Bestia que se acercaba a ella con semblante serio, pero sin dejar de observarla fijamente.

—Imaginé que os encontraría aquí —mencionó enfrentándola y ella agarró con sus manos fuertemente la mesa que había a su espalda sintiendo que no tenía escapatoria. Se había acercado demasiado a ella, la fragancia del perfume de aquel jabón con el que hacía unas escasas horas lo había embadurnado ella misma inundaba ahora sus sentidos—. ¿Queréis saber porqué lo sé? —añadió ante la mudez de su garganta incapaz de razonar dos palabras.

—¿Por qué? —preguntó simplemente porque era incapaz de dar coherencia a sus pensamientos, aunque también sentía cierta curiosidad por la respuesta que podría otorgarle.

Estaba aturdida y no por el hecho de encontrarse a solas en aquel lugar junto a él, sino porque el calor que embriagaba su cuerpo la dejaba sin aliento con aquella fragancia, con el modo en que la miraba y con aquella voz ronca en la que le hablaba.

—Ninguno de los dos puede dormir porque nos ocurre exactamente lo mismo —aclaró acercándose aún más a su cuerpo y Bella sintió el roce de su ropa con la suya a través de su cuerpo.

Percibía su aliento, su voz cargada de algo inexplicable pero que sentía como la quemaba por dentro y por más que quisiera negarlo lo único cierto es que no podía dejar de imaginar aquellos labios besándola de nuevo. Fue entonces cuando comprendió que acababa de decir que él tampoco podía dormir, ¿A que se refería exactamente?

—¿Lo mismo? —replicó siendo incapaz de creer que él se comparase con ella.

—Vuestro cuerpo reclama al mío como el mío al vuestro —jadeó antes de rozar sus labios emitiendo un leve jadeo—. Sentís el calor consumiéndoos y negarlo solo empeorará las cosas para ambos —añadió antes de poseer sus labios abiertamente provocando que ella se rindiera sin reservas.

34
BELLA

Su cuerpo parecía refulgir un fuego que la abrasaba por dentro conforme se derretía ante el tacto de sus manos sosteniendo su cuerpo. La había agarrado firmemente de la cintura mientras devoraba sus labios en un beso tan posesivo que ni ella misma era consciente de que respondía con el mismo ahínco y fervor que reclamaban.

¿Verdaderamente tenía razón?, ¿Su desvelo era porque su cuerpo reclamaba el suyo? A juzgar por la respuesta que había tenido al mínimo roce definitivamente sabía que era cierto, pero rendirse a él por completo iba en contra de sus principios, pero… ¿Cuánto tiempo más iba a poder resistir negando la evidencia? Ella le odiaba, si. Estaba segura de que lo detestaba con todas sus fuerzas y rechazaba cualquier cosa proveniente de ese hombre, cualquier cosa salvo su cuerpo y la forma en que la tocaba. No sabía porqué. Ni pretendía averiguarlo, seguramente jamás hallaría la causa en caso de intentarlo, pero existía algún poder en ese hombre que magnetizaba su cuerpo atrayéndola de un modo peculiar y extraño a pesar de que sus pensamientos tuvieran la dirección contraria.

El sabor de su boca la inundó cuando su lengua se atrevió a entrar en su cavidad fundiéndose con la suya propia, provocando que gimiera en sus labios ante aquel contacto tan íntimo lleno de placer y suavidad al mismo tiempo. Degustaba su esencia a la par que su olor penetraba cada vez más en sus fosas nasales ahondando profundamente en sus pensamientos y arrasando cualquier vestigio de duda que aún quedara en su conciencia.

Aquellos labios candentes abandonaron sutilmente su boca dejándola con ganas de más, ansiando de nuevo su contacto, pero comenzaron a descender hacia su cuello paulatinamente, llegando hasta su oreja y mordisqueándola suavemente.

—Vuestro olor me enloquece —susurró débilmente y Bella sintió como su cuerpo se estremecía ante aquella voz rota en su oído jadeando en medio de aquella tenue oscuridad—. Os deseo… fervientemente.

Antes de que Bella pudiera replicar ante aquellas palabras sintió como apresaba de nuevo sus labios rápidamente para acallar cualquier tipo de respuesta, ya fuera esta una protesta o no,

simplemente la poseyó con más ímpetu que antes dejando muy claro que las palabras que acababa de recitar eran ciertas. Sintió como sus pies se elevaban del suelo y quedaba parcialmente sentada sobre aquella mesa llena de libros provocando que más de uno cayera al suelo. El fuerte sonido que crearon en el más absoluto silencio salvo por los leves gemidos de sus besos hizo que él se apartara levemente de ella y la poca luz procedente del candil que había portado Bella dejó de alumbrarles cuando él lo apagó de un solo movimiento.

La oscuridad se cernió sobre la biblioteca, apenas se filtraba unos hilos de claridad procedente de la luna a través de los grandes ventanales. Sin saber porqué había hecho tal cosa, sintió como la acogía entre sus brazos y por instinto se agarró a sus hombros para no caer en picado mientras él parecía avanzar completamente convencido de sus pasos hacia el exterior de la enorme sala.

—¿Acaso podéis ver en la más absoluta oscuridad? —exclamó asombrada de que supiera exactamente hacia donde ir sin tropezar.

—Conozco cada palmo de este castillo y podría recorrerlo con los ojos vendados en cualquier momento —contestó sin un atisbo de duda al respecto.

—¿Y a donde se supone que os dirigís? —preguntó ahora confusa.

La idea de que la llevara de aquel modo ciertamente no le desagradaba a pesar de que debería hacerlo, pero por primera vez se sentía segura en sus brazos, sin pensar en realidad lo que estaba aceptando al percibir aquello.

—Al lugar que os corresponde —decretó seguro de sus palabras conforme empezaba a subir los peldaños de aquella gran escalinata. Bella dedujo que ese lugar no era el pasillo de los cuartos que ocupaban los sirvientes, como tampoco parecían ser los calabozos, ¿Qué lugar era ese que supuestamente le correspondía? —. Mi lecho —añadió antes de que ella tuviera que preguntarlo.

La llevaba a esa habitación a la que había temido entrar, a sus posesiones más íntimas, al sitio en el que tantas veces estuvo y que incluso temió estar.

¿Estaba dispuesta a repetirlo?, ¿De verdad aceptaría aquello con todas sus consecuencias? No lo quería. Desde luego no quería aceptarlo como tampoco quería rechazarlo. ¿Por qué dudaba de ese modo?, ¿Por qué su cuerpo reclamaba de nuevo ese contacto íntimo que pedía a gritos ser calmado? En su interior refulgía un deseo incontrolado, un apabullante anhelo de que la colmase de placer como tiempo atrás hizo y tanto se empeñó en desechar de sus pensamientos. No podía evitarlo. No podía hacerlo. Lo había intentado con todas sus fuerzas y era presa de su propio desconsuelo.

Le deseaba.

Lo ansiaba.

Simplemente necesitaba sentir de nuevo aquello, aunque después se odiara por ceder a su propia pasión haciendo caso omiso a sus pensamientos.

Esa vez sería diferente. No sería la misma pobre ingenua que creía que la Bestia podría cambiar. No. Ahora sabía quien era él realmente y no se dejaría auto engañar por creencias inexistentes.

La luz del fuego era tenue, pero podía vislumbrar perfectamente la habitación que tan bien reconocía, eso incluía aquella enorme cama en la que ella misma había pasado días después de estar enferma. El golpe de la puerta se escuchó tras su espalda y supuso que la había cerrado con una simple patada. Podría haberla dejado sobre el suelo, pero en lugar de eso rodeó el lecho depositándola delicadamente sobre el mullido colchón que ahora podía asegurar que era más cómodo de lo que recordaba. Las pieles eran tan suaves al tacto que se estremeció cuando quedó atrapada entre éstas y el febril cuerpo que se acercaba a ella para poseer de nuevo sus labios.

Había tomado una decisión y aunque tenía muy claro que él solo deseaba tomar su cuerpo, ella haría exactamente lo mismo para mitigar su fuego. No iba a pensar en lo que sucedería después. No pensaba culparse ahora por seguir su instinto más indigno. Alzó los brazos y entrelazó sus manos en la nuca de aquel hombre atrayéndolo hacia ella, provocando que ahondara en sus labios y sintiera como él emitía un jadeo proveniente de ellos lo suficiente complacido para saber que le agradaba.

Durante un segundo se apartó sutilmente, solo para fijar aquellos ojos verdes sobre los suyos, era como si realmente quisiera verla y para su absoluto desconcierto se acercó lentamente y le otorgó un beso tan suave y delicado que se derritió ante su íntimo contacto. Había dulzura, delicadeza… era simplemente exquisito sentir como esos labios se movían junto a los suyos con tanta sutileza. Del mismo modo fue descendiendo por su cuello, bajando a su escote y percibió como los cordones de su vestido se abrían para que pudiera deslizar hacia abajo la prenda, dejando sus pechos expuestos ante el roce de su boca que apresó uno de sus pezones provocando que se irguiera.

El calor comenzaba a consumirla debido a sus caricias conforme tocaba cada parte de su cuerpo de un modo inaudito, despertando sus sentidos y sintiendo sus emociones a flor de piel incrementándose. Era un maestro experto que tocaba el instrumento del modo correcto, emergiendo en ella instintos que hasta ahora creía absolutamente desconocidos.

Sus manos se aferraron a la piel que cubría el lecho que había bajo su cuerpo cuando se vio completamente desnuda ante aquellos ojos verdes que la exploraban con agudeza, devorando cada parte de su ser y percibiendo el deseo en su mirada. Veía la oscuridad en ellos, el hambre voraz que emitían sus sentidos porque ella misma se reflejaba en ellos y observó como se

desprendía de su camisa tirándola sin ningún miramiento conforme se llevaba las manos a la cinturilla del pantalón y comenzaba a abrir las correas. Instintivamente sin saber porqué se alzó para sorpresa de él y propiamente de ella, pero necesitaba tocar ese cuerpo, saborearlo, probar por sí misma el dulce aroma que la embriagaba todo el tiempo. Así que a pesar de creer que la rechazaría, no lo hizo, sino que dejó que recorriera sus pectorales suavemente conforme bajaba hacia su ombligo y sus uñas rozaban la prenda inferior de la que aún no se había deshecho. Acercó sus labios suavemente a uno de sus hombros, posó un dulce beso y ante el gemido de sus labios se atrevió a mordisquearlo suavemente conforme bajaba hacia su ombligo. En el momento en el que casi rozaba la prenda interior sintió como la cogía bruscamente y de un movimiento se vio tumbada sobre la cama, de un movimiento él se deshizo de la ropa que le quedaba rasgando la tela sin importarle que quedara en desuso.

—Moriré si no os hago mía ahora mismo —gimió uniéndose a su cuerpo y Bella percibió la presión en la parte baja de su abdomen, tratando de adentrarse en su interior conforme la abrazaba de la cintura para facilitar el acceso.

Sentía como entraba en ella, sin ser brusco o violento, sino que lo hizo de un modo consciente hasta que se sintió llena por completo. No había dolor. No había desazón. Solo había una sensación gloriosa de calor que deseaba liberar por completo.

Bella buscó su mirada y se encontró con que él la observaba del mismo modo, como si ambos necesitaran encontrarse ante la falta de palabras. El tiempo pareció haberse detenido unos instantes, no sabía descifrar que era lo que podía pasar por sus pensamientos, pero solo unos segundos después se acercó a ella rozando sus labios sin llegar a besarlos y percibió que salía levemente de su interior para adentrarse de un modo más profundo conforme ambos gemían por el placer que producía ese gesto. Ella rodeó con sus piernas su cintura, alentándole a continuar aquel incesante movimiento mientras buscaba la liberación de aquella sensación que se incrementaba con cada embestida que él ejercía, hasta que sintió como su instinto la llevaba a incorporarse buscando su boca, devorándolo con la ansiedad y necesidad de alcanzar un placer aún mayor. Él pareció ver sus intenciones y la arrastró quedando sentada sobre sus rodillas comenzando a moverse sobre su cuerpo mientras la alzaba para adentrarse de nuevo en ella provocando que jadeara cada vez que se hundía con más firmeza en su interior. No sabía que era lo que la quemaba por dentro, pero ansiaba esa liberación y mordió fuertemente el labio de la Bestia conforme se guiaba por su más puro instinto carnal, devorando cada ansiada estocada que le proporcionaba. Su ritmo se volvió más frenético y fue consciente de que él jadeaba junto a ella, como si sintiera el mismo fuego que la consumía, como si ambos estuvieran poseídos por la misma ansiedad de pasión que les cegaba. Sin saber porqué, ser consciente de que no era la única presa de aquel delirio la hizo moverse con más ímpetu y sintió como el néctar de la fruta

prohibida llegaba hasta ella, esa sensación de explosión en su interior provocando que se resquebrajara en mil pedazos y se rindiera ante el absoluto placer de culminación.

Su respiración era agitada, al menos así lo fue cuando comenzó a ser consciente de lo que acababa de ocurrir, provocando no solo su vergüenza mortal, sino la absoluta falta de pudor que acababa de representar. Para su sorpresa tenía las manos de la Bestia rodeándola en un abrazo que a ella misma le generaba desconcierto, pero que muy a su pesar tenía que admitir que era demasiado agradable. También podía notar su respiración agitada, incluso más que la suya propia y pensó que con toda seguridad aún no se había recuperado del momento, por eso no pensaba dejar que lo hiciera, no pensaba permitir que la humillara de nuevo.

De un solo movimiento se alejó de él no importándole su desnudez a pesar de que ahora la cohibía y ágilmente se deslizó fuera del lecho provocando que la calidez que hasta ahora la acogía dejara paso a una absoluta frialdad que la conmovía. Quería volver de nuevo a esos brazos, pero se negaba rotundamente a hacerlo.

—Imagino que querréis descansar. Buenas noches, mi señor —contestó en el tono más neutral que le fue posible ejercer.

Ni tan siquiera esperó una respuesta, ni mucho menos pensaba vestirse en aquella habitación para que él se deleitara en ver como había obtenido lo que deseaba y ahora le dejaba descansar habiendo satisfecho su deseo. Simplemente dejó allí sus prendas y se fue como dios la trajo al mundo por el pasillo completamente a oscuras llegando hasta el extremo opuesto donde se hallaba su propia estancia.

BESTIA

Apretó los dientes fuertemente en el momento en que ella se había negado a continuar.

«No puedo hacerlo»

Esas habían sido sus palabras antes de apartarse de su lado y marcharse dejándole a solas en aquella enorme bañera que había fabricado específicamente para acogerles a ambos.

Desde que ella lo había asistido por primera vez en su baño, no había dejado de soñar con la idea de tenerla en su regazo mientras acariciaba su piel bajo el agua templada. Casi lo había logrado, había estado solo a un paso de conseguir hacer realidad ese deseo ferviente que lo consumía, pero ella se había largado y lo peor de todo era saber que presionarla causaría un efecto contrario.

Charles se lo había advertido. Nada con ella podía ser igual, pero el deseo en sus ojos era innegable, su cuerpo lo reclamaba, aunque ella lo rechazase y saberlo solo conseguía aumentar su ferviente anhelo hacia ella.

Jamás en toda su vida había prestado tanta atención a una mujer como lo hacía con Bella. Su cuerpo, sus labios, sus ojos, su rostro al completo cuando lo observaba con esa vibrante mirada llena de vida. Su tenacidad, coraje e incluso obstinación le colmaban de un modo inimaginable.

Solo era deseo. Un incesante, apabullante y desconcertante deseo de poseerla tan inaudito que le llevaba a actuar de un modo en el que jamás pensó hacerlo. Y cada día que pasaba enloquecía con el simple hecho de pensar en volver a tenerla en sus brazos.

No podía dormir. No podía descansar. No podía pensar. La necesitaba y solo la saciedad de su cuerpo le proporcionaría la calma que buscaba. Tenía que apagar ese fuego que le consumía por dentro y ni tan siquiera la nueva doncella que había entrado al castillo le tentaba a pesar de que la muchacha fuera agraciada. De hecho, había sido toda una sorpresa descubrir a Bella en su lugar, pensó en que le asistiría aquella muchacha nueva hasta que vio con sus propios ojos a la dueña de su pasión y a la que realmente él deseaba dentro de aquella bañera.

No sabía porqué razón lo hacía, ni tampoco le importaba, pero con ello tenía lo que deseaba; a ella.

El destino parecía inclinarse a su favor hasta que salió huyendo de su lado y apretó su mandíbula por haber estado tan cerca sin llegar a lograrlo.

No podía descansar. En realidad, no podía conciliar bien el sueño desde hacía varios días y conocía perfectamente la causa. Era ese ardor que tenía por dentro que no cesaba y le hacía dar vueltas sobre el lecho. Después de lo sucedido esa noche, estaba seguro de que a ella le ocurriría lo mismo, de que no podía ser el único sintiendo aquello y si era como imaginaba trataría de buscar alguna distracción que le diera consuelo.

Salió al pasillo con la intención de respirar aire fresco, pero por un instante la idea de ir hasta su habitación le tentó de forma inimaginable, solo que quizá ella no se hallaría en ese lugar, entonces se dirigió decididamente hacia la biblioteca con la firme idea de que estaría o iría allí en cualquier momento. Su sorpresa fue mayor cuando la vio en medio de aquella sala enorme junto a un pequeño candil que iluminaba su prenda de dormir.

Era preciosa incluso a esa distancia donde apenas podía definir sus formas. Estaba claro que hablaba su insaciable deseo hacia ella, pero se derretía completamente por poseerla de mil formas inimaginables.

No lo resistió y la besó cuando dio rienda suelta a sus pensamientos dejándola absolutamente desconcertada, pero en el momento que sintió como esos candentes labios le respondían, la aferró contra él y la mesa que había tras ella sintiendo cada palmo de su cuerpo contra el suyo.

Era delicioso. Definitivamente el sabor procedente de su boca le enloquecía completamente. Su olor a menta le colmaba, llenando sus fosas nasales de ese aroma enloquecedor que lo poseía de un modo inimaginable. Deslizó su lengua en aquella cavidad celestial y se deleitó con la ambrosía que emitían aquellos labios que respondían a su instinto más básico y primitivo.

Percibía el deseo en su cuerpo, en su tacto y en el modo de responder a sus besos. La alzó en sus brazos y supo que si no la hacía suya moriría de pura agonía. La necesitaba. La quería en su lecho disfrutando de cada una de sus caricias, gritando por el placer que él le proporcionase. Su cuerpo la reclamada de un modo inaudito que era incapaz de conciliar, así que tras llegar a su estancia la depositó sobre el lecho suavemente conforme se acercaba a ella incapaz de abandonar esos labios creados para pecar. En el instante que alzó sus manos entrelazándolas sobre su cuello supo que lo aceptaba, que por más que intentara negarlo, lo deseaba tanto como él. Se apartó levemente de ella necesitando contemplar sus ojos, saber que no eran imaginaciones suyas, ni falsas ilusiones o que hubiera falsedad en su mirada. Quería que ella lo aceptara. Quería que ella lo deseara y no sabía porque este hecho le importaba, pero realmente lo necesitaba.

Era tan hermosa. Tan bella. Tan sumamente preciosa. Observó la calidez en sus ojos y sintió algo extraño en su interior, un sentimiento inaudito que hasta el momento no había concebido, ni al que sabía poner nombre, pero por primera vez en su vida notó que su pecho se encogía.

Quería ser delicado puesto que tenía un recuerdo absolutamente nefasto de la primera y última vez en que la había poseído y robado su virtud al mismo tiempo, así que se deleitó besando su cuerpo, deslizando sus prendas y aspirando su aroma hasta contemplar su absoluta desnudez y devorar cada parte de su ser con su mirada.

No tendría suficiente con una noche para saciarse de ella. Probablemente no tendría una vida para hacerlo, aunque jamás lo admitiría.

Sintió sorpresa cuando ella pareció tomar iniciativa, acariciando su piel, mordisqueando su pecho, deslizando sus manos hacia partes que si tocaba sabía que estallaría e instintivamente el deseo lo consumió ante la necesidad de poseerla. Tenía que hacerla suya o moriría y supo lo que era verdaderamente la agonía ante ese fuego que lo consumía.

Jamás creyó que una mujer podría proporcionarle tanto placer y definitivamente Bella lo hacía. Verla moverse acompañada de sus movimientos, respondiendo sus besos y dejándose arrastrar por la pasión que les consumía lo enloqueció hasta el punto de abandonarse a sí mismo y dejar que el placer lo consumiera.

Definitivamente la quería en su lecho cada noche. Necesitaba a esa mujer como el aire para sus pulmones y ser consciente de ello le aterraba.

En el momento que ella se alejó de él robándole aquella calidez, se sintió desconcertado ante el abrupto movimiento apartándose de su lado. No lo esperaba y mucho menos que se despidiera de esa forma y se marchara en su absoluta desnudez.

Nunca había compartido el lecho con nadie. Siempre había dormido en solitario, pero que ella se hubiera marchado de aquel modo no le agradaba en absoluto y comenzó a plantearse qué demonios era lo que estaba pasando para pensar de ese modo respecto a esa joven que le enloquecía hasta el punto de hacer caso omiso a sus propios principios.

35
BELLA

Bella había estado muy segura de su decisión y determinación en ese momento, al llegar a sus aposentos habiendo apresurado el paso por temor a que alguien la descubriera como Dios la trajo al mundo, se deslizó completamente desnuda bajo las pieles de aquel lecho y sintió una extraña sensación de desasosiego por lo que acababa de suceder y lo que había hecho.

¿De verdad había sucumbido a su deseo? Se había entregado a él y no solo dejando que la poseyera de nuevo sino siendo partícipe de aquel acto inmoral en el que debía admitir que había disfrutado en cada momento, aunque realmente quisiera negarlo.

No sabía porqué razón sentía hacia ese hombre aquel sentimiento voraz de pasión por el que se había dejado arrastrar. Hundió el rostro en la almohada ahogando un grito ensordecedor. Tenía rabia por haber cedido y al mismo tiempo le urgía un sentimiento nuevo de estupor al darse cuenta de que había disfrutado de aquel acto y de la situación. En esa ocasión no se había sentido engañada, ni manipulada, ni utilizada. Más bien había sido todo lo contrario, como si hubiera sido ella quien hubiera utilizado su cuerpo para satisfacer sus propios deseos y después se había marchado.

Ciertamente no se había parado a pensar como sería compartir el lecho con la Bestia. Ni tan siquiera se le ocurría el simple hecho de visualizarlo en sus pensamientos puesto que sabía que era algo tan improbable como el hecho de que le concediera la libertad.

Por un instante. Solo un leve instante pensó si él podría ir en su busca. Si se atrevería a buscarla a su lecho, pero después alejó esa idea absurda de su mente sabiendo que la Bestia había obtenido todo cuanto deseaba de ella, que no era otra cosa que satisfacer su cuerpo y ahora debía dormir plácidamente en su lecho mientras ella se hacía mil preguntas que jamás hallarían una respuesta.

¿Volvería a limpiar suelos tras haberle permitido que la poseyera de nuevo?, ¿Se acabarían sus privilegios ahora que había obtenido lo que deseaba de ella?, ¿Se habría cansado de sus juegos saliendo victorioso por haberla llevado a su lecho? Eran miles las preguntas que se

formulaban en sus pensamientos y sabía que ninguna de ellas sería contestada hasta que no amaneciera.

Tal vez era la última noche en aquella cama, en ese mullido colchón lleno de pieles y con un fuego propio con el que calentar su cuerpo. Era plenamente consciente de que él no iría a buscarla, ¿Qué razones tendría para hacerlo habiendo satisfecho su deseo? Así que se abandonó al abismo, no queriendo pensar en todo lo que él le había hecho sentir esa noche, ni deseaba dejarse arrastrar por las caricias que él le proporcionaba y la suavidad de sus manos cuando la tocaban.

No. No quería dirigir sus pensamientos en ese sentido porque sabía que se estremecería, que reviviría cada momento con absoluta devoción porque por más que quisiera ser indiferente, lo cierto es que se había consumido y arrastrado por esa pasión cegadora que él le incitaba.

En algún momento el cansancio provocó que el sueño le venciera y se dejó arrastrar por él sintiendo que unos ojos verdes la escrutaban, pero estaba tan cansada que ni tan siquiera trató de pensar en otra cosa que no fuera el rostro bello de la Bestia observándola.

El sonido que golpeó la puerta de la habitación despertó a Bella. Abrió los ojos desorientada, sin saber exactamente que hora era ni donde se hallaba, hasta que vislumbró los aposentos, las cenizas en la chimenea y el sol lo bastante bajo que se filtraba por la cortina de su ventana. ¿Cómo era posible que se hubiera quedado dormida? Y entonces el aluvión de imágenes de lo sucedido le golpearon dejándola anonadada.

Los golpes se repitieron y esta vez la voz de su amiga Alma preguntaba si se encontraba bien al otro lado de la puerta.

Bella le indicó que pasara, pero entonces sintió la desnudez de su cuerpo y apresó fuertemente las sabanas alrededor de su pecho.

Lo primero que llamó la atención de Bella es que su amiga portaba una bandeja con lo que podía apreciar que se trataba de fruta y algún que otro dulce. ¿Le traía el desayuno a su habitación?, ¿Por qué? Lo más normal es que ella bajase a la cocina para tomar cualquier cosa que Megan hubiera preparado.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Alma acercándose hasta la mesilla de noche y dejando allí la bandeja para después colocar el vestido que había llevado la noche pasada junto a su camisa interior minuciosamente a los pies de su cama pasando la mano para eliminar las arrugas que tuviera.

Lo sabía. Su mejor amiga debía saber lo que había ocurrido la pasada noche al hallar esas prendas en la habitación de la Bestia.

—Debéis pensar lo peor de mi y con razón. Yo también lo pienso —dijo antes de que

Alma hiciera sus propias conclusiones, aunque ya era tarde para eso, estaba segura de que las había hecho.

Su amiga debía pensar que era una mentirosa después de afirmar que no era la amante de la Bestia para después demostrar que pasaba la noche en su lecho.

—¿Por qué iba a pensarlo? Es evidente que él siente predilección por vos, de lo contrario no me habría ordenado personalmente que os trajera el desayuno al lecho. Fijaos… estáis alojada en una de las mejores habitaciones del castillo, no debéis trabajar como sirvienta y está claro que os concede privilegios que a otras de sus sirvientas está lejos de ofrecer. Si habéis decidido entregarle vuestro cuerpo a cambio de esas condiciones, no soy quien para juzgarlo, solo espero que lo hagáis de buen agrado y no porque os sintáis forzada a hacerlo —determinó Alma consiguiendo que Bella la mirase de soslayo.

—Hasta anoche me había negado a caer en sus brazos —admitió como si deseara confesar aquello que carcomía sus entrañas—, pero por más que me negara a admitirlo, le deseaba y me dejé arrastrar por ese sentimiento, aunque ahora me mortifique por ello. —En cuanto dijo aquello hundió su rostro entre sus manos sollozando por admitir que deseaba realmente a la Bestia, que había luchado contra ese sentimiento sin lograrlo a pesar de que tenía todas las nociones para odiarle con toda su alma.

—Mi querida amiga, ¿Os dais cuenta de lo afortunada que sois habiendo encontrado dentro de estos muros a alguien por quien sentir algo tan intenso? Yo daría lo que fuera porque Alair estuviera a mi lado. Si hubiera sabido que mis hermanas me obligarían a venir al castillo separándome de él para siempre, tened por seguro que le habría entregado mi virtud hace mucho tiempo. Ahora tendré que vivir el resto de mis días pensando en lo que pudo ser y jamás fue. Sin saber como es sentirse entre sus brazos y amada, aunque solo fuera una vez. Si algo he aprendido de esto, es que la vida puede cambiar en un segundo. No os mortifiquéis por algo que nace en vuestro interior Bella, desde luego yo no os juzgaría por ello y menos aún tratándose de alguien como la Bestia.

Bella alzó la vista sorprendida. ¿De verdad no la juzgaba?, ¿Ni la tachaba de ramera por meterse en la cama del señor del castillo? Aunque no fuera tal cosa, ciertamente temía convertirse en ello si daba rienda suelta a sus anhelos. Ella no quería ser la ramera, manceba, meretriz o amante de nadie y menos aún del señor del castillo que con toda su soberbia sería lo que pretendía conseguir a menos que ya se hubiera hartado de ella. Aunque tuviera clara su postura, bien era cierto que el hecho de saber que su mejor amiga no la juzgaba, sino que más bien comprendía su situación, hacía que se sintiera mucho mejor consigo misma y sobre todo con lo sucedido la noche anterior.

¿Qué tenía de malo después de todo haberse dejado arrastrar por la pasión? Una cosa era

ceder a los deseos de la Bestia y otra bien distinta ceder a los suyos propios como había hecho.

El hecho de que su mejor amiga no la juzgara y muy contrariamente hasta comprendiera las circunstancias que la habían llevado a dejarse arrastrar por la pasión, mitigaba cierta culpa que ella misma se imponía, tal vez porque en su fuero interior, no quería admitir la atracción que sentía.

Tardó más de lo normal en decidirse a salir de sus aposentos para enfrentarse al día o, mejor dicho, a lo que se suponía que fuera a suceder con ella tras dicho encuentro. Sin duda, que Alma le hubiera traído el desayuno a su habitación no indicaba lo que ella misma había pensado la noche anterior sobre volver a su antigua posición en el palacio. Ni tan siquiera sabía que lugar ostentaba ahora teniendo ciertos privilegios que quisiera o no reconocer, la Bestia le había otorgado.

Siendo sincera consigo misma, no sabía si deseaba o no verlo de nuevo. Si rehuir de él era una buena opción o era mejor enfrentarle para saber a qué debía atenerse.

Bajó las escaleras intentando parecer despreocupada, lo cierto es que no había nadie por las inmediaciones, aunque se escuchaba el murmullo de algunos sirvientes y a pesar de quedarle mucha tarea en la biblioteca por hacer, decidió devolver la bandeja ella misma a la cocina con la excusa de saludar a Megan y saber que información corría sobre ella en el castillo.

En cuanto entró en la sala de fogones, descubrió algo que la dejó sorprendida y es que el señor Charles parecía tener una actitud de lo más cariñosa con la cocinera oficial del castillo. En cuanto este percibió la presencia de ella se apartó rápidamente de Megan y se marchó rápidamente disculpándose con cierta vergüenza en su rostro.

—¿He interrumpido algo? —exclamó Bella alzando una ceja y tratando de averiguar algo más sobre esos dos.

—Lamentablemente no —contestó encogiéndose de hombros.

Su voz denotaba cierta aprensión, hastía y hasta podía decir que decepción.

—¿Qué ocurre Megan? —preguntó importándole más las preocupaciones de su nueva amiga que sus propias inquietudes.

Megan resopló y después comenzó a colocar las cosas que había sobre la bandeja que Bella había llevado como si no tuviera nada mejor que hacer.

—Supongo que no ocurre nada y ese es el problema, que nunca sucederá —contestó decepcionada—. Ya te comenté que en el castillo no está permitido las relaciones entre el personal, aunque realmente no sea una imposición, en realidad es como si lo fuera. Cada vez que el señor Charles se acerca a mi y creo que al fin ocurrirá algo, es como si de pronto todo se desvaneciera y finalmente no pasa absolutamente nada.

Bella había intuido que entre esos dos sucedía algo, pero tampoco se había atrevido a preguntar o investigar por no pecar de cotilla.

—¿A vos os gusta el señor Charles? —preguntó directamente.

—En ocasiones me gustaría decir que no —contestó sin mirarla—, pero negarlo sería mentir —añadió al fin dejándose caer sobre la mesa que las separaba y con cierta nostalgia en su rostro—. El problema no es ese Bella, sino que teme que el señor de la Rose pueda descubrirlo, eso es lo que impide que esta extraña relación pueda avanzar. Reconozco que a veces lo comprendo, aunque otras muchas me exaspera por completo.

—Quizá si el señor Charles hablara con él se despejarían todas sus dudas. Es la persona en la que más confía de todo el castillo, estoy convencida de que con él haría una excepción —enfatizó como si quisiera tener esperanza a pesar de saber lo cruel que podría llegar a ser en ocasiones esa Bestia.

—Tal vez ahora que está de mejor humor gracias a vos podría intentarlo, el problema es que, si se lo dice y la respuesta es negativa, sabe que no podrá volver a decírselo nunca más —contestó algo más esperanzada.

—¿Gracias a mi? —exclamó Bella demasiado sorprendida.

Dudaba que el humor de la Bestia fuera influyente y menos aún por ella teniendo presente que no había hecho nada por cambiarlo.

—Desde luego —afirmó rotundamente—. Desde que accedisteis a cenar con él está mucho menos alterado. Incluso ha dejado pasar algunos deslices de la nueva doncella del castillo y ni tan siquiera la ha castigado.

Bella supo de inmediato que se trataba de Alma y aunque se alegraba infinitamente de que hubiera pasado por alto tales actos, dudaba que fuera gracias a ella, tal vez es que no serían para tanto.

—Tal vez esté de buen humor por otras circunstancias, pero puedo aseguraros de que no es gracias a mi. Yo no hice nada —afirmó Bella más contundente.

—Os ha hospedado en una de las mejores habitaciones del castillo incluso dejándoos elegir cuál de ellas os gustaba más. Os ha liberado de todas las tareas de sirvienta ofreciéndoos una labor sencilla que os agrada. Comparte la mesa con vos y os invita a ser su invitada… ¿De verdad no creéis que su buen humor depende de vos, Bella? Habría que estar muy ciego para no verlo. Desconozco su interés o sus intenciones, aunque sin duda alguna me hago a la idea de que os desea en su lecho, pero todos en este castillo incluido el señor Charles, hemos percibido un carácter diferente, mucho más calmado y comprensible por parte de la Bestia —mencionó en voz baja para que nadie más pudiera oírla a pesar de estar las dos solas en las cocinas.

Bella supo que todo cuanto había dicho Megan era cierto, pero tal vez ella no lo veía de ese modo porque sencillamente no le interesaba verlo o quizá era porque siempre había sabido que para él solo se trataba de un juego.

—Seguro que lo hizo antes con otras doncellas —comentó porque no tenía nada mejor que decir al respecto.

La negación en el rostro de Megan hizo que Bella supiera que no había sido así.

—Nunca. Ni tan siquiera con uno de sus invitados se ha tomado la más mínima molestia de intentar agradarle. Al principio pensé que podría ser culpabilidad por lo severo que fue con vos al principio y en muchas ocasiones de forma injusta, aunque eso no implicaba tener que daros tales concesiones. Ahora creo que pretende que os convirtáis en su amante.

—Jamás sería tal cosa —advirtió Bella enfurecida con esa palabra.

La detestaba. No quería ser la amante de nadie y menos aún de la Bestia.

—Eso es algo que no me incumbe, aunque nadie en este castillo os juzgaría por serlo, sobre todo porque en los últimos días los ánimos se han vuelto mucho más alegres desde que el señor del castillo nos da un respiro.

A Bella comenzaba a desagradarle esa conversación por el rumbo que ésta había tomado. Primero Alma y ahora ella. ¿Es que nadie pensaba decirle que ser la amante de un hombre como la Bestia no podía traer nada bueno?

Ella sabía que él nunca la amaría. Jamás sentiría ni un solo ápice de sentimiento hacia ella y menos aún la estimaría hasta el punto de considerarla algo más que no fuera el uso de su cuerpo para saciar así sus deseos. De ahí partía su rechazo, su negativa y su más que plausible repudio hacia la idea de convertirse en su amante.

No. Mil veces no. Ella nunca sería la querida del señor de la Rose.

Con esa determinación se marchó de las cocinas rumbo a la biblioteca para pagar allí su frustración, pero cuando bordeó el pasillo para dirigirse hacia el lugar de destino, sintió un fuerte empujón que la arrastraba hacia algo duro y caliente. Sin ser consciente de lo que pasaba, se vio encarcelada entre la pared que había a su espalda y el candente cuerpo de ese hombre que la miraba fijamente ahora que al fin reaccionaba.

La Bestia la había interceptado y llevado a uno de los pasillos con menos iluminación que daban al patio trasero. Sus vestiduras eran propias de montar, no sabía si acababa de regresar o por el contrario se marchaba en esos momentos, pero no le había dado tiempo a pensar, ni tampoco a gritar. Ahora que veía sus ojos contemplándola de ese modo tan intenso se preguntaba que razón habría tenido para atraerla a ese lugar de ese modo.

Iba a preguntar. Sus labios se movieron un ápice abriéndose para reclamar, pero antes de

pronunciar sonido alguno sintió como eran acallados por un beso tan apasionado que casi la hizo temblar.

36
BELLA

No entendía porqué se deshacía tan fácilmente cuando era presa de aquellos besos tan ardientes, pero era como si su cuerpo lo detectara y se entregara al reclamo que urgían sus labios.

Del mismo modo que la había embestido con su beso, sintió como se alejaba de su boca percibiendo la nostalgia de abandono tras dejar de sentir el contacto.

—Preparaos. Me acompañaréis a almorzar lejos del castillo —mencionó en lo que parecía más una orden que una invitación.

La forma en que lo mencionó no le agradó y menos aún cuando tenía tan presente lo sucedido la noche anterior. No quería ser tan vulnerable a su roce y menos aún a su cercanía, así que no le entusiasmaba la idea de estar a solas en su presencia.

—Tengo demasiado trabajo por hacer en la biblioteca, mi señor —mencionó tratado de esquivar de algún modo su idea.

—Dispondréis de muchos años para llevarla a cabo, ahora volved a vuestros aposentos para cambiaros por algo más adecuado para montar. Os esperaré en las caballerizas —atajó sin vacilación.

Aquella insistencia tenía a Bella en vilo, ¿Por qué no se lo pedía amablemente?, ¿Qué pretensiones tendría?

—¿Es una orden? —preguntó entonces tratando de saber en qué punto estaba aquella siniestra relación, puesto que le acababa de recordar que era una sirvienta del castillo la cual debería pagar su deuda como cualquier otra cumpliendo cuarenta años a su servicio.

¿Acaso pensó por un momento que podría ser diferente? Desde luego que no.

—Lo será si os negáis —dijo antes de marcharse y dejarla a solas con la palabra en la boca.

No le había dejado opción. Se lo ordenaría en caso de negarse, por tanto, sabía que debía obedecer quisiera o no. Tal vez podría revelarse, pero eso solo empeoraría las cosas y más ahora

que él parecía algo afable.

Repudiaba la idea de estar a solas con la Bestia, no por el hecho en sí, sino porque sabía que no era capaz de controlar su cuerpo y resistirse a ese deseo. Lo había hecho durante días, semanas y al final había caído presa de ello, pero que él la tratara como a una posesión disponiendo a su antojo de su cuerpo era algo que no pensaba tolerar, ni mucho menos acceder a ello.

Si creía que por haber sucumbido una noche al deseo lo haría cada vez que él quisiera, le enseñaría con sus propios ojos lo equivocado que estaba al respecto.

Se cambió a regañadientes, mientras sulfuraba en voz baja lo impertinente y autoritario que era ese hombre dueño de aquel castillo. No le extrañaba que apenas tuviera amigos, ¿Quién era capaz de soportarlo? No sabía porque se sentía irritada cuando en verdad había creído que tras tomarla de nuevo le devolvería a su posición de sirvienta. ¿Acaso no lo había hecho al decirle que le ordenaría acompañarlo si se negaba?, ¿No le había dado a entender que disponía de numerosos años a su servicio para terminar las tareas que él le impartiera como ordenar la biblioteca?

En ningún momento es que hubiera pensado que le otorgaría la libertad y mucho menos que dejaría de ser una simple doncella para convertirse en algo más, pero saber que él le daba ciertos privilegios para después restregarle en la cara que no dejaba de ser una empleada del castillo le exasperaba. ¿A qué demonios estaba jugando ese hombre?, ¿Qué era lo que pretendía de todo aquello? Y lo peor de todo, ¿Cuándo se cansaría de ella?

La misma yegua que solo un par de días atrás montó para ir al pueblo y ver a su padre estaba debidamente ensillada y en las alforjas de ambos caballos se habían previsto varias cestas en las que ella intuyó que estaba el almuerzo.

¿Por qué Megan no le había comunicado nada?, ¿Tal vez no sabía que iba a acompañarle? Lo dudaba, pero de haberlo sabido podría haber estado preparada mentalmente para el momento en el que él la había sorprendido desprevenida.

Observó por un leve segundo el rostro de la Bestia y contemplo que, dentro de su seriedad, el matiz brillante de sus ojos era cálido, tanto que incluso conseguía embriagarla como el sol cuando iluminaba su rostro. Apartó la mirada rápidamente y sintió como era alzada sobre el lomo de la yegua segundos antes de iniciar el camino hacia lo que ella dedujo que sería el bosque.

No era la primera vez que le acompañaba en un almuerzo, aunque recordaba perfectamente como se había desarrollado esa otra ocasión y prefería no recordarla. Ahora tenía su propio caballo, vestía con ropajes que distaban mucho de ser los de una sirvienta y en sus alforjas había comida para más de dos comensales. ¿Qué se suponía que era todo aquello?

Atravesaron el espeso bosque y no se detuvieron, sino que continuaron más allá hasta que la gran arboleda les dio paso a un páramo, donde un pequeño lago se abría ante ellos frente a una cascada que vertía el agua constantemente de un modo espectacular. Era precioso. Inigualable. Absolutamente maravilloso. Era un estupendo día de finales de invierno y se podía apreciar como la primavera estaba por llegar dando paso a los primeros brotes, evaporando la poca nieve que aún quedaba y haciendo que el sol luciera en su máximo esplendor.

Bella jamás había estado allí, de hecho, no tenía la menor idea de que pudiera existir un lugar como ese tan cerca del pueblo y escondido tras el bosque. Realmente podía ver como los árboles lo rodeaban y formaban a su alrededor un exquisito lugar privado. Dudaba que muchas personas conocieran ese paraje o en algún momento habría oído hablar de él.

¿Por qué la habría llevado a ese lugar tan idílico? Tal vez no debía pensar en que la había llevado, sino que probablemente a él le apetecería ir y por eso la obligaba a acompañarle.

—¿Os gusta? —preguntó y Bella se sorprendió de que se interesara si era o no de su agrado.

—Es realmente precioso —admitió sin necesidad de mentir.

Sería demasiado evidente decir lo contrario.

—Este agua suele estar más cálida que la del río, ya ha hecho su recorrido y viene a parar aquí por lo que el sol ha tenido suficiente tiempo de calentarla —mencionó sin dirigirse especialmente a ella, puesto que estaba maniatando la correa de su caballo a uno de los árboles para que no escapara—. Pensé que os gustaría daros un baño antes de almorzar.

¿De verdad la había llevado allí para nadar? Había rememorado su anterior salida en la que ella se dio un fresco baño en el pequeño riachuelo, ¿Tal vez pensaba que a ella le agradaría?

No.

Definitivamente no podía pensar en que él hiciera algo solo por pensar en ella.

Bella desmontó de la yegua dando un salto y caminó hasta la orilla donde tocó el agua con sus manos. Estaba fresca, pero no tanto como habría imaginado. Desde luego le apetecía darse un baño, aunque no estaba del todo convencida si le gustaba la idea de hacerlo en su presencia.

¿Era pudor? La había visto desnuda. Tocado en lugares en los que ningún otro hombre la había rozado, ¿De verdad podía lamentar que la viera en ropa interior?

No. No era pudor, sino el hecho de darle una satisfacción.

—¿Esta vez no me castigaréis si enfermo por darme un baño en aguas frescas? —exclamó con cierto énfasis de orgullo en su voz.

—No está tan helada como en aquella ocasión y si eso es lo que os preocupa, prometo no

castigaros por ello —indicó conforme se descalzaba él mismo y comenzaba a sacar la camisa de su pantalón para desvestirse en su presencia.

Era evidente que él pensaba darse un baño lo hiciera ella o no.

Bella contempló como aquel hombre emprendía camino adentrándose en el pequeño lago sin un ápice de ropa y se dejó caer bañándose por completo como si no le importara la temperatura. Ciertamente el lugar la invitaba, la llamaba fervientemente y deseaba ahora más que nunca aquel baño fresco para calmar el fuego que resurgía en sus entrañas después de verle.

—Empiezo a creer que no decíais la verdad cuando afirmasteis saber nadar —escuchó que mencionó en la lejanía—. ¿O es que os da miedo un pequeño lago? —añadió retándola y ella le miró con fiereza.

—Yo no le temo a nada —aseguró conforme comenzaba a desvestirse y dudó si quitarse o no la ropa interior. Si no lo hacía la empaparía por completo y después no podría volver a ponérsela, así que sin pensarlo la retiró rápidamente dejándola caer sobre el resto de su ropa que yacía en el suelo para adentrarse rápidamente a pesar de saber que él la observaba.

En cuanto hundió su cabeza bajo el agua sintió que era libre. Libre de verdad. Sentir el agua rodeando su cuerpo, el frescor y calor del sol al mismo tiempo además del sonido que emitían sus movimientos hacía que se sintiera muy lejos de allí, de él y de todo lo que representaba.

Nadó durante varios minutos, dejándose flotar sobre el agua por momentos y sintiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de albergar en su alma. Decidió acercarse hasta la cascada, no importándole si él le llamaba la atención para que regresara. No era muy alta, así que apenas salpicaba agua una vez que se vertía sobre el lago. Inclinó su mano para tocarla y justo cuando sintió la fuerza del agua percibió que estiraban de ella hasta atravesar al otro lado, quedando bajo la roca donde apenas la luz se filtraba a través de aquella lama de agua.

—Hace un buen rato que esperaba que vinieras —susurró esa voz ronca conforme rodeaba su cuerpo y se inclinaba sobre sus labios apresándolos con intensidad.

Bella sintió como sus manos alzaban sus nalgas para que se enroscara alrededor de su cintura mientras aquella boca demandaba con fiereza la suya. Su lengua danzaba en un baile sensual del que la hacía partícipe sintiendo una creciente sensación de ardor que se incrementaba en su vientre.

Sabía qué significaba aquello y en lo que terminaría sucediendo si no lo detenía. Lo había sentido la noche pasada, era irrefrenable, incontrolable, absolutamente arrollador y por eso mismo no quería dejarse arrastrar de nuevo.

—No. —Se negó apartándose, aunque que era incapaz de lograr alejarse de aquel cuerpo

que la tenía apresada entre sus brazos—. No me convertiré en vuestra amante.

La Bestia la observó detenidamente y después dibujó una leve sonrisa en sus labios.

—¿Quién os ha dicho que debéis serlo? —exclamó extrañado—. Vos respondéis al deseo, como yo al vuestro —añadió en voz suave—. No lo neguéis, nos mataréis a ambos si lo hacéis —añadió tratando de volver a besarla, pero Bella esquivó aquel beso.

—¿Y en qué me convertiré si accedo tan fácilmente a ese deseo? —exclamó con orgullo.

—Sed lo que queráis, pero no me rechacéis. Después de anoche no podría soportarlo —añadió cogiéndole el cuello y volviendo a devorar sus labios, impidiendo que esta vez pudiera esquivarlos.

Bella no supo si fue la rudeza de sus palabras, el modo en el que las dijo o el significado de estas las que hicieron que se derritiera completamente ante aquel beso demandante mientras respondía a sus caricias.

Repentinamente sintió como la alzaba de los muslos provocando que se enroscara alrededor de su cintura conforme salían del agua y percibió la humedad que había en la pequeña gruta bajo la roca en la que se hallaban escondidos a través de aquella cortina de agua.

Sus labios no abandonaban los suyos ni un solo instante y por más que no quisiera reconocerlo, ciertamente le entusiasmaba. Podía notar su lengua bailando junto a la suya en un sinfín de sensaciones que le provocaban ese ardor creciente en su estómago y ascendiendo como ferviente lava. Le deseaba. No era ningún secreto que su cuerpo anhelaba el suyo, aunque quisiera rechazarlo con toda su alma. Había algo en su esencia, en su mirada, en su forma de tocarla que provocaba la desazón de su cuerpo volviéndose seda entre sus dedos.

Su boca abandonó sus labios surcando un camino a través de su cuello, pasando por su esternón hacia su pecho, donde apresó uno de sus pezones aspirándolo entre sus labios y provocando leves gimoteos en la garganta de Bella. Aquello lejos de avergonzarla solo la incitaba a sentir más de esa sensación tan absolutamente gratificante e insólita. Quería más. Deseaba mucho más y por un momento trató de alzarse buscando su contacto como si su cuerpo tuviera voluntad propia, pero él se lo impidió atrapando sus brazos por encima de sus hombros conforme la tumbaba sobre la roca.

—Esta vez quiero saborear cada parte de vuestro cuerpo, perderme en vuestro aroma y degustar vuestra esencia —mencionó observándola con aquellos ojos fijos de un color profundo que la hacían sentir demasiadas cosas a las cuales no sabía poner nombre.

Cada vez que la Bestia la miraba de ese modo ella se derretía por dentro en un sinfín de emociones. Su cuerpo se paralizaba al igual que sus pensamientos y no era capaz de dar razón, como si aquella mirada la dejara exhausta y a su merced. Quizá ser consciente de ese hecho hacía

que quisiera tener más cuidado por la influencia que tenía sobre ella cuando la observaba de aquella forma.

Era como si creyera que tenía alma, que bajo esos ojos de carácter frío existía un corazón puro capaz de amar y eso la inquietaba, porque ya había descubierto de la forma más cruel que eso no sería posible.

Sintió como su mano liberaba sus brazos volviéndolos a dejar en libertad y entonces percibió que su lengua descendía en línea recta bajo su pecho pasando por su ombligo hasta llegar al montículo de venus que había entre sus piernas, hundiéndose por completo en este y provocando que gritara de auténtico placer.

Nunca había esperado gozar de ese modo, sentirse de aquella forma y que alguien como él pudiera hacerle una cosa similar. No sabía si era correcto, idóneo o procedente, pero desde luego las infinitas sensaciones que le generaban eran indescriptibles. En algún momento hundió sus manos sobre la cabellera de la Bestia bajo la incesante necesidad de hacer que no parase, sentía una sensación que incrementaba en su cuerpo y se volvía más incesante. Percibía el calor, un calor abrasador que la inquietaba y recorría desde la punta de sus pies hasta el último de sus cabellos. Quería alcanzar esa explosión, notaba como se acercaba acechándola y quemándola por dentro con la plena intención de liberar ese fuego.

—¡No puedo soportarlo más! —gritó fuera de sí.

Era la primera vez que realmente necesitaba que la hiciera suya, que verdaderamente le urgía que tomara su cuerpo.

—¿Qué es lo que no podéis soportar? —gimió aquella voz ronca apartándose de ella y ascendiendo levemente conforme le otorgaba pequeños besos acompañados de mordiscos leves en su muslo y cadera.

—Vos lo sabéis. No me hagáis decidlo —confrontó Bella sintiendo que su cuerpo ardía. Literalmente sentía el fuego corrompiendo sus entrañas.

—Hacedlo —determinó en un susurro—. Quiero oíros. Necesito oíros.

¡Maldita una y mil veces aquella Bestia!, ¿De verdad estaba dispuesta a hacerlo?, ¿De verdad estaba tan desesperada para decirlo?

Si. Definitivamente lo estaba porque no podía apagar ese calor abrasador que él le había provocado con sus besos.

Sería humillante. Demoledor, pero también infinitamente placentero.

—Tomadme —susurró en un tono de voz apenas perceptible—. Hacedme vuestra —añadió buscando aquellos ojos verdes que la miraban con un brillo inigualable.

En cuanto Bella mencionó aquellas palabras sintió como se adentraba en su cuerpo y

gritó al sentirse verdaderamente completa.

—Sois mía —escuchó tan cerca de su oído que sintió un escalofrío al oírlo.

¿Era suya?, ¿En cuál de los sentidos? La pregunta se deshizo en sus pensamientos cuando comenzó a sentir las oleadas infinitas de deleite que le provocaba con sus movimientos. Bella rodeó con sus brazos su cuello conforme recibía aquellas embestidas apretándose a su cuerpo para sentir con más fervor cada vez que se hundía en ella. Era apasionado, enloquecedor, definitivamente embriagador, consiguiendo cegarla por completo en aquel mar de sensaciones tan fervientes como fascinantes.

En un acto desesperado Bella hundió sus dedos a través de su cabello consiguiendo que alzara su mirada para confrontarla y entonces se acercó a sus labios necesitando fervientemente sus besos. Le respondió con la misma pasión cegadora que a ambos les consumía en aquel momento y entonces notó como se erguía y la alzaba sobre el agua quedando suspendida en sus brazos, sintiendo que se abría completamente a él, siendo una flor en primavera que desplegaba sus pétalos para recibir su calor. Entonces y solo entonces sintió la explosión en su interior rompiéndose en mil fragmentos ante la exquisita sensación de liberación.

Su boca seguía unida a la suya. Sus brazos rodeaban su cuello apoyándolos sobre sus hombros. Sus piernas rodeaban su cintura conforme él la tenía sujeta sobre sus fuertes brazos. No tenía escapatoria, pero él tampoco podría decirle que se marchara. ¿Qué iba a suceder ahora? Pensó en cuanto la razón de sus pensamientos llegó de nuevo a ella.

37
BELLA

De algún modo Bella creía que la alejaría una vez que había poseído su cuerpo. De nuevo erró en lo que respectaba a la Bestia, porque acaricio suavemente su espalda conforme su respiración se volvía más controlada y la sujetó firmemente para hundirse de nuevo bajo el agua.

—¿Tenéis hambre? —preguntó repentinamente sacándola de su estupor.

En realidad, Bella no tenía demasiada, tal vez porque aún estaba desconcertada, pero asintió con la cabeza en lugar de expresar palabra alguna ya que toda aquella situación la desconcertaba.

Conforme regresaban nadando hacia la pequeña orilla donde habían dejado los caballos, Bella iba tras él en la retaguardia. Se sentía extraña. ¿Podría conciliar como algo normal aquella situación?, ¿Podría aceptar la pasión que él le provocaba sin sentir que era su querida, su amante o su manceba? Él le había dicho que fuera lo que quisiera, pero que no se negase a él. ¿En qué la convertía aquello?, ¿Qué se supone que significaba que eran si la tomaba cada vez que le cegaba la pasión y ella terminaba respondiendo fervientemente a su deseo?

No sabía a donde la conduciría aquello, pero tampoco podía negarse a sí misma quererlo. Le gustaba como la trataba cuando la tocaba de aquel modo. Sus palabras eran sutiles, su voz se volvía melodiosa en sus oídos, simplemente era como si la Bestia desapareciera para convertirse en el verdadero hombre de belleza extrema.

Bella sacudió la cabeza apartando aquello de su mente. No podía perder la razón por aquel hombre y menos aún olvidar el daño que le había causado. Admitir su atracción y deseo era una cosa, pero dejarse avasallar por los sentimientos que pudiera causarle hasta el punto de sentir algo más por la Bestia era algo que no podía permitirse.

«Nunca podría amar a un hombre así» Trató de repetirse mentalmente hasta que vio el cuerpo desnudo de la Bestia saliendo del agua y provocando que dibujara sus formas mientras las gotas de agua surcaban aquella piel desnuda ligeramente bronceada. Incluso a esa distancia podía ver las marcas de su espalda, esas líneas que se dibujaban en cada músculo. Percibió como

ocultaba su cuerpo envolviéndose en la capa y apartó la vista antes de que pudiera ser descubierta en su hazaña. Conforme salía del agua sintió el frío exterior, por lo que inevitablemente se encogió de hombros mientras cruzaba sus manos a la altura del pecho creyendo que de este modo podría protegerse de aquel repentino frescor.

Alzó la vista y vio como él traía su capa acercándose a ella, envolviendo su cuerpo y asegurándose de que estaba bien protegida.

—Hay una manta por si tenéis frío —mencionó de forma atenta y Bella le miró a los ojos como si no diera crédito a esa amabilidad repentina.

No hubo órdenes, ni tan siquiera le indicó que le ayudara, sino que para su absoluto asombro vio como comenzaba a vaciar las alforjas de ambos caballos sacando varios enseres y platillos elaborados que colocaba sobre una manta algo raída que les impedía tocar el suelo.

—¿Desde cuando teníais pensado venir aquí? —preguntó Bella comprobando que aquello no era casual, sino que lo había planificado con bastante antelación.

—Hace varios días que tenía en mente la idea de venir, pero quería esperar a que el tiempo fuera agradable para traeros —contestó como si no escondiera sus pretensiones—. Venid, sentaos a mi lado y así ninguno de los dos cogerá frío.

Bella se acercó con la firme idea de sentarse próxima a él, pero conforme se inclinaba sintió que la acogía de la cintura hasta colocarla sobre él.

—No creo que sea conveniente ni adecuado que…

—Csshh —siseó provocando que silenciara su voz—. Ninguno de los dos quiere enfriarse y que después lleguen las malditas fiebres. Yo os daré calor y vos responderéis ofreciéndome lo mismo —concluyó conforme la ajustaba a su cuerpo para que quedara entre sus piernas y apoyada sobre su pecho.

—Pensé que os molestaba mi cercanía —decretó Bella poniéndolo a prueba.

—Si me molestara, no os traería aquí para estar con vos a solas. Ni os tendría en mi regazo. Ni os poseería del modo en que lo hago —decretó provocando que sintiera como su garganta se secaba. Sintió como apartaba levemente su capa dejando su hombro desnudo al descubierto y se acercó para darle un cálido beso conforme volvía de nuevo a cubrir la piel con su capa.

¿Qué significaba aquello?, ¿Qué demonios querían decir aquellas palabras? No lo comprendía. ¿Acaso se trataba de algún tipo de estratagema para hacerla sufrir? No lo entendía y tampoco sabía si quería hacerlo.

—¿Qué es lo que queréis realmente de mi? —preguntó desconcertada.

Hubo un largo silencio. Por un momento Bella pensó que no respondería a su pregunta,

pero en realidad tampoco parecía ofendido o enfadado como esperaba.

—Aún no lo sé —contestó y por primera vez, ella supo que era sincero en aquellas palabras.

No insistió, sino que su respuesta la incitó a creer que por inverosímil que pareciera, él no estaba actuando con una finalidad, sino que se estaba dejando llevar por la atracción que sentía hacia ella.

Podía aceptar aquello. Realmente le agradaba el hecho de él fuera preso del deseo como ella porque eso le hacían estar en igualdad de condiciones.

Los platillos fríos que había preparado Megan estaban deliciosos y cuando fue a coger el último bocado de uno de ellos sintió como escapaba de sus dedos para ser atrapado por los de la Bestia. No pensaba lamentarse por aquel hecho puesto que él era el señor del castillo y tenía más derecho que ella, pero para su sorpresa no se lo llevó a la boca, sino que parecía querer dárselo desde su propia mano.

—No es necesario —decretó Bella sintiéndose ligeramente turbada. Nadie en toda su vida le había ofrecido de comer con sus propias manos—. Podéis coméroslo si os apetece —insistió.

—Abrid los labios —contraindicó él y ella los abrió ligeramente para que él deslizara aquel bocado entre su boca humedeciendo sus dedos tras aquella hazaña.

Bella no sabía porqué aquel hecho le parecía tan arrollador y al mismo tiempo ardiente. Sentía una sensación de quemazón en su interior por aquel gesto y la intensa mirada que él le proporcionaba al hacerlo.

—Parecéis tan inocente —mencionó antes de que ella pudiera decir alguna palabra y sintió como él apartaba el cabello de su rostro que caía mojado sobre sus hombros para acariciar su mejilla.

—Tal vez no sea tan inocente —contestó sin saber exactamente porqué respondía aquello, pero tampoco quería que la tomara por una mujer de la que podría aprovecharse bajo cualquier circunstancia.

Para su absoluto asombro él comenzó a reír y el sonido de aquella risa era increíblemente maravilloso. Se encontró a sí misma sonriendo ante el deleite que significaba ver aquel gesto despreocupado y carente de aquella sombría oscuridad que le caracterizaba.

—¿Os habían besado antes de que yo lo hiciera? —preguntó cuando su risa se calmó y aquella pregunta hizo que Bella se sintiera incómoda.

—¿Cambia en algo la respuesta? —contestó indecisa.

—Contestad… —insistió con un ligero tono de irritación.

—¿Si respondo a vuestra pregunta, vos contestaréis la mía sin enfadaros? —preguntó mirándole a los ojos como si le estuviera retando.

—Está bien.

—Prometedme que no os enfadaréis —insistió Bella.

—Intuyo que vuestra pregunta no me agradará en absoluto, pero os lo prometo —aseguró con el ceño fruncido.

—No —negó Bella sin añadir nada más.

—¿No? —dijo él encogiéndose de hombros

—Vos fuisteis la primera y única persona a la que he besado —mencionó para que quedara clara su respuesta.

Bella observó como él parecía sonreír, era como si aquella respuesta le agradara y entonces sintió que rodeaba con el brazo su cintura acercándola a él, antes de que pudiera reaccionar sintió sus labios sobre los suyos de forma delicada.

—Es lo que quería oír —mencionó sorprendiéndola—. Ahora podéis hacer esa maldita pregunta que tanta curiosidad os genera —dijo apartándola ligeramente de él.

—¿Quién os hizo las marcas que tenéis en vuestra espalda? —exclamó observando fijamente aquellos ojos verdes y sintió que se oscurecían demostrando que la pregunta no le agradaba en absoluto.

Bella podía observar que rehuía su mirada, como si no quisiera contestar a esa demanda y en realidad, ella sabía o intuía que tras aquellas horribles cicatrices debía existir una terrible historia o es lo que imaginaba.

—Mi padre —rugió de mala gana y parecía algo incomodo al respecto teniendo que admitir aquello.

Por alguna razón ella creyó que la relación paternal habría sido buena, quizá porque no concebía que fuese de otro modo si analizaba cuando adoraba al suyo propio hasta el punto de adquirir una deuda trabajando en el castillo para salvarle.

—¿Cómo es posible? —exclamó sin pensar siquiera que estaba tratando de entender porqué un padre podría realizar aquellas dolorosas marcas a un niño. Se podía percibir que no eran recientes, debían tener bastantes años por su aspecto, así que sin duda alguna debía haberlas recibido a una temprana edad.

—Fue para aprender una lección que jamás olvidaré —contestó repentinamente mirándola a los ojos con absoluta frialdad y entonces la apartó de él para incorporarse, como si de pronto necesitara establecer esa lejanía entre ellos, algo que a Bella le extraño pero pensó que de algún modo esas heridas aún no habían cicatrizado en su interior.

No quería justificar su comportamiento, ni tampoco pensar que el modo de obrar que había tenido hasta ahora con ella estaba causado por un terrible pasado. No. No quería apiadarse ni un solo ápice de aquel hombre por la terrible niñez que debía haber sufrido a manos de ese padre tan salvaje, pero era inevitable pensar en que parte de ello había influido en su carácter, en ese modo peculiar de cambiar de humor constante, en su severidad y crueldad.

Reconoció tener la culpa por haber sacado a relucir algo que evidentemente aún dolía en su interior, así que siendo consciente de este hecho se inclinó y dio dos pasos acercándose a él, que permanecía contemplando la orilla de aquel lago. Sin saber si su reacción sería completamente contraria de modo que la castigaría por su osadía, tocó con una mano su espalda, acariciando suavemente sus músculos conforme recorría aquella piel rasgada y se inclinó hasta dar un dulce beso en la mitad de su columna.

—Os pido una disculpa —decretó sintiéndose realmente mal por él a pesar de no querer sentir debilidad por aquel hecho.

—¿Por qué os disculpáis? —exclamó sin mover un solo músculo de su posición.

—Es evidente que mi pregunta os ha traído un recuerdo horrible cuando estabais riendo instantes antes—. He arruinado vuestra sonrisa.

De pronto sintió como se daba la vuelta y la enfrentaba, estaba evaluando su rostro, intentando descifrar sus palabras con la seriedad típica que se reflejaba en su semblante.

—¿Y os sentís culpable por eso? —preguntó alzando una ceja.

—Si —admitió ella de corazón por más ingenua que pareciera.

—Entonces deberéis hacer algo para compensarme, ¿No creéis? —sugirió de un modo sutil conforme se acercaba a ella y rozaba su nariz contra la mejilla de Bella.

—No sé que podría hacer yo…

Silenció sus labios con los suyos, poseyéndolos con ardor mientras acogía entre sus manos su rostro para evitar que ella pudiera escapar de aquel beso arrollador.

Era tosco. Feroz. Rudo. Salvaje y despiadado al mismo tiempo. Bella sintió su rabia. Sintió su dolor. Sintió una absoluta violencia interior a través de aquellos labios que de algún modo entendió sin necesidad de palabras y por eso respondió del mismo modo a ese beso que enmascaraba muchas más cosas de las que imaginaba.

Del mismo modo se apartó bruscamente de ella, provocando que sintiera desequilibrio al sentirse de pronto sin la fuente de calor que la embriagaba y fue extraño que aquel ardor que la poseía de pronto se alejase de su lado.

—¿Sabéis bailar? —preguntó repentinamente.

A Bella le costó reaccionar a la pregunta puesto que no sabía exactamente porqué se la

hacía en aquellos momentos.

—Si —respondió cuando fue capaz de coordinar las palabras en su garganta para contestar aquella extraña pregunta.

—Mañana por la noche bailaremos —dijo como si no hubiera posibilidad de rebatir aquella afirmación.

¿Tal vez asistirían a un evento o una fiesta fuera del castillo?, ¿Quizá le habían invitado a un baile y pensaba llevarla junto a él como su acompañante? Ciertamente Bella no entendía nada de aquello, pero temía preguntar dado su cambio de humor repentino.

Guardó silencio durante unos instantes hasta que él decidió que era hora de regresar al castillo y recogieron todos los enseres para posteriormente vestirse antes de tornar a lo que por ahora debía llamar hogar hasta que pudiera regresar a casa.

No volvió a verle en el resto de tarde, ni tuvo noticia alguna sobre él durante la noche. Ni tan siquiera logró verle a la mañana siguiente a pesar de que se paseó por varios pasillos del castillo con la excusa de ayudar a Agnès llevando algunos cubos al piso superior, visitar a Megan o charlar con Alma mientras la acompañaba a recoger algunas hortalizas del huerto.

Se sentía extraña, más que extraña responsable de que su humor se hubiera ennegrecido por su culpa, por preguntar algo que no debía ante su pecaminosa curiosidad. ¿Qué podría haber llevado a que un padre castigara de ese modo a su hijo creándole unas cicatrices profundas? Él había dicho que era para aprender una lección que no debía olvidar, pero ¿Qué tipo de lección podría ser tan dura?, ¿Qué acto tan atroz podría haber cometido un niño para merecer un castigo tan brutal?

Sus preguntas no hallaron respuesta en Agnès, que desconocía completamente los hechos y más aún que hubiera sido su propio padre quien le hiciera aquello, solo recordaba que tras regresar de una cacería cuando aún era muy joven, debió pasar varias semanas en cama antes de poder levantarse y caminar del dolor que sufrió por aquellas marcas. Todos en el castillo creyeron que le había atacado una Bestia, nadie se atrevió a especular que hubiera podido ser su propio padre.

Bella se había propuesto no sentir nostalgia, empatía o remordimiento por la Bestia al tener conciencia de aquello, quiso creer que quizá se lo habría merecido, pero sabía perfectamente que no era así, y pensar en él como un niño cuyos ojos verdes brillaban con resplandor y temor ante aquel suceso provocaba que le diera un vuelco el corazón al sentir el miedo que en su día debió haber pasado al enfrentarse a ello.

Volvió a su habitación cuando comenzaba a ponerse el sol y para su absoluta sorpresa Alma estaba presente como si la aguardase. Entonces visualizó el vestido dorado que había sobre su lecho. No solo era hermoso, sino que sus brocados en oro hacían que brillase con los últimos

rayos de sol que se filtraban a través de la ventana haciendo que fuera majestuoso.

—El señor Charles me ha indicado que debo prepararos —mencionó su amiga con una vaga sonrisa en sus labios y Bella alzó una ceja extrañada.

—¿Prepararme para que? —exclamó no comprendiendo nada.

—No lo sé. Solo me ha dicho que debo ocuparme de vuestro aseo y asegurarme de que luzcáis lo más hermosa posible esta noche.

En aquel momento Bella recordó el baile. Esa noche se suponía que acudiría a un baile y la idea de volver a estar cerca de él no le desagradaba como antes.

¿Cómo era posible que ansiara volver a verle?, ¿Cómo era posible que, en lugar de detestar su presencia realmente deseara ese encuentro?

Tal vez era porque ahora quería saber de él, quería conocer realmente a la Bestia que había en aquel hombre.

38
BELLA

Alma la ayudó a tomar su baño lavando sus cabellos minuciosamente y se sintió realmente extraña porque alguien la asistiera de ese modo, como si verdaderamente fuera su sirvienta ya que era la función que ejercía aunque solo quisiera considerar que la ayudaba una amiga.

—Debéis gustarle bastante para que os regale un vestido así —mencionó conforme el olor a menta envolvía sus sentidos y se relajaba en aquel baño.

Probablemente nadie había enjabonado su cabello desde que apenas era una niña, así que aquella sensación era nueva para ella.

—Dudo que sea un regalo, más bien un préstamo momentáneo —contrarrestó Bella no queriendo admitir si en verdad le gustaba o no a la Bestia.

¿Podría realmente ser de su agrado?, ¿Tal vez solo deseaba de ella lo que obtenía de su cuerpo?, ¿Podría existir alguna otra finalidad acaso? Desde luego que no. El había admitido que jamás se casaría y eso le llevaba a creer que no quería establecer ningún vínculo emocional con una mujer, eso la incluía a ella y más aún teniendo en cuenta que era una simple doncella.

—¿Hicisteis algo para llamar su atención? —exclamó conforme Bella sentía que volcaba agua en su cabello para aclarar el jabón.

—Puedo aseguraros que hice todo lo que pude para evitar su atención —aclaró rememorando lo que parecía antaño y sin embargo había pasado tan solo unas semanas atrás.

Si viajaba en el tiempo a través de su memoria, apenas había pasado cuatro meses en el castillo y parecía que llevaba toda una eternidad.

—Siempre fuisteis la más hermosa del pueblo —contestó y Bella pudo adivinar una sonrisa en los labios de Alma, aunque no la estuviera viendo—. Mis hermanas os envidiaban por ello —añadió volviendo a pasar el jabón nuevamente por su cabello.

—Dudo que fuera la más hermosa como decís y después de lo que os hicieron vuestras hermanas obligándoos a venir aquí, no se merecen siquiera su simple mención —apuntó

ofendida.

En aquel momento sintió el silencio que provenía por parte de Alma y se giró ligeramente para ver que sus ojos brillaban con la evidente amenaza de derramar algunas lágrimas.

—¡Lo siento!, ¡No era mi intención recordaros que ellas son la razón de que estéis aquí! —exclamó Bella tratando de calmarla al rozar su mano.

—¿Creéis que si hablarais con él explicándole la situación me dejaría ir? —preguntó con un rayo de esperanza.

Bella en ese momento sintió un nudo en su estómago. Percibía la desesperación en la voz de Alma al igual que su anhelo, pero ella sabía perfectamente la respuesta.

—Traté de huir en una ocasión y terminé encadenada de brazos y piernas. Le pedí mi libertad y se negó rotundamente. No lo llaman la Bestia por su aspecto, sino porque carece de sentimientos —respondió abiertamente a pesar de que en las últimas horas quisiera creer lo contrario—. Dudo que pudiera intervenir por vos, Alma. Nada me gustaría más que pudierais tener la misma libertad que yo ansío, pero la única forma es pagando la deuda.

En aquel momento sintió como Alma contenía el aliento y miraba hacia otro lado.

—Entonces hallaré el modo de conseguirlo —declaró tratando de convencerse a sí misma y Bella no quiso robarle aquella decisión que ella misma tiempo atrás había tenido.

Si le robaba la esperanza a su amiga, sabía que la destruiría. ¿Cómo iba a seguir adelante sabiendo que pasaría tras esos muros el resto de su vida?, ¿Cómo iba a decirle que el hombre al que amaba se cansaría de esperarla algún día? No. No podía ser tan cruel y por eso asintió y guardó silencio mientras Alma terminaba de lavar su largo cabello para después ayudarla a estar radiante con aquel vestido que la Bestia quería que luciera para él.

Tenía muy claro que no era un regalo, ni mucho menos debía encariñarse. No sabía cuanto tiempo duraría aquello, pero sí que tarde o temprano él se cansaría de ella. Debía tenerlo presente y sobre todo ser consciente. Tal vez no era un juego para burlarse o dañarla como pensó que pretendía, pero sí que no debía aspirar a nada más que a la pasión que cegaba su mente durante cada uno de sus encuentros.

Ella deseaba saber más de él, era una inquietud que le carcomía en sus entrañas desde que le había confesado que aquellas cicatrices habían sido causadas por su progenitor, así que intuía que a la Bestia le envolvía un pasado oscuro, quizá turbio y por más que deseara evadir su mente para no pensar en ello, era inevitable hacerlo.

¿Qué secretos escondería?, ¿Qué era lo que le atormentaba?, ¿Podría su pasado haberle forjado aquel cruel carácter?

Quería respuestas y sabía que por parte de él no las hallaría, al menos no preguntando

directamente si tenía en cuenta su reacción al preguntarle por aquellas cicatrices. Era evidente el dolor o quizá era solo un recuerdo que no deseaba rememorar.

Alma recogió parte de su cabello apartándolo de su rostro para dejarlo libre, aunque sus bucles caían sobre sus hombros dejando que su largura total viajara hacia su pecho. El vestido era realmente de ensueño, sobre todo por el fino oro del hilo en el que sus brocados habían sido bordados.

—Debe ser realmente un hombre muy rico —apuntó Alma rompiendo el silencio prolongado que las había envuelto a ambas.

—Probablemente lo sea —contestó Bella sin darle importancia.

Realmente no se había fijado en que la Bestia tenía suficiente dinero para librar a todo su personal y contratar empleados nuevos sin ver afectadas sus reservas monetarias. Por sus conversaciones había podido observar que la extensión de tierras que eran de su dominio se extendía hasta los confines, eso debía generar unos arrendamientos que producirían tanto oro que resultaría imposible de gastar. Si. Probablemente la Bestia fuera un hombre muy rico.

—¿Él os gusta? —preguntó Alma antes de que Bella se marchara mientras ella se quedaría recogiendo la habitación.

—Aún no lo sé —contestó en un arrebato de absoluta sinceridad porque sentía que por momentos le detestaba y por otros todo lo contrario.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Bella no supo porque su amiga le hacía aquellas preguntas, aunque concluyó que quizá solo era un tema del que hablar y en el que poder desahogar sus propios sentimientos. Siempre había confiado en Alma, habían sido amigas desde que tenía uso de razón por lo que no veía nada malo en que se interesara por su bienestar.

Cuando dio el primer paso para dirigirse hacia la escalinata fue consciente de a quien iba a ver realmente y hacia donde se dirigía. Un escalofrío recorrió su cuerpo y casi agradeció que Alma la hubiera distraído de su nerviosismo momentáneo, pero ahora se había agolpado en su interior y no sabía que esperar realmente de aquella velada. ¿Habría más personas en ese baile?, ¿Estarían realmente solos? Todo lo referente a él la inquietaba, sobre todo porque no sabía que esperar de ello y más aún ahora que él parecía tener una actitud extraña fuera de lo que ella había conocido desde el primer instante en que había llegado.

En cuanto llegó al rellano de la escalinata donde debía descender, se dio cuenta de que él la esperaba. Su rostro alzó la mirada hacia ella y Bella pensó que desfallecía. ¿Cómo podía ser tan increíblemente hermoso? Sus cabellos lucían de un modo diferente, su atuendo parecía de gala y la chaqueta que lo envolvía de un verde oscuro con ribetes dorados acentuaba su tez y sobre todo el brillo de sus ojos. Se agarró firmemente para descender o estaba segura de caer en cualquier momento al sentir como sus piernas temblaban.

Estaba convencida de que aquel baile no sería en el castillo, sino que irían a alguna parte porque jamás le había visto lucir de un modo tan elegante. Podía sentir su mirada sobre ella conforme descendía mientras la suya permanecía cabizbaja mirando cada peldaño que acortaba aquella leve distancia. En el momento que llegó hasta él vio su mano, ofreciéndole acogerla y ella la colocó sobre la suya de forma grácil a la vez que le respondía con una sonrisa.

—¿Está muy lejos el lugar donde iremos? —preguntó porque realmente no sabía qué decir en aquella situación tan extraña.

—En absoluto —dijo conforme se dirigían a través del pasillo hasta que uno de los sirvientes les abrió al final de éste la doble puerta que conducía a una de las salas enormes que siempre habían permanecido vacías.

Bella se encandiló al observar las lámparas colgantes llenas de velas que lucían por toda la estancia además de las chimeneas que prendían exclusivamente para ellos. No había nadie más, ¿Quizá esperaba invitados y estos aún no habían llegado?

—¿Esperáis a alguien? —preguntó queriendo saber si se había vestido de aquel modo solo para ella.

—Solo os esperaba a vos —mencionó mientras alzaba un brazo para hacer un gesto y varios sirvientes que normalmente no servían en el castillo comenzaron a entrar portando bandejas de comida que iban colocando en la gran mesa que ya tenía la disposición para dos comensales y lucía grandes fuentes de fruta iluminadas por hermosos candelabros de plata que ella no había visto hasta ahora.

¿Por qué hacía aquello?, ¿Por qué se tomaba la molestia de organizar todo eso cuando solo estaría con ella?

La condujo hasta la mesa y apartó la silla suavemente para que ella se sentara a su lado, con otro gesto todo el personal desapareció quedándose a solas junto a él y aunque aquello no era nada nuevo, realmente aquella noche estaba inquieta por ello.

—Lucís realmente hermosa, Mirabella —mencionó en cuanto la puerta se cerró y pasaron varios instantes de absoluto silencio.

—Tal vez debo agradeceros que así sea teniendo en cuenta el vestido que me habéis prestado para esta noche —contestó conforme se alisaba los pliegues de la falda ante la incesante sensación de hacer algo con sus manos.

—Podría ser vuestro si lo deseáis —enmarcó conforme servía el vino en ambas copas y Bella la cogió rápidamente sintiendo que necesitaba mitigar esa sensación de aprensión que sentía en su interior.

—No encontraría el momento adecuado de llevarlo teniendo en cuenta mis funciones en

el castillo, mi señor —contradijo siendo realista con la situación.

—Llamadme por mi nombre —respondió en tono autoritario y ella le observó fijamente.

—¿Debo llamaros señor Bastián de la Rose? —respondió Bella.

—Solamente Bastián —susurró con voz cálida y fijando la vista en ella.

A Bella le pareció demasiado íntimo aquel momento, pero aún así volvió a su respuesta inicial.

—No encontraría el momento adecuado de llevarlo teniendo en cuenta mis funciones en el castillo, Bastián —contestó repitiendo la misma frase que había dicho anteriormente añadiendo su nombre.

—Tal vez tengáis razón, pero podría asegurarme de que tuvieseis momentos donde lucirlo como ahora. Solo para mi.

La turbación que comenzó a sentir Bella por el sonido de aquella voz hizo que tuviera que apartar la vista y por alguna razón él no insistió en ello. Sino que se limitó a hablar del desuso de aquel salón que antaño había sido testigo de grandes fiestas que dieron sus antepasados.

La cena pasó veloz, mucho más de lo que habría imaginado hasta que después del postre él se levantó y le ofreció su mano, así que la acogió y se dirigieron hacia el centro de aquel enorme salón gigantesco.

—¿Dónde vamos? —preguntó no sabiendo exactamente lo que pretendía.

—Os dije que era un baile y por tanto bailaremos —concluyó y la rodeo rápidamente hasta que quedó envuelta en sus brazos frente a él.

Podía sentir su olor. Su calor. Su aroma tan embriagador. El frío que podría notar bajo la fina tela del vestido se había evaporado en cuanto su brazo envolvió su cintura y su otra mano sujetaba la suya.

El sonido de un laúd comenzó a tocar para ellos acompañado de un arpa, la giga y la flauta. Entonces sintió que flotaba cuando él comenzó a arrastrarla por el salón conforme seguía sus pasos olvidándose de todo cuanto la rodeaba salvo de aquellos ojos que no dejaban de mirarla incesantemente como si quisiera ver a través de ellos, como si buscara algo que la desconcertaba.

En más de una ocasión, Bella había bailado en las fiestas del pueblo donde hacían hogueras y se bailaba alrededor, pero jamás en toda su vida hubiera creído posible sentir que flotaba conforme se dejaba llevar por aquel gran salón en brazos de aquel hombre al que consideraba una Bestia.

¿Realmente lo era?, ¿Su percepción estaba cambiando? Desde luego mirando aquellos

ojos brillantes y de un color tan increíble como enigmático comenzaba a dudarlo. Había belleza en aquel rostro y ahora que no se comportaba de forma cruel y despiadada no sabía si la fiera se había calmado o era posible que aquel hombre realmente tuviera alma.

Era dulce, sus movimientos y sus gestos así lo expresaban, aunque era la primera vez que bailaba tan cerca de un hombre y en aquel ese modo tan íntimo. ¿Acaso no había hecho cosas aún más íntimas que bailar junto a él? Por increíble que fuera no se sentía vulnerable, sino realmente cómoda en sus brazos mientras él hacía gráciles movimientos en los que daba vueltas sobre la pista de baile. Así debían ser los grandes bailes entre la gente rica, nada que ver con los bailes de las fiestas del pueblo donde se hacía de forma rural y menos elegante.

¿Habría bailado con muchas mujeres de ese modo?, ¿Sería posible que no fuera la primera a la que trataba de aquella forma? Las dudas la asaltaron repentinamente sintiéndose extremadamente atormentada por ese hecho y por más que quisiera decirse a sí misma que no debía importarle, realmente le importaba.

Sus pensamientos se alejaron de ese camino cuando él rozó su mejilla sutilmente después de hacerle dar una vuelta sobre sí misma y sonrió de forma suave enseñando de ese modo sus dientes. Bella quedó eclipsada por la forma en la que la observaba, el sutil modo de indicarle que parecía agradarle la velada y sin ser consciente de ello respondió aquella sonrisa sintiendo que verdaderamente lo disfrutaba.

—Venid —mencionó conforme entrelazaba su mano junto a la suya y abandonaban el enorme salón para dar paso a una gran terraza que había adyacente a través de las puertas de cristal que Bella estaba segura de que iluminarían con majestuosidad el lugar durante el día. El cielo estrellado parecía un manto sobre ellos y la luna era casi llena, por lo que permitía iluminar todo el horizonte de un modo particular.

—¿Queríais enseñarme algo? —preguntó repentinamente Bella cuando él pareció guardar silencio una vez que estaban fuera.

En aquel momento Bella observó que le ofrecía una rosa roja, apenas podía ver su vibrante color pero a pesar de la leve oscuridad la tonalidad de aquella flor era evidente.

—Vuestra piel me recuerda a los pétalos de esta flor —mencionó con suavidad—. Tan delicada, suave, sutil y deliciosa que es una tentación —añadió volviendo a deslizar sus dedos suavemente por la mejilla de Bella.

Ella sintió que se sonrojaba ante aquel halago. No tenía la necesidad de decirle nada. Realmente no sabía porqué lo hacía, pero quiso creer al menos por una vez que solo se estaba dejando llevar por lo que realmente pensaba. Aún así una parte de ella lo rechazaba. El pasado junto a él le decía que fuera precavida, que no le creyera, que tuviera cuidado o ardería en el fuego como en una ocasión había hecho y el dolor sería absolutamente arrollador e insoportable.

—¿Utilizáis el salón con asiduidad? —preguntó queriendo cambiar de tema.

Necesitaba despejarse. La Bestia la abrumaba. Bastián la abrumaba.

—Es la primera vez en quince años —respondió sin ningún atisbo de duda.

¿Quince años? Bella pensó que por aquel entonces él era aún muy joven, probablemente fue su padre quien lo utilizaría por última vez.

—¿Y por qué habéis decidido hacerlo esta noche? —inquirió ella ahora más sorprendida.

—Porque puedo hacerlo.

Su respuesta era cortante, como si realmente no quisiera dar explicaciones de ello y lo comprendió.

¿Qué le sucedía a ese hombre para que cambiara tan drásticamente de tono y semblante en cada ocasión? No sabía porqué aquella pregunta le molestaba, en su cabeza parecía inocente, pero entonces decidió suavizar la situación.

—¿Queréis continuar con el baile? —preguntó Bella pensando que de ese modo volvería el hombre dulce de instantes antes.

—No —negó con el mismo tono autoritario y cortante.

De algún modo creyó que allí se acabaría la velada, que se despediría y se marcharía a sus aposentos, pero sintió como la acercaba a él de forma que podía percibir el calor de su cuerpo.

—¿Tenéis frío? —exclamó Bastián rozándole la piel desnuda de sus brazos.

—Solo un poco —admitió sintiendo esa sensación que comenzaba a ser reconocible cuando estaba cerca de él.

—Entonces dejadme calentaros —mencionó rodeándola completamente para estrecharla junto a él conforme su nariz rozaba su cuello provocando que Bella se estremeciera ante su contacto.

—Bastián… —susurró Bella cerrando los ojos conforme se dejaba caer hacia atrás sintiendo el firme pecho en su espalda.

Bella sintió que le alzaba el rostro para entregarse a sus labios con un rudo y voraz beso antes de separarse solo para alzarla en brazos y recorrer el gran salón junto a él mientras se dirigía hacia sus propios aposentos.

Divisó la estancia y era como volver a sus orígenes, solo que algo había cambiado y no sabía exactamente porqué sentía aquello. Bastián la dejó sobre el lecho forrado en pieles sin abandonar su cuerpo, sino que se tumbó junto a ella conforme empezaba a invadir sus labios y las prendas de sus cuerpos desaparecían entre los dedos del otro.

Esa noche no impondría su voluntad férrea. No intentaría negarse a los impulsos de su

cuerpo. No trataría de refrenar su deseo. Esa noche le necesitaba y ni tan siquiera era consciente de las razones por las que lo hacía, pero quería sentirle de nuevo. Quería besar cada parte de su cuerpo. Explorar aquella piel curtida y más oscura que la suya cubierta de ligero vello en su pecho. Necesitaba tocarle, sentirle, vibrar con cada parte de su ser cuando la hiciera suya de nuevo.

En el momento que Bella colocó sus manos sobre su pecho él la observó con aquellos ojos relucientes y parcialmente oscuros por el deseo, entonces deslizó sus manos hacia abajo recorriendo su abdomen y vio como cerraba los ojos arrastrándose hacia las sensaciones que ella parecía proporcionarle. Besó su cuello, bajó por su pecho hacia el ombligo y finalmente dirigió sus labios hacia aquel miembro protuberante pensando que si él lo había hecho, quizá ella también podría hacerlo.

Acogió aquel miembro viril entre sus manos y lo masajeó suavemente sin saber muy bien como debía hacerlo, pero escuchó leves gemidos que parecían satisfactorios provenientes de él, por lo que pensó que no lo estaría haciendo mal del todo. Acercó su boca y degustó lentamente la punta conforme introducía la carne en su paladar sintiendo que él enfebrecía.

Apenas pudo realizar el movimiento unos segundos antes de que Bastián la alzara velozmente y la colocara sobre su regazo.

—Necesito haceros mía —rugió con fuerza conforme se adentraba en ella acercándola a su cuerpo y apresaba su boca ferozmente agonizando por el deseo.

Bella percibió la pasión y entrega en su cuerpo, respondiendo del mismo modo, sintiendo que no era la única a la que las brasas de aquel ardor la cegaban sin precedentes. Sus gritos agonizaban en su garganta apagados por sus besos. La fuerza y el vigor de Bastián eran palpables en cada embestida, en cada movimiento, en cada momento que la llevaba un poco más al cielo hasta que sintió como algo en su interior explotaba en pequeños fragmentos liberándose por completo.

Se había abrazado a él. En algún momento completamente inconsciente de sus actos por la entrega se había enroscado en su cuello, así que con la lucidez que ahora la atormentaba se separó lentamente tratando de separarse y percibió que él se lo impedía, que de algún modo la sostenía en su regazo sin dejar que se apartase.

—Esta noche no iréis a ninguna parte —escuchó antes de que pudiera mirar aquellos ojos para verle directamente.

—¿A qué os referís? —mencionó sin comprender exactamente que se suponía que querían decir esas palabras.

—No volveréis a vuestros aposentos —confirmó con rotundidad y a Bella le sorprendió aquella respuesta.

—¿Y donde dormiré? —exclamó aturdida.

Aún recordaba cuando le mencionó que él no compartiría su lecho con ella la primera vez que la hizo suya.

—En mi lecho —afirmó volviendo a besarla.

39
BELLA

Bella podía sentir que cada vez que él la besaba se perdía en aquel mar de sensaciones que la embriagaba. Aún así necesitaba estar segura, tenía que saber realmente que así era para no tener una nueva decepción como aquella primera vez en la que él le pidió que se marchara.

—¿Compartiréis vuestro lecho? —exclamó apartándose levemente de sus labios demasiado sorprendida—. ¿Conmigo? —insistió como si realmente necesitara oír sus palabras para creérselo.

Probablemente aquella reiteración hiciera el efecto contrario y él se retractaría de aquella orden que hacía solo unos instantes le había dado, en cambio con un giro brusco sintió como el mullido colchón de lana quedaba bajo su espalda mientras él ejercía el peso de su cuerpo sobre el suyo sin aplastarla.

—¿No es lo que os he dicho? —contestó con otra pregunta conforme sus dedos se deslizaban por la garganta de Bella de forma suave al mismo tiempo que la observaba.

—Aún recuerdo la vez en que me dijisteis que no compartiríais vuestro lecho. ¿Por qué razón lo haríais ahora?

Su tesón rivalizaba con su propia voluntad puesto que ella realmente deseaba permanecer allí esa noche, pero si algo había aprendido en aquella primera vez era precisamente a no hacerse ilusiones, aunque en los últimos días esa tenacidad flaqueara provocando que precisamente dudara de sus propias condiciones.

Bella sintió como acercaba sus labios al pecho, depositando un suave y húmedo beso entre ellos y sintió un estremecimiento ante aquel gesto delicado y apasionado al mismo tiempo.

—No deseo estar solo —confesó sin mirarla—. No esta noche —añadió esta vez alzando sus ojos y Bella comprobó que brillaran.

¿Podría ser esa noche algo significativo para él?, ¿Podría representar algo que ella desconocía? Fuera cual fuera la respuesta ciertamente no iba a preguntar por ello, de algún modo presentía que era parte de ese pasado oculto que formaba parte de la Bestia y la razón de aquel

carácter frío que ella había visto con sus propios ojos. Así que simplemente asintió alzando una mano para acariciar su rostro y se inclinó hacia él para besar sus labios, como si de ese modo le dijera que no importaba, que ella no se marcharía y permanecería a su lado, al menos esa noche… al menos una sola noche.

Bastián la tomó de nuevo, no solo una vez, sino incontables veces conforme el tiempo avanzaba y las primeras luces del alba les sorprendían bien entrada la mañana. Agotada y saciada sintió que aquella noche había sido mágica. Se abandonó a la oscuridad de sus sueños más profundos percibiendo como él la arrastraba hacia su cuerpo y la rodeaba con sus brazos firmes envolviéndola en ellos. Era demasiado agradable y se dijo a sí misma que no debía acostumbrarse.

—Buenas noches, Bastián —mencionó con voz ida antes de sucumbir al terrible sueño que la embriagaba.

—Buenas noches, mi hermosa Mirabella —susurró en voz tan baja que Bella pensó que quizá lo había imaginado puesto que sus pensamientos dejaban de ser coherentes y no sabía identificar que parte de ellos era realidad y cuales era simplemente ensoñación. Probablemente ya estaba dormida si había percibido que él la llamaba hermosa.

Bella abrió los ojos lentamente y tardó un poco más de lo normal en comprender donde se encontraba y de quien eran los brazos que rodeaban su desnudez. Con sumo cuidado se dio la vuelta y contempló las facciones de Bastián que permanecía aún dormido. Era realmente hermoso, aunque su rostro fuera varonil, con la mandíbula firme y su tez ligeramente bronceada por el sol que tomaba cada mañana en sus cabalgatas, era una belleza contemplarle cuando parecía relajado y sereno, sin aquel ceño fruncido o sin aquel deje de frialdad que tantas veces había visto en la expresión de su cara.

—Nunca he conocido un hombre como vos —susurró en un hilo de voz más para sí misma que para él.

Inevitablemente acarició con sus dedos la mejilla, como si le quemara el simple hecho de no hacerlo a pesar de precipitarse en su osadía por tocarle de aquel modo. Apartó un mechón de su cabello que caía por su frente para divisar las largas pestañas oscuras que enmarcaban esos ojos que ahora permanecían cerrados, pero que poseían un color que jamás había visto en ninguna otra persona. Repentinamente aquellos orbes se abrieron y la miraron fijamente, Bella sintió que su garganta se quedaba reseca al encontrarse en aquella tesitura y no sabía había despertado a la Bestia mansa de los últimos días o si por el contrario volvería a gritarle como antaño.

—¿Os he despertado? —mencionó Bella ante su absoluto silencio.

—No —Su voz era parcialmente ronca, probablemente porque acababa de despertar y en

realidad Bella intuía que mentía en su respuesta, solo que no sabía porque razón no deseaba que se sintiera culpable de ello—. Quería comprobar si al despertar trataríais de huir de mi alcoba —agregó con el mismo tono de voz y aquella respuesta la sorprendió.

¿Pensaba que huiría? Ciertamente no sería muy descabellado pensar que lo haría, por su mente la idea había pasado fugazmente, aunque le podía el hecho de contemplarle dormir de aquel modo.

—¿Debo suponer que estáis satisfecho con que no lo haya hecho?, ¿O por el contrario debo marcharme? —exclamó Bella dejando a un lado el tono serio y queriendo saber cuáles eran las pretensiones de él ahora que ya había pasado la noche en su alcoba.

—He ordenado que nos traigan un baño y desayuno abundante para ambos. ¿Responde eso a vuestra pregunta? —demandó sin mover un solo músculo de la posición en la que se encontraba y Bella no comprendía cuando había dado aquella orden si ambos dormían.

Tal vez era cierto que no le había despertado y eso significaba que fue consciente de todo en cada momento. ¿La había escuchado entonces?, ¿Habría oído sus palabras al decir que jamás había conocido a un hombre como él? Saberlo provocó que enrojeciera y apartara la vista para levantarse del lecho, pero él la detuvo y la arrastró de nuevo bajo su peso.

—¿A qué os referíais al afirmar que nunca habéis conocido a un hombre como yo? —preguntó firmemente mientras esos ojos verdes devoraban los suyos con intensidad.

Bella podía sentir cada músculo del cuerpo de aquel hombre sobre el suyo. Su calidez. Su aroma. Su fuerza. Su entereza. Su masculinidad en todo su ser.

No sabía que responder, estaba completamente obnubilada por la vibración que él le hacía sentir y la intensidad de su mirada. ¿Debía decir la verdad?, ¿Qué nunca había conocido a un hombre tan apuesto como él?, ¿Tan frío y dulce al mismo tiempo? No. Desde luego no podía afirmar aquellas cosas porque incluso para ella misma era difícil admitirlo.

Para su suerte, los golpes suaves en la puerta provocaron que la atención que mantenía fija en ella se evaporase conforme se alzaba para colocarse un batín cubriendo su desnudez mientras abría la puerta.

—El baño está listo mi señor —oyó Bella que decía la voz de Alma tan dulce como la recordaba y aunque no podía verla porque Bastián la ocultaba con su cuerpo, sabía que su amiga debía ser consciente que se hallaba en aquella alcoba y que aquel baño era también para ella.

—Que sirvan el desayuno, enseguida bajaremos —contestó aquella voz profunda antes de cerrar la puerta y que Bella fuera consciente de que en aquella frase la había incluido a ella.

No se puso su hermoso vestido dorado, sino un batín que él le prestó para la ocasión mientras cohibida por ser vista ante el personal del castillo, bajaba las escaleras casi arrastrada

por la mano de Bastián que entrelazaba la suya conforme avanzaban hacia lo que ella tan bien conocía como la estancia del baño.

En cuanto entraron ella observó como su amiga parecía colocar las bandejas de comida sobre una pequeña mesa cerca de la bañera de la cual el vapor inundaba la habitación advirtiendo que el agua estaba caldeada. Sintió turbación cuando está fijo su vista en ella y después sonrió. Era extraño. Realmente extraño que alguien a quien había conocido desde su niñez la viera en aquellas circunstancias. Resultaba evidente que para todos en aquel castillo se había convertido en la amante de la Bestia y por más que se negase a que así fuera, con cada acto solo confirmaba este hecho en lugar de alejarse.

—Dejadnos a solas —advirtió Bastián dirigiéndose hacia Alma que asintió e instantes después abandonó el lugar dándoles la privacidad que él parecía buscar.

Bella rodeó la enorme bañera y tocó los bordes con su mano sintiendo que la madera retenía el calor del agua. Un paño blanco cubría el fondo para evitar al máximo que se dañara.

—¿Quién la talló? —preguntó sin dejar de pasar sus dedos por la suavidad del relieve.

—No importa quien lo hiciera, sino la razón por la que lo hizo —advirtió acercándose hasta ella y deslizando sus dedos entre el nudo del batín que ocultaba su cuerpo desnudo.

Lo abrió bruscamente y tiró aquel trozo de tela sin miramiento alguno conforme él también hacía lo mismo y después la alzaba para entrar junto a ella en aquella enorme bañera.

—¿Me diréis cuál es esa razón entonces? —preguntó Bella con cierta ironía pensando que la respuesta debía ser de lo más inverosímil y absurda.

—La ordené para que pudiera acogernos a ambos —decretó poseyendo sus labios para acallarla conforme el calor del agua inundaba sus cuerpos.

BESTIA

En su mente había creído que volviendo a tenerla entre sus brazos aquella sensación disminuiría. Se acabaría. Sencillamente el afán por poseerla se erradicaría de esos pensamientos que vibraban ante la idea de volver a poseerla.

No bastaba una. Ni dos. Ni tres. Probablemente no bastarían cien para saciar aquel apetito infernal que ella le generaba. Había algo en sus ojos. En su forma de mirarle. De observarle. En la expresión de su rostro y su absoluta tenacidad vibrante que provocaba aquel fuego dentro de su ser.

Había roto todas sus propias convicciones por tenerla allí, en aquel lecho y junto a él. Decir que era la primera vez que dormía con una mujer a su lado era quedarse corto, puesto que también era la primera vez que compartía su dormitorio.

Jamás había consentido que ninguna otra lo hiciera, menos aún que se entrometiera en su vida o le conociera. No confiaba en ninguna y tampoco debía hacerlo con Mirabella, al menos es lo que se repetía mañana y noche mientras al mismo tiempo deseaba verla para volver a tenerla.

Habían compartido una noche espléndida. Hacía demasiado tiempo que aquel salón no se usaba y las imágenes de la última vez que estuvo en una fiesta se disipaban en su memoria. No poseía muchos recuerdos de su infancia, probablemente no eran dignos de ser recordados, aunque sí tenía presente las lecciones que padre le daba y habían permanecido muy presentes en todos los años de vida desde que había quedado huérfano.

Ni tan siquiera sabía porqué la había invitado a bailar aquella noche tras la cena. Mentira. Lo sabía. Era perfectamente consciente de ello, aunque no quisiera reconocerlo y saber que aún influía ese recuerdo carcomía sus entrañas. Ella lo alejaba de aquellos pensamientos. Saturaba su mente de otros muchos más placenteros y por esa misma razón la había usado como distracción, sabiendo que engullendo su cuerpo y enloqueciendo ante el placer que ella le proporcionaba lo olvidaría. Así había sido. Aquella nueva doncella tenía ese poder que hasta ahora ninguna otra mujer había conseguido provocar en él y eso en parte le desconcertaba.

No era amor.

Ese sentimiento estaba más que erradicado de su interior. Él jamás amaría a una mujer y menos aún a una sirvienta que poseía una deuda con él, pero ella podría ser su amante aunque se

negara a serlo. Podría permanecer perfectamente a su lado hasta que se saciara de ella y después quizá la recompensaría resolviendo su deuda.

¿Realmente deseaba que ella se marchara? Ahora le resultaba impensable, ella satisfacía plenamente sus deseos, pero estaba seguro de que en unas cuantas semanas no le importaría hacerlo cuando al fin se cansara de su cuerpo.

¿Era solo su cuerpo lo que quería realmente de ella?

Debía serlo. Aquella sensación interior de fuego creciente cada vez que sus ojos se depositaban en ella lo confirmaban. No podía ser nada más. Él nunca podría encariñarse de una mujer y menos aún de una simple sirvienta. Aunque le satisfacía saber que había sido el primer hombre en su vida. El primero y el único, eso le agradaba de un modo primitivo que desconocía. Nunca le había desconcertado este hecho cuando había tomado a cualquier furcia en el burdel más cercano para saciar su apetito, ¿Por qué con Mirabella no era así?, ¿Por qué imaginarla con otro hombre le hervía la sangre?

Definitivamente era puro instinto carnal. La idea de ser el único poseedor de su cuerpo le provocaba más deseo hacia ella despertando así su instinto animal. Su piel de seda, tan suave y dócil al tacto que le enfebrecía. El sabor de su cuerpo, puro y delicioso néctar. Aunque lo que más apreciaba en ella era su entrega. Lo volvía literalmente loco que ella le correspondiera en la forma en que lo hacía, respondiendo a sus caricias de un modo que le hacía olvidar absolutamente todo.

Desde que la había visto sumergirse en aquel pequeño río de agua helada, deseó llevarla al lago, tomar su cuerpo tras la cascada y verla nadar a su lado. Hacerlo realidad había sido mucho mejor que en sus pensamientos y ciertamente le agradaba la idea de repetirlo de nuevo. De algún modo era consciente de que existía una mínima posibilidad de que jamás se cansara de su cuerpo, de que nunca estuviera saciado completamente de ella, de que probablemente desearía que permaneciera siempre en su compañía. ¿Acaso no podía permitírselo? Quizá ella no quisiera ser su amante, pero después de sentir su calor en el lecho, despertar a su lado sintiendo como aquel cálido cuerpo lo embriagaba con su roce, definitivamente tenía que admitir que quería tenerla de ese modo cada una de sus noches gritando su nombre y la tendría.

Bastián.

Sonaba extremadamente bien proveniente de sus labios. Solo Charles le llamaba por su nombre en el castillo y lo hacía de un modo tan formal que casi había olvidado como era que lo pronunciaran de aquella forma tan dulce.

—Mi hermosa Mirabella —susurró cuando ella se había quedado dormida, su respiración era acompasada y definitivamente debía estar agotada tras estar toda la noche entre sus brazos mientras la poseía una y otra vez sin aplacar su fuego interno. Acarició su rostro suave como el

pétalo de la rosa que él le había regalado esa misma noche y contemplando con la luz del amanecer sus rasgos definitivamente hermosos—. Sois como una delicada rosa cuyas espinas sé que intentaréis clavar y aún así, no puedo permitir que os alejéis de mi lado.

40
BELLA

Bella se dejó arrastrar por aquella sensación inaudita que emanaba de sus labios, sintiendo el calor del agua además del que brotaba de su propio cuerpo. Bastián la balanceaba sobre ella conforme la acogía hundiéndose en su interior, poseyéndola, haciéndola suya de nuevo de un modo primitivo y apasionado. Percibía su fuerza, su destreza, la Bestia que llevaba dentro y que rugía con cada embestida que la llevaba al verdadero paraíso.

Se abrazó a él con ahínco, como si verdaderamente necesitara hacerlo para saciar su propio ardor y dejándose arrastrar por ese cúmulo de sensaciones inauditas gritó su nombre a pleno pulmón con su último aliento antes de dejarse caer sobre aquellos hombros que la sostenían.

Por alguna razón había perdido esa sensación inesperada de rechazo que hasta ahora creía que él tendría hacia ella, aunque en el fondo de sí misma pensara que en cualquier momento podría resurgir la Bestia, pero notar como sus dedos acariciaban sutilmente su espalda le confirmó el hecho de que podría permanecer en aquella posición cuanto quisiera. Era extraño sentirse acogida entre aquellos fuertes brazos, tan insólito que aún le sorprendía pensar como habían podido cambiar las cosas en tan poco tiempo.

La había tratado como escoria humana, peor que a una simple doncella del castillo con sus severos castigos, algo que ahora parecía lejano, pero que se no podía olvidar bajo ningún concepto. Sin embargo, en aquellos momentos resultaba todo lo contrario y aún no encontraba la razón, ni el sentido al cambio tan brusco entre ambas personalidades de aquel hombre hacia la misma persona.

¿Qué podría haber cambiado en él? Se había dicho miles de veces que solo sería un nuevo juego para torturarla, que solo podía tratarse de algún macabro plan para reírse a su costa, pero a esas alturas le resultaba casi imposible creerlo. Había visto a alguien distinto tras esos ojos verdes que la observaban, esas caricias llenas de dulzura y palabras gentiles. Verdaderamente comenzaba a pensar que había algo oscuro escondido en él, algo de su pasado que se empeñaba en ocultar y que le había convertido en esa Bestia que todos conocían. Una Bestia que

permanecía dormida durante las últimas semanas.

—Debo confirmar el hecho de que esta bañera es lo suficientemente grande para acogernos a ambos —mencionó Bella tratando de salir de aquella pequeña ensoñación conforme sus sentidos volvían a su ser.

Sintió como él se dejaba caer hacia atrás, hasta reposar su espalda en el borde de aquella enorme tina y encontrar así una posición cómoda que además le permitía tener una generosa vista de ella.

—¿Significa eso que a partir de ahora compartirás mi baño? —exclamó con una vaga sonrisa en sus labios.

Bella alzó una ceja extrañada.

¿De verdad estaba dispuesto a compartir la enorme tina cada vez que se bañara?

—Tan generoso es mi señor que ahora no solo desea compartir su lecho, sino también su baño? —contestó con cierta ironía y él se inclinó rápidamente apagando aquella sonrisa para acoger su cuello y acercarla tanto a él que pensó que iba a besarla.

—No volváis a llamarme de ese modo, de vuestros labios solo quiero oír mi nombre cuando os dirijáis a mi —susurró en lo que parecía ser una orden.

—¿Queréis que siempre me dirija a vos como Bastián? —preguntó anonadada.

—Si —afirmó rozando sus labios antes de volver a dejarse caer de nuevo con una expresión más relajada.

—Entonces vos podéis llamarme Bella —sonrió apreciando esa especie de complicidad que momentáneamente se había creado entre ambos, aunque fuera consciente de que no sería eterna.

Resultaba agradable estar así junto a él, sin tener que pensar más allá del momento que estaba viviendo, dejándose arrastrar por su más ínfimo deseo y sin la constante presión que hacia sí misma se ejercía por temor a que el se burlara de nuevo.

No comprendía que tipo de relación era aquella, mucho menos hacia donde conduciría, pero en aquel instante no era lo que le importaba, sino descubrir que secretos oscuros guardaba aquel misterioso hombre.

—Bella, ¿Por qué te llaman así? —preguntó con una vaga sonrisa en sus labios.

—De pequeña mi padre me llamaba de ese modo, al final todos comenzaron a hacerlo y casi nadie me llama por mi nombre completo —mencionó encogiéndose de hombros conforme consideraba que su pequeño apodo era lo más normal del mundo.

—Bella… —susurró él con voz ronca mientras acariciaba su cintura—. Me gusta —añadió provocando que ella se abalanzara hacia él y para hacerlo se inclinó ligeramente saliendo

del agua, de forma que le dio una vista generosa de sus muslos e instantáneamente él rozó la cicatriz de su nalga izquierda—. ¿Cómo os la hicisteis? —preguntó con curiosidad.

—Un accidente en carruaje cuando era pequeña. No lo recuerdo, debía tener aproximadamente tres o cuatro años y viajaba con madre para visitar a nuestros familiares. Al parecer uno de los ejes quebró y la carroza se partió al caer, justo antes de que se precipitara por uno de los terraplenes, mi madre logró ponerme a salvo a manos del cochero, eso fue lo último que hizo antes de morir.

Recordar aquello realmente le dolía en el alma, aunque solo fuera la historia que padre le había contado puesto que ella no lograba tener ninguna imagen de aquellos hechos por más que tratara de imaginarlos o rememorarlos.

—Lo lamento —mencionó acariciando bajo el agua la zona donde precisamente tenía aquella cicatriz a pesar de estar en un lugar prohibido.

—Pasó hace demasiado tiempo y como he mencionado no lo recuerdo, ¿Vos tenéis recuerdos de vuestra madre?, ¿Ella sigue aún con vida? —preguntó Bella de forma inocente.

—Ella se marchó hace muchos años. Se fugó con otro hombre abandonándonos a padre y a mi —contestó escuetamente y con cierto hastío en sus palabras, como si juzgara realmente ese hecho y lo recriminara.

Bella se sorprendió de que le hubiera dado un dato tan íntimo y revelador. No parecía enfadado, menos aún ofuscado, sino que reprendía ese hecho como si sintiera rechazo hacia ello. Su curiosidad la exaltó, así que decidió intentar averiguar más sobre el tema.

—¿Era un sirviente del castillo? —exclamó curiosa.

—¿Su amante? —preguntó él mientras alzaba una mano para coger la pastilla de jabón que había sobre una banqueta junto a la bandeja de comida como si tratara de evitar mirarla—. No lo sé y tampoco me importa. Solo sé que no debía importarle demasiado cuando se marchó sin despedirse.

Bella trató de imaginarse a ese niño que acababa de perder a una madre de un día para otro sabiendo que había preferido otro tipo de vida en la que él no encajaba, abandonándole a su suerte con un hombre severo que seguramente le daría una educación muy distinta de la que habría tenido estando ella presente. El amor y cariño de una madre no podía suplirse con nada, su tía Rosmery había intentado hacerlo de la mejor manera y lo agradecía, pero no podía imaginarse como una mujer podía abandonar a su hijo de ese modo sin echar la vista atrás. Ella no tenía hijos, pero sería incapaz de hacerlo.

—Lo lamento —comentó del mismo modo en que él se lo había dicho a ella acariciando su hombro.

—No lo lamentéis. Aprendí que todas las mujeres buscan su propio interés, es la naturaleza que hay en ellas. Se abrirán de piernas a la primera oportunidad que tengan si con ello consiguen lo que quieren —rugió de malos modos como si realmente este hecho le doliera.

¿Era eso lo que opinaba de ella?, ¿Por esa razón pensaba que se entregaba a él?, ¿Qué era realmente lo que creía que pretendía sacar de aquello?

—¿Quién os hizo creer tal cosa? —exclamó Bella algo conmocionada.

No pensaba justificarse ante él, había aprendido con el tiempo que hacerlo no servía de nada, por alguna razón que ahondaba en su interior no la creería.

—Las marcas que hay en mi espalda son suficiente prueba para saber que es así —cercioró con esa misma voz de recriminación en su tono de voz.

¿Qué tendrían que ver esas cicatrices con el hecho de que su madre se marchara?

—Dijisteis una vez que eran la causa de aprender una lección. ¿Acaso dicha lección fue que todas las mujeres os traicionarían? —preguntó asombrada y anonadada.

—Sois más inteligente de lo que imaginaba —agudizó soltando la pastilla de jabón y tornando sus ojos hacia ella. Su color verde estaba oscurecido—. ¿En qué forma me traicionaréis vos? —preguntó como si en su voz tuviera la certeza, pero creyó percibir un hilo de esperanza.

Desconocía qué razones podría tener aquella mujer para huir y dejar a su propio hijo a su suerte. A juzgar por las severas marcas que el padre de Bastián le había dejado para el resto de su vida, imaginó el pesar que debió sufrir esa mujer a manos de aquel hombre, pero con más razón no concebía la idea de abandonarle sabiendo con que clase de Bestia dejaba a su único hijo.

—Tal vez os defraude —sentenció Bella posando sus ojos en ese hombre al que ahora podía ver cuanto dolor debió sufrir en el pasado—. Pues en mi naturaleza no existe la traición —añadió con firmeza manteniendo su mirada.

—Os recuerdo que tratasteis de huir de mi en una ocasión —apuntó él como si se excusara en aquel hecho para sentenciarla.

—Y yo debo recordaros que no me dejasteis otra opción, puesto que intentasteis ahogarme con vuestras manos creyendo que había atentado contra vos —contestó recordando aquel episodio dramático en sus primeras semanas en el castillo.

Para su estupor, él la atrapó sentándola en su regazo, acercando de nuevo su cuerpo al suyo y sintió que apreciaba esa cercanía cuando tantas veces la había rechazado.

—No era consciente en aquel momento —susurró rozando con su nariz el cuello de Bella, aspirando sutilmente su aroma.

—¿Y lo sois ahora? —preguntó Bella sintiendo que su corazón se aceleraba por momentos.

—Demasiado —respondió abrumándola conforme se apoderaba de su boca ferozmente apresando el labio inferior para morderlo—. Y aunque trato de resistirme a ello, no logro evitarlo —agudizó volviendo a morder su labio en esta ocasión de forma más suave.

Bella no sabía porqué aquellas palabras la derretían, era como si sintiera que se estaba rindiendo a sus propias creencias. ¿Sería posible que existiera una mínima posibilidad de que él dejara de ser esa Bestia que había conocido al llegar? El hombre que ahora le hablaba, le acariciaba, le besaba, le hacía el amor de un modo apasionado y tierno al mismo tiempo le decía que si.

Aquello no cambiaba el hecho de que él jamás la vería con otros ojos que no fueran los de su sirvienta. Nunca trataría de considerarla algo más que su amante o la mujer que calentaba su cama y saberlo significaba que tarde o temprano se cansaría de ella. ¿Qué pasaría después?, ¿Tomaría a otra en su lugar frente a ella?, ¿La devolvería a las labores iniciales que eran su deber antes de que cayera enferma?

Algo en ella le indicaba que sería incapaz de verle junto a otra mujer o tomando esposa e hijos después de la intimidad que habían compartido a pesar de que dijera que jamás se casaría. Podría soportarlo, pero estando lejos de allí, no bajo su mismo techo.

—¿Tratáis de resistiros? —preguntó refiriéndose a su última afirmación.

—Lo hice —apuntó extendiendo una mano para coger un racimo de uvas y acercarlo hasta ellos—. Es evidente que no lo logré —añadió acercándolo a ella y Bella abrió la boca para morder la fruta llevándose consigo una pequeña semilla a sus labios.

—Tal vez os entienda —dijo ella cuando tragó el dulce sabor de la fruta—. Puesto que yo misma también traté de resistirme… —confesó en lo que parecía una conversación civilizada después de tantos malos encuentros y discusiones como habían tenido en el pasado.

Saber que Bastián había confesado parte de su pasado y que con ello había descubierto una causa de su desconfianza y del carácter agrio que había conocido cuando llegó al castillo, le hacía sentirlo de un modo más cercano y no solamente por la unión de sus cuerpos, sino porque a su modo de verlo, confesando aquello le estaba revelando quien era él realmente y la razón por la que la había tratado de aquel modo.

¿Podría ella demostrarle realmente que era diferente a la convicción que él tenía sobre todas las mujeres?, ¿Sería capaz de hacerle entender que estaba errado en sus propias creencias? No temía a la Bestia, sino a lo que éste provocaba en ella y sabía que sus propios sentimientos estaban implicados en ello. Por más que había querido pensar en lo contrario, se sentía irremediablemente atraída hacia él y conforme más tiempo pasaba a su lado, sus pensamientos ahondaban con mayor firmeza en su figura. Era consciente de lo que podía perder y también de que él jamás la consideraría como algo más que la mujer que compartía su lecho, pero algo le

decía que debía intentarlo al menos.

—Lo sé —cercioró Bastián colocándole otra uva en sus labios y ella la apresó dulcemente acariciando sus dedos con la lengua—. Eso es lo que más me atraía de vos —afirmó dejando a Bella asombrada con aquella confesión.

41
BELLA

Pasaron el resto de aquel baño entre besos mientras degustaban la comida, anécdotas infantiles e incluso sueños. Por algún motivo Bella confesó que siempre había deseado ir más allá de la frontera del pueblo, conocer otras costumbres, otras gentes y llegar a donde sus ojos no podían alcanzar desde la cima de la montaña para descubrir un mundo nuevo. Ni tan siquiera sabía la razón por la que expresó aquel profundo deseo, más aún sabiendo que jamás se realizaría teniendo en cuenta que era su sirvienta de por vida hasta que saldara su propia deuda. Más aún le sorprendió que él la escuchara atentamente, sin argumentar que jamás sería posible o robándole aquellos sueños que cada vez veía más inalcanzables.

Bella descubrió durante aquellas horas en las que el agua se volvió fría a pesar de que aquello no importara ya que Bastián parecía bastante interesado en lo que ella relataba e incluso la incitaba a contarle más sobre su vida, como el hecho de saber quien la había enseñado a leer o porque poseía aquellos dones poco frecuentes en una mujer. Con el paso de las horas descubrió que no solo podía mantener una conversación amena y tranquila con aquel hombre, sino que incluso comenzaba a agradarle demasiado su compañía, la extraña sensación de sentirse bien junto a él hasta el punto de olvidar lo diferente que había sido solo unas semanas atrás cuando la había tratado peor que a una esclava.

¿Cómo un mismo hombre podía ser tan diferente?, ¿Cómo era posible que la misma persona que ahora la escuchaba atentamente y conversaba apaciblemente con ella en confianza pudiera haberla castigado de un modo tan severo? No se lo explicaba. No, salvo por la única excepción de que ahora veía posible que quizás parte de su pasado le afectaba hasta el punto de desconfiar tanto en ella para no sopesar la duda en sus palabras.

¿Y si lograba realmente demostrarle que ella era diferente? Era evidente que hasta ahora su actitud se mostraba distinta, podría quizás…

No. No quería hacerse vanas ilusiones, aunque su mente jugaba en su contra haciéndose ideas propias.

Tras aquel baño regresaron de nuevo a la habitación de Bastián, donde resultaba evidente

que habían estado limpiando ya que el lecho estaba ordenado y el aire era fresco en señal de que habían aireado la estancia. ¿Sabría todo el castillo que había pasado la noche en el lecho de su señor? Extendió la mano para vestirse con la única prenda que tenía en aquella habitación sin saber exactamente cuáles eran las intenciones de su dueño, pero él la acogió de la cintura impidiéndole dicha tarea conforme la apresaba en su desnudez junto a su cuerpo.

—No permitiré que estéis vestida en mi lecho. Me gusta teneros así para mi —rugió en su oído con esa voz profunda que surcaba todos sus sentidos.

Bella sentía como sus manos se deslizaban a lo largo de su cintura y ascendían para rozar sutilmente sus pechos. Se dejó caer hacia atrás ahogando un leve quejido de placer por sentir tales sensaciones que solo él provocaba en ella y cuando agarró firmemente sus senos los fuertes golpes en la puerta la sacaron de su ardor.

Bastián maldijo y se apartó levemente de ella, eso bastó para ser consciente de que debía tapar su desnudez y cogió el batín que había sobre uno de los sillones rápidamente para cubrirse. Tras hacerlo, él abrió la puerta bruscamente de malos modos como si le hubiera molestado que le interrumpieran, aunque su rostro se suavizó levemente al ver que se trataba del señor Charles.

—Disculpad Bastián, no os molestaría si no fuera importante. Hay un desprendimiento en una de las laderas de la montaña y el ganado no puede regresar, varios hombres están de camino, pero sé que siempre queréis supervisar vos mismo ese tipo de inconvenientes.

—Dadme un momento e iré enseguida —contestó sin más conforme cerraba la puerta.

Bella vio que empezaba a vestirse sin mirarla y ella no supo exactamente si debía hacer lo mismo, así que se quedó quieta conforme agarraba el cierre de aquel batín para que sus pechos no quedaran expuestos hasta que él se calzó las botas la observó detenidamente con calma.

—Parece que os libraréis de mi el resto de la tarde, pero esta noche volveréis a ser mía —aseguró antes de acercarse a ella y colocar ambas manos a los lados de su rostro conforme acogía sus mejillas—. Si regreso tarde volved a mi lecho, es ahí donde deseo encontraros cuando vuelva —susurró robándole un arduo beso antes de separarse y sin mirar atrás abandonarla en su recámara.

Acababa de decirle que quería volver a compartir su cama de nuevo. No había sido algo de una sola noche, ni de un solo encuentro, definitivamente él quería tenerla en su cama.

¿Cuántas veces se había dicho a sí misma que no sería su amante?, ¿Y qué era aquello en cambio si compartía cada noche junto a él su misma estancia? Ella no deseaba aquello, realmente era todo lo opuesto a sus creencias, pero… ¿Y si era el único modo de llegar hasta él?, ¿Y si solo de aquella forma podría lograr que viera quien era ella realmente? Si quería demostrarle que era diferente, que aquellas convicciones que tenía en su mente no se aplicaban a cada mujer, tenía que acercarse a él y quizá ese sería el único modo de hacerlo.

Finalmente se vistió y bajó a las cocinas, no tenía ni una pizca de hambre, pero necesitaba distracción ante el cúmulo de sensaciones que la ahogaban y desde luego en la biblioteca no hallaría lo que buscaba ya que sabía que sería incapaz de concentrarse en la lectura por muy apasionada que esta fuera.

Para su fortuna, Megan estaba preparando algunos bizcochos para el día siguiente y pensó que ayudarla sería un buen modo de despejarse a pesar de que le resultaba imposible apartarle de su mente. ¿Sería peligroso el lugar hacia donde se había dirigido?, ¿Podría ocurrirle algo? El simple hecho de que le preocupara lo que a él le pudiera suceder ya ponía en alerta sus sentidos. Era consciente de que se estaba implicando demasiado y no sabía como mitigar aquella sensación que incluso la ahogaba interiormente al ser consciente de ello.

—Debo deciros que tenéis un aspecto demasiado radiante para haber pasado la noche en la habitación del señor del castillo —mencionó Megan con cierto énfasis y Bella enrojeció inmediatamente.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó mordiéndose el labio ya que tenía las manos llenas de harina y no podía tocarse de ningún modo.

—Diría que no habéis dormido precisamente, ¿Es cierto que ha compartido su lecho con vos toda la noche? —Aquella pregunta sonaba realmente sorprendida, como si no fuera posible tal hecho.

—¿Tanto os sorprende? —susurró Bella inquieta.

—Seríais la primera con la que lo hace. Ciertamente él no es de traer mujeres a esta casa y tampoco se mezcla con el servicio que dispone, pero años atrás si que algún amigo ha traído compañía femenina, solo que jamás compartieron el lecho con él toda la noche, las despachaba de su alcoba instantes después —susurró Megan como si pudieran oírla a pesar de que estaban solas.

Saber que en aquella casa habían estado otras mujeres que habían compartido algo íntimo con él no debía de suponerle algo extraño. Bastián era joven, hermoso y era normal que cualquier mujer se sintiera atraída por su belleza, pero conocer de primera mano que ella había sido la única que compartía su lecho desde el anochecer hasta el amanecer, la hacía sentirse embriagada. ¿Era realmente solo deseo?, ¿Podría haber en algún momento algo más entre ellos?

Conforme avanzaba la tarde y a pesar de que Bella estaba entretenida realizando postres junto a Megan al mismo tiempo que charlaban, no dejaba de preocuparle el paso de las horas y el hecho de que Bastián no regresara. Por más que quisiera dejar de pensar en él o en que pudiera sucederle algo grave, le resultaba inevitable, así que decidió quedarse en las cocinas a la hora de la cena porque estaba segura de que su tormento sería mayor si lo hacía a solas en su habitación, aunque aquella incertidumbre había cerrado por completo su estómago por más que se dijera a sí

misma que no tenía razón alguna para preocuparse.

¿Por qué sentía esa sensación de agobio en su interior?, ¿Por qué le inquietaba realmente lo que pudiera sucederle? Estaba claro que él le afectaba, aunque quisiera creer que no. Aunque se negara a hacerlo e insistiera en ello, él le importaba de verdad.

—¿Ocurre algo Bella? Hace un buen rato que no decís nada y solo mareáis el plato sin probar bocado —mencionó Alma que estaba sentada frente a ella.

Se habían apartado ligeramente de los demás, eso les daba cierta privacidad.

—No es nada —mencionó aturdida—. Supongo que estoy distraída —contestó intentando evocar una sonrisa.

—¿Os trata bien? —preguntó haciendo que saliera de sus pensamientos y alzase la vista para ver a su amiga.

—¿A qué os referís? —exclamó no comprendiendo su pregunta.

—Me refiero al señor del castillo —susurró en voz baja—. ¿Él os trata bien?, ¿Es gentil con vos? —insistió.

—Si —afirmó con ciertas dudas—. En las últimas semanas es como si algo en él hubiera cambiado —aseguró no creyendo del todo que el mismo hombre cuyos horrores había cometido hacia ella ahora la tratara con delicadeza.

—Está claro que habéis obtenido su favor puesto que no os trata como a una doncella del castillo —confirmó Alma como si fuera obvio.

Lo cierto es que aún desconocía porque la había retirado de sus labores, suponía las razones cuando estuvo enferma, pero era evidente que ahora no lo estaba y aún así, su única tarea era demasiado liviana y gozaba de cierta libertad por el castillo que ningún otro sirviente poseía. Aunque había algo de razón en las palabras de Alma, desde hacía varias semanas no la trataba como a una sirvienta, sino más bien como a una invitada cercana.

—No diría que tengo su favor —alegó Bella—, probablemente cambie de parecer dentro de unos días —añadió sin albergar demasiadas esperanzas por aquella especie de tregua que mantenían.

Si solo unas semanas atrás la desquiciaba con su carácter irascible, ¿Quién decía que no podría volver a hacerlo cuando se cansara de ella?

—¿Lo decís porque pueda fijarse en otra? —preguntó con cierto interés—. No lo creo, sois demasiado hermosa Bella, es normal que se haya prendado por vos.

Bella no había pensado en ese hecho, ¿Podría posar sus ojos en otra mujer que le atrajera más que ella? Alma era joven, bonita, tierna… ¿Tal vez se sentiría tentado hacia su amiga cuando se cansara de ella? No sabía si tener esa clase de pensamientos era bueno porque en aquel

momento le disgustaba pensar en ese hecho.

—Prefiero no pensar en ello ahora —mencionó sin querer entrar en detalles.

Le turbaba aquella conversación, más aún después de saber que él verdaderamente le importaba, que por más que se negara a hacerlo, había ciertos sentimientos que se habían mezclado en aquella especie de relación.

—¿Os imagináis siendo la dueña de este castillo? —preguntó Alma mirándola fijamente —. Tal vez si os casarais con él, podríais darnos la libertad a todos… —susurró esperanzada.

—Bastián de la Rose jamás se casaría conmigo —aseguró Bella sin añadir que él jamás se casaría con nadie según afirmó en su día, aunque eso era algo que ella creía improbable, lo que si tenía claro es que le mencionó aquello para anular cualquier esperanza que ella pudiera tener hacia él en aquel momento.

—Aún así os envidio demasiado en estos momentos y más aún por dormir en su lecho cubierto de esas pieles que valdrían una fortuna en el mercado —contestó riendo—, eso sin mencionar el dolor de espalda por cargar cubos para fregar el suelo, creo que hace dos días que ya no me siento las manos, no sé si podré aguantar otra semana —alegó entre ironía y hastío.

Bella sabía que lo que más agonizaba a su amiga era saber que permanecería indefinidamente en el castillo, que su juventud se evaporaría y su amor por Alair se esfumaría con el tiempo porque él recompondría su vida.

—¿Habéis tenido noticias de Alair? —preguntó a pesar de no querer evocar la nostalgia en su amiga.

—No —negó entristecida—. Es probable que ya haya fijado sus ojos en otra moza del pueblo —dijo con los ojos brillantes como si sus lagrimas estuvieran a punto de salir de ellos.

—No pierdas la esperanza Alma. Seguro que encontraremos el modo de resolver esta situación. No sé como, pero algo se nos ocurrirá —dijo por darle esperanzas.

Dudaba que Bastián perdonara la deuda de Alma así como así, ni tan siquiera por un favor personal que ella le pidiera, estaba segura de que él no le concedería algo así, pero tal vez existiera un modo de conseguir el dinero o el joven Alair reuniera la cantidad que necesitaba para liberar a su amada.

—Os lo agradezco, pero ya sé que no hay esperanza para mi fuera de este castillo… —dijo con los ojos entristecidos antes de levantarse y abandonar la cocina con la que Bella pensó que sería la intención de dar rienda suelta a sus lágrimas en la soledad de su habitación.

Se sentía triste por ella. No podía imaginar su situación siendo presa de la horrible decepción de unas hermanas que la habían vendido para obtener su propia felicidad y aceptar que perdería al único hombre que había amado en la vida. Quería hacer algo por ella. Necesitaba

ayudarla, pero no sabía ni tan siquiera por donde comenzar. Determinó que de un modo u otro Alma debía obtener su libertad.

Cogió algunos de sus vestidos y el camisón de dormir de su habitación y se sintió demasiado extraña cuando se dirigió con ellos hacia el dormitorio de Bastián. Era extraño estar allí sin el propósito de una orden expresa o porque tuviera que limpiar la alcoba como hacía antaño, sino que le había pedido que le esperase en su lecho hasta que él regresara. Se desvistió y deslizó la prenda de suave tejido por su cuerpo cuyo escote no dejaba demasiado a la imaginación, no había querido caminar por los pasillos con aquellas vestiduras, así que por esa misma razón había esperado hasta encontrarse en la intimidad de los aposentos de Bastián para hacerlo, pero ahora que veía algunas de sus ropas sobre aquel sillón, se preguntaba si no sería una osadía haberlos traído puesto que implicaba que asumía que pasaría la noche allí mismo y tal vez él le pediría que se marchara.

Se deslizó en aquella enorme cama que ahora estaba fría sin él y se sintió extraña. Le inquietaba que aún no hubiera vuelto cuando ya no había luz que pudiera iluminar el camino de regreso. Con aquella sensación de angustia, se inquietó y comenzó a pasearse sobre la alfombra en la que ella misma había dormido durante varias noches cuando estaba encadenada, ahora era muy distinto, no solo por la libertad que gozaba, sino porque ansiaba su regreso, necesitaba comprobar por sí misma que estaba vivo y sin ningún rasguño para sentir la paz de nuevo.

Comenzaron a pasar los minutos, convirtiéndose en una hora y después otra. Empezaba a tener miedo. Miedo de que él no volviera. Miedo de que él no regresara. Miedo de que jamás volviera a verlo. Debía ser entrada la madrugada cuando escuchó los pasos acercándose a la puerta. Bella sintió que su respiración se paralizaba y sin que nadie llamara, la hoja de madera se abrió lentamente hasta que dejó paso a la figura de Bastián que parecía llevar el cabello desordenado, la chaqueta abierta y su camisa aparentemente rasgada.

No supo porqué, ni las razones que le llevaron a hacerlo, pero en cuanto lo vio corrió hacia él y se abrazó a su cuerpo sintiendo que necesitaba hacerlo para comprobar que estaba allí de nuevo.

—¿Os sucede algo? —preguntó esa voz varonil mientras sostenía sus brazos—. ¿Estáis bien? —insistió apartándose ligeramente de ella para comprobar con sus ojos su rostro e inspeccionar su cuerpo.

—Debería ser yo quien os hiciera esas preguntas —respondió Bella viendo el cansancio en su rostro, aunque no parecía quejarse por ello—. Habéis tardado demasiado en volver.

Su aspecto decía a gritos que había sido un día duro, incluso sus ropas lo delataban, probablemente agradecería un buen baño y el lecho caliente en el que hallar descanso.

—¿Acaso estabais preocupada por mi regreso? —exclamó frunciendo el ceño.

—¡En absoluto! —exclamó Bella sintiendo que se ruborizaba por haber dado rienda suelta a sus propios sentimientos y tratando de darle la espalda.

Intentó apartarse de él para volver caminando hacia la chimenea, pero percibió como la detenía para atraparla entre sus brazos uniendo su espalda al pecho firme de él, ese lugar se estaba convirtiendo en uno de sus favoritos y sabía que no era nada bueno.

Sintió como la acogía entre aquellos músculos y la apretaba firmemente conforme ella se dejó caer sin poder evitarlo, percibiendo el suave roce de su nariz en su oreja.

—¿Verdaderamente deseabais mi regreso? —preguntó en voz baja casi como una caricia en el oído de Bella.

Ella no se pudo resistir. No a una pregunta así, por lo que inclinó su rostro hacia ese lado llegando a rozar parcialmente sus labios.

—Si —afirmó en voz suave, como si fuera un ruego.

Su respuesta fue acoger con su mano la nuca de ella para apresarla firmemente y fusionar su boca con la suya en un anhelante y más que desesperado beso fulminante. Bella podía percibir el ardor de su boca que reclamaba todo de ella y por inverosímil que pareciera estaba dispuesta a dárselo.

La alzó en sus brazos como si no pesara más que una pluma y la apresó entre su cuerpo y la firme pared consiguiendo que Bella sintiera a través del camisón cada músculo de su piel contra ella. No abandonaba sus labios, sino que los afianzaba con desesperación mientras su aliento se iba con cada aluvión de sensaciones que aquella lengua le hacía sentir en su boca.

Aquello era primitivo. Instintivo. Inaudito. Ni tan siquiera era consciente de como podía hacerle sentir tanto con una simple caricia produciendo ese efecto en ella misma. Un efecto que tanto empeño había puesto en rechazar y que ahora anhelaba con todo su ser. Todo su cuerpo estaba candente por su sola presencia, anhelante y ferviente esperando su contacto. Sabía que respondía a sus bajos instintos ante la necesidad de aquel deseo que crecía en su interior en autentico descontrol.

Las manos de Bella se entrelazaron entre el cuello de Bastián apresando con mayor fervor sus labios, degustando el néctar que él le proporcionaba y sintiendo esa pasión que a él también le enfebrecía.

Por un leve instante se apartó de su boca para admirar su rostro en silencio. Estaba segura de tener los labios rosados debido a sus besos y él pareció notarlo, puesto que ejerciendo presión con su cuerpo para mantenerla firma contra la pared de la alcoba, liberó sus manos para acariciar sus labios sin dejar de observarla.

—Demostradme que de verdad lo deseabais —mencionó paseando aquel pulgar por el

cuello de Bella conforme bajaba por su garganta y trataba de perderse en el escote de su camisón, algo que no pudo hacer por lo que con ambas manos cogió la prenda que permanecía arrugada en sus muslos y la rasgó hasta dejarla completamente abierta e inservible—. Mostradme que es cierto lo que sentís —susurró jadeante acercándose a su rostro, colocando su frente junto a la suya sin llegar a besarla, pero en sus palabras había tanto ardor que Bella supo al instante lo que necesitaba.

Bella acarició sus hombros y le miró a los ojos con deseo, sintiendo que por mínima que fuera la posibilidad, se aferraría a ella con todo su anhelo.

Esta vez sus labios se unieron a los de él con dulzura, degustando su sabor en cada oleada de placer que le proporcionaba aquel beso. Podía sentir sus manos recorriendo su cuerpo hasta posicionarse en sus nalgas y aferrarlas con firmeza para hacerle sentir la protuberancia de su masculinidad en su entrepierna. Bella sintió lo que él verdaderamente necesitaba en aquel momento y al mismo tiempo supo que ella también lo deseaba, así que bajó una de sus manos por su pecho hasta la firmeza de su miembro viril y este rugió con vehemencia y autentico frenesí mientras ella le liberaba deshaciendo las cuerdas de aquel pantalón de cuero hasta sentir como se adentraba en ella sin perder un atisbo de tiempo.

¿Se apagaría alguna vez aquel fuego que él le hacía resurgir?, ¿Sería posible que aquel deseo se mitigara en algún momento? Bella comprendió que conforme más tiempo pasaba, con mayor firmeza sentía aquella pasión emerger de su interior en cuanto él se acercaba. Quizá nunca lo hiciera. Quizás no se acabara jamás. Quizá su destino era el de estar atada a aquella Bestia y por inverosímil que pareciera en aquel momento, no le pareció tan mal.

42
BELLA

Bella sentía esa necesidad que reclamaba su cuerpo, anteponiendo sus más primitivos deseos a cualquier raciocinio de su conciencia. Era instinto. Era pasión. Era lujuria. Podía percibir que usaba todas ellas en cada posesión de su cuerpo, haciendo que la transportara a un lugar al que sin duda alguna deseaba llegar porque era la explosión máxima de su desasosiego.

Se abrazó a él con ímpetu, dejándose arrastrar por todas esas sensaciones que la embriagaban hasta que él mordió su cuello ligeramente y el gesto de pasión la arrastró hacia esas oleadas de placer que la abrumaban hasta el punto de perder la conciencia del momento en el que estaba.

No supo si había gritado su nombre, como tampoco sabía si había proclamado algo de lo que más tarde podría arrepentirse en aquel momento de lujuria máxima, pero sí que fue consciente cuando abrió los ojos de que él la arrastraba hacia el piso inferior aún con ella en brazos y sin salir de su interior.

Aquello era obsceno. Más que obsceno era indecoroso, pero a Bastián pareció no importarle, puesto que fue directamente hacia el lugar donde siempre tomaba el baño y Bella rezó para que nadie estuviera despierto en el castillo a esas horas y pudiera contemplar la bochornosa escena, simplemente se abrazó a él con todas sus fuerzas cubriendo de ese modo su desnudez y cuando la dejó en el suelo comprobó que alguien había llenado aquella bañera.

El agua estaba templada e imagino que se había enfriado debido a la tardanza.

—Podríais haber venido directamente a asearos, ahora el agua no está tan caliente como debería —comentó mientras rozaba con sus dedos el líquido que debía ser humeante.

—La temperatura del agua es lo que menos me importa en estos momentos —contestó conforme se quitaba las prendas de su cuerpo y las dejaba caer al suelo sin ningún tipo de pudor —. Vos me calentáis lo suficiente para sentirme satisfecho —aclaró sentándose en la enorme bañera y alzó la vista para mirarla fijamente—. ¿A qué esperáis? Venid a mi lado, quiero teneros de nuevo sobre mi.

Saber que la quería a su lado, sobre ella o de cualquier forma cerca de él, era algo a lo que Bella no se terminaba de acostumbrar y menos aún que lo dijera con esa naturalidad, sin ningún tipo de reserva al respecto.

¿Qué esperaba realmente de ella? Daría lo que fuera por adentrarse en la mente de aquel hombre al que habían apodado como Bestia y que en los últimos días parecía haber mandado dormir a la fiera.

—¿Y qué pasaría si decidiera no ir, Bastián? —exclamó tentando a la Bestia que había dentro de él.

—¿A qué os referís? —contestó rápidamente conforme alzaba el mentón hacia ella y su mirada se oscurecía al mismo tiempo que fruncía el ceño.

—¿Qué pasará cuando os canséis de mi?, ¿Qué ocurrirá cuando ya no demandéis mi compañía?, ¿Qué sucederá cuando se os acabe el deseo? —preguntó atropelladamente sin saber realmente si deseaba saber las respuestas.

Probablemente acababa de sembrar su sentencia preguntando todo aquello, pero debía tener respuestas y en el fondo de sí misma sabía porque las necesitaba, estaba sintiendo algo más que deseo por ese hombre y no tener ningún tipo de esperanza era como clavar un puñal en su pecho.

Para su asombro él no contestó, sino que se incorporó y caminó despacio hasta donde ella se encontraba, sin prisa, dando cada paso con calma. Ella le observaba fijamente conforme esos ojos verdes la estudiaban al mismo tiempo que brillaban en todo su esplendor.

—Probablemente no me canse de vos. Probablemente no deje de demandar vuestra compañía y probablemente no se acabe el deseo que siento hacia vuestro cuerpo, pero si ese fuera el caso, ¿Qué es lo que deseáis, Bella? —preguntó acercándose a ella hasta mojar su cuerpo.

—Si en algún momento me apartáis de vos, deseo que me devolváis la libertad que perdí cuando entré en el castillo —contestó siendo sincera y apartó la mirada incapaz de mantener la vista en aquellos ojos verdes que la observaban con estupor.

El silencio la abrumó por momentos no sabiendo exactamente cuál sería su reacción. La caricia en su rostro hizo que volviera su mirada hacia él y contemplar de nuevo el brillo en sus ojos hizo que el pulso de su corazón se acelerara.

—Tendréis vuestra libertad si en algún momento ya no os deseo junto a mi —susurró con serenidad y aquello era mucho más de lo que ella misma había esperado escuchar.

¿De verdad le había prometido aquello?, ¿De verdad anularía su deuda si se cansaba de su presencia? Casi no podía creerlo y menos aún dar crédito a lo que él acababa de decir, pero

antes de poder contestar la alzó en sus brazos para dejarla caer sobre el agua y arrastrarla junto a él hasta permanecer en su regazo conforme les empapaba.

No insistió en ello por más preguntas que en su mente tuviera al respecto. ¿Qué le habría llevado a admitir algo así?, ¿Tal vez él mismo no la querría en su presencia si alguna vez se cansaba de ella? Probablemente fuera así y a pesar de que aquella declaración supusiera su libertad algún día, lo cierto es que no deseaba que se apagara aquella pasión que les unía por el momento.

Durmieron casi al alba y al despertar, Bella sintió como los brazos que la mantenían rodeada le proporcionaban el calor suficiente para no sentir el frío en sus huesos. Era demasiado plácido dormir a su lado, tanto que comenzaba a preguntarse si no se estaba habituando a ello. Se movió ligeramente y comprendió que él la mantenía aún mas firme pegada a su regazo.

—Aún es pronto. Dormid un poco más —susurró en su oído con esa voz ronca que la embriagaba.

En cualquier otra circunstancia le habría ordenado levantarse por holgazanear para que cumpliera sus tareas en el castillo, pero ahora que había sido relegada de todas ellas y que la única labor que mantenía en la biblioteca podía alargarse en el tiempo todo lo que quisiera, la incitaba a permanecer a su lado hasta saciar su sueño por completo.

—¿No deseáis que os deje solo para así poder descansar? Puedo prepararos el desayuno —mencionó en voz baja sin intentar mover un solo músculo.

—Descanso perfectamente con vuestro cuerpo a mi lado y si quisiera el desayuno lo ordenaría al personal que se encarga de ello. Ahora dormid, más tarde saldremos hacia un lugar al que llevo bastante tiempo sin ir.

Bella quiso preguntar donde estaba ese lugar y si era lejano o cercano al castillo para saber más, pero la respiración acompasada de Bastián le hizo intuir que se había vuelto a dormir con sus brazos rodeándola, así que con el único pensamiento de saber si por primera vez abandonaría el condado del pueblo, volvió a quedarse dormida en su regazo.

Salieron del castillo cuando el sol estaba aún en alto, Bella sentía cierta curiosidad, pero por más que trataba de preguntar, Bastián no respondía a sus demandas.

Intuyó que debía ser un viaje más largo de lo habitual porque no solo iba en su propia yegua, sino que llevaban numerosas provisiones e incluso Alma le había preparado una muda de cambio, algo que le hizo pensar que quizá fueran a darse un baño.

¿Tal vez habría otro lugar relativamente cerca en el que pudieran bañarse?, ¿Sería ese el misterioso sitio al que llevaba tiempo sin ir? Conforme avanzaba el día y ellos seguían cabalgando, Bella comenzó a inquietarse, puesto que dudaba que pudieran volver a tiempo al

castillo antes de que anocheciera, no sabía cuan peligroso podía ser viajar de noche y dormir a cielo abierto en aquellos bosques, tal vez no fuera demasiado aconsejable.

—¿Está muy lejos el lugar hacia donde nos dirigimos? —preguntó lo suficientemente inquieta como para atreverse a realizar finalmente aquella demanda.

—No demasiado, ¿Estáis cansada? —respondió sin especificar.

Bella no estaba cansada aún, pero si tenía que contabilizar las horas que estaría sobre el caballo a la vuelta, estaba segura de que sus muslos no lo soportarían.

—Aún no, ¿Estáis seguro de que no se nos hará noche cerrada? —preguntó de nuevo insistiendo en ello.

—Os dije que no —volvió a decir y esta vez a Bella le pareció sentir que sonreía—. ¿Acaso teméis que no pueda defenderos? —exclamó con cierta ironía que no pasó desapercibida.

¿Defenderla?, ¿A ella?, ¿Realmente lo haría?

—¿Lo haríais?, ¿Defenderíais a una doncella? —exclamó Bella en el mismo tono de voz.

—Yo defiendo todo lo que es mío —respondió tajantemente—. Y vos sois mía —añadió por si quedaba duda al respecto.

Aquellas palabras hicieron que a Bella se le pusiera la piel de gallina, no porque lo que implicaban en sí, sino por el hecho de que la considerase suya de un modo tan primitivo.

—En realidad no soy vuestra —mencionó Bella poniéndolo a prueba. Quería saber en qué modo la consideraba suya, si solo la veía como a una propiedad de la cual desprenderse con facilidad o si realmente añoraba poseerla—. Sirvo en vuestro castillo, poseo una deuda que saldar, pero no os pertenezco —añadió en tono liviano, sin parecer indignada por su respuesta.

No esperó que se detuviera frenándole el paso y provocando que su yegua por tanto hiciera lo mismo. En ese momento él se acercó a ella conforme lo observaba detenidamente, mantenía el ceño fruncido, su rostro serio y aquella mirada brillante que no apartaba de ella mientras guardaba silencio hasta que llegó a su lado.

—¿De verdad queréis que os muestre en cuantos modos me pertenecéis? —exclamó en un susurro de voz que denotaba demasiadas promesas en aquella simple pregunta.

—Quizá… —sugirió Bella.

Percibió como la alzaba fuertemente arrastrándola hacia él sin que abandonara del todo su posición sobre el caballo y unió sus labios a los suyos en un autentico beso prometedor del ardor que sentía en su interior. Bella podía percibir la efusividad del fuego interno que poseía, esa verdadera pasión que les consumía y sentía como su razón la abandonaba cuando estaba en brazos de aquel hombre con el que su cuerpo respondía sintiéndose más vivo que nunca.

—No dudéis de que lo haré esta misma noche —confesó apartándose levemente de ella

con una más que evidente promesa.

Bella sintió que perdía algo conforme él se alejaba y recuperaba el paso, pero al mismo tiempo era consciente de lo que le esperaba aquella noche y probablemente muchas más hasta que finalmente él se cansara de ella, aunque eso supusiera su libertad.

¿Debería alegrarle el hecho de que así fuera? Lo cierto es que debía hacerlo, eso supondría regresar a casa junto a padre y tía Rosmery, volver a ver de nuevo a sus primos, estar de regreso en su hogar, ¿Y entonces porque no sentía ninguna felicidad al respecto? Sabía la respuesta y no le gustaba en absoluto.

Quería permanecer junto a él. Quería seguir al lado de la Bestia.

Una Bestia que conforme habían pasado los días le había demostrado que podía dejar de serlo, un hombre que en lo más profundo de su ser tenía un matiz ligeramente tierno, seductor, embriagador e incluso encantador. Ella quería permanecer al lado de ese hombre, quería conocerle más, saber más, comprender más y averiguar más de él.

Con ese pensamiento no se dio cuenta de que habían llegado a un claro en el bosque donde se alzaba una casa de madera entre los árboles. Estaba perfectamente camuflada por la naturaleza y debido a eso no podía apreciarse del todo su tamaño, aunque su estado no parecía ser el mejor, lo cierto es que estaba en buenas condiciones. Vio como Bastián detenía el caballo y se apeaba de éste hasta conducirlo a un lateral de la casa, al parecer tenía una pequeña cuadra y eso le extraño.

¿Dónde estaba el agua?, ¿Dónde estaba el lago?, ¿Dónde se suponía que iban a bañarse?

—¿Vamos a detenernos aquí? —preguntó Bella extrañada.

Quizá hicieran un alto en el camino, pero entonces llegarían aún más tarde hacia ese lugar misterioso al que la conducía.

—Vamos a pasar la noche aquí —concluyó él y eso hizo que ella se alarmase.

—¿Aquí? —exclamó mirando hacia todas partes y sabiendo que estaban en mitad de la nada.

—¿Acaso teméis estar a solas conmigo? —exclamó acercándose a ella que aún permanecía sobre la yegua en la que había viajado.

¿Lo temía?, ¿Podía temer quedarse a solas en mitad del bosque con ese hombre?

Quizá en otras circunstancias o tiempo atrás lo hubiera temido. Un lugar donde sus gritos jamás serían escuchados, aunque realmente nunca había gritado en su presencia salvo por el placer que él le proporcionaba.

—No —negó dirigiendo sus ojos hacia los suyos y sintió como alzaba sus brazos para bajarla del caballo y deslizarla al terreno donde la tendría a su altura.

—Tal vez deberíais tenerlo —inquirió ahora con una sonrisa—. Porque os haré gritar hasta que olvidéis incluso vuestro propio nombre —susurró pasando sus dedos por el cuello y atravesando la camisa que llevaba bajo el vestido.

Bella sintió como su garganta se secaba hasta límites insospechados siendo incapaz de pronunciar palabra alguna, sobre todo viendo aquellos ojos verdes que se oscurecían tras observarla con plena intención de devorarla.

—¿Para eso me habéis traído aquí? —preguntó finalmente en un hilo de voz que casi no parecía el suyo.

—Os he traído aquí porque quería teneros solo para mi —concluyó antes de rozar sus labios en un suave beso y alzarla sobre su cuerpo.

Definitivamente aquella noche, iba a saber lo que era estar realmente a solas con ese hombre.

La casa en medio del bosque era mucho más grande de lo que imaginaba. Construida en piedra y madera, albergaba un gran salón de dimensiones gigantescas nada más entrar. A pesar de la oscuridad de la tarde, podía ver una enorme chimenea central, varias mesas de distintos tamaños repartidas por la estancia y una gran alfombra rodeada de algunos sillones junto al fuego. No había cuadros, sino que todo el decorado de las paredes era de animales disecados.

Un pequeño pasillo debía conducir a las cocinas y habitaciones. No creyó que aquella casa fuese albergada por sirvientes y eso le hacía preguntarse para qué función poseía aquella propiedad en un lugar tan apartado de cualquier poblado e incluso del propio castillo.

—¿Cuánto tiempo hace que no venís? —inquirió Bella mientras observaba como Bastián abría las cortinas espesas de las ventanas provocando que quedase parcialmente iluminado y después se acercó a la chimenea ya preparada con varios troncos de leña cortada con la intención de prender fuego para caldear la casa.

—Probablemente diez u once años —contestó sin darle demasiada importancia—. Nunca regresé tras la muerte de padre, siempre solía venir con él de caza —añadió y gracias a ese comentario Bella comprendió cuál era la función de ese pequeño refugio.

Ciertamente estaba en un lugar adecuado para cazar. Les proporcionaba calor, cobijo y una amplia variedad de piezas a su alcance. Ahora entendía porqué no cazaba en sus bosques, lo hacía ahí, solo que no sabía porqué razón llevaba tanto tiempo sin ir.

—¿No habéis ido de caza desde entonces? —preguntó con curiosidad acercándose a él con la intención de ayudarle.

—Por supuesto que he ido, pero no tan lejos del castillo —aseguró—. Cuando veníamos a este lugar era para quedarnos varios días y volver con un arsenal de piezas. A padre le gustaba

venir aquí durante el frío invierno, incluso solía traer a algunos de sus amigos, este lugar entraña tanto buenos como malos recuerdos —aseguró con voz dura al final.

—¿Es por ese último que no habéis regresado? —preguntó Bella siendo cauta.

Percibió un cambio de humor en su rostro y posó una mano sobre su brazo como si creyera que de ese modo le infúndase ánimo a sacar aquello que llevaba guardado dentro.

—Aquello sucedió hace muchos años —mencionó sin más.

Bella supo que de algún modo no había superado aquellos recuerdos. No sabía donde estaba límite para preguntar, pero intuyó que debía dejarlo estar.

—Por supuesto —respondió ella conforme comenzaba a soplar y los primeros brotes ardían con lentitud en la paja que había mezclada con los troncos para que prendieran fuego con facilidad.

Bastián se perdió de vista mientras ella permanecía allí. Salió de aquel hogar para entrar de nuevo cargado con las alforjas que habían traído en sus caballos. Las dejó meticulosamente sobre algunas sillas conforme empezaba a sacar su contenido en silencio.

—¿Había visitado una mujer este lugar? —preguntó tratando de romper aquel incómodo espacio que se había creado y esperando que de ese modo pudiera revelar algo sobre su propia madre.

—No. Creo que sois la primera en hacerlo —afirmó alzando la vista para verla y eso la turbó.

¿Porqué la había llevado allí realmente? Si quería tenerla a solas para él bastaba con cualquier habitación del castillo.

—Tal vez no cuente si tenemos en cuenta que solo soy vuestra doncella —agregó Bella con una vaga sonrisa y volvió su vista al fuego, donde ya se podía atisbar que prendía en los listones y troncos de madera secos que probablemente llevan allí más de una década.

Escuchó sus pasos acercándose y percibió que se había posicionado frente a ella. Se arrodilló a su lado mientras Bella permanecía con las piernas recogidas y pegadas a su pecho observando atenta cada uno de sus movimientos.

—No os he traído aquí para que me sirváis como doncella —inquirió en un tono de voz directo conforme aquellos ojos la avasallaban. Os he traído porque sois la mujer que deseo —añadió colocando sus manos en sus caderas para atraerla hacia él, Bella se apoyó en sus muslos conforme la acercaba a su cuerpo.

Su cuerpo tembló al oír aquello y dejó que la besara con ardor y devoción, haciendo que su corazón se desbocase con cada caricia que él le proporcionaba mientras su boca seguía obrando maravillas en la suya.

Ni tan siquiera había podido ver el resto de la casa o averiguar si existía una sola cama, él fue deshaciéndose de cada una de sus prendas conforme se desvestía a sí mismo y la hacía suya de un modo efímero.

Había pasión, ternura, fervor en cada uno de sus gestos. No sabía si estaba preparada para aquello, pero sin duda alguna lo anhelaba. Deseaba que él la tratara de ese modo en el que podía olvidarse de sí misma y caer rendida en sus brazos ante la increíble sensación que él le producía cada vez que tomaba su cuerpo.

Bella se rindió abandonándose al placer conforme él la acometía. Se arrastró hacia un mundo infinito donde nada importaba salvo Bastián y ella. Donde cualquier rencor o dolor formaba parte de un mundo inexistente y se abrazó a él para sentir con más ahínco esa increíble sensación conforme la acogía en sus brazos y se hundía en ella con una última embestida que la dejaba sin aliento.

—Gracias por traerme a este lugar —susurró suavemente Bella acariciando débilmente su espalda mientras percibía sutilmente las marcas de su pasado.

—Fue en este lugar donde me las hicieron —mencionó en un tono sin emoción conforme la tenía abrazada y Bella se conmocionó ante tal confesión.

¿Se refería a sus cicatrices?, ¿Le estaba hablando de ellas?

—Eso pasó hace mucho tiempo —inquirió ella percibiendo que el recuerdo le alteraba y se apartó lo suficiente para enfrentarle cara a cara—. Ahora estáis aquí. Conmigo —susurró rozando sus labios.

—Lo sé —afirmó respondiendo a su beso mientras la sostenía junto a su cuerpo sin dejar que un ápice de aire pasara entre ellos—. Y por eso quise traeros, para que enterréis esos malditos recuerdos.

43
BELLA

De algún modo Bella sabía que aquello le atormentaba. Aunque había descifrado en parte la razón de aquella supuesta lección por la que lo habían marcado de por vida, intuía que aquel recuerdo aún no había cicatrizado en su alma y por esa misma razón se negaba a indagar en ello o a preguntar qué había sucedido para que su progenitor decidiera castigarle de ese modo tan severo.

Tuvo que ser difícil para alguien tan joven conciliar el abandono de una madre con un padre tan estricto y cruel que fuera capaz de hacer algo así con su propio hijo. Deseaba curar ese sufrimiento interior hasta erradicarlo y ni tan siquiera sabía porque quería hacerlo. Tal vez el hecho de ser consciente que Bastián había padecido toda una vida sin conocer la dulzura, el amor, la compasión o el simple gesto de devoción que sienten unos padres hacia un hijo, le hacía comprender muchas cosas sobre él.

En las últimas semanas había tenido una visión demasiado distinta del hombre que había conocido cuando llegó. La Bestia había dejado resurgir a alguien que ni en mil años de vida se habría atrevido a creer que existía bajo aquellas capas de superficialidad y crueldad que tenía cuando le conoció.

El hombre que tenía ante ella no solo parecía poseer belleza externa, sino que dejaba intuir que había mucho más allá en su interior y en aquel momento fue plenamente consciente de un hecho aterrador.

Se estaba enamorando de él.

Su corazón se estaba entregando a ese hombre, así como su alma correspondía cada gesto o caricia que él le proporcionaba cada vez que la hacía suya.

Sabía que no era su deber amarle. Que él jamás correspondería sus sentimientos y que su lugar nunca estaría a su lado, sino muy lejos de éste. Y aún así era incapaz de evitar que aquellos sentimientos tan palpables se involucraran cuando todo su ser se entregaba a ese hombre en el mismo momento que la observaba con sus ojos de un verde brillante.

¿Podría existir la más mínima posibilidad de que él le correspondiese?

No quería hacerse ilusiones y menos aún confesar el remolino de sentimientos que se agitaba en su interior en aquellos momentos, pero la sola idea de imaginar que él pudiera sentir algo similar hacia ella la llenaba de una esperanza aterradora a la que quería aferrarse con tenacidad.

¿Sería posible que él pudiera considerarla como una igual?, ¿Cabría la posibilidad de que pudiera verla como la persona con quien compartir algo más que su propio lecho?

Una vez había confesado que jamás se casaría y que no deseaba formar su propia familia. ¿Podría ella renunciar a ello con tal de permanecer a su lado?

Siempre había querido encontrar a un hombre por quien sentir un torbellino de sensaciones y amarle con todo su ser. ¿Sería ese hombre Bastián? Las circunstancias hasta llegar a esa conclusión no habían sido las más propicias, teniendo en cuenta que había creído que le odiaba y ahora estaba comenzando a sentir todo lo contrario.

Lo único cierto de toda esa situación es que ella sí deseaba una familia. Había soñado con tener hijos a los que amar y darles todo lo que su madre por desgracia no pudo ofrecerle a ella. La pregunta era muy diferente.

¿Podría renunciar a la vida que siempre había imaginado solo para permanecer al lado de Bastián?

Quizá se adelantaba demasiado a ello por más que su mente no dejara de divagar en esos pensamientos. Aún poseía una enorme deuda que saldar y había llegado a un acuerdo en el que sería libre si él dejaba de desearla.

De pronto, ser consciente de ese hecho provocó que su corazón martilleara desconsoladamente su pecho. Había deseado con toda su alma ser libre, regresar junto a su familia y alejarse del castillo para siempre. Sin embargo, en aquel momento y abrazada a aquel hombre cuyo calor la reconfortaba solo estaba segura de una cosa; no había ningún otro lugar en el que deseara estar que no fuera precisamente entre sus brazos.

—Solo debéis decidme qué puedo hacer para que olvidéis esos recuerdos que deseáis enterrar —mencionó Bella tras un prolongado silencio en el que solo se escuchaba el sonido del crepitar de las llamas.

Sintió como la acogía con mayor ahínco entre sus enormes brazos, aferrándola con intensidad y escuchó el leve rumor que emitía su profunda respiración conforme aspiraba su aroma.

—No debéis hacer nada —susurró depositando los labios en su nuca y ascendiendo por su cuello conforme su nariz rozaba la piel de su mentón hasta llegar a su boca—. Solo abríos para mi como la rosa que sois y dejadme aspirar toda vuestra esencia —añadió volviendo a besar

sus labios con el ardor e intensidad que siempre le caracterizaba.

La modesta casa debía tener bastantes estancias acogedoras para sus huéspedes cuando venían de caza, pero no hicieron uso de ninguna de ellas, sino que permanecieron durante dos días en aquel salón, desnudos bajo las mantas y consumiendo todos los víveres que llevaban hasta que se comenzaron a agotar. Solo entonces el momento de regresar al castillo se acercaba.

Aquella sería sin lugar a duda su última noche y conforme guardaban silencio frente a la gran chimenea mientras Bastián la acogía en su regazo conforme degustaban un gran racimo de uvas, Bella no pudo soportar más la pregunta que rondaba su mente desde la primera noche que habían llegado.

—¿Alguna vez habéis amado a una mujer, Bastián? —dijo sin saber si deseaba o no la respuesta.

Tiempo atrás no habría creído posible que aquel hombre amase a nadie, de hecho, aún lo dudaba.

—Ni he amado, ni amaré jamás a una mujer —concluyó severamente con palabras duras y Bella comprobó bajo su cuerpo que los músculos de Bastián se tensaban.

¿Jamás?, ¿Tan seguro estaba de ello? El amor no era algo que pudiera imponerse o manipularse, sino que surgía sin más.

—¿Cómo estáis tan seguro de ello? —preguntó a pesar de saber que parecía un tema que le incomodase.

Tras aquella pregunta Bella sintió como se apartaba de ella para acercarse al fuego mientras añadía un gran tronco que probablemente ardería durante toda la noche antes de convertirse en cenizas.

—Lo sé. —afirmó con rostro serio—. Esa es la única respuesta que obtendréis —decretó y en aquel momento ella supo que acababa de forjar un muro entre los dos.

¡Maldita fuera su curiosidad por indagar más sobre aquel hombre!

No hubo más conversación durante la noche, ni tan siquiera a la mañana siguiente. Bella comprobó que él guardaba un silencio más prolongado de lo habitual, pero tampoco le había dado órdenes o resurgido la Bestia que conocía de antaño. Se vistió con los mismos ropajes que había llevado y cuando los caballos estuvieron ensillados de nuevo, miró el pequeño hogar en silencio, sintiendo realmente tener que partir. Allí había compartido junto a Bastián una complicidad e intimidad que en el castillo dudaba que tuvieran. Era como si se hubiera desinhibido y le hubiera mostrado una parte de él que jamás habría creído que existía. Su forma de tratarla, de hacerle el amor, de abrazarla o de conversar, fue mucho más íntima y placentera. Solo lamentaba haber mencionado aquellas palabras que habían arruinado el momento.

Ella no podía tener aspiraciones, ¿Acaso no lo sabía desde un principio?, ¿No era consciente desde el primer instante que se cruzó con él que sería incapaz de amar? Algo en ella la empujaba a creer lo contrario, a desear tener esperanzas, pero había algo en Bastián que parecía no funcionar y él estaba plenamente convencido de ello.

¿Y si realmente era cierto que nunca podría enamorarse de una mujer? Le resultaba imposible creerlo después de como la había tratado durante el fin de semana, comprobando por sí misma la persona dulce, tierna y absolutamente entregada que podía llegar a ser.

No.

Se negaba a creer que fuera incapaz de sentir amor después de lo que había visto, aunque a juzgar por la distancia que se había creado entre ellos desde que le había realizado esa pregunta, no sabía si una vez que regresaran al castillo, él volvería a darle el lugar que verdaderamente le correspondía como sirvienta y la alejaría de su lecho.

¿Significaría eso que la dejaría libre?

No sabía que esperar y menos aún como iban a ser las cosas a partir de ahora, más aún después de aquella escapada tan íntima, pero ¿No sería mejor que fuera así? Probablemente si. Con seguridad eso sería lo más sensato para ella, aunque hubiera algo en su interior que se negara a dejar que aquel hombre se autodestruyera.

En cuanto Bella divisó los muros altos del castillo, su incertidumbre creció. Apenas había contestado con respuestas secas o cortas a algunas de sus demandas, imaginó que no deseaba conversar con ella y eso la llevó a sentir con mayor firmeza que probablemente aquella noche no durmiera en su lecho.

El mozo de cuadras se acercó a ellos y la ayudó a bajar de la yegua conforme él mantenía el rostro erguido y palmeaba el lomo de su caballo aparentemente agradecido por la buena montura del semental. Bella iba a preguntarle si deseaba que le preparara un baño sabiendo que no lo rechazaría y que quizá deseara compartirlo junto a ella. Tal vez de ese modo lograría que el Bastián de los últimos días volviera.

—Señor de la Rose. —La voz del señor Charles atrajo la atención de ambos y más aún la de Bella por la formalidad en la que pronunció su título.

Parecía contrariado, como si realmente no supiera si debía decir o no algo, puesto que observaba a Bella con cierta inquietud.

—Hace bastante tiempo que no me llamabais así —contestó Bastián apartándose del caballo.

Bella percibió que el señor Charles parecía algo nervioso y dudaba en decir o no aquello que evidentemente debía comunicar a Bastián.

—Tal vez deba marcharme y dejarles a solas —pronunció Bella.

—No —Negó rotundamente Bastián alargando su mano para impedirle el paso—. Vos os quedaréis aquí hasta que os diga lo contrario.

Bella enmudeció y dirigió su vista al señor Charles que observaba la situación. Tal vez debería estar acostumbrada a esa dominancia, pero aún le resultaba demasiado inquietante que decidiera sobre ella cada uno de sus actos.

—¿Qué queríais Charles? —exclamó Bastián con aparente tranquilidad.

—Más bien venía a comunicaros algo antes de que entréis en el castillo —concluyó frotándose las manos—. Tal vez recordéis al señor Pierre, el médico que os atendió y que posteriormente volvió a visitarnos cuando Mirabella cayó enferma.

—Lo recuerdo muy bien, ¿Qué ocurre con ese médico? —protestó Bastián aparentemente extrañado.

—Llegó al castillo esta mañana y se niega a iros hasta que hable con vos.

Bella no comprendía que podía pretender el hombre que ella había conocido y atendido tan amablemente del señor del castillo. ¿Para qué estaría allí?, ¿Por qué desearía hablar con Bastián?

—No tengo nada que hablar con ese médico. Se le pagó el doble por sus servicios en ambos casos, así que decidle que se marche —contestó secamente y sin ningún tipo de emoción —. Estoy fatigado, ordenad que nos preparen un baño y una buena cena en mi alcoba —concluyó Bastián conforme Bella escuchaba atentamente que en aquella frase la incluía a ella.

Un pequeño palpitar en su interior le indicó que, a pesar de todo, quizá no pensaba desprenderse de ella, tal vez aún tenía tiempo suficiente para demostrarle que aquel corazón si podía amar de verdad a una mujer, aunque él no lo creyera.

—Lo haría si pudiera, pero afirma que está aquí para saldar la deuda que contrajo con vos Mirabella —respondió el señor Charles.

Bella comenzó a sentir que su cabeza giraba sin parar y las palabras del señor Charles la martilleaban. ¿Saldar la deuda?, ¿Pierre estaba allí para liberarla?, ¿Por qué? No fue consciente de la realidad hasta que sintió como su brazo quemaba y los dedos de Bastián se aferraban a ella para zarandearla.

—¿Por qué quiere liberaros?, ¿Qué le habéis prometido? —exclamó con evidente efusividad y ella permaneció completamente muda.

—No lo sé… —mencionó encogiéndose de hombros sin comprender nada.

—Mentís —susurró apretando los dientes—. Ningún hombre pagaría esa cantidad sin esperar nada a cambio. ¿Qué le habéis prometido? —exclamó con mas ahínco.

—¡Nada! —respondió Bella no pudiendo creer que fuera cierto—. ¡Ni tan siquiera he hablado con ese hombre! —añadió a pesar de no ser cierto.

Sí que había hablado con él antaño, pero solo por la enfermedad de su padre, aunque ahora que lo recordaba el señor Pierre le había propuesto marcharse junto a él y ayudarle. ¿Estaría allí por eso?, ¿Podría asumir una cantidad tan grande solo para que ella fuera su ayudante?

No. No podía ser cierto a menos que tuviera demasiado dinero.

—¡Muy bien!, ¡Ahora lo sabremos y averiguaré si decís la verdad! —gritó de malos modos conforme la llevaba junto a él y se adentraban en el castillo.

En cuanto entraron en uno de los salones principales, el señor Pierre se alzó de la butaca en la que se hallaba esperando y aguardó pacientemente con una gran sonrisa en el rostro en cuanto divisó a Bella junto al señor del castillo.

—Me alegro de veros, Mirabella —mencionó nada más verla y ésta escuchó un pequeño gruñido que parecía salir de la garganta de Bastián.

¿La Bestia había regresado?

A juzgar por el ceño fruncido, el modo de dirigirse a ella sin creerla y su más que evidente posesividad al arrastrarla junto a él, comenzaba a creer que si.

44
BELLA

Bella aún no podía creer que verdaderamente estuviera allí para saldar su deuda, es más, ni tan siquiera estaba segura de querer que lo hiciera porque suponía demasiado dinero que deberle a un hombre al que apenas conocía.

¿No era exactamente eso lo que había hecho con Bastián? Aunque en ese caso ella sabía a qué atenerse y cuáles serían sus servicios a cambio de dicha deuda.

—¿A qué debemos su visita? —indicó Bastián sin permitir que Bella contestara y la vista del doctor Pierre se dirigió hacia el dueño del castillo con un semblante mucho más taciturno.

—He venido a solventar la deuda de la señorita Mirabella, por supuesto.

Ya no había duda. Verdaderamente estaba allí para liberarla de las garras de la Bestia y Bella no sabía como sentirse al respecto.

—¿Qué razones podría tener alguien como vos para saldar una cuantiosa deuda por una simple sirvienta? —exclamó frunciendo el ceño.

El rostro de Pierre no pareció estremecerse, ni siquiera mostró expresión de incomodidad, sino que parecía totalmente relajado y seguro de sus actos.

—Necesito una ayudante —argumentó encogiéndose de hombros y esto pareció enfurecer aún más a Bastián.

—¿Y pagaríais una fortuna por una sirvienta? Desconocía que un médico poseyera tal cantidad de oro —rugió con evidente rabia en su tono de voz no muy convencido por la respuesta.

Parecía enfadado o más bien irritado.

—En realidad no poseo la cantidad completa, pero sí una buena parte. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo para poder pagaros lo que falte —admitió Pierre convencido de ello.

En aquel momento Bella escuchó una carcajada procedente de la garganta de Bastián y le observó con estupor.

—Ella no saldrá de estos muros a menos que su deuda sea saldada por completo —advirtió no dejando duda alguna de que no se conformaría con menos.

¿Lo hacía porque quería todo su dinero o porque no deseaba que Pierre la liberara? Comenzó a creer que detestaba la idea que fuera aquel hombre quien se interesara por su libertad.

—¿No podríais siquiera considerarlo? —exclamó aturdido, tal vez porque no esperaba una respuesta tan rotunda por parte de la Bestia.

—Ya os he dicho todo cuanto necesitabais saber, ahora largaros de mi castillo y si volvéis, que sea con una bolsa llena de oro —concluyó con semblante serio.

—¿Es vuestra última palabra? —inquirió el señor Pierre y esta vez su humor no parecía tan amigable.

—Así es.

—No tengáis duda alguna en que regresaré y la liberaré de vuestras garras —dijo antes de dirigirse hacia Bella con una mirada más dulce —. Nos veremos muy pronto, Mirabella

Ella ni tan siquiera contestó, sino que le hizo un gesto afirmativo al señor Pierre con la cabeza y éste se marchó sin mirar atrás.

No entendía que había pasado allí en tan breve espacio de tiempo. ¿De verdad estaba dispuesto el señor Pierre a endeudarse solo por liberarla?, ¿Con que razón?, ¿Ser su ayudante? Desde luego una ayudante que costaría una autentica fortuna. ¿Y si a cambio le pedía algo más de aquello? Podía ver como la observaban aquellos ojos que desde un principio había creído que era amabilidad, pero que ahora comenzaba a sospechar algo más.

¿Podría marcharse con él si regresaba con el dinero?, ¿De verdad estaba dispuesta a abandonar el castillo para irse con el señor Pierre a recorrer el mundo mientras ayudaban a otras personas?

En ese momento percibió la respiración agitada de Bastián y dirigió su mirada hacia este que la observaba detenidamente.

—¿Le deseáis? —inquirió con aquellos ojos verdes que brillaban con intensidad.

—¿Os referís al señor Pierre? —preguntó Bella respondiendo aquella mirada.

—Si —afirmó—. Responded, ¿Le deseáis?, ¿Le amáis? —exclamó de nuevo añadiendo otra demanda aún más profunda.

—No —negó Bella sin necesidad de mentir.

El único hombre al que deseaba y quizá comenzase a amar, era él, pero ni tan siquiera era capaz de asimilarlo ella misma.

Sintió que la empujaba hacia él hasta caer en su pecho. La rodeó con sus brazos alzándola para llegar a su altura y se acercó lentamente a sus labios sin llegar a besarla, solamente los rozaba minuciosamente a la vez que parecía estudiar la respuesta que ella misma le había dado, como si buscara la mentira en sus ojos o quizá era lo que pensaba.

—Eso espero, porque sois mía —dijo rozando su nariz con la suya acercándose a su mejilla conforme aspiraba el aroma de su piel.

Bella sentía la flaqueza de sus rodillas cuando la tocaba de esa forma tan cercana, tan íntima, tan pasional al mismo tiempo y ruda que no sabía como reaccionar con palabras. Podía sentir esa posesividad con la que él la definía, una parte de ella sentía que era de él, pero otra mucho más rebelde se negaba a pertenecerle, no sería una propiedad más de su espléndido castillo.

—¿Eso es lo que soy para vos? —exclamó Bella algo irritada—. ¿Una posesión?, ¿Una propiedad? —inquirió.

—Me pertenecéis —respondió acercándola más a él—. Hasta que vuestra deuda sea saldada no podréis salir de aquí —añadió por toda respuesta.

Con aquellas palabras Bella comprendió que, sin decirlo expresamente, él había confirmado lo que significaba para ella. Solo era una figura más de su castillo, una pieza de la que disponer y deshacer cuando quisiera.

Dolía.

Aquella sensación era verdaderamente dolorosa.

—Eso ha quedado lo suficientemente claro en vuestra conversación con el señor Pierre —afirmó Bella guardando la decepción en su interior, intentando no mostrar sus verdaderos sentimientos—, así que solo confirmáis mi pregunta con vuestra respuesta.

—Lo sabéis desde un principio, ¿Cambia algo que así sea? —inquirió como si le sorprendiera que ella se ofendiera.

—Lo cambia todo —susurró Bella casi en un aullido—. Estoy demasiado cansada del viaje, si no os importa me retiraré a mis aposentos —añadió sintiendo que necesitaba poner distancia entre ambos.

No quería que aquellos sentimientos la embriagasen, debía frenarlos, necesitaba colocar un muro tan alto entre ambos que le hiciera no padecer aquel dolor interior de decepción, sobre todo consigo misma por anhelar algo que sabía que jamás ocurriría.

—Si me importa —contestó él evitando que pudiera escapar de sus brazos—. Compartiréis mi baño, os haré mía y dormiréis en mi lecho —mencionó como si fuera un hecho más que una proposición o sugerencia.

Saber que para él no cambiaba nada le hacía sentir rabia.

—No —negó Bella con rotundidad—. No lo haré —insistió con más énfasis por si no había quedado lo suficientemente claro.

No podía hacerlo, aunque su cuerpo le incitara sucumbir al pecado y al deseo que él le provocaba, estaba segura de que una parte de ella se perdería si proseguía con aquel tipo de relación que mantenían.

Tenía que acabar.

—Eso es algo que no decidiréis vos —amenazó atrayéndola para robarle un beso a la fuerza.

Bella trató de resistirse, aunque sus labios reconocían a su opresor y le resultaba difícil rechazar aquel sabor, pero finalmente lo hizo. Apretó fuertemente sus labios resistiéndose a ese beso cargado de obcecación y Bastián finalmente se separó de ella.

—No iré por propia voluntad —declaró Bella con orgullo.

Tal vez ese era el único modo de que él lo entendiera. Se había entregado sin reservas, poniendo su alma en cada gesto o caricia que habían compartido. A pesar de negarse a creer que fuera incapaz de sentir nada, debía ser realista y reconocer que para la Bestia no existía nada más que la atracción que ella le generaba.

—¡Retiraos entonces! —rugió de malas formas dándose la vuelta, de modo que Bella pudo contemplar los músculos de su espalda a través del chaleco.

No hizo ademán por acercarse, sino que salió de aquel salón y se dirigió rápidamente a la que por el momento era su habitación.

Estaba segura de que aquella sería su última noche allí, con toda probabilidad él la trasfiriera a las estancias de empleados al día siguiente para hacerle ver que no era más que una sirvienta en el castillo de la que disponía a su antojo. Quería prepararse mentalmente para ello, aunque no le importaba lo más mínimo volver a sus quehaceres de criada, lo único que lamentaba es que a él no le importara nada de lo sucedido entre ellos.

¿Quizá no sería tan mala idea que el señor Pierre pagara su deuda? Tal vez podría tener una esperanza de salir de allí con el corazón intacto antes de que sucumbiera completamente a lo que sentía por la Bestia. No sabía las intenciones reales de aquel médico con el que apenas había tratado. Le parecía una buena persona; honesta, sincera, cercana e incluso debía agradecerle haber atendido a su padre como un favor personal sin conocerla. ¿Quizá solo deseaba a una ayudante?, ¿Podría ser posible que no pretendiera algo más de aquello a pesar de ser una cuantiosa suma la que debería saldar para liberarla?

Ella podría trabajar junto a él para pagarla, siempre sería mejor opción que permanecer en

el castillo bajo el yugo de la Bestia y sintiendo la opresión en su pecho que la agobiaba.

No iba a generar ilusiones, ni tampoco a tener esperanzas, era muy probable que el señor Pierre jamás pudiera reunir tal cantidad de oro y menos aún que lo fuera a hacer pronto. Bastián había dejado muy claro que sin la cantidad completa no la dejaría en libertad, por lo que debería permanecer lo quisiera o no en el interior de aquellos toscos muros durante tanto tiempo que quizá lograra olvidar los momentos que habían compartido tan maravillosos.

¿Sería eso posible?, ¿Podría engañar a su mente para lograrlo?

Lo dudaba, pero tenía claro que lo intentaría con todo su ser para evitar caer de nuevo en esa tentación que la atormentaba.

Tardó en conciliar el sueño, tal vez porque creía o sentía que él la buscaría a pesar de negarse a acompañarle aquella noche, pero no lo hizo y su estremecimiento la llevó a pensar cuanto tiempo tardaría en encontrar a otra que ocupara su lugar.

¿Podría Alma tentarle lo suficiente para que hiciera lo mismo que le hizo a ella?, ¿Sería posible que su amiga fuera igual de inocente para caer en sus redes? Con aquel pensamiento terminó cayendo en la oscuridad de puro agotamiento, hasta que sintió el ruido en su habitación y entreabrió los ojos sutilmente.

Contempló una figura que se paseaba por su habitación ágilmente y parecía revisar con detalle cada mueble que albergaba, como si tratara de encontrar algo escondido. Cuando su vista se amplió lo suficiente reconoció que se traba de Alma y se calmó rápidamente.

—Buenos días —susurró en un deje de voz aún adormilado.

—¡Lo lamento Bella! —exclamó alterada—. ¿Os he despertado? —inquirió rápidamente acercándose a la jarra de agua que había portado para verterla sobre la palangana y que de ese modo ella se refrescara.

Bella divisó que también había llevado el desayuno, una pequeña fuente de fruta, panecillos y mantequilla la aguardaban.

¿Todavía podía gozar de privilegios?, ¿Aún no la había devuelto a su función de criada? Al parecer así era, por lo que se levantó con la intención de disfrutar del que podría ser su último desayuno tranquilo y sosegado.

—No os preocupéis, hace días que tengo mi tarea abandonada así que os agradezco que me hayáis despertado —susurró con una sonrisa justo antes de meter sus manos en el agua fresca y lavarse la cara.

—Habéis estado varios días fuera, ¿Os ha tratado bien? —preguntó repentinamente Alma y ella comenzó a untar uno de los panecillos pensativa.

—Si —afirmó sin poder mentir al respecto—. Bastián puede ser muy gentil cuando se lo

propone —añadió sin pensar realmente en sus palabras.

—¿Le amáis? —preguntó directamente y Bella sintió que casi se atragantaba.

¿De verdad podría creer algo así?, ¿Tal vez podría generar esa sensación con sus actos?

—No —negó sin mirarla, porque en realidad si lo hacía sentía que una parte de ella mentía—. Reconozco que siento algo hacia él, pero no es amor —insistió para convencerse más a sí misma que a su amiga—, nunca podría amar a alguien que no tiene corazón —añadió para que Alma dejase de preguntar.

—Todos hemos visto como os trata, Bella. Quizá no tenga corazón, pero es indudable que siente algo por vos.

—Pura atracción —rebatió algo dolida.

—Si fuera vos, la usaría a mi favor —respondió Alma y Bella alzó la vista para verla.

¿Tal vez su amiga estaría dispuesta a ocupar su lugar?, ¿Tan pronto podría olvidarse del amor que sentía por Alair y caer en los brazos de la Bestia?

—¿Y si sintiera ese deseo por vos?, ¿Y si dejara de desearme y cambiara sus preferencias hacia vos? —preguntó algo indecisa.

—Yo… —comenzó a decir y dudó unos instantes, como si pareciera contrariada—. No creo que…

Su respuesta fue interrumpida por sonoros golpes en la puerta que precedieron a que ésta se abriera sin esperar una respuesta y entrara el señor Charles abruptamente en sus aposentos.

—Disculpad la intromisión, pero se requiere que todo el personal del castillo se presente de inmediato en el gran salón —mencionó con tono altivo.

¿Todos?, ¿Es que habría sucedido algo?, ¿Tal vez les deberían informar de algún suceso que acontecería en el castillo?

—Me cambiaré y bajaré enseguida —pronunció Bella incorporándose de la silla con esa intención.

—De inmediato Mirabella, tendrá que bajar en camisón de dormir. Esas son las ordenes del señor de la Rose —contraindicó dejando a Bella aún más confusa.

¿Qué podría ser tan importante y urgente para no poder esperar siquiera a que se pusiera un atuendo decente?

Con una bata que cubría el amplio escote del camisón de dormir, Bella bajó la escalinata junto a Alma seguidas por el señor Charles que las conducía al gran salón. Al entrar pudo divisar a todos los sirvientes del castillo, al menos casi todos porque la vieja Agnès no estaba presente. Esperaron lo que pareció una eternidad hasta que Bastián hizo su aparición con semblante serio, debería estar acostumbrada a ese rostro taciturno, pero después de haber conocido su sonrisa

volvía a extrañarle aquel comportamiento que le recordaba a la Bestia.

Parecía enfadado, ofuscado y realmente no sabía si tenía algo que ver lo sucedido la tarde anterior cuando habían regresado de esa escapada tan agradable en la que había creído ver realmente su interior.

No podía evitar sentir cierto impulso en su corazón al contemplar su belleza, era como si su cuerpo la traicionara y resurgieran en ella sentimientos encontrados que distaban de su determinación. Acalló tales reacciones y se centró en el momento en que le había dejado claro lo que significaba para ella. Tal vez no lo hubiera dicho con exactitud, pero desde luego no lo había negado. Desde un principio había sido consciente de que aquella relación terminaría, de que jamás se convertiría en su amante y menos aún en su esposa.

¿Realmente había dicho esposa en sus pensamientos? Jamás se podría imaginar así misma como la señora de aquel lugar independientemente de que él jamás la vería a la altura, pero al menos había aspirado a que la valorase como realmente era y pudiera tratarla como tal.

Quizá era mejor así, antes de que sucediera algo irremediable como enamorarse perdidamente de él o engendrar un hijo de…

¡Hijos!, ¿Cómo había sido tan ingenua de no pensar en ello?, ¿Podría realmente llevar en su vientre a un hijo de Bastián?, ¿Sería posible que tal hecho sucediera? En aquel momento se sintió abrumada y comenzó a tener sentimientos encontrados.

¿Cómo sería tener una criatura de él?, ¿Tendría sus ojos verdes?, ¿Su cabello oscuro?, ¿Podría sentir Bastián amor hacia su propio hijo? En ese momento una especie de calor interior la embriagó pensando que la posibilidad existía por muy remota que esta fuera, hasta que sus pensamientos viajaron a hechos oscuros, ¿Podría tratarle del mismo modo en que su padre lo hizo con él?, ¿Podrían repetirse las mismas hazañas? Ella había visto un ápice de bondad en Bastián, sabía que bajo aquellas capas de su faceta más feroz existía un hombre muy diferente al que mostraba frente a todos.

Sus pensamientos fueron acallados en cuanto la voz firme de Bastián irrumpió en el gran salón.

—Anoche se cometió un acto atroz en el interior de estos muros. Un acto imperdonable. Un acto que traerá consecuencias graves para la persona que lo realizó —comenzó a decir manteniendo su porte erguido sin dejar de pasearse y con las manos unidas bajo la espalda.

¿Acto atroz?, ¿Qué podría haber sucedido? Bella lo desconocía completamente y Alma no le había comentado nada cuando llegó a su habitación por la mañana temprano, ¿Tal vez ella tampoco lo sabía? Probablemente ninguno de los presentes lo conocía.

—Han desaparecido tres bolsas de oro y alguien las debe tener ocultas a buen recaudo. Si

el culpable de dicho robo no revela el paradero de dichas monedas, todos seréis castigados. Sin embargo, si en estos momentos da un paso al frente y reconoce su delito, me aseguraré de ser benevolente, aunque no se librará del castigo —amenazó Bastián con evidente rabia en su tono de voz.

Cierta confusión, miradas entre sí y leves gemidos se escucharon entre los sirvientes del castillo. ¿De verdad Bastián había prometido ser benevolente?, ¿Qué implicaba su benevolencia? Quizá fuera no usar el látigo o las cadenas en caso de admitir dicho robo.

Bella desconocía que persona del castillo podría haber hecho tal cosa, pero indudablemente no le parecía descabellado que lo hiciera si trataba de huir de aquellos muros y comenzar una vida plena. Apenas conocía a algunos de los criados porque no había mantenido trato alguno, pero Megan o Agnès serían incapaces de hacer algo así y dudaba que Alma se atreviera a hacer tal cosa, aunque hubiera desesperación en su alma cada vez que había hablado con ella.

No. Sin duda debía ser alguien que apenas conocía, quizá alguno de los sirvientes que hubiera recibido algún castigo por parte de la Bestia y que en consecuencia hubiera decidido huir con las manos llenas.

Nadie dio ningún paso al frente, sino que todos permanecieron en su lugar tratando de visualizar a hurtadillas si alguno de los presentes se decidía. El señor Charles había desaparecido en cuanto Bastián había comenzado su discurso y Bella interpretó que debía estar buscando al resto del personal, aunque solo parecía faltar Agnès entre ellos. ¿De verdad habría podido ser ella?, ¿Quizá es que volvía a estar convaleciente y por esa razón no estaba allí?

No podía ser la vieja Agnès, le faltaban pocos años para salir de allí y no tenía las fuerzas ni los medios suficientes para huir antes de ser descubierta.

No.

Ella no podía ser.

La incertidumbre comenzó a crecer conforme comenzó a pasar el tiempo y nada sucedía. La puerta del gran salón permanecía cerrada mientras todos estaban allí mismo observando como el dueño del castillo se paseaba impaciente, era como si esperase a que sucediera algo. Casi había entrado la tarde, incluso las tripas de Bella resonaban por la falta de comida en sus entrañas. No había cenado, apenas había probado un bocado del desayuno y todos se habían saltado el almuerzo, incluido el amo y señor del lugar.

El silencio fue roto cuando el señor Charles entró en el gran salón y detrás de él seguía la vieja Agnès. En aquel momento miró a Bella e hizo un gesto en su rostro que la aludida fue incapaz de comprender.

—¡Salid todos! —gritó furioso Bastián y Bella volvió su vista hacia él.

Vio como tenía dos bolsas en la mano, ¿Serían esas las bolsas de oro robadas?, ¿Es que habían encontrado a la persona que las había robado?, ¿Había sido de verdad Agnès?

Bella comenzó a caminar hacia la salida del gran salón sintiendo angustia por el porvenir de la anciana. ¿Tan desesperada estaba? En una ocasión le había comentado que no conocía otra vida que no fuera aquella, ¿Quizá había cometido ese acto para que su hija la aceptase y darle una vida plena?, ¿Tal vez tenía temor de que la rechazara? No lo comprendía y con todas aquellas preguntas sin respuesta que saturaban sus pensamientos, fue incapaz de percibir como Bastián se acercaba a ella hasta cogerla del brazo tan fuertemente que sintió el dolor recorrer sus entrañas.

—Vos no iréis a ninguna parte, zorra ingrata —rugió con verdadero odio en su voz.

Bella vio la frialdad en aquellos ojos verdes como nunca la había visto, ni tan siquiera cuando llegó al castillo.

¿Qué sucedía?, ¿Por qué se comportaba así con ella?, ¿Por qué la llamaba de ese modo?

—¿Cómo? —Fue lo único capaz de pronunciar su voz porque no comprendía absolutamente nada y menos aún la razón de aquel comportamiento.

—¿De verdad pensáis que fingiendo ingenuidad os libraréis?, ¿Acaso creíais que no se registrarían vuestros aposentos?, ¿Considerabais que se os trataría de un modo especial por no dormir en las habitaciones de los sirvientes? Sois una sierva y a juzgar por los hechos, la más falsa y pueril de todas ellas. ¿Para qué queríais el oro? —exclamó en tono irascible—. No. No respondáis, imagino la respuesta después de que ayer mismo ese impresentable que se hace llamar médico viniera hasta aquí para llevaros con él. ¿Lo teníais planificado desde un principio verdad? Seguro que cuando estuvo aquí acordasteis algún tipo de acuerdo. ¿Pensabais convertiros en su amante o solo le prometisteis la mitad del oro que robarais? Quizá ambas cosas y por eso os metisteis en mi lecho, creyendo que con ese rostro de inocencia seríais la última persona en la que repararía.

—Yo no he robado ningún oro —contestó Bella tenaz.

¿La acusaba de haber sido ella?, ¿Por qué?, ¡Era impensable!

—¿Dónde está la bolsa que falta? —exclamó haciendo caso omiso a las palabras que exclamaban su inocencia.

—¡Os digo que no he robado ninguna bolsa de oro! —rugió esta vez con fuerza.

—Mentís. Todas y cada una de vuestras palabras han sido una vil mentira hasta ahora. Solo sois una furcia capaz de fingir muy bien en el lecho para lograr vuestro objetivo. Reconozco que casi os creí, se os daría muy bien trabajar en un burdel si salierais de aquí, ese sería el lugar

ideal para alguien como vos.

Bella no podía creer que la acusara de ladrona y dijera aquellas palabras tan horrendas hacia su persona.

—Sois una Bestia —susurró con rabia en su voz.

¿De verdad creía que todo había sido fingido?, ¿Tan despiadado era de creer que ella había trazado un plan solo para robarle y huir?, ¿Qué pasaba con todo lo que habían compartido? Las confidencias, las caricias, los besos, las noches de pasión hasta el agotamiento.

Nada.

No significaban nada para él cuando era incapaz de creerla.

—Ahora sabréis cuan Bestia puedo llegar a ser, maldita zorra.

Bella percibía el odio en su voz e instantes después comenzó a arrastrarla junto a él conforme emprendían camino fuera del salón. Reconoció los escalones que llevaban a las mazmorras, debió haberlo previsto, aunque por un momento creyó que la azotaría hasta resquebrajar su piel y pedir clemencia, algo que desde luego no haría y menos aún por un crimen que no había cometido.

En cuanto llegaron a la última celda, la abrió y la tiró de malos modos dentro de ella, con tanta fuerza que tuvo que hacer todo su acopio de voluntad para no rozar con la nariz el suelo, aunque sintió el golpe en sus manos con la piedra fría que lo cubría.

—Os repito por última vez que no he robado ese oro. No sé porque creéis que he sido yo, pero jamás haría algo así. Debéis creedme —insistió por última vez, a pesar de saber que él no la creería, era como si no quisiera perder la esperanza, como si creyera que todo lo que habían compartido le haría dudar, aunque solo fuera un instante.

—Estaban en vuestros aposentos, bajo el lecho en el que dormís plácidamente. ¿Ahora me diréis que alguien las ha puesto allí para implicaros? —exclamó con ironía y aunque Bella no pudiera verlo sabía cuál sería la expresión en su rostro.

¿Bajo su lecho?, ¿Habían puesto las bosas en su propia habitación?, ¿Quién podía hacerle algo así?, ¿Quién podría odiarla tanto para implicarla en aquello?

—No he sido yo Bastián… —susurró con un hilo de voz.

—Jamás volváis a llamarme por ese nombre, solo sois una furcia que ha calentado mi lecho. No valéis nada. No significáis nada. Y pasaréis el resto de vuestros días en esta celda pudriéndoos como la ramera que sois —rugió con odio y acto seguido se escuchó el ruido del metal cerrando la celda conforme la llave giraba en la cerradura.

Bella no contestó. Ni tan siquiera se atrevió a repetir que ella no era culpable de aquello por lo que se le acusaba. No valía nada. No significaba nada. Para él solo era una cualquiera y ser

consciente de ello hizo que comenzase a derramar lágrimas silenciosas en la oscuridad de aquella celda.

No lloraba porque sintiera rabia de que no la creyera. Ni tampoco lo hacía por ser castigada de nuevo sin haber hecho nada para merecerlo. Lloraba porque le dolía en el alma que la tratara de aquel modo, porque por más que quisiera negarlo, ella realmente le amaba y acababa de destrozarle el corazón en mil pedazos.

Jamás podría perdonarle aquello.

45
BESTIA

Cinco días.

Ese era el tiempo que había pasado y aún no podía encontrar desasosiego con el alcohol que ingería. Cinco largos días en los que no podía dejar de sentir la traición en su interior carcomiéndole, diciéndose a sí mismo que debía saberlo antes de haberla metido en su lecho, de dejar que conociera una parte de él que nadie conocía, que ni tan siquiera Charles sabía.

¿Cómo había podido creer por un solo instante que ella era diferente?, ¿Cómo se había podido dejar embaucar por esa belleza y rostro de inocencia que irradiaba? Efectivamente su padre tenía razón, sus marcas así lo atestiguaban, no podía creer o fiarse de ninguna mujer, porque todas y cada una de ellas le traicionarían como había hecho esa fulana a la que se negaba a llamar por su nombre.

Había disfrutado de su compañía demasiado, hasta el punto de no refrenar sus propios límites y meterla en su lecho de un modo inimaginable. Adoraba su piel, su olor a menta, la suavidad en su roce, su modo de entregarse a él suspirando cada vez que la hacía suya y ahora solo bebía para olvidar y convencerse a sí mismo de que todo era mentira, de que solo había fingido desde el principio para robarle y escapar de él junto a otro hombre.

Exactamente igual que hizo esa mujer que debía llamar madre.

El problema residía en que no podía olvidar. Su mente y su cuerpo le traicionaban cuando trataba de hacerlo y por eso quería ingerir todo el alcohol posible hasta perder la cordura y caer sin conciencia sobre el lecho de aquel burdel en el que se hallaba esa noche.

Había cambiado durante cada día de lugar, tratando de encontrar una buena moza que le tentara, pero indiscutiblemente buscaba en todas ellas unos ojos color miel que no hallaba. Se estaba torturando y lo sabía. La llave que prendía de su cuello le quemaba, porque a pesar de saber que ella lo merecía era incapaz de pensar en esa mujer que yacía en la celda de su castillo desde hacía cinco largos días. Él poseía la única llave que la abría y aunque debía haberla azotado por su hazaña, supo que no podía hacerlo, por eso decidió irse en el mismo instante que

la encerró, no podía soportar estar en el mismo lugar que ella siendo consciente de su traición y aún así sintiendo algo en su interior que le incitaba a liberarla.

Su proclamación de inocencia le atormentaba a pesar de saber que era falsa. No podía existir mayor evidencia que haber encontrado las bolsas de oro robadas bajo el lecho en el que dormía. Sin duda habrían encontrado la tercera poco después de su partida, pero no le interesaba, le importaba muy poco el oro, sino la traición de la mujer que había considerado como suya.

Por un instante, por un solo y leve instante había considerado que fuera algo más que su sierva. Cuando ella le rechazó por tratarla como una posesión del castillo apenas pudo conciliar el sueño, sentía su falta, necesitaba su presencia y comenzó a ser consciente de lo que aquello implicaba en él. Sentía celos hacia el hombre que quería liberarla, ni tan siquiera podía imaginar la visión de verla en brazos de otro hombre porque le quemaba por dentro. Ella era suya. Solamente suya y de nadie más. Incluso se habría negado a liberarla si aquel médico regresaba con el oro para saldar la deuda porque no podía consentir que ella se alejase de su lado.

No sabía que significaba todo aquello, pero ahora no importaba. Ella le había engañado, le había mentido desde el principio y como un completo iluso había caído en su juego creyendo que era al contrario. Sin duda era toda una experta en seducir. Su fingida ingenuidad, su asombrosa pasión en el lecho, su entrega y hasta sus palabras haciéndole creer que le importaba lo que le dijera habían sido una estratagema de distracción para su verdadera intención.

Bastián cogió la jarra de vino y la vació en su interior. Aún no estaba ebrio, distaba mucho de serlo y probablemente necesitaría una veintena como aquella para dejar de sentir y retirarse al camastro que en aquel lugar consideraban lecho.

Podría haber llamado a su amigo Dean para que le acompañara, quizá habría sido una distracción puesto que las mozas que se encontraban en el lugar no le suponían una tentación. Siempre había rehuido de aquellos sitios salvo en contadas ocasiones, ahora solamente se hallaba allí con la esperanza de encontrar una sola mujer que pudiera suplir el desasosiego que le acontecía, pero por más que se acercaban a él, ninguna tenía sus ojos, ninguna tenía su sonrisa, ninguna tenía su rostro de inocencia que le provocaba ese ardor interior hasta consumirle las entrañas.

Era solo una maldita zorra más como otra cualquiera. Debía asumirlo, aunque lo hubiera sabido desde el principio. Supo desde el primer momento que le traicionaría y a pesar de ello bajó la guardia logrando que se acercara aún más a él pese a su reticencia.

Ella tendría su castigo merecido, tal vez no el que debería tener realmente por atreverse a llegar tan lejos, pero la sola imagen despellejando aquella suave piel lograba entumecerle los sentidos y por esa misma razón se había ido, porque no quería sucumbir a la debilidad, tenía que poner distancia y despejar la mente de todas las cosas que ella le provocaba. No volvería hasta

que no lo hiciera, aunque pasaran semanas o meses para conseguirlo, no pondría un pie en el castillo sin antes haberla olvidado y sentir únicamente rechazo hacia ella.

—¡Bastián! —La voz que acababa de pronunciar su nombre le resultaba cercana, pero hasta que no sintió la mano en su hombro llamando su atención no decidió girarse para comprobar de quien se trataba—. ¡Al fin os encuentro! —exclamó con evidente falta de aliento en su voz.

¿Qué demonios hacía Charles allí? Había dejado muy claro cuando se marchó del castillo que él se encargara de todo hasta su regreso, no le importaba que hubiese podido pasar, estaba seguro de que lo podría solucionar.

Lo observó detenidamente, parecía cansado y fatigado. Bajo sus ojos se podía apreciar la falta de horas de sueño y un buen descanso.

—Os dije que os encargarais de cualquier inconveniente que se produjera en mi ausencia —contestó Bastián sin importarle cuan urgente podría ser la noticia que él le trajera.

No le importaba nada. No quería saber nada. Solo quería acabar con su propio tormento.

—Se trata de Mirabella, Bastián —pronunció finalmente y percibió que estaba fatigado y preocupado.

¿De verdad se había molestado en hacer ese viaje hasta encontrarle por esa zorra ingrata? Aquello le provocó una ira incontenible.

—Ni siquiera la nombréis por su nombre, es una cualquiera desagradecida ¿Os ha convencido para que me busquéis?, ¿Y qué os ha prometido?, ¿Meteros en su lecho?, ¿A vos también? —inquirió vaciando la copa de vino en su garganta conforme se sentía cada vez más ofuscado e irritado.

Recordó la última vez que la había encerrado en esa celda y en como terminaron las cosas, pero ahora era diferente, ahora se merecía permanecer en aquel lugar hasta el fin de sus días, aunque aquello le supusiera la muerte. No debería importarle, no tendría porque sentir nada al respecto, pero le resultaba incapaz ser inmune al hecho de que tal vez Charles estuviera allí porque ella estaba grave.

—Ella no robó el oro, Bastián. Es inocente —dijo finalmente y a Bastián se le escapó una risa exasperada.

—¿Así que os ha convencido de su inocencia?, ¿De verdad podéis creerla? Haría o diría cualquier cosa para que la liberaran de esa celda y así poder huir como era su plan con la bolsa de oro que escondió debidamente.

Desconocía si la habrían encontrado o no, pero al menos impediría sus planes y jamás sería libre como pretendía.

—Ella no ha dicho nada, guardó silencio y se negó a probar bocado alguno desde que la encerrasteis, pero al día siguiente Agnès dio la alarma de que la nueva doncella que había entrado al castillo, la misma que servía a Bella en sus aposentos había desaparecido. La buscamos y no había rastro de ella, sus cosas habían desaparecido y esa misma tarde un joven del pueblo trajo una misiva en la que se ella se declaraba culpable, dejando clara la inocencia de Mirabella. Nunca encontramos la última bolsa que faltaba, debió esconderla en alguna parte del castillo y probablemente esa era su intención con las otras dos, pero las dejó bajo el lecho de Bella pensando que allí estarían a buen recaudo y que jamás sospecharían de ella porque poseía vuestra atención. ¿Os dais cuenta de porqué os he buscado incansablemente? Os llevasteis la única llave que abría la celda y por más que intentamos forzarla, ésta no cedía. Temo que sea demasiado tarde para ella Bastián, han pasado muchos días desde vuestra partida.

Bastián escuchaba cada una de las palabras no dando crédito al principio, creyendo que solo se podría tratar de una estratagema para liberarse, pero si era cierto, si verdaderamente era inocente, no podría perdonarse haberla agraviado y castigado de aquel modo por no creer en ella.

—¿Me estáis diciendo que no fue ella?, ¿Qué la encerré por algo que no hizo? —inquirió abruptamente cogiendo el cuello de la camisa de su guardián y acercándolo hasta él como si necesitara de nuevo que se lo dijera.

—Exactamente Bastián. Mirabella solo es culpable de ser amiga de esa doncella y de poseer vuestro favor, eso la hizo víctima de la situación.

Bastián soltó aquel agarre y se llevó las manos a las sienes como si necesitara despejarse. No podía ser verdad, porque si lo era, ella tendría razón y él era verdaderamente una Bestia despiadada.

—¡Maldita sea! —gritó tirando el vaso de vino que había sobre la mesa a la pared blanca que tenía enfrente solo para paliar su rabia—. ¡Juro que mataré a esa doncella si le pasa algo a Bella!

Se alzó abruptamente y tiró más monedas de las que debía sobre la mesa. No le importaba, en aquellos momentos solo pensaba en esa mujer que había encerrado injustamente por segunda vez. ¿De verdad habría resistido todo este tiempo? Debía hacerlo. Tenía que hacerlo. No podría soportar el peso de su conciencia si así no fuera.

Espoleaba ferozmente el lomo de su caballo para que corriera más rápido y así llegar cuanto antes a casa. ¿Qué pasaría si llegaba demasiado tarde?, ¿Qué ocurriría si por su obcecación habría acabado con su vida? Ni tan siquiera podía pensar en ello, no podía imaginarse una vida en la que ella no estuviera. Incluso creyendo que era culpable le había resultado imposible abandonar un solo instante el rostro de esa bella mujer de sus pensamientos, ahora que sabía la verdad, que ella era realmente inocente y no una fingida imagen que

proyectaba, no podía pensar que pudiera perderla por su terquedad. Su corazón latía desbocadamente porque supo que una parte de él moriría con ella si le abandonaba.

No sabía que significaba, ni tampoco era el momento de averiguarlo, lo único que importaba era llegar lo más pronto posible al castillo y sacarla de aquella mazmorra en la que la había encerrado.

Si estaba viva. Si ella estaba bien, se juraría a sí mismo romper en mil pedazos aquella celda para siempre y hacerla desaparecer.

Era bien entrada la noche cuando el fuego de las antorchas de entrada fue divisado a lo lejos. Nunca había deseado tanto llegar a su hogar como en aquellos momentos, espoleó al animal en sus últimas leguas por recorrer y ni tan siquiera pasó por las caballerizas para dejar a su agotado semental, sino que lo abandonó en la entrada conforme daba un salto para entrar por la puerta principal. La golpeó con fuerza, esperando que uno de sus sirvientes estuviera cerca y así fue, no reparó en ver de quien se trataba, sino que entró con paso decidido dirigiéndose hacia las mazmorras que que se encontraban en la más absoluta oscuridad.

La antorcha que llevaba en la mano prendía iluminando parcialmente el pasillo a su paso, hasta que divisó una pequeña luz al final. La figura de una mujer inclinada hacia las barras de hierro que conformaban la celda apareció ante él. Se trataba de una sirvienta del castillo, una mujer que parecía hablar pero que no hallaba respuesta en sus demandas.

—¡Mi señor! —exclamó con voz de asombro cuando alzó la vista para verle.

Bastián no respondió, sino que arrancó la llave que colgaba de su cuello y que ahora le ardía entre sus manos. Su pulso temblaba, su corazón palpitaba a un ritmo frenético y con un ápice de esperanza giró la llave rompiendo el silencio del lugar hasta que la puerta se abrió completamente. Acercó la antorcha buscando su cuerpo, tratando de encontrar el lugar donde ella se hallaba y finalmente la encontró agazapada en una de las esquinas de aquella celda, cubierta parcialmente con una fina manta roída y cuya cabeza descansaba en el muro de pared húmedo que la rodeaba.

¡Maldito él una y mil veces por hacerle aquello!

Se acercó hasta ella tirando la antorcha al suelo y acogiéndola entre sus brazos. Estaba fría. Fría y pálida.

—Bella… —susurró con temor acercándola a él, pero no hubo respuesta alguna.

Su cuerpo yacía lánguido entre sus brazos y lo supo.

Era tarde.

Demasiado tarde para salvarla.

—¿Cómo está? —La voz del señor Charles indicaba que había corrido tras él, solo que su

caballo no era tan rápido y veloz como el del señor del castillo, así que había llegado un poco después.

Bastián era incapaz de responder a esa respuesta, aunque hubiera permanecido unos instantes acunándola en su pecho. No podía admitir que ella se fuera. No podría soportarlo y menos aún sintiéndose culpable de ello.

Ella confesó su inocencia no una, ni dos, sino hasta en tres ocasiones y él había permanecido obcecado considerándola culpable de los hechos y de su traición.

—Volved conmigo, aunque no os merezca regresad junto a mi —gimió con evidente dolor—. No puedo vivir sin vos. No quiero vivir sin vos —susurró conforme unía su frente a la suya y rozaba aquellos labios al mismo tiempo que la estrechaba en sus brazos.

—Bastián… —mencionó el señor Charles acercándose hasta él—. Quizá sea demasiado tarde —añadió con prudencia.

—¡No! —negó acariciando su rostro—. Ella no puede morir. No así.

El recuerdo tras decirle que se pudriría hasta el final de sus días en aquella celda lo atormentaba. La había tratado de la peor manera, la había insultado y rebajado al peor nivel que una mujer inocente como ella podría tener y ahora se daba cuenta de la gravedad de sus actos sin control, de su ceguedad, de su absoluta falta de piedad en aquella mujer que había robado su cordura y una parte de él que creía no poseer.

Su corazón.

46
BELLA

Bastián la había encerrado y se había marchado del castillo. Al menos eso era lo que le decía Megan cuando le llevaba varias bandejas con suculentos platillos que ella se negaba a ingerir.

No tenía hambre. Su estómago permanecía cerrado y no era capaz de pronunciar palabra alguna para no desvelar el sentimiento atroz que la corrompía en su interior. Se sentía rota, desolada y absolutamente destrozada, no solo por su desconfianza sino por su falta completa de benevolencia hacia ella.

Ni siquiera dudó un instante. No titubeó cuando proclamó su inocencia en varias ocasiones. La había juzgado y sentenciado como en otras ocasiones. No le importaba su destino, ni lo que pudiera sucederle. Bella no podía tener una señal más clara del desprecio que él le tenía y que nada de lo que habían compartido le había hecho sentir algo hacia ella.

Definitivamente aquel hombre era una Bestia fría y calculadora. No tenía alma. No tenía corazón. No tenía bondad y menos aún confianza.

¿En qué mundo podría creer que podría sentir algo hacia ella?, ¿Cómo podía pensar que podría cambiar o hacerle recapacitar eliminando sus creencias?

No.

Él jamás cambiaría.

Él nunca podría sentir amor.

Saberlo la atormentaba, pero más aún ser consciente de que pasaría el resto de sus días encerrada en aquella celda por una acusación que no había cometido mientras él se había marchado del castillo con la certeza de que nadie podría sacarla de allí le hizo ser consciente de que le importaba muy poco si vivía o moría.

La noticia de que Alma había desaparecido del castillo y poco después alguien había venido para avisar de que era la culpable del robo, hizo que comprendiera porqué razón podrían estar las bosas de oro bajo su lecho. Recordó como al despertar aquella mañana su amiga parecía

revisar toda la habitación, probablemente buscando un lugar acertado para esconder aquello que había robado.

Podría culparla de su destino, eso sería demasiado fácil, pero al recordar las palabras de Alma convenciéndola de que debía ser importante para el dueño del castillo o de lo contrario no le daría aquel trato de prioridad frente al resto de sirvientes, seguramente la llevó a creer que nadie sospecharía que fuera la culpable, algo que sin embargo no ocurriría en cuanto a su amiga, cuya habitación sería la primera en ser registrada.

¿Cómo podía culparla cuando solo buscaba su propia felicidad? Tal vez podría haber escapado simplemente sin necesidad de robar, pero sabía que no llegaría muy lejos si lo hacía, ella misma se lo había advertido. Sin embargo, con unas cuantas monedas de oro sería fácil desaparecer o encontrar ayuda para que la Bestia no la hallara jamás. Incluso se había encargado de admitir su culpa solo unas horas después de desaparecer para que no juzgaran a la persona incorrecta. Esperaba que al menos Alma fuera feliz, que tuviera la vida plena que ella jamás tendría y viviera dicha plenitud por las dos, puesto que estaba segura de que sus días terminarían en aquella celda. Bastián nunca la creería, jamás confiaría en su inocencia por más veces que tratara de demostrárselo y eso provocaba que su dolor fuera tan intenso que resultaba incapaz de soportarlo.

¿Por qué se había enamorado de alguien como él?, ¿Por qué razón su alma le había elegido cuando era más que obvio que jamás sería correspondida?

Había creído que solo sentía algo especial por ese modo gentil que tenía cuando la trataba en la intimidad, deseaba pensar que sería algo momentáneo, pasajero, pero que sin duda no podría tener sentimientos hacia el hombre que la había tratado de un modo horrible desde que llegó al castillo, aunque en las últimas semanas se comportara de un modo completamente distinto.

Estaba demasiado equivocada, no solo en creer que no la volvería a tratar así, sino en pensar que no podría sentir algo más allá de la pasión que les cegaba.

Ya era demasiado tarde para volver atrás, para deshacer sus pasos y ahora solo le quedaba padecer aquel dolor insoportable sabiendo que nunca volvería a sentir algo similar por otro hombre y que el único por el que lo había sentido la había destrozado por completo.

Sus fuerzas comenzaron a mitigar conforme pasaban los días. No era consciente del día o la noche, salvo porque Megan insistía en llevarle aquellas bandejas de comida que ella despreciaba sin necesidad de decirlo. Le decía que pronto saldría de allí, que no se preocupara, pero lo que aquella buena mujer no entendía es que él no vendría porque para la Bestia solo era una posesión del castillo de la cual deseaba deshacerse.

No podía hablar sin expresar al mismo tiempo lo que su corazón sentía. Por esa misma

razón guardaba silencio, solo deseaba derramar todas las lágrimas hasta que su cuerpo quedara vacío y así dejar de sentir el sufrimiento que la embriagaba por completo.

No podía soportarlo.

Solo quería que aquella agonía acabase.

La voz de Megan se fue apagando poco a poco, hasta que la oscuridad se cernió sobre ella y al fin sintió que su dolor realmente mitigaba.

Ahora sentía paz. Aquello era tranquilidad. En aquel lugar podía dejar de sentir y sentirse realmente libre de nuevo.

—¡Bella!, ¡Regresad! —escuchó a lo lejos una voz que le resultaba familiar, ¿Tal vez era su tía quien la llamaba?, ¿Quizá su madre? —¡Tenéis que volved! —insistió y percibió como un fuerte olor la ahogaba.

Comenzó a toser hasta que finalmente entreabrió los ojos y descubrió que no había tanta claridad como en su sueño. Su visión era parcialmente borrosa, pero pudo visualizar el rostro amable de Megan muy cercano a ella. Sentía el calor bajo las mantas gruesas que la cubrían, el sonido del fuego a lo lejos, aunque no lo percibiera y tardó en comprender que hacía allí y qué había sucedido conforme la cocinera del castillo acercaba una humeante taza de caldo caliente a sus labios.

—Al fin despertáis de vuestro letargo —mencionó en voz baja sonriente.

—¿Qué hago aquí? —preguntó no comprendiendo porqué razón no estaba en la celda donde la Bestia la había abandonado a su suerte.

—Al fin hablas, después de tantos días sin pronunciar palabra comencé a creer que os habíais tragado la lengua, muchacha —dijo entre risas—. El señor del castillo regresó para liberaros, os habíais desmayado después de tantos días sin probar bocado, pero ahora os recuperareis, yo me encargaré personalmente de ello —añadió acercando de nuevo la taza y Bella tragó un par de sorbos pacientemente.

¿De verdad había regresado para liberarla?, ¿Tal vez había recapacitado?

—¿Vino a liberarme? —preguntó sin poder creerlo.

—Así es. Al señor Charles le costó varios días encontrarlo, pero finalmente lo halló en un prost… bueno, lo encontró que es lo importante y volvieron enseguida para sacarte de esa horrible celda —contestó con entusiasmo.

No hacía falta que Megan terminara de decir aquella palabra para saber donde había hallado a esa horrible Bestia. ¿Cuánto tiempo tardó en buscar consuelo en brazos de una mujer que se vendiera por unas pocas monedas?

Nada.

No solo la había abandonado a su suerte importándole muy poco su vida, sino que se marchó a un lugar donde encontraría consuelo y placer por unas pocas monedas.

No lloraría. No derramaría ni una sola lágrima más puesto que no la merecía. Tal vez habría sido mejor morir, dejar de sentir el dolor que la inquietaba, pero si debía convivir con ello haría todo lo impensable para evitarle hasta que de un modo u otro saliera de aquellos muros sin mirar atrás y sin regresar jamás a ellos.

—Entiendo —dijo finalmente sin una pizca de entusiasmo, tratando de hacer ver que el hecho no le importaba.

¿Lograría dejar de sentir por completo?, ¿Sería capaz de encontrar el modo para que él no le provocara ese desconsuelo? Quizá con el tiempo lo hiciera, tal vez si se empeñaba en lograrlo lo consiguiera.

—Avisaré al señor del castillo que habéis despertado —dijo Megan una vez que la taza de caldo estaba vacía y alzó la bandeja para llevársela a las cocinas.

—¡No! —gritó y fue consciente de que su cuerpo se contrajo al hacerlo por la debilidad que aún poseía—. Por favor no lo hagáis. No deseo verle. No quiero tener que verle.

No tenía ni fuerzas, ni ánimos y mucho menos tenacidad para enfrentarse a él. Dudaba que se excusara de su error, menos aún de no creerla puesto que jamás lo había hecho, así que prefería evitarle todo el tiempo que pudiera, aunque fuera consciente de que viviendo bajo sus dominios en algún momento debería enfrentarle.

Durante un momento Megan pareció sorprendida por la respuesta, pero finalmente hizo un gesto afirmativo que consoló a Bella y salió de la habitación dejándola a solas. Era la misma habitación que le habían asignado desde hacía semanas, la misma lujosa estancia en la que él la había ubicado y lo único que agradecía en aquella ocasión era que no fueran los aposentos de la Bestia para no tener que verle a la fuerza.

El señor Charles vino al día siguiente para ver como se encontraba y si era necesario avisar a un médico. Bella dudaba que ninguno pudiera calmar su dolor interior, por lo que agradecida lo rechazó. La única cosa que deseaba en aquel momento era marcharse del castillo y dudaba que dicha petición pudiera ser aceptada, así que durante varios días permaneció oculta, escondiéndose de él en sus aposentos, siendo únicamente atendida por Àgnes o por Megan que la frecuentaba a menudo para hablar con ella.

Había perdido la cuenta de los días que habrían pasado, pero en ningún momento él se había acercado hasta allí. Comprendía que no significara nada para él y que por esa misma razón ni tan siquiera la buscara, pero no lograba entender porqué la dejaba en aquella habitación lejos de pertenecer a una criada y mucho menos a una cualquiera como él la llamaba. ¿Por qué no recibía la petición de volver a sus labores como sirvienta?, ¿Tal vez le daba igual lo que fuera de

ella? Por más que no quería pensar en él, ciertamente su mente se negaba a hacerlo y al final era incapaz de anularlo de sus pensamientos.

No había preguntado por su persona y menos aún había recibido información alguna por parte de quien la visitaba, ¿Sería quizá que no se encontrara en el castillo?, ¿Tal vez se había vuelto a marchar? Con su cabeza llena de miles de pensamientos agrupándose al mismo tiempo no se había parado a pensar en algo que sí estaba verdaderamente sucediendo.

Era muy probable que estuviera esperando un hijo de la Bestia.

Casi estaba segura de ello.

El simple hecho de pensar en una criatura de él en aquel momento solo la incitaba a tener la seguridad de que debía marcharse de ese lugar sin demora.

Escogió el vestido más sencillo que encontró en el baúl y lo ajustó con un cinturón a su cuerpo. Trenzó su cabello a un lado y se calzó unas zapatillas livianas justo antes de salir de su habitación.

No tenía miedo. Por alguna razón pensar en el niño que quizá llevaba en su vientre le daba fuerzas para enfrentarle después de todo lo que le había hecho.

El castillo permanecía en silencio, así que se paseó por los largos pasillos visualizando el interior del comedor, el gran salón y por allí no había rastro de la Bestia. Se cruzó con el señor Charles que parecía salir lo suficientemente sonriente de las cocinas e imaginó que la causante de dicha alegría fuese Megan, así que le preguntó donde podría encontrar al señor del castillo y la respuesta le sorprendió en demasía.

Durante todo el tiempo que ella había pasado en la gran biblioteca, él no se había dignado a pasar ni un solo día, así que saber que aquel era el lugar donde se hallaba le produjo cierta conmoción momentánea, aún así dirigió su paso hacia aquel lugar que tan bien conocía.

La luz inundaba por completo la estancia, llenando de vida los estantes de libros que ella había cuidado con esmero, paseó su mirada por algunos de ellos logrando que la llenaran de vida, sin duda era su lugar favorito del castillo, el sitio donde no le importaría pasar todo su tiempo.

—Bella… —Oyó la voz que casi parecía un quejido de sorpresa al verla y giró su rostro hasta encontrarle.

La realidad la abrumó de nuevo cuando aquellos ojos tan hermosos y de color vibrante se posaron en ella. Lucían con mayor esplendor al darles la luz directa.

—Mi señor —contestó fríamente manteniendo su mirada erguida, aunando todas sus fuerzas para que su debilidad no cediera.

Deseaba no sentir nada. Realmente quería ser inmune a él, pero su corazón maltrecho aún latía demasiado fuerte en su presencia y eso provocaba que sintiera aún más rabia por ser

consciente de ello.

Bella percibió que se acercaba silenciosamente, con la mirada fija en sus ojos como si estuviera estudiándola.

—Llamadme Bastián —contestó y ella torció el gesto al comprobar aquel cálido tono de voz.

¿De verdad le pedía aquello después de lo que había hecho?

—Dijisteis que jamás volviera a llamaros de ese modo y no volveré a hacerlo. —Aún podía recordar las severas palabras que continuaron a esa afirmación cuando la trató de aquel modo tan cruel.

—¡La culpa fue de esa maldita doncella que actuó para incriminaros! —gritó exasperado.

No descartaba que gran parte de la culpa fuera de Alma, si no hubiera robado el oro, si no lo hubiera escondido en sus aposentos, si no hubiera creído que allí estaría a salvo, nada de lo sucedido habría ocurrido, pero tales hechos le habían llevado a ver el verdadero valor que tenía para aquel hombre, el cual era inexistente.

—No la puedo culpar de haber tratado de buscar su propia felicidad, en su lugar yo también lo habría hecho —contestó Bella sin guardar rencor alguno hacia Alma.

Nadie del castillo había hablado sobre su paradero, ni tampoco que estuviera de regreso, por lo que intuyó que finalmente era libre y lejos de las garras de la Bestia.

—¿Por qué la defendéis después de lo que os hizo? —exclamó con cierto deje de incomprensión en su rostro.

—No fue ella quien me juzgó y castigó injustamente por no creer en mi palabra —respondió Bella tratando de parecer serena.

—¿Cómo iba a creer que…

—Exacto. Como ibais a creer en la palabra de una vulgar furcia con la que os revolcabais en vuestro lecho. Eso es lo único que signifiqué para vos, ahora lo comprendo. Lo dejasteis muy claro, como también el hecho de que no os importaba que viviera o muriera en esa celda.

El rostro de aquel hombre se torció en una mueca incomprensible para ella, solo se había limitado a recitar sus palabras, las mismas que se habían grabado a fuego lento en su alma y era incapaz de olvidarlas.

—Tenía mis razones para no creeros —dijo de pronto y ella frunció el ceño no pudiendo creer que se excusara de aquel modo.

—Desde que entré en este castillo jamás os dije una palabra incierta, ni os mentí, ni traté de manipular los hechos. Sin embargo, habéis juzgado cada uno de mis actos, palabra o acción hacia vos. No poseíais una sola razón para no creerme y aún así no dudasteis un instante en

sentenciarme a muerte —rebatió su respuesta—. Una vez me jurasteis que me concederíais la libertad si os cansabais de mi cuerpo, es evidente que lo hicisteis cuando me encerrasteis en esa celda, así que exijo que cumpláis vuestra palabra y me dejéis libre.

Ya está. Lo había dicho sin que su voz titubeara, sin que su cuerpo temblara y le diera a entender lo que aquella situación le afectaba.

Era incapaz de alejar por completo sus sentimientos hacia aquel hombre. ¿No hubiera sido más fácil enamorarse de alguien como Adrien? Habría tenido una vida plena, feliz y sin aquel dolor que la consumía por dentro.

Por desgracia el corazón elegía sin razón y el suyo había decidido obrar en su contra para decantarse por el único hombre que jamás la amaría, ni la respetaría.

—Sé lo que os prometí, el problema es que no puedo renunciar a vos, Mirabella.

47
BELLA

Permaneció atónita durante unos momentos. ¿Qué no podía renunciar a ella? Había estado más que dispuesto a dejarla morir, ¿Qué le importaba deshacerse de una doncella del castillo cuando era evidente que para él carecía de valor? No lo comprendía y lo cierto es que tampoco quería hacerlo, solo que le concediera esa libertad que ansiaba para comenzar una nueva vida lejos de él.

—¿Y porqué razón no podríais hacerlo? No corresponderé a vuestras demandas o afecto. No volveré a entrar en vuestro lecho y no gozaré de vuestras lisonjas para que después podáis reprocharme por ello.

Bella no quería su beneplácito, ni tampoco tener su favor sabiendo que él nunca confiaría en ella y que siempre dudaría de su palabra.

—Sé que ahora estáis enfadada, dije e hice cosas movido por el rencor, porque creía realmente que mi padre tenía razón —mencionó con calma—. Las cicatrices que habéis visto en tantas ocasiones y que surcan mi espalda fue el castigo por tratar de defender a mi madre cuando se marchó. Yo no quise creer lo que él decía, me negaba a pensar que ella podría abandonarme de aquel modo y más aún por otro hombre. Mi piel fue desgarrada para que jamás olvidara que ninguna mujer, ni tan siquiera la que me dio la vida era digna de confianza. Cuando supe que habían encontrado el oro en vuestros aposentos, solo pude razonar con la certeza de que me habíais traicionado, de que deseabais esas monedas para saldar vuestra deuda y marcharos junto al hombre que vino a tratar de interceder por vos. La ira me cegó sin ver más allá de lo que mis prejuicios me indicaban. Sé que no queríais verme, os di tiempo para que vuestro rencor se apaciguara y os daré más si lo deseáis, pero no dejaré que os marchéis, no cuando aún os anhelo cada noche en mi lecho.

Aquella confesión hizo que por un momento Bella se apiadase de aquel niño que defendía la integridad de una madre, pero inmediatamente después se negó a sí misma compadecerse, más aún cuando él no hablaba de sentimientos más profundos hacia ella, sino de un simple deseo de mantenerla como su amante. ¿De verdad creía que podría perdonar lo que le había hecho tan

fácilmente?

Tiempo.

Eso era lo que le daba y lo que ella precisamente no tenía.

—Nunca os perdonaré si me obligáis a permanecer aquí. —Se atrevió a decir retándole con la mirada—. Siempre creeré que habrá una siguiente vez en la que desataréis vuestra ira contra mi. Lo habéis hecho desde el primer momento que puse un pie en el castillo y lo volvisteis a hacer a pesar de todo lo que habíamos compartido —insistió—. Eso hará que mi rencor no se apacigüe y el tiempo no podrá cambiarlo.

Bella no esperó una respuesta, sino que se dio la vuelta lentamente y salió de aquella biblioteca con los ojos cristalinos. Ella deseaba algo que él jamás le otorgaría y no solo se refería a su libertad, sino a una clase de sentimiento puro que nacía en el alma, una que la Bestia no poseía.

¿Tanto daño causó su progenitor para provocar que fuera incapaz de sentir nada?, ¿Tan difícil era ver que ninguna de sus acciones hacia él fue malintencionada? Ya no importaba, no podía decirle a su corazón que eligiera otro hombre a quien amar por más que quisiera odiarle y detestarle hasta el fin de sus días. Le había causado un daño irreparable y eso era algo que no podía perdonar.

Conforme pasaban los días Bella se limitó a permanecer encerrada el máximo tiempo posible, se había instalado en la habitación que Alma había dejado libre abandonando así sus cómodos aposentos de invitada. No quería poseer su favor, ni aceptar sus lisonjas o invitaciones constantes. Si había algo que le desconcertaba era que en ninguna de las ocasiones la había obligado a aceptar como antaño. Parecía que verdaderamente estaba teniendo paciencia en sus rechazos. No lo había visto desde el día que tuvieron aquella conversación en la que le confesaba la naturaleza de las marcas que lucía en su espalda, las culpables en gran parte de aquel comportamiento, aún así aquello no era suficiente para ella. Ya no. Así que su tristeza comenzó a evidenciarse conforme se acercaba la primavera y sentía que una nueva vida crecía en su interior.

Sabía lo que significaba y por más que quisiera negarlo tarde o temprano tendría que enfrentarse a ello. Sería entonces cuando jamás la dejaría marcharse y terminaría hasta el último de sus días tras los muros del castillo languideciendo de agonía por un amor que jamás sería correspondido, ni respetado.

Aquella tarde decidió salir a los jardines del castillo, el color de las flores había comenzado a inundar el lugar y su olor llenaba sus fosas nasales, pasear por allí le inspiraba cierta paz. En otro momento la habría hecho feliz, habría gozado de estar en un lugar así, pero sus pensamientos ahora eran otros muy distintos, así como su preocupación y desvelo.

Llegó hasta una de las fuentes de agua y se sentó en el bordillo, viendo su reflejo, se

quedó durante un momento perdida en el interior de la imagen que proyectaba hasta que divisó a su lado el rostro de otra persona. Se agitó parcialmente al no haberse dado cuenta de su cercanía, pero tras hacerlo trató de huir de su lado, de alejarse de él lo más rápido que pudiera.

—Esperad —dijo deteniéndola con suavidad.

¿Dónde estaba la fuerza que empleaba otras veces para retener su paso?

Bella no le miró a los ojos, no quería hacerlo. A pesar de todo lo sucedido aún provocaban que su estómago diera un vuelco cada vez que esa mirada verde la contemplaba fijamente.

—Soltadme —susurró casi sin aliento.

Lo hizo. De algún modo incomprensible él deshizo su agarre y la liberó como si no quisiera hacerle daño alguno.

—Necesito hablar con vos —mencionó antes de que ella diera un paso atrás para marcharse.

—No tengo nada que deciros —apuntó Bella evitando de nuevo su mirada.

—Tal vez vos no, pero yo si —contestó rápidamente y Bella guardó silencio prolongadamente—. Os concederé la libertad, pero solo os pediré algo a cambio. Una sola condición.

En aquel momento alzó la vista atónita. ¿De verdad lo haría? Aún no había escuchado cual sería esa condición, ni si estaba dispuesta a aceptarla, pero ¿Si lo hacía la dejaría realmente libre?

—¿Una sola condición? —preguntó ella perdiéndose en aquellos pozos verdes que la observaban con fervor.

—Ser mi esposa.

En aquel instante el tiempo se paralizó y probablemente también su respiración, ¿Acababa de decir esposa?, ¿Realmente le había dicho que se convirtiera en su mujer?

—Dijisteis que jamás os casaríais. —Fue toda la respuesta de Bella no comprendiendo porqué razón querría contraer matrimonio con ella.

Para él solo era una sirvienta del castillo, una cualquiera, una fulana a la que meter en su cama porque la deseaba. ¿Tal vez esa era la única razón que le movía?, ¿Tenerla en su lecho sin que ella pudiera negarse a ello?

—Tal vez haya cambiado de parecer desde entonces —objetó con rostro serio, pero sin dejar de observarla.

—No significo nada para vos, solo soy una sirvienta del castillo, si lo que buscáis es que vuelva a vuestro lech…

—Significáis mucho más para mi de lo que creéis, Bella —dijo acercándose un paso más a ella y cortando su discurso—. Si existe un corazón en mi interior, es todo vuestro. Deseo teneros a mi lado hoy, mañana y el resto de mis días. —Tras decir aquello sacó un pequeño saquito de terciopelo y extrajo de él un anillo de piedras preciosas, la luz del sol incidía en la enorme piedra verde que poseía. Probablemente era de un valor incalculable y en ese momento fue consciente de que su propuesta no solo era real, sino tangible.

La respiración de Bella se apagó quedando completamente exhausta con aquella confesión y más aún cuando él deslizó aquel anillo en su mano sin que ella hiciera nada por evitarlo.

¿De verdad podría aceptarle?, ¿Sería capaz de perdonar sus actos, el pasado y comenzar una vida a su lado? No hablaba de amor, pero si de que si pudiera sentirlo sería hacia ella. ¿Era eso suficiente?

No.

Sabía que nunca obtendría algo que era esencial para ella; su confianza. Sin aquello jamás podría estar segura de que sus palabras fueran ciertas.

—No puedo aceptar vuestra condición —dijo observando aquel anillo precioso—. Me ofrecéis esa propuesta para aseguraros de que regrese a vuestro lado, para tener la certeza de que seré vuestra y permaneceré junto a vos el tiempo que deseéis tenerme, pero no me dais la opción de elegir libremente porque nunca confiaríais en mi. Vuestra propuesta es una condición a mi libertad y al mismo tiempo me ata a este lugar para siempre.

Bella se quitó el anillo que le había puesto en su dedo y se lo ofreció para restituirlo a su verdadero dueño. Observó como él la miraba de forma inquietante y sus ojos se posaron en la joya que ella mostraba con la palma de su mano abierta.

—Nunca me perdonaréis, ¿No es cierto? —inquirió en lo que parecía un deje de dolor en su voz.

—Tal vez no —apuntó Bella sintiendo que una parte de ella se rompía en mil pedazos al ser consciente de ello.

Jamás podría aceptarle sabiendo que no confiaba en ella. Aquella propuesta solo era una prueba más de ello y aunque había expresado que su corazón le pertenecía, nunca podría sentirlo de ese modo si no era capaz de creerla.

Con un movimiento él cerró su mano dejando el anillo dentro sin llegar a cogerlo.

—Es vuestro —dijo con cierta pesadumbre en su rostro—. Lleváoslo cuando os marchéis del castillo, sois libre desde este momento.

Bella sintió como su corazón se aceleraba no pudiendo creerlo.

—¿Sin ninguna condición? —preguntó no creyendo lo que escuchaban sus oídos.

—Si —afirmó él con la mirada triste—. Esperaré durante cinco días y cinco noches vuestro regreso para saber si me aceptáis. Si no retornáis, sabré que os habré perdido para siempre, pero si lo hacéis, os prometo no volver a dudar de vos, ni desconfiar de vuestra palabra o juzgaros premeditadamente como he hecho desde el primer momento en que pisasteis este lugar —añadió apretando ligeramente su puño—. Os doy mi palabra de que no volveré a hacerlo y que trataré de que cada uno de vuestros días sea feliz, aunque no tenga ni remota idea de como hacerlo.

Sus palabras ahondaron en Bella hasta llegar a su alma, ¿Verdaderamente podría creerle?, ¿Sería verdad lo que le decía o quizá solo estaba jugando con ella?

Tenía que marcharse, alejarse de allí y aclarar sus ideas. De algún modo debía comprobar por sí misma que cumplía su palabra, que realmente la liberaba y que le daba a elegir lo que ella quisiera.

Bella hizo un gesto afirmativo en señal de comprensión a sus palabras. Cinco días y cinco noches, ese era el tiempo que la esperaría. Si no regresaba en ese periodo de tiempo, él sabría que jamás volvería. Se alejó de allí sin mirar atrás, sintiendo como la observaba fijamente sin tratar de retenerla y algo en su interior se conmovía solo de pensar que Bastián la esperaría.

Bastián. ¿Tal vez había regresado el hombre que ella vislumbró y había abandonado a la Bestia? Tenía demasiado en que pensar y no solo por ella, sino por la criatura que gestaba en su vientre y cuyo padre aún no sabía que existía.

No hizo ningún tipo de equipaje, no era necesario para ella, así que no pasó por los aposentos que ocupaba para recuperarlo, sin embargo, sentía la necesidad de despedirse de algunos sirvientes del castillo por si jamás regresaba. Sintió nostalgia al abrazar a Megan, cuyas lágrimas derramaba al saber que se marchaba, Agnès por su parte parecía feliz de que lo hiciera y el señor Charles mantenía un rostro de inexpresión constante. El resto de sirvientes parecían contrariados al conocer su partida, existían murmullos y voces a las que Bella no hizo alusión, sino que sin echar la vista atrás se marchó caminando conforme atravesaba los jardines del castillo e ingresaba en el espeso bosque recorriendo el mismo camino que hizo cuando llegó.

Aún no podía creer que fuera libre, que realmente él le hubiera permitido marcharse sin más. Observó el anillo en su dedo, no poseía ningún lugar en el que guardarlo para que estuviera seguro, por lo que decidió ponérselo simplemente para no perderlo. La insistencia en que lo llevara con ella la desconcertaba, no podía creer que le hubiera regalado aquella joya como prueba de que la estaría esperando si regresaba. Conforme sus pasos se alejaban cada vez más de aquel lugar y se acercaban al hogar donde se había criado desde pequeña, sentía una ligera opresión en su pecho de desasosiego, pero al mismo tiempo creía que era lo mejor. ¿Cómo

podría estar segura de sus sentimientos? Después de todo lo sucedido, de como la había tratado despiadadamente y sin miramientos, sentía dudas al respecto. ¿Podría confiar en su palabra? Bien era cierto que la había dejado libre, que le había dado tiempo, pero ¿Podría alguien como la Bestia amar verdaderamente?

48
BELLA

Regresar al hogar como mujer libre era una satisfacción que paliaba su tristeza. Cuando tía Rosmery la vio llegar comenzó a gritar de alegría y Bella no pudo evitar sonreír al estar de nuevo junto a su familia conforme se abrazaba a ella.

Padre se encontraba mucho mejor y su aspecto parecía más jovial que la última vez que había estado en casa. Ya se incorporaba y daba pequeños paseos, aunque su energía aún no era la de antaño, así como su vista o su agilidad, pero esperaba que con el tiempo mejorase ahora que la primavera y el sol habían llegado.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis? —preguntó padre una vez finalizado el almuerzo.

Bella sintió como su tía le dirigía una mirada en confidencia e intuyó que aún no sabía nada sobre el lugar donde había permanecido todo ese tiempo. Si algo bueno había tenido su enfermedad es que le había tenido retenido en casa y nadie habría podido decirle donde se hallaba realmente.

—En realidad ya no tengo que regresar, padre. He venido para quedarme —contestó sonriente y observó como su tía parecía fruncir el ceño extrañada.

—Me alegra que digáis eso, vuestra tía insistía en que era necesario, pero mis manos pronto empezarán a ser las de antes y volveremos a tener suficientes monedas para que no debas marcharte de nuevo —dijo con pesar.

—No os preocupéis por eso padre. Yo lo solucionaré todo —advirtió no sabiendo exactamente que iba a hacer cuando tuviera que advertir que esperaba a una criatura en su vientre. ¿Cómo podrían tomar la noticia?, ¿Se alegrarían?, ¿Se enfadarían?, ¿Qué sucedería si le preguntaban por el padre de aquel niño que esperaba? Quizá era demasiado pronto para decirlo y más aún tener que dar explicaciones para las que no estaba preparada.

Aquella misma tarde subió a la colina de la montaña, desde donde en tantas ocasiones había admirado el bosque, el castillo y el horizonte que se expandía ante su visión deseando llegar hasta los confines de este.

Por alguna razón ahora no tenía esa inquietud desbordante, quizá porque ya no era la

misma muchacha que se marchó de casa para salvar la vida de su padre.

—Veo que seguís siendo de antiguas costumbres. Ni tan siquiera vuestra estadía en ese castillo os ha hecho que dejéis de venir a este lugar para soñar.

Bella hizo un deje de sonrisa al escuchar la voz de su tía. Era extraño que ella subiera hasta ese lugar, nunca lo había hecho en todos los años de vida que llevaba en el pueblo.

—Se puede venir a soñar o a pensar —decretó sin apartar la vista del horizonte y percibió como se sentaba a su lado.

—¿Me vais a contar realmente porqué sois libre? —exclamó sin rodeos.

Desde luego tía Rosemary no era una mujer que perdiera el tiempo.

—No hay mucho que decir, él me concedió la libertad —apuntó Bella encogiéndose de hombros.

No estaba preparada para relatar lo sucedido, para verse sometida a su escrutinio cuando admitiera que había compartido el lecho con ese hombre y que le había entregado una parte de ella.

—Nadie ha conseguido saldar su deuda hasta ahora, no vais a convencerme diciendo que os la concedió sin más, pero imagino que la enorme piedra que lleváis en la mano debe significar algo.

¡El anillo!, ¡No se había quitado el anillo!

—¡Oh! —exclamó aturdida—. Solo es un simple recuerdo…

¿Lo era?, ¿De verdad solo sería un recuerdo de él?, ¿En algún momento valoraba la posibilidad de aceptar aquella proposición?

Tía Rosemary no insistió y ella lo agradeció. Sin embargo, ambas guardaron silencio hasta que el sol se puso en el horizonte y desapareció trayendo consigo la oscuridad.

Sus prioridades ahora eran muy diferentes, pero también sabía que no podría esconderse allí para siempre y que de algún modo debería tomar una decisión que cambiaría su destino para siempre.

Cinco días.

Ese era el tiempo del que disponía.

BESTIA

Ella no regresaría. Lo supo desde el mismo instante en que se marchó, en el preciso momento que le concedió la libertad a pesar de su propuesta. ¿En qué mundo ella iba a aceptar casarse con él después de como la había tratado?

Tarde.

Demasiado tarde se había dado cuenta de cuanto le importaba, de cuánto la ansiaba, de cuánto la deseaba en su vida y no solo como su amante.

Quizá era el destino el que le hacía pagar por sus pecados. Ella sería la única mujer por la que sentiría algo y la que jamás tendría a su lado.

Cuatro días junto a cuatro noches habían pasado desde su partida y la agonía consumía su alma por su ausencia.

El castillo le parecía vacío sin su presencia, ni tan siquiera pasear por la biblioteca donde ella había pasado tanto tiempo, sentarse en el lecho que había ocupado en los aposentos que había elegido o tomar un baño en la misma tina que ambos habían compartido le hacía atenuar esa desazón que sentía.

La quería de regreso y no podía hacer nada para lograrlo porque no había hecho nada para merecerlo.

Había errado desde el principio y justificarse en su pasado no cambiaba lo sucedido, ahora lo comprendía, aunque habría tenido que pagar un precio muy alto para verlo.

—Debéis comer algo Bastián, tanto alcohol no debe ser bueno. —La voz de Charles perforaba sus oídos, era la única persona que se permitía entrar en sus aposentos sin permiso, puesto que había dado la orden expresa de que nadie se adentrara en ellos.

Al parecer él hacía caso omiso de dicha orden y aunque debería castigarle por ello, ciertamente no tenía ánimos para hacerlo.

—Dejadme a solas —rebatió como toda respuesta.

Sus reservas de licor eran muy amplias, por suerte solo tenía que acudir a las bodegas para rellenar la jarra y seguir degustando el vino que su padre había conservado a buen recaudo.

—Aún falta un día. Tal vez ella regrese y no os gustaría que os viera en ese estado, os lo aseguro —decretó Charles plenamente consciente de lo que había sucedido entre él y Bella.

—¿Qué razones tendría para hacerlo?, ¿Por qué iba a regresar a mi lado si no le ofrecí nada bueno? —exclamó aturdido—. Ella no volverá, supe que no lo haría en el mismo momento que le dije que se podría marchar.

—¿Y por qué le permitisteis que se marchara entonces? —preguntó Charles confuso.

—Porque era lo único que podía hacer para que ella fuera feliz —contestó dando un sorbo al vaso que llevaba en la mano—. Ella me odia y con razón, no le di motivos para que pudiera sentir otra cosa que no fuera rechazo hacia mi persona.

—Tal vez podáis buscarla si no regresa…

—No la obligaré a permanecer aquí si no lo desea. Una vez creí perderla por extralimitarme en castigarla y me juré a mi mismo no volver a hacerlo. Me di cuenta de que ella me importaba más de lo que quería creer, que sentía por ella algo que no había experimentado con ninguna mujer y a pesar de ello decidí no creerla, castigarla severamente del mismo modo y ofenderla con palabras que distaban mucho de ser lo que ella era —mencionó sin un ápice de emoción en su voz—. Aún no sé como está viva, pero no volveré a hacerle daño, no la obligaré a permanecer a mi lado cuando es evidente que ella no lo desea.

—Nunca creí que pudiera ver con mis ojos como amabais realmente a una mujer —dijo Charles con cierto entusiasmo.

—Yo tampoco —contestó agotando el liquido de su vaso—, quizá sea el castigo por mis actos. Tendré que pagar así mi deuda.

Aunque le doliera, sufriera y padeciera la agonía de no tenerla; lo soportaría, aunque eso acabara con su vida.

Pensar en Bella siendo feliz al lado de otro hombre lo martirizaba, lo llevaba al pleno delirio de su conciencia y sentía un dolor en su pecho que lo resquebrajaba por dentro, pero esa era su recompensa por tratarla de aquel modo, aquella era su penitencia por no creer en la palabra de la única mujer que jamás le había mentido.

49
BELLA

Habían pasado cinco días desde su partida y estar de nuevo en su hogar le resultaba extraño a pesar de que no había estado fuera unos pocos meses. ¿Tanto había podido cambiar su perspectiva en tan poco tiempo? Había pensado cada día y cada noche en la propuesta de Bastián, en esa oferta de matrimonio sin dejar de mirar el anillo que llevaba en su mano y el cuál aún no se había quitado por algún motivo extraño. ¿Le echaba de menos? Una parte de ella quizá reclamaba al hombre que había llegado a ser benévolo con ella, pero otra mucho más extensa y grande le gritaba que la Bestia resurgiría de sus entrañas de nuevo.

No estaba dispuesta a permitir que la historia se repitiera, no con su propio hijo y si para ponerle a salvo debía marcharse lejos de allí, estaba dispuesta a hacerlo.

Aquella noche tía Rosemary estaba preparando un platillo especial, Bella supuso que se debería a una ocasión excepcional, aunque no entendiera cual, justo cuando estaba colocando los platos en la mesa y se escuchaban los chillidos lejanos de sus primos discutiendo por alguna de sus maquetas de madera, alguien llamó a la puerta.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Bella extrañada.

Padre permanecía sentado en su sillón dormitando y dudaba que alguna persona del pueblo viniera a verles a esas horas y menos aún para encargar algún trabajo conociendo el estado de su progenitor.

—Quizá —sonrió tía Rosemary—. ¿Por qué no abrís la puerta? —exclamó esta con cierto énfasis y Bella sintió que el corazón le daba un vuelco.

¿Podría ser él?, ¿Podría haber ido hasta allí para buscarla?

Con un gran titubeo acercó su mano temblorosa a la puerta y la abrió con delicadeza hasta que la luz de la puesta de sol baño el rostro del señor Pierre.

—¡Bella! —exclamó con evidente sorpresa—. ¿Cómo es posible?

—He saldado mi deuda —confirmó sin querer dar más explicación que aquella y comprobó como Pierre sonreía complacido al escucharlo.

—Eso es una gran noticia. ¡Una magnífica noticia! —apremió con gran furor conforme se adentraba en su hogar.

Al parecer el señor Pierre visitaba cada jueves la casa para reconocer a su padre y tratarle en su enfermedad. Tía Rosemary cocinaba complacida para él, principalmente porque no cobraba sus servicios y les prestaba una gran ayuda con el tratamiento que recibía su progenitor.

La velada fue agradable conforme el doctor les relataba algunas experiencias de sus pacientes o de lugares remotos que había conocido gracias a sus andanzas allá donde la medicina le llevaba. Bella apenas participaba, por alguna razón había sentido una pequeña desazón al abrir la puerta y comprobar que no se trataba de la persona que ella esperaba.

¿Tal vez creía que él la buscaría porque no podía vivir sin ella? Era evidente que no, probablemente si no regresaba al castillo, él reharía su vida y continuaría como lo había hecho hasta ahora, sin echar en falta su presencia.

—Bella, ¿Puedo hablar un momento con vos a solas? —preguntó Pierre y a ella le extrañó la pregunta, pero pensó que solo se trataría de algún tema delicado sobre su padre, por lo que asintió y ambos salieron al porche de casa.

Apenas había luz, pero la suficiente para saber donde pisaban sus pies sin llegar a caer. El caballo en el que había llegado permanecía atado a la entrada y podían oírse leves rumores procedentes de las casas del pueblo donde todo el mundo debía estar sentado frente a sus hogares. El humo del fuego se espesaba en el ambiente provocando aquel olor característico de madera quemada y comida por doquier.

—Reconozco que ha sido toda una sorpresa encontraros aquí esta noche, Bella. Pensé que pasaría bastante tiempo antes de poder reunir la cantidad necesaria para poder liberaros de las garras de ese hombre que os maltrataba —mencionó en cuanto comenzaron a caminar despacio simplemente para alejarse de la casa.

—Ciertamente para mi también fue una sorpresa que me liberase, tal vez aún no lo crea —admitió a pesar de haber pasado cinco días.

Aquella sería su última noche para decidir si regresaba junto a él y aceptaba su propuesta o si por el contrario decidía seguir su camino y no volver a verle nunca más.

¿Le perseguirían esos ojos verdes allá donde fuera?

—Desconozco que habéis debido hacer para liberaros, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad. Desde el primer instante en que os vi quedé prendado de vuestra belleza y tenacidad, por eso os pedí que vinierais conmigo, que abandonarais el castillo para acompañarme —puntualizó recordando aquel primer encuentro que tuvieron —. Vuestro padre me ha dado permiso para pedir vuestra mano en matrimonio, así que, si me aceptáis, Mirabella Bellerose, no

tendréis que volver a preocuparos por el bienestar de vuestra familia nunca más, porque también será la mía propia.

De todas las cosas que Pierre le podría haber dicho, jamás pensó que le propondría matrimonio de aquella forma y menos aún que ya lo hubiera decidido junto a su propio padre.

—¿Habéis hablado con mi padre sobre matrimonio? —preguntó asombrada.

—Así es. Declaré mis intenciones a él, aunque jamás revelé vuestro verdadero paradero, por eso era esencial para mi liberaros y mostraros mis honorables intenciones hacia vos. Vuestra tía me dijo que siempre habéis soñado con viajar lejos de este lugar, conocer otros mundos y ver más allá del bosque. Yo puedo ofreceros todo eso Bella, yo podría haceros feliz lejos de aquí.

Por un momento barajó la posibilidad. Pierre le ofrecía todo aquello con lo que tiempo atrás había soñado y le daba una seguridad que sola no obtendría, no solo para ella, sino para toda su familia.

—No sería justa con vos si aceptara —advirtió finalmente—. No os amo, Pierre —añadió con nostalgia.

Parecía un buen hombre; honrado, trabajador y entregado. Se merecía a una mujer que le amase verdaderamente y no alguien que jamás sentiría por él más que un cariño y agradecimiento constante.

—Tal vez con el tiempo lo hagáis —enfatizó agarrando su mano para acercarse a ella—. Sé que seréis una buena esposa y madre para mis hijos. Además de valentía y fuerza para afrontar cualquier situación, sé que sois gentil y bondadosa. Aceptad mi proposición, vuestro padre está conforme y nos da su bendición, ¿De verdad deseáis quedaros en este lugar para siempre?

Pierre le ofrecía la posibilidad de irse, una salida para su situación y tener una vida tranquila y feliz lejos de allí, pero ¿Sería realmente feliz si aceptaba?, ¿Encontraría el amor en sus brazos? Ciertamente lo dudaba, aunque tal vez con el tiempo como él decía podría quererle, quizá no de un modo desbocado como ya había experimentado, pero sí con respeto y cariño.

El problema residía en si eso era suficiente para ella, si estaba dispuesta a conformarse con un amor a medias después de haber probado lo que se siente cuando amas incondicionalmente a alguien.

—Debéis saber que estoy esperando un hijo —mencionó para ser justa con él y comprender como afrontaría la noticia.

Bella contempló el rostro inexpresivo de Pierre, parecía confuso, extrañado y escuchó como respiraba con alteración.

—¡Se aprovechó de vos! —gritó con rabia—. ¡Os forzó! —siguió diciendo con ira en sus

ojos.

—No fue en el modo que creéis —susurró ella, pero él parecía no escucharla.

Podía acusar a Bastián de muchas cosas, pero no precisamente de forzarla o aprovecharse de ella. Se aprovechó de su ingenuidad, pero no de su entrega. Ella era tan culpable como él en la creación de aquella criatura.

—¿De que otro modo podría ser si os tenía encadenada? —exclamó alejándose unos pasos de ella—. Os ha liberado porque se ha desentendido de vos y de la criatura, ¿Verdad? Os ha usado a su antojo abusando de vos y después os ha echado como si no valierais nada.

A Bella le resultó extraño su enfado abismal. No podía culparle de juzgarle de aquel modo después de lo que había podido atisbar en sus visitas al castillo y del modo en el que él la había tratado, pero Pierre desconocía una parte de Bastián que ella sí había visto. Esa parte de la que era incapaz de desprenderse y a la que aún se aferraba.

—Él no hizo nada de lo que decís, pero eso ya no importa. Ahora soy libre y puedo tomar mis propias decisiones.

—¿Es que le vais a defender después de lo que os hizo?, ¿Acaso podéis sentir algo por ese hombre que solo os causó dolor y casi os provocó la muerte? —inquirió confuso—. ¡Esto no quedará así! —gritó—. No permanecerá impune, ¿Me oís? —Su exaltación provocó que Bella temblara cuando agarró su brazo fuertemente y la miró a los ojos de un modo que a ella no le gustó—. Lo arreglaré todo y vendréis conmigo. Yo me desharé de ese engendro que lleváis en el vientre producto de vuestro sufrimiento y os llevaré lejos de aquí, donde olvidaréis todo lo que esa Bestia os ha hecho.

¿Arreglar todo?, ¿Engendro?, ¿Ir con él?

—No iré con vos a ningún lado —contestó alzando su mentón para que le quedase bien claro.

No pensaba ni cruzar el umbral de su puerta con un hombre que se atrevía a llamar engendro a su hijo y que demostraba abiertamente su interés en deshacerse de él sin impunidad. ¿Cómo se atrevía a decir tal cosa siendo él médico? Se suponía que su deber era salvar vidas, no quitarlas.

No. Desde luego que no pensaba marcharse con ese hombre por más que insistiera.

—Lo haréis —dijo con templanza—. O le contaré a vuestro padre donde habéis estado todo este tiempo y de quien es el hijo que estáis esperando.

¿Cómo se atrevía?, ¿De verdad había llegado a creer que era un hombre bueno, generoso y sin maldad? Desde luego estaba errada en sus conclusiones, Pierre no era nada de aquello.

—Yo misma se lo diré. No existe ninguna necesidad en que vos lo hagáis —le amenazó

sin miedo—. Y ahora marchaos de mi casa.

Observó como él la miraba con cierto rencor, pero finalmente soltó el brazo que tenía firmemente agarrado con fuerza y se alejó en silencio sin decir nada más.

En el momento que Bella observó como se alejaba en su caballo respiró con calma. Había estado en tensión, verdaderamente asustada como no lo había estado ni siquiera en presencia de la Bestia cuando se enfadaba. Había algo en los ojos de Pierre que no le había gustado, no sabía que era, pero esperaba no volver a verlo por allí a pesar de agradecerle que hubiera cuidado de su padre todo ese tiempo.

Aún no podía creerse que ya tuviera acordado su matrimonio, que hubiera hablado a su espalda premeditando todo sin tener ella ningún conocimiento. ¿Es que no podía tener decisión propia?, ¿Tal vez había supuesto que si la liberaba de las garras de la Bestia ella se lo agradecería cayendo en sus brazos? Entró en casa pensativa, no creyendo lo que acababa de ocurrir y como podía estar tan errada al creer que le conocía.

Su tía preguntó por él, de algún modo intuía sobre que había tratado aquella conversación, pero no insistió al percibir que ella estaba demasiado ausente para contestar sus demandas, así que se retiró a su habitación tumbándose en la cama.

¿Qué iba a hacer?, ¿Qué se suponía que debía hacer?

Se tocó el vientre mientras cerraba los ojos y se imaginó un pequeño niño de cabellos oscuros y ojos tan verdes como los de su padre. Correteaba por un prado lleno de flores, reía, se divertía y era feliz.

¿Cómo reaccionaría Bastián si supiera que iba a ser padre?

Tal vez era una pregunta de la que nunca hallaría respuesta.

En algún momento debió quedarse dormida, porque el sonido de voces y gritos la exaltó provocando que diera un salto de la cama y se diese cuenta que aún estaba vestida.

—¿Quién puede ser a estas horas y gritando de ese modo? —exclamó tía Rosmery envuelta en su camisón blanco que tapaba absolutamente todo su cuerpo y un pequeño gorro de dormir a juego cubría su cabello.

De nuevo los golpes en la puerta se repitieron seguidamente de una voz que Bella reconoció de inmediato.

—¡Abrid Mirabella!, ¡Sé que estáis ahí! —insistió por enésima vez.

¿Qué hacía el señor Charles en su casa a esas horas y llamando de ese modo?

Bella corrió hasta la puerta y encontró la figura del señor Charles bastante exhausto.

—¿Qué ocurre?, ¿Qué hacéis aquí a estas horas?, ¿Ha sucedido algo en el castillo?

—Si no venís conmigo él le matará —indicó el señor Charles casi sin habla—. Lleva toda

la noche bebiendo como si no le importara su destino, hace días que no prueba bocado alguno y aún así ha aceptado enfrentarse a él sabiendo que morirá cuando lo haga —contestó atropelladamente.

Por un momento ella no comprendió nada, ¿Quién iba a matar a quien?

—No entiendo nada —concluyó incapaz de comprenderlo.

—El médico. El señor Pierre —puntualizó—. Le ha retado al alba diciendo que debe salvaguardar vuestro honor y Bastián ha aceptado porque está convencido de que no regresaréis para marcharos con ese hombre. Él cree que si muere, vos seréis feliz.

No podía ser cierto. ¿Bastián iba a entregar su vida creyendo que de ese modo ella sería feliz?

—¿De verdad es cierto lo que decís? —preguntó incrédula.

—¿Acudiría a vos si no fuera así? —contestó con otra pregunta—. Tal vez no deseáis volver, quizá le odiéis y no queráis volver a verlo después de todo lo que os hizo, pero si le tenéis algún afecto, si existe una leve apreciación hacia él, no dejéis que se entregue a la muerte de ese modo.

¿Podría vivir sabiendo que él moría por ella?, ¿De verdad estaba dispuesto a entregar su vida para que ella hiciera la suya lejos de él? Aunque la pregunta más obvia era…

¿Podría ella vivir sabiendo que él no estaría?

—Bella, ¿Qué ocurre? —La voz de padre hizo que se volviera para ver su rostro iluminado por una vela. — Y porque está el guardián del castillo aquí buscándote…

—Tengo que irme, padre —dijo sin ser consciente de que con aquella afirmación estaba confirmando sus sentimientos.

—No permitiré que vayas a ese castillo —decretó con voz seria—. He visto demasiadas cosas en ese lugar y no permitiré que mi única hija sea sometida a la voluntad de esa Bestia igual que su padre.

De pronto Bella contrajo su rostro. Padre jamás le había comentado cosas de ese lugar, ¿Qué podía saber él?

—¿Qué sabéis sobre ese sitio, padre?, ¿Qué habéis podido ver tan horrible para que lo juzguéis de ese modo? —preguntó conmocionada.

Dudaba que Bastián le hubiera tratado de malos modos siendo un ebanista que trabajaba cumpliendo sus servicios, no era un sirviente del castillo, por lo que no debió haber sufrido su ira o su mal temperamento.

—Durante años tuve que sufrir la amenaza constante del antiguo señor del castillo para ocultar un siniestro secreto. No solo amenazó a mi persona si lo revelaba, sino a mi propia

familia. Miles de veces creí que el accidente de vuestra madre podría no haber sido fortuito, sino una advertencia de lo que podría suceder si lo hacía. —Su voz sonaba lejana, como si estuviera reviviendo un viejo recuerdo.

Bella casi no podía creer que su propio padre supiera algo sobre aquel castillo o sus gentes sin que ella lo supiera, más aún si algo que sucedió en aquel lugar podría implicar la muerte de su propia madre y casi la suya en el mismo instante.

—Padre, ¿Qué sucedió?, ¿Por qué os amenazó? —insistió Bella con incertidumbre y tensión.

—Ese hombre asesinó a su esposa Bella, la mató con sus propias manos y la enterró a escondidas de todos fingiendo que ella se había fugado con otro hombre. Yo mismo pulí su ataúd con mis manos y vi como la introducía en él antes de cubrir con tierra la fina madera. Solo yo sabía lo que verdaderamente ocurrió —reveló finalmente como si se quitara un peso de encima —. Todos estos años guardé silencio por temor a perderte, incluso tras la muerte de aquel hombre temí que si decía la verdad, su hijo pudiera volcar su ira en vuestra contra para dañarme. Con el tiempo traté de olvidar aquel suceso, pero la muerte de aquella noble mujer quedó impune y para todos solo era una mala madre que había abandonado a su hijo y a su fiel esposo por otro hombre.

—¡No puede ser! —exclamó Bella llevándose una mano a los labios conmovida por ello.

Bastián había sufrido heridas permanentes en su espalda por defenderla y su padre le había castigado cruelmente para que creyera que le había abandonado porque toda mujer le traicionaría. Había crecido con esa certeza y ahora que ella sabía la verdad, podía ver la injusticia que un niño de corta edad tuvo que sufrir a manos de un padre cruel y despiadado.

—Siempre supe que ella no pudo haber abandonado a su hijo —confirmó el señor Charles que había escuchado aquella revelación—. Su familia jamás lo creyó y por eso su abuela me envió aquí, para vigilar de cerca al padre de Bastián, aunque él jamás me dejó intervenir y cuando murió, ya era demasiado tarde para reconvertir a ese muchacho que se había vuelto tan temperamental como su progenitor.

—Debe saberlo. Bastián no es como su padre, yo he visto realmente como puede llegar a ser, he visto con mis propios ojos su lado gentil, amable y sincero. Ese es el verdadero hombre que reside en su interior y no la Bestia que todos creen que es, él posee belleza en su interior.

No había tiempo que perder, no cuando los primeros rayos de sol saldrían de un momento a otro por la claridad que se veía en el horizonte. Tenía que llegar a tiempo, debía llegar antes de que fuera demasiado tarde porque se había dado cuenta de que no podía concebir que él se marchara, de que le amaba por más que intentara rechazarle.

50
BESTIA

En solo unas horas acabaría todo. Pronto saldría el sol y el tiempo que él le había dado terminaría. Estaba claro que no vendría, que jamás regresaría a él, ¿Cómo hacerlo si debía detestarle con todo su ser? Al menos ella tendría una vida plena, lejos de allí y lejos de él.

No había dormido, ¿Por qué hacerlo si era su última noche? Al menos tendría presente su recuerdo. Pasó una mano por los estantes que ella había colocado hábilmente, saber que sus manos se habían posado en cada uno de esos tomos le daba cierta sensación de apaciguamiento. Nunca sería como tocarla a ella, pero sí que la sentía de un modo cercano.

Si no tuviera aquel duelo al alba, cuando los primeros rayos de luz brotaran, tal vez estaría bebiendo hasta perder la conciencia, pero al menos debía estar cuerdo para enfundar su espada.

¡Qué ironías del destino!

Se había pasado toda la vida huyendo de cualquier mujer, apartándolas de su lado, evitando caer en la tentación que suponían, desconfiando por su traición y ahora estaba dispuesto a morir por una. Dispuesto a entregar su vida porque sin ella le parecía demasiado insulsa.

¿En qué momento se había enamorado de Bella?, ¿Cuándo había ocurrido? Desde luego tuvo que ser sin darse cuenta, porque su ausencia dolía y ese dolor no podía paliarse con ningún tipo de medicina.

Las voces provenientes de su oponente le dijeron que el momento había llegado, que su hora había terminado. Se ajustó firmemente el chaleco, se aseguró de que su espada estaba encajada en su funda atada al cuero que envolvía su cintura y respiró hondamente antes de salir y que el frescor del alba rozara su rostro por última vez.

Le extrañaba que Charles no estuviera por allí persuadiéndole, mejor así, tal vez ya se había cansado de insistir al ver que él persistía en su determinación. Resultaba irónico que el mismo hombre que había llegado al castillo para curarle, fuera el mismo que le arrebataría la vida. ¿No era contraproducente? Ni tan siquiera quiso pensar en ello, sino que observó a su

adversario y como este ya poseía el arma afilada en sus manos.

Desde pequeño había sido instruido en el arte de la espada, solo que en aquellos momentos no usaría esa determinación y agilidad como su padre le había inculcado desde una edad temprana. Se deshizo del cinto y cogió la ancha y larga espada de hierro con una sola mano, estaba tan habituado a su peso que no necesitaba utilizar ambas para cargarla. El primer golpe no tardó en llegar y su subconsciente le hizo defenderse sin siquiera pensar en lo que hacía, solo esperaba que aquel hombre fuera diestro en aquel arte o aquella batalla se prolongaría.

El encuentro comenzó a prolongarse, Bastián no atacaba, simplemente se defendía conforme su oponente ponía toda su energía y empeño en abatirle. Si no fuera por su experiencia y entrenamiento durante tantos años, sería más fácil dejarse abatir, rendirse y que clavara aquella espada en su pecho, pero le resultaba impensable no contrarrestar cada movimiento. La voz que tanto había anhelado oír durante aquellos días resonó en sus oídos y su distracción provocó que el hierro afilado entrara en su carne sintiendo como le desgarraba con fuerza.

—Bella… —susurró conforme escuchaba el frío metal abandonar su piel y las primeras gotas de sangre bañaban la tierra.

—¡No! —gritó Bella que corrió hasta él conforme él caía de rodillas al suelo tras sentir la debilidad de su hombro izquierdo—. ¡No podéis morir! —exclamó colocándose entre ambos adversarios para impedir que volviera a atacarle.

—Apartaos Bella —citó su oponente con tenacidad, como si quisiera finalizar aquel duelo.

—Haced lo que os dice Bella —susurró—. Prefiero morir que tener una vida sin vos, ahora me doy cuenta.

—Me tenéis Bastián —contestó ella acogiendo entre sus manos su rostro—. Mi corazón es vuestro, siempre lo ha sido, aunque me negase una y mil veces a creerlo —añadió provocando que su pulso se acelerase—. Os amo Bastián.

En ese momento sintió que el cielo se abría y estaba en el paraíso. Le amaba, ¡Ella le amaba!, ¿Dónde estaba el odio que creía que sentiría hacia él? Le daba igual, era plenamente feliz sabiendo que ella le aceptaba.

Solo la necesitaba a ella. Podía prescindir de todo cuanto poseía si Bella estaba a su lado.

—¡No lo permitiré! —El grito le hizo reaccionar conforme veía que la espada de su opresor se alzaba y con un gesto rápido frenó su estocada, solo necesitó dos movimientos para provocar que tirase la espada al suelo y apuntó con el arma a su garganta.

—No deseo derramar sangre en este lugar, así que marchaos y no regreséis jamás. El honor de mi futura esposa está a salvo. Ella se convertirá en la dueña y señora del castillo a partir

de ahora —dijo acogiendo su mano y depositando un cálido beso en el dorso.

—¿De verdad le preferís a él Bella?, ¿Después de lo que os hizo y como os trató? —insistió sin dejar de mirarla a ella.

—Sí —confirmó Bella sin dejar de mirarle a los ojos—. Aunque crean que solo es una Bestia, yo he visto la belleza que hay tras el hombre que todos creen conocer. Es ese hombre a quien entregué mi corazón.

—Algún día os arrepentiréis de vuestra decisión, Bella —dijo dando varios pasos atrás —, recordaréis este día y maldeciréis no haberme elegido a mi en lugar de a él.

El señor Charles se encargó de que aquel hombre abandonara el castillo aunque lo hiciera con ciertas reticencias, eso le dejó tiempo más que suficiente a Bastián para quedarse a solas con Bella y recrearse en su belleza. Aún no podía creer que ella hubiera vuelto, no podía concebir que realmente estuviera sucediendo.

—¿Os arrepentiréis Bella? —preguntó indeciso.

—Jamás —confirmó convencida—. Estáis herido, debería curaros antes de que pueda infectarse —mencionó mirando su hombro y en aquel momento lo que menos le importaba era el dolor que sentía o la sangre que perdiera por aquella herida.

—Pensé que no regresaríais —contestó él queriendo hallar respuestas.

—Por un momento creí que no lo haría, que no podríais haber cambiado, que vuestra propuesta no era sincera —decretó Bella.

—Os amo Bella, como jamás creí que podría amar a alguien. Tuvisteis que marcharos para que supiera que sentía verdadero amor por vos, que ese dolor solo podía deberse al sufrimiento de vuestra lejanía.

—¿De verdad me amáis Bastián? —insistió ella como si no le creyera.

—Estaba dispuesto a entregar mi vida si con ello eráis feliz, ¿No os parece suficiente demostración de lo que siento hacia vos? —concretó Bastián con una leve sonrisa sin dejar de observar aquellos ojos miel que le robaban el aliento.

—Tal vez sí —sonrió ella—, pero aún no he dicho que acepte vuestra propuesta.

—¿No aceptaréis ser mi esposa? —preguntó inquieto.

Deseaba que Bella fuera su mujer, amarla, tenerla en su lecho cada noche y no como su amante, sino como su igual, como la persona que compartiera con él cada momento, como la madre de sus futuros hijos, unos que él jamás se había permitido el lujo de anhelar.

—Lo haré con tres condiciones.

—Acepto —confirmó importándole muy poco cuáles fueran.

—¡Aún no os las he mencionado! —exclamó con cierta sonrisa.

—Está bien, mencionadlas y veréis como acepto todas y cada una de ellas.

—En primer lugar, destruiréis las celdas de castigo que poseéis en los sótanos del castillo —mencionó y eso le hizo sonreír.

—No existen desde la primera noche que os marchasteis —concluyó recordando como había golpeado el hierro hasta que este cedió y se deshizo de todas las cadenas o métodos de tortura que poseía en herencia de su padre.

—Está bien. En segundo lugar, liberareis a todos los sirvientes del castillo, no reclamaréis su deuda y les ofreceréis la posibilidad de permanecer aquí a cambio de una retribución por sus servicios o volver a sus hogares sin la condición de que os deban ni una sola moneda —prosiguió Bella y aquello le hizo comprender el corazón generoso que poseía su futura esposa.

—Se alegrarán mucho de saberlo —contestó sonriendo y acercándola más a él.

—¡Y además dejaréis que el señor Charles y Megan se casen, sean felices y permanezcan en el castillo si así lo desean! —exclamó Bella apuntándole con el dedo.

—¿El señor Charles y Megan?, ¿Quién es Megan? —preguntó confuso.

Desconocía completamente que el guardián de su castillo pudiera sentir algo por alguna mujer que allí estuviera.

—La cocinera del castillo —aclaró Bella y alzó la vista para visualizar a Charles, que parecía regresar tras haberse asegurado de echar a ese médico con ínfulas de robarle a Bella.

—¡Tenéis mi permiso para casaros con Megan la cocinera! —gritó tan alto que fue imposible que no le oyera. En ese momento Charles le observó inquieto, como si no creyera lo que estaba escuchando—. ¡Es una condición de Bella para que acepte ser mi esposa, así que agradecérselo a ella! —añadió conforme observó al guardián de su castillo correr y perderse dentro del mismo.

Las risas de Bella le atrajeron de inmediato y no pudo evitar acariciar su rostro dulcemente.

—Aún falta la tercera y última —decretó Bella y él asintió atentamente—. Prometedme que no volveréis a desconfiar de mi palabra nunca más y que me amaréis cada uno de vuestros días tanto a mi, como al hijo que estoy esperando de vos.

Cuando la palabra hijo resonó en sus oídos creyó que el suelo tambaleaba y que todo carecía de sentido.

¿De verdad esperaba un hijo de él?, ¿Le convertiría en padre?

Sin pensarlo la alzó en sus brazos y la apretó contra él aspirando el aroma de su cuello, el olor a menta de su cabello y necesitando de verdad que aquello fuera real.

—¿Estáis segura de ello? —preguntó inquieto.

—Completamente —afirmó sin un atisbo de duda.

—Nunca volveré a dudar de vuestra palabra. No habrá día ni noche en que no os demuestre que os amo, tanto a vos como al hijo que me daréis muy pronto. Os doy mi palabra de ello aquí y ahora Bella. ¿Aceptaréis entonces ser mi esposa?

—Acepto ser vuestra esposa —sonrió y no pudiendo evitarlo más, apresó sus labios con firmeza devorando aquel sabor a ambrosía que nublaba su juicio cada vez que lo hacía.

Ella era pura, deliciosa y la mujer más hermosa que podía tener en su vida. Bella le había cambiado, había hecho que de verdad tuviera ganas de vivir y no de sobrevivir. De algún modo había logrado que rompiera los temores y creencias del pasado, los mismos que lo marcaban como recuerdo. Quizá era el momento de comenzar su propia vida sin que la sombra oscura de su padre se cerniera sobre él. Era el momento de disfrutar realmente de sus posesiones y saber lo que significaba realmente una familia.

EPÍLOGO
BELLA

Habían pasado cinco años desde que se había casado con ese hombre de ojos verdes que la colmaba cada noche y hacía realidad cada uno de sus deseos. No solo habían viajado más allá del horizonte de los bosques, conocido otras costumbres, otros pueblos y otras gentes, sino que Bastián cumplió cada palabra cuando le prometió hacerla feliz cada día del resto de sus vidas.

El pequeño Eric ahora correteaba intentando alcanzar a su padre conforme subían la colina inclinada que los llevaba hasta la cima desde donde se vería toda la aldea. Su cabello oscuro y rasgos faciales eran casi idénticos a los de su padre, salvo por la carencia de esos ojos cuyo color vibraba en la oscuridad más infinita. Sin embargo, Odette con tan solo dos años, aún era demasiado pequeña para realizar el camino sin ayuda, por eso mismo su padre la llevaba en brazos como a una hermosa princesa. Ella sí había heredado los ojos verdes de su padre, tan bellos y cristalinos como la más pura de las esmeraldas. Nunca imaginó que Bastián pudiera ser un padre tan gentil y bondadoso con sus hijos, si alguna vez había podido albergar algún temor, sin duda este se había evaporado con el tiempo hasta disiparse entre la niebla y desaparecer con el viento.

Era feliz, ellos eran su familia y su razón de vivir.

—¿Falta mucho? —preguntó Odette con su voz infantil.

—Muy poco, princesa —respondió Bastián mientras estiraba la mano para agarrar al pequeño Eric y que el último empujón de la colina se hiciera menos pesado.

Bella les seguía muy de cerca, en su séptimo mes de embarazo le costaba más que otras veces donde hacía aquella cuesta de forma más liviana. Aquel sería su tercer hijo y no podía estar más orgullosa de que viniera a completar la pequeña familia que habían creado.

El castillo se había llenado de risas, diversión y alegría. Solo algunos de los sirvientes se marcharon cuando Bastián les concedió la libertad, el resto decidió permanecer por no tener otro lugar al que acudir. Megan y Charles se casaron solo unos meses después que ellos y aunque no tenían hijos, disfrutaban con sus pequeños consintiéndolos como si fueran sus propios tíos.

Bastián les había cedido una pequeña casita apartada del castillo para que tuvieran su propia intimidad, sin duda ese par de dos no podía gozar de mayor felicidad.

Su padre, tía Rosemary y sus primos se habían trasladado al castillo para pasar más tiempo junto a ellos y disfrutar de las atenciones necesarias que el estado de salud de padre requerían. En aquellos cinco años había mejorado tanto que recuperó la fuerza en sus manos y comenzó a tallar algunas de sus creaciones solo por entretenimiento, algo que sus nietos agradecían enormemente cada vez que aparecía con algún juguete nuevo.

Tía Rosemary por su parte se había hecho gran amiga de Megan y ambas organizaban enormes banquetes para todo el castillo con espléndidos platillos suculentos.

La vieja Agnès había regresado con su familia, Bella la convenció de pasar los últimos años de su vida junto a su hija y para ello le dio ella misma una pequeña bolsa de monedas de oro como regalo para que pudiera estar tranquila el resto de sus días.

En cuanto a su amiga Alma, la buscó noche y día durante varios meses, hasta que finalmente dio con ella en una gran ciudad. Junto a ella estaba Alair y ambos poseían una enorme panadería. Aún podía recordar su rostro lívido cuando contempló a Bastián creyendo que habría ido hasta allí para castigarla por su robar el oro de sus arcas. Nada más lejos de la realidad, sin la intervención de Alma nada de lo sucedido habría tenido lugar, quizá Bastián nunca se habría dado cuenta de sus sentimientos o ella de los suyos propios, aunque fuera extraño de reconocer, su amiga fue una pieza clave en la unión de ambos sin pretenderlo.

—¿Estáis bien mi amor? —oyó de pronto la voz de Bastián volviendo al presente y alzó la vista sonriendo.

Quizá los meses pesaban en su vientre, pero se sentía eufórica al saber que una nueva vida se gestaba en su interior y que pronto un nuevo miembro de la Rose llegaría al castillo.

—Perfectamente —contestó llegando hasta él y posando la mano en su espalda conforme le acariciaba.

Cada domingo iban hasta allí religiosamente, pero no era para ver las vistas o para contemplar el paisaje, sino porque había sido el lugar elegido por Bastián para dar sepultura a su madre.

Decía que ella se merecía un lugar mejor que el sitio escondido donde su padre la enterró. Cuando le reveló la verdadera naturaleza de la ausencia de su madre y lo que realmente había sucedido, no quiso creerla o más bien no podía creerla porque sería admitir que había vivido una mentira toda su vida, pero finalmente lo comprendió. Entendió que, siendo solo un niño, él tenía razón cuando sentía que su madre no podría haberle abandonado de aquel modo. Lamentó el modo en el que ella debió sufrir y en como su padre acabó con su vida quedando victorioso de aquel hecho, siendo ante todos el mártir de una mujer que supuestamente le había abandonado

por otro hombre.

Fue ahí cuando decidió buscar a su familia materna y repudiar todo lo que representaba a su progenitor. Lamentablemente su abuela ya había fallecido, pero se reencontró con las hermanas y hermanos de su difunta madre, sus primos y los hijos de estos. Era extraño poseer una enorme familia a tan pocas leguas de distancia, así que a partir de ese momento, el castillo comenzó a llenarse de cenas de gala, bailes y fiestas. Incluso el amigo de Bastián, el señor Bonnet parecía encantado con la idea, aunque ya no pudiera convencer a su amigo para marcharse a visitar prostíbulos puesto que él sin duda alguna prefería permanecer en casa junto a su mujer e hijos.

En todos sus años de vida Bella jamás habría imaginado cuál sería su destino cuando cada día subía hasta la colina de su hogar y divisaba el castillo.

¿Quién le iba a decir que hallaría el amor justo allí mismo?, ¿Cómo iba a saber que su destino estaría frente a sus ojos sin saberlo? Cuando echaba la vista atrás y recordaba el temor de enfrentarse al que todos conocían como Bestia para servir en el castillo, sonreía con entusiasmo. Cada acto, hecho y palabra la había conducido hasta el momento en que se encontraba y ciertamente no podía ser más dichosa de la felicidad que Bastián le aportaba.

—¿Qué le diríais si estuviera viva? —preguntó Bella cuando se mantuvo un prolongado silencio refiriéndose a la madre de Bastián.

—Le daría las gracias —mencionó observándola y sonrió dulcemente—. Estoy convencido de que fue ella quien os envió para salvarme de la oscuridad en la que me hallaba.

Bella se acercó hasta él y besó aquellos labios candentes. A pesar de los años aún sentía esa sensación de estremecimiento en su interior cada vez que lo hacía.

—Entonces yo también debería darle las gracias por darme al hombre más maravilloso que he conocido, aunque al principio tuve mis dudas en que lo fuera —ironizó provocando su risa.

—Domasteis a la Bestia —mencionó rozando su mentón con la nariz.

—Quedé eclipsada por la belleza de la Bestia —mencionó con énfasis—, aunque luego me di cuenta de que la verdadera belleza residía en su interior.

Fin.

AGRADECIMIENTOS

Le doy infinitas gracias a Adolfo de la Cruz, por ser la imagen de nuestro querido Bastián. Nunca unos ojos verdes fueron tan expresivos como los suyos.

Gracias a Bitaanmd por ser la imagen de la hermosa y dulce Bella. Su carisma es tan hermoso como nuestra protagonista.

Gracias a mi enorme campo de florecillas por acompañarme una vez más en una historia diferente a las que hasta ahora había creado. No descarto repetir la experiencia basándome en otro cuento de antaño.

Gracias a mi buen amigo Jose Domínguez por crear la portada y la hermosísima contraportada del libro.

Y por último gracias a ti lector, por llegar hasta aquí y haber devorado cada una de las páginas de esta bonita historia.

Pluvy Prieto